

ANDREA LONGARELA

· NEÏRA ·

Carlota

y el cactus de color rojo



zafiro

ÍNDICE

PORTADA
SINOPSIS
PORTADILLA
DEDICATORIA
LA NUEVA CARA
EL PROFESOR
AVA
UNA OPORTUNIDAD
LA ENTREVISTA
TOMA DE CONTACTO
EL PRIMER DÍA
LAS COSAS CLARAS
LA PRIMERA CITA
EL AMIGO, CON MAYÚSCULAS
ENTRE AMIGOS
LA AMIGA Y LA ENEMIGA
HACER ALGO AL RESPECTO
COSAS QUE SE VEN
UN NIÑO MIMADO
MUCHO PEOR QUE AQUELLA NOCHE
ÉSTE NO ERA EL TRATO
MI ADICCIÓN
DECISIONES

CONFESIONES

CERRAR UNA PUERTA

ABRIR UNA VENTANA

EL CACTUS DE COLOR ROJO

EPÍLOGO

AGRADECIMIENTOS

BIOGRAFÍA

REFERENCIAS A LAS CANCIONES

CRÉDITOS

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y
descubre una
nueva forma de disfrutar de la lectura

**¡Regístrate y accede a contenidos
exclusivos!**

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

SINOPSIS

Carlota lleva una vida tranquila. Está terminando sus estudios de Periodismo, vive con su madre y pasa el rato con su amigo Basil. También fantasea de vez en cuando con su profesor favorito y evita pensar en unos ojos azules con los que se cruzó hace ya muchos años, en un pasado que prefiere olvidar, aunque lo recuerde cada día cuando despierta.

Carlota es una chica normal, como tú y como yo. Sin embargo, guarda un secreto muy especial. Y la vida le sonríe por una vez. Y consigue las prácticas de sus sueños. O quizá de sus pesadillas. Porque Carlota, de repente, debe enfrentarse a un reencuentro inesperado, a un hoyuelo encantador, a un puñado de camisetas horribles y a la obligación de tomar una decisión que cambiará su vida.

Y, además, en medio de todo este lío, ¿se topa con un cactus... de color rojo!

**CARLOTA Y EL CACTUS DE
COLOR ROJO**

Andrea Longarela

Neira

*Para el Equipo Cactus, por convertirse en mis cactus de color rojo.
Gracias infinitas*

LA NUEVA CARA

Podría haber sido un día más. Un viernes cualquiera en el que unas niñas jugaban a ser mayores. Un verano más de un año entre tantos que con el tiempo se convertiría en un bonito recuerdo. Unas vacaciones perfectas que rememorar en la madurez con una sonrisa en la cara.

Podría haber sido ese día, pero no lo fue.

* * *

Loreto se retocaba el maquillaje en el espejo del baño de aquella discoteca infernal en la que llevábamos más de tres horas. Yo la observaba y daba traguitos a mi copa, mientras intentaba descubrir el secreto de saber hacerse la raya en el párpado superior tan perfecta, sobre todo estando tan borracha, y más si tenía en cuenta que a mí no me salía ni siquiera sobria.

Llevaba un vestido negro que había robado a su hermana mayor, muy corto y con un escote demasiado pronunciado hasta para ella, y que le hacía parecer más adulta de lo que era. Sin olvidar las sandalias de tacón de diez centímetros, también hurtadas del armario de su hermana, y con las que yo no podría andar ni dos pasos sin parecer un pato borracho. Ya parecía mujer cuando las demás seguíamos siendo unas niñas que querían crecer antes de tiempo, y yo la admiraba por ello, como si fuese la hermana mayor que no tenía, una imagen idealizada de la que aprender en cada momento.

Me eché un vistazo rápido en el espejo y arrugué los labios. Vestido típico playero de color rojo, sandalias planas de tiras y el pelo lleno de pequeñas

trecitas de esas que estaban tan de moda y que, pese al esfuerzo que me había supuesto hacerlas, ya empezaba a aborrecer.

Loreto era mi mejor amiga. Llevábamos años planeando esas vacaciones, una semana solas por primera vez en algún pueblo costero plagado de discotecas. Una escapada sin padres que nos hacía parecer mayores e independientes, y teníamos tantas ganas de comernos el mundo que pensábamos que en aquel verano le daríamos el primer bocado.

Así que allí estábamos, ella, su prima Rocío y yo. Habíamos formado las tres una piña durante toda la secundaria, pero entre Loreto y yo había una relación especial, esa clase de amistad que sólo se encuentra en la infancia y que piensas que se mantendrá para siempre. Contra viento y marea. Contra cualquier batalla que surgiera por el camino. *Forever and ever.*

Ambas habían cumplido ya los dieciocho años, pero yo no; yo los cumplía dos semanas después. No obstante, los encantos de Loreto conseguían que me dejaran entrar en cualquier bar y me sirvieran alcohol sin apenas prestar atención a mi cara de niña.

Acabábamos de terminar el instituto y dentro de unos meses comenzábamos la universidad. Ella, ciencias químicas, y yo, periodismo. Habíamos encontrado el piso ideal para compartirlo, y sus padres y mi madre estaban de acuerdo. Todo era perfecto.

—Cara, ¿te importa si me voy un rato con Matthew?

Yo soy Cara. Bueno, era Cara, que así era cómo ella me llamaba.

Volví a centrarme en su imagen reflejada y la envidié por tener siempre a un chico esperándola.

Loreto no es que fuera muy guapa, sino que era de esas personas que saben sacarse partido y llamar la atención en una sala llena de gente. Atractiva, con encanto, con unos andares que la hacían parecer una mujer y no una niña invisible, como me ocurría a mí siempre que estaba a su lado. Loreto era de esas tías que, por el hecho de ser rubias, de ojos azules, altas y con tetas desde los diez años, ya gustaban de manera indiscutible a cualquier chico de su edad que se cruzase en su camino, incluso a algunos más mayores. Bueno, el hecho de tener una seguridad en sí misma pasmosa ayudaba, ya que, por muy atractiva que seas, si no te lo crees tú misma es imposible que los demás lo

vean, y, evidentemente, Loreto se lo creía; mucho, para ser exacta.

Yo era todo lo opuesto a ella: castaña, ojos marrones, y le llegaba por el hombro. Y de las tetas mejor no hablamos.

Normalmente no me importaba estar en un segundo plano, de hecho, lo agradecía, porque ser el centro de atención no era lo mío, y hacía tiempo que había aprendido que cada uno debe estar en el lugar que le corresponde, pero empezaba a cansarme.

Durante el curso había salido con un compañero de clase. Lo habíamos dejado un par de meses antes del verano, pues, aunque nos gustábamos, cada uno iba a estudiar en una ciudad diferente, y éramos unos críos para esperar algo serio y verle sentido a una relación a distancia. El caso es que yo sólo había estado con un chico y empezaba a estar harta de estar siempre a la sombra de las tetas de Loreto.

Me había planteado esas vacaciones como una ocasión perfecta para sacar a pasear a la nueva Cara; una Cara adulta, con las cosas claras y con la capacidad de tomar decisiones que me hicieran parecer menos niña, pero de momento no había obtenido grandes resultados.

—Tranquila, no pasa nada. Está Rocío.

—Genial. —Me dio un beso en la mejilla y cogió una de mis trencitas con dos de sus largos dedos; ese gesto siempre hacía que me sintiera más niña aún, si cabía—. Os llamo cuando termine.

Segundos después, desaparecía con Matthew, un turista inglés al que había conocido siete minutos antes.

Suspiré y me fijé en mi otra amiga. Me costó un poco localizarla, porque Rocío estaba dándose el lote en una esquina con un tío que no había visto hasta ese momento; de hecho, sólo tenía una visión de su nuca y me daba poca información sobre él.

Fruncí el ceño. La noche estaba siendo de todo menos perfecta, como el resto de la semana.

La verdad es que para nada eran las vacaciones que me había imaginado.

Me dirigí a la barra y dejé mi cuerpo caer sobre un taburete con desgana. Pensé que Loreto se pasaría el resto de la noche contándonos con pelos y señales su encuentro con el chico de turno; pensé que estaba cansada de oírla

siempre con sus historias y que, por una vez, me gustaría ser a mí el centro de alguna de nuestras conversaciones. Pensé que, seguramente, ellas no me creían capaz de tener un rollo sin más, porque en el fondo sabía que creían que yo era una pava. Y que, por mucho que confiase en que las cosas podrían cambiar cuando empezáramos la universidad, si yo no ponía de mi parte, todo seguiría igual; continuaría siendo una extensión de Loreto y nada más, porque así era cómo me sentía y cómo me mostraba a los demás.

Tras más de quince minutos de espera para que el camarero fuese consciente de mi existencia, por fin conseguí otra copa y volví en busca de la que decía ser mi amiga, aunque ambas sabíamos que, de no ser por Loreto, nunca nos habríamos dirigido la palabra.

Si cierro los ojos, soy capaz de regresar a aquel instante con total exactitud, como si por un momento volviera a estar allí. Incluso percibo el olor a sol que impregnaba mi piel. Recuerdo la espantosa música tecno, que, a día de hoy, todavía odio, las luces de colores, capaces de provocar una enfermedad neurológica, y las risas de la chica del ropero, ese sonido agudo que sobresalía por encima de todo lo demás de forma incesante. Recuerdo el rostro de Rocío, con la cabeza apoyada en la pared y los ojos cerrados, mientras su ligue de turno le mordía el cuello a la vista de todo el que quisiera observarlo. Lo recuerdo todo, como si, a pesar del alcohol y de los años, fuese un momento de una nitidez sin igual en mi mente.

Aunque, bueno, supongo que esas cosas nunca se olvidan...

Él llevaba un bañador azul marino con unas franjas rojas en los laterales y una camiseta blanca sin mangas. Un sombrero de paja que regalaban con una conocida marca de ron y una melopea de impresión como complementos. Me fijé en él, porque discutía a voz en grito con otro chico sobre la influencia del realismo sucio como género literario en la publicidad, una conversación totalmente fuera de lugar en un antro como aquél y que a poca gente le podía resultar interesante. Ni que decir tiene que yo era una de esas personas capaces de debatir sobre la decadencia de la poesía en mitad de una borrachera, a pesar de mi corta edad y de que eso no me ayudaba demasiado a acabar con mi imagen de rata de biblioteca, así que eso fue lo primero que captó mi atención.

Claro que, cuando se dio la vuelta y lo vi en condiciones, ya podría haber estado hablando de descuartizar a una de mis amigas en los baños y hacerse un collar con sus dientes, que me habría dado exactamente igual.

Debajo de aquel gorro espantoso, unos mechones de pelo castaño delimitaban unas facciones marcadas, pero los que me dejaron sin habla fueron sus ojos. Unos ojos azules, ligeramente rasgados, preciosos. Hablaba sin parar con ellos entrecerrados, y sus movimientos hacían que un pequeño aro plateado en la ceja lanzara destellos a su alrededor. Estaba bronceado, no era demasiado alto (aunque, teniendo en cuenta mi metro sesenta, para mí ya suponía una diferencia importante) y bastante delgado. Fue la primera vez que pensé aquello de «me he enamorado», como un cartel enorme frente a mí con luces de colores y purpurina.

No se trataba de amor, pero llamarlo así le parecía mucho más profundo y trascendental a mi mente aún medio adolescente.

Loreto regresó con cara de satisfacción y un chupetón en el cuello, y Rocío se nos unió poco después. Yo seguí observándolo mientras bebía un chupito tras otro que mis amigas me iban dando, hasta que no sé qué fue lo que me ocurrió, no sé si fue por estar ebria o porque una parte de mí por fin se despertó y decidió actuar de una vez, pero lo hice. Dejé atrás los miedos y las dudas y me acerqué a él trastabillando levemente, pero con una seguridad en mí misma que nunca antes había estado presente en mi vida.

Es el poder del tequila, que es capaz de hacerte parecer alguien que no eres.

El chico guapo desconocido seguía discutiendo con su amigo, esta vez de un jugador de fútbol, y ninguno de los dos se fijó en mí hasta que posé la mano en su antebrazo y él se giró con gesto extrañado.

—Hola, perdona.

—Hola, hum... —Ante mi silencio, me preguntó confuso—: ¿Te conozco?

—No. Yo... soy Cara.

El amigo desapareció en algún momento de nuestra breve conversación, supongo que en busca de su siguiente víctima, y empezó a discutir con otro de su grupo apenas a un metro de donde se encontraba un minuto antes.

—Hola, Cara.

Su sonrisa se ensanchó de tal modo que para mí fue como el pistoletazo de salida, y me lancé. Había visto a Loreto hacer eso muchas veces, besar a un tío sin ni siquiera esperar a que él demostrara algún interés por su parte, y siempre le había funcionado, así que pensé: «¿Y por qué a mí no? Sólo es cuestión de aparentar convicción y de elegir bien». Y, claramente, él se encontraba en un estado en el que tomar decisiones por sí mismo no era algo sencillo. Además, al fin y al cabo, todo el mundo acudía a esa clase de sitios para lo mismo, ¿o no?

La respuesta es sí, porque funcionó.

En el instante en que mis labios tocaron los suyos, él sonrió contra mi boca y me besó también. Sabía a cerveza y a sal, como si se hubiera bañado en el mar y no hubiera pasado por la ducha, pero no me importó, porque cuando me apoyó contra una pared y sentí sus manos en mi espalda, no podía dejar de pensar que nunca me habían besado así. Que aquello era un beso de verdad y no a lo que yo estaba acostumbrada. Pese a todo; pese a que fuese un desconocido; pese a que ambos estuviéramos bebidos y, estando así, las sensaciones y los pensamientos se distorsionaran; pese a que yo aún fuese demasiado cría como para ver pajaritos y creer que estaba siendo la protagonista de un flechazo.

Su sombrero desapareció en algún momento y aproveché para enterrar las manos en su pelo con delicadeza, pero con decisión. Lo tenía algo húmedo por el sudor y áspero por el salitre, pero ni eso me resultó desagradable, sino todo lo contrario.

Nos besamos mucho y muy despacio, dándonos esa clase de besos que se disfrutan, sin tener prisa por llegar al siguiente punto, lo que supongo que hizo que me relajara y no pensara en lo que estaba haciendo.

Sin embargo, la tranquilidad duró poco, porque cuando su mano empezó a deslizarse por debajo de mi vestido y me estrujó una nalga, el pánico se apoderó de mí.

Yo nunca había hecho nada ni remotamente parecido; era Loreto la que hacía ese tipo de cosas y después me las contaba, no yo. Yo fantaseaba con hacerlo, pero después sacudía la cabeza y asumía que no era lo mío. Yo era responsable, sensata, razonable. Sólo me había acostado con un chico,

estuvimos juntos casi un año y ninguno de nuestros encuentros fue memorable.

Me puse nerviosa, porque yo no era la típica chica en la que los chicos se fijaban, y menos uno como él, que era demasiado guapo para estar con alguien como yo, que llevaba trencitas en el pelo y pendientes de perlas. También tuve miedo, porque parecía mayor y yo era aún muy niña, aunque intentara no parecerlo, y porque ni siquiera sabía su nombre y no paraba de oír en mi cabeza la voz de mi madre diciéndome que eso no estaba bien y que, probablemente, acabaría en la sección de sucesos del periódico del día siguiente con el cerebro hecho puré y el vestido por las caderas. Así que, en un momento de lucidez, me aparté cautelosa.

—Oye —me separé de su boca y él me miró tan cerca y con tanto deseo que me estremecí—, ¿cómo te llamas? —Me mordió el labio y comenzó a lamerme suavemente la boca, ignorándome; o yo no había aprendido nada en mis casi dieciocho años de vida o es que él lo hacía condenadamente bien—. Eh, espera. Dime al menos tu nombre. —Alzó la vista hasta mis ojos y me dedicó una sonrisa de borracho bastante lamentable, pero ni eso hizo que sintiera las ganas que debería haber sentido de largarme de allí. Me tenía obnubilada—. Por favor.

Dudó unos segundos, instante que yo aproveché para estudiarlo a conciencia y maravillarme de lo guapo que era, de lo bien que olía y de cómo me gustaba sentir sus dedos produciendo un hormigueo sobre mi piel, y se encogió de hombros con indiferencia antes de contestar.

—Iván.

—Iván —repetí, asintiendo complacida y aliviada sin saber por qué.

Cuatro letras. Una palabra. Eso fue todo lo que necesité saber para atreverme a pasar la mejor noche de mi vida con un completo desconocido.

* * *

Me desperté desnuda en la cama de un apartotel.

Sola.

Me dolía la cabeza y sentía las piernas entumecidas.

La habitación tenía restos de vida por los rincones; un pantalón en el suelo,

una mochila en un rincón, cascos de botellas sobre una mesa y un cenicero lleno de colillas.

Me vestí lo más rápido que pude y, al salir al salón, comprobé que sí, que estaba completamente sola en un apartamento que olía a sexo y a alcohol.

Me sentí mal, porque aquél no era mi sitio. Y me largué, haciéndolo con un vacío en el pecho que nunca antes había experimentado y con un presentimiento extraño en la piel.

* * *

Sí, podrían haber sido unas vacaciones sin más, un verano cualquiera.

Sin embargo, eso no fue lo que ocurrió. Aunque sí que supuso la bienvenida a la nueva Cara.

EL PROFESOR

El profesor sigue explicando algo relacionado con la semiótica de las masas, mientras Basil, con gesto de concentración, disimula que lo escucha mucho mejor que yo, que sólo puedo centrar toda mi atención en estudiarlo de arriba abajo con cara de idiota, baba colgandera incluida.

—Estoy enamorada de él, te lo juro.

Basil pone los ojos en blanco con dramatismo y se arrima a mi hombro para susurrarme al oído y evitar que alguno de los alumnos que nos rodean oiga la guarrada que está a punto de soltar por esa boquita que tiene.

—No estás enamorada de él, sólo estás cachonda.

Vaya, me imaginaba algo peor.

—No digas chorradas.

Volvemos a fijar la mirada en el profesor que se ha convertido en el protagonista de todas mis fantasías durante los últimos meses, y lo observamos con detenimiento.

Pelo rubio oscuro ondulado y un poco largo por detrás, ojos entre verdes y azules, dependiendo de la luz, y una dentadura de anuncio de dentífrico, y de los caros. Camisa de cuadros, pantalones chinos y chaqueta con coderas. Con coderas, ¡por el amor de Dios! Gafas de pasta, un maletín marrón con correas y un libro siempre en sus manos. Y, para colmo, con un nombre de esos de novela rosa que te hacen suspirar: Aidan O'Brien.

Bonito, ¿verdad?

Bueno, en realidad se llama Aidan Gutiérrez O'Brien, de padre español y madre escocesa, pero él decidió usar sólo su segundo apellido, y yo

encantada, porque cuadra mucho mejor con esa imagen que mi memoria reproduce una y otra vez en mi cerebro, que consiste en él cabalgando sobre un caballo blanco, sin camisa y con faldas.

Mi *highlander* particular.

Aunque, siendo sincera, tiene unas pocas entradas, es bastante flaco y no tiene pinta de tener un cuerpo demasiado trabajado, sino que encaja más en la imagen de empollón que en cualquier otra, pero a mí me gusta imaginármelo así, como un hombre varonil y salvaje fuera de estas aulas.

El caso es que da igual que tenga pinta de hacer el crucigrama de los domingos y de que lo vista su madre, porque está increíblemente bueno, si no, ¿cómo se explica que, a pesar del tostón que es su asignatura, sea la única que se queda sin plazas cada año, teniendo en cuenta que hay otros profesores que también dan la misma materia con los cuales el nivel de asistencia es bajísimo? No quiero menospreciar lo buen docente que es, pero creo que es bastante obvio el porqué de que los otros dos grupos estén formados casi íntegramente por tíos. Creo que el 90 por ciento de mi clase sueña con tirárselo en el despacho; Basil y yo incluidos. No hace falta tampoco que explique que el 10 por ciento restante es la diminuta representación masculina que no es homosexual y que, por algún motivo oculto que aún no hemos averiguado, eligió este grupo. Basil dice que algunos se matriculan donde hay predominancia del género femenino con el único objetivo de conseguir echar un polvo antes de que acabe el curso.

Quién sabe.

Aidan se convirtió en mi nueva obsesión el primer día del último año de universidad, que ya está acabando, hace unos ocho meses. Por entonces estaba colgada del tío de las fotocopias, un rastafari rubio que usaba su puesto como tapadera para vender marihuana a media facultad, y antes de ése, del de la tintorería de la esquina de mi calle, hasta que se acostó con Basil. Claro que, en cuanto vi al profesor, centré toda mi atención en él y me olvidé de los demás.

Confieso que cuando digo que se convirtió en el centro de mis fantasías no me refiero solamente a las de índole erótico, que también, sino que me suelo imaginar dando lentos paseos con él de la mano al atardecer, cenando en

restaurantes elegantes, yo con vestido largo y él con un pañuelo con nuestras iniciales bordadas asomándose por el bolsillo de la americana, y comprando armarios en Ikea. Armarios infantiles, para ser exactos.

—¿Crees que no se da cuenta de que lo miras con cara de marrana chupóptera?

—Pero ¿qué dices? ¡Eso no es verdad! —exclamo, y lo hago más alto de lo debido y con un codazo incluido.

Basil me mira con su mejor cara de suficiencia; yo me pongo roja y suspiro.

Cómo me conoce.

—Vale, me encantaría hacérselo en su despacho —hablo lo más bajito que puedo, porque como me oiga alguien me muero y porque no soy yo de decir cosas de ese estilo, sólo las pienso, sin embargo, Basil siempre tiene la capacidad de sacar lo peor de mí—, pero es que ¡¿tú lo has visto bien?! Debería estar prohibido estar bueno y ser profesor. Aunque supongo que eso explica el alto nivel de asistencia y de escandalosos escotes...

—Pues claro que lo he visto, cielo. Creo que me pone tanto que, como pronuncie otra vez «semiótica» con ese acento de pastor de cabras irlandés, me correré en los pantalones.

Mi risa de ardilla histriónica retumba en la sala, y dos alumnas de la fila de delante se giran y me miran de reojo con desprecio, a la vez que chasquean la lengua con fuerza.

Que les den, y a sus escotes de película porno también.

O'Brien me dedica una mirada fugaz llena de resentimiento y me pongo colorada en el acto. Soy una alumna modelo, así que llevo bastante mal que me llamen la atención en clase, y más que sea él el que lo haga.

—Es escocés, no irlandés —lo corrijo.

—Perdóneme usted, futura señora O'Brien.

Vuelvo a reírme por lo bajo y, un par de minutos después, el profesor da por finalizada la clase.

—De acuerdo, el próximo día es el último para poder entregar el trabajo final los que aún no lo hayáis hecho. Ah, se me olvidaba. —Entonces clava sus ojos en mí con determinación y se me cae la carpeta abierta al suelo,

desparramándose todos mis apuntes por el mismo—. Señorita Ojeda Bonet, ¿podría acercarse mañana a las tutorías de por la tarde?

—Sí, por supuesto.

Asiento enérgicamente con la cabeza mientras recojo todos mis folios del suelo y aguanto las risas de Basil a mi lado, que me espera risueño sin intención de mover un dedo para ayudarme.

En cuanto salimos del aula, exploto.

—¿Qué querrá? Antes me ha visto riéndome. ¿Y si va a suspenderme por mala actitud? ¡¿Y por qué a ti no te cita?! ¡Sabía que ser amiga tuya me acabaría dando problemas! —Le arreo un guantazo en el brazo con todas mis fuerzas, aunque, teniendo en cuenta su tamaño y el mío, ni se inmuta.

—Cálmate, pequeña ninja. Seguro que es por algo de tu trabajo. ¿No lo entregaste la primera?

—Sí, hace un mes.

—Ya lo habrá corregido y querrá felicitarte. ¡¿¿Hace un mes??! —grita Basil boquiabierto.

Soy la empollona de la clase, y a mucha honra, pero él no; Basil arrastra asignaturas de todos los cursos, y si aprueba alguna es porque ha nacido con un ángel de la guarda que vela por él sin parar y chantajea a los profesores a sus espaldas, porque, de lo contrario, no llego a comprender cómo acaba aprobando si no hace absolutamente nada. Aunque no me quejo, porque gracias a su irresponsabilidad nata compartimos algunas clases.

Me encojo de hombros y asiento y, por su cara, sé que con total seguridad me tocará ayudarlo a terminar el suyo antes del viernes.

Basil es mi mejor amigo. Bueno, mi único amigo, aparte de Ava. Nos conocemos desde los albores de la humanidad, pero al llegar a la misma universidad unimos nuestros caminos para siempre.

¿Cómo definirlo? Como un desastre con patas. No, como un desastre gay con patas.

No es que la orientación sexual de cada uno importe, pero en su caso explica muchas cosas; en primer lugar, el hecho de que sea mi amigo. ¿Y por qué? Pues porque, antes de vivir en la ciudad, ambos nos criamos en un pequeño pueblo a unos sesenta kilómetros donde la tolerancia brillaba por su

ausencia. Eso hizo que, aunque nos conocíamos de toda la vida, no nos convirtiéramos en uña y carne hasta que la necesidad nos unió.

La adolescencia puede ser la mejor época de tu vida o una mierda del tamaño de América del Sur, como fue en nuestro caso. Así que nos volcamos el uno en el otro y descubrimos que ya éramos increíbles, aunque los demás no lo creyesen, pero que juntos lo éramos mucho más. Y que teníamos más cosas en común de las que nos imaginábamos, porque los dos soñábamos con ser periodistas.

Bueno, con algunas diferencias bastante claras, y es que Basil sueña con ser presentador de algún *reality show* absurdo y denigrante, y yo con ser redactora.

Hace un año consiguió que por fin empezara a llamarlo Basil, y es que es algo así como su nombre artístico o un mote autoimpuesto, pero, en realidad, tiene uno mucho más castizo que odia con todas sus fuerzas.

Basilio Castillo Abad, hijo de Basilio y nieto del primer Basilio. Una familia de ganaderos reconocidos en toda la comarca, rudos, machistas y homófobos a partes iguales.

Basil, la última generación de los Basilio, homosexual declarado y vegetariano convencido, ambas cosas desde tiempos inmemorables. Y con una madre comprensiva que lo llevó a médicos, psicólogos, curanderos y brujas varias con la intención de que su hijo se curase (tanto de sus inclinaciones sexuales como de las gastronómicas, satánicas ambas para sus progenitores).

Una infancia difícil, sin duda.

Físicamente Basil resulta contradictorio. Es un tío muy alto y, a primera vista, con una presencia seria y muy masculina, hasta que habla, sonrío o lo ves en movimiento, porque en realidad es como un niño grande de sonrisa infantil y con la elegancia de un cisne al moverse. Castaño y de ojos verdes, pero habitualmente se tiñe el pelo de colores estridentes. En estos momentos lo lleva bastante largo hacia arriba y con las puntas decoloradas en un amarillo pollo que le hace parecer una fregona andante.

El caso es que da igual lo que se ponga encima, porque sigue estando igual de bueno. De hecho, estuve enamorada de él en silencio desde los trece a los quince años y, durante diecisiete días y ocho horas, fuimos novios uno de

aquellos veranos.

Evidentemente, el pequeño detalle de que un chico de catorce años me hiciese la cobra ya dejaba bastante claro que había algo que no cuadraba, pero yo era tan pava y tenía tantas ganas de tener un novio tan guapo que ni con ésas me di cuenta. Sólo nos dimos la mano.

No obstante, está tan bueno y lo quiero tanto que, si no fuera tan gay, me casaría con él sin pensarlo dos veces.

—¿Cenamos hoy juntos? Es día de bingo, ¿no?

—Claro, mamá sale con sus amigas. Vente cuando quieras y nada de alcohol, Basil.

—¿Tarta de whisky te vale?

—De acuerdo.

* * *

Vivo con mi madre en un piso diminuto, pero tampoco necesitamos más.

Ella trabaja como cuidadora en una residencia de ancianos. Se quedó viuda cuando yo era muy pequeña y nunca ha rehecho su vida, aunque eso no quiere decir que no salga y tenga amigos con derecho a roce de vez en cuando, detalle que prefiero que no me cuente, principalmente porque es mi madre y me cuesta imaginármela en acción, pero sobre todo por el hecho de que su vida sentimental eclipsa con creces la mía, que es inexistente.

Es la mejor madre del mundo, de verdad; es pesada, sobreprotectora y me sigue tratando como si fuese una niña de cinco años, pero la adoro. Lo ha dado todo por mí, y no tendré suficiente en esta vida para agradecerse. Para empezar, el hecho de que dejara su vida tranquila en el pueblo y se mudara conmigo a la ciudad solamente para que yo tuviese la oportunidad de estudiar, dadas las circunstancias.

A mi padre apenas lo recuerdo. No había cumplido los cuatro años cuando murió. Estaba enfermo y no lo supieron hasta que ya era demasiado tarde. No sé mucho más, porque mi madre evita el tema a toda costa, y es que, a pesar de que hayan pasado dieciocho años, aún no lo ha superado.

Sinceramente, creo que, si encontrara al amor de mi vida y me lo

arrebataran tan pronto, yo tampoco lo superaría nunca.

Él es el que, indirectamente, paga mis estudios, así que de algún modo siempre lo tenemos presente, como si se hubiera ido de viaje y cualquier día pudiera aparecer por aquí. Gracias a la pensión por su pérdida y al sueldo de mi madre, vivimos de forma humilde pero de maravilla, aunque nada puede compensar su ausencia.

* * *

Basil se presenta en casa a las ocho de la tarde con sus apuntes, que son una fotocopia de los míos, para que le haga el trabajo del profesor O'Brien, con una película de dibujos animados, una tarta de chocolate y una botella de vino escondida en el bolsillo interior de la cazadora vaquera.

Como siempre, todo al revés de lo que se supone que iba a hacer.

Mi madre abre la puerta, porque me pilla cocinando y con las manos ocupadas, y sólo con oírlos gritar mientras se abrazan me entra la risa.

Mi madre hace que el lado femenino de Basil se multiplique por diez. Creo que, como lo acepta tal y como es, él se deja llevar y aprovecha no tener que fingir ni siquiera un poquito. Claro que también es posible que, al tener una familia que se avergüenza de su orientación sexual y no lo quiere como debería, vea en ella a esa figura maternal de amor incondicional que todos necesitamos.

Oigo a mi madre despedirse a gritos y el sonido de la puerta.

—Holaaaa... ¡Cariño, ya estoy en casa! ¿Dónde está mi culito respingón?

Basil entra en la cocina y me abraza por detrás. Huele a su perfume de Calvin Klein, al chicle de menta que mastica y a seguridad. También puedo notar la botella clavarse en mi espalda.

—Veo que te alegras de verme, porque eso duro que noto es tu amor por mí, ¿no?

—Ay, mi niña, te llega por los omoplatos. Si la tuviese tan larga, podría matarte de un rabazo.

Estallamos los dos en carcajadas y, después de guardar el vino que no pienso abrir y el postre en la nevera, mete el dedazo en lo que estoy cocinando

y se quema.

—Auuu.

—Eso, por imbécil. ¿Qué película has traído?

—*Ratatouille*.

—Genial.

Salgo con la comida en las manos y la coloco en la mesita baja del salón. Basil sale detrás de mí chupándose el dedo quemado y grita con voz cantarina:

—¿¿Y dónde está mi princesa??

Ava aparece corriendo y se lanza a los brazos de Basil con una sonrisa deslumbrante.

—¡Estoy aquí!

—¿Qué hacías, que no salías a buscarme? ¿Pretendes romperme el corazón? —le dice él con un puchero adorable.

—¡No, tonto! Mamá me había castigado en mi cuarto hasta que recogiera todos los juguetes.

—¡Oh, no! Mamá es perversa, pero la queremos igual, ¿verdad?

Ella se ríe y asiente con su cabecita, mirándome con ese amor infantil que te produce en el pecho un placer indescriptible. El pelo castaño alborotado y sus dos ojos azules muy abiertos.

Los dos amores de mi vida se sientan cada uno en un cojín en el suelo y empiezan a engullir la cena. Ava le pregunta a Basil por su gato, al que adora, y él a ella por su nuevo novio del colegio, mientras yo los observo con una sonrisa tonta en los labios.

Mi vida. Mis pilares. Mi mundo entero.

Suspiro feliz, exhalando con mi aliento amor de madre en estado puro.

AVA

Quedarse embarazada siendo aún una niña es una putada.

Así, sin fingir.

No me las voy a dar de nada y decir que ser madre siempre es una bendición, porque no es del todo cierto. Por supuesto que es algo maravilloso de lo que no me he arrepentido ni un instante, pero cada cual debe valorar las circunstancias que rodean a esa maternidad y, en mi caso, no fue fácil. Así que, sí, para mí quedarme embarazada sin haber cumplido los dieciocho años fue una gran putada. Fue una piedra enorme en el camino que hizo que mi vida diese un giro radical que no esperaba, que no deseaba y para el que no estaba preparada.

Al menos, yo lo viví así.

Por aquel entonces no tenía ni idea del amor, ni de lo que supone ser responsable de la vida de otra persona, ni de lo que costaban las cosas. No sabía nada de la vida y dedicaba mi tiempo libre a salir con mis amigas, a comprarme ropa y a pintarme las uñas. Y a soñar con que podría conseguir todo aquello que me propusiera, con que al cabo de unos años sería una gran periodista, trabajaría para una revista de prestigio y mi nombre se reconocería en el mundillo. Sería una mujer independiente e interesante, llevaría tacones de firma e iría al teatro y a galerías de arte de forma habitual. Conocería a chicos tan guapos como Basil y viviría historias de amor como las de los libros. Y cuando encontrara a la persona indicada, tras tener una carrera laboral estable e importante, me casaría y tendría hijos. Viajaríamos, seríamos felices.

Vale, era idiota. Bueno, la verdad es que era una niña y, como tal, aspiraba a que mi vida fuese perfecta. Es a lo que nos enseñan, a soñar por encima de cualquier circunstancia.

Lo que ocurre es que, a veces, la vida misma nos hace tomar decisiones importantes que lo cambian todo.

Volví embarazada la primera vez que mi madre me trató como a una adulta y confió en mí para dejarme ir sola de vacaciones. No sé cómo ocurrió. Vale, evidentemente, el hecho de acostarme con un tío fue determinante, pero juro que usamos protección. Siempre he sido una persona responsable en todos los sentidos, pero eso, en ocasiones, no es suficiente. El caso es que la mala suerte, el azar, un condón caducado o roto, qué sé yo, hizo que mi mundo se pusiera patas arriba.

Tuve que contarle a mi madre que ignoré todos sus consejos y todo lo que me había enseñado hasta la fecha, y que practiqué sexo con un chico del que únicamente sabía su nombre. Me vi obligada a tomar una decisión determinante para el resto de mis días siendo una persona inmadura que apenas se conocía a sí misma.

Además, una vez tomada la decisión de tener al bebé, me enfrenté a las miradas y los cuchicheos de un pueblo que basaba su diversión en juzgar a los demás.

Y eso no fue todo. En el momento más duro de mi vida, tuve que afrontar la pérdida de mi mejor amiga y, por extensión, del grupo entero.

El desprecio de Loreto me destrozó. No sé por qué motivo decidió que ya no era digna de ser su amiga, si por la influencia de sus padres o porque le entró el pánico al verse reflejada en mí e ignorarme la ayudaba a no pensar continuamente que, debido a sus hábitos, podría acabar como yo.

De repente, me vi sola; terriblemente sola, excepto por Basil.

Él frecuentaba nuestro mismo grupo de vez en cuando, pero aquel verano también fue determinante para él. Tuvo un acercamiento con un chico de nuestro instituto, pero, al parecer, él se avergonzó de lo que había ocurrido entre ellos y se inventó una historia sobre Basil que corrió como la pólvora, antes de verse en la situación de que alguien se enterase de la verdad. Y la verdad es que era un homosexual que encubría su orientación haciéndole la

vida imposible a mi amigo.

Nos juntamos por necesidad, ya que ambos estábamos bastante solos, pero, a pesar de que nunca nos habíamos prestado demasiada atención (excepto por ese enamoramiento tonto que tuve con él años antes), fue amor a primera vista. Y, por una vez, el destino nos lo puso fácil e hizo que ambos nos matriculáramos en periodismo.

Fue mi tabla de salvación. Fue ese amigo que necesitaba, un apoyo constante y el hermano que nunca he tenido. Y si no supiera que a nivel sexual le gusto lo mismo que chupar un limón, estaría locamente enamorada de él. Incluso me pidió matrimonio cuando Ava nació, dispuesto a compartir su vida conmigo y ser un padre para ella. Cuando le dije que ni de broma, entre lágrimas de amor incondicional, suspiró aliviado y su cara recobró su color habitual, pero fue un detalle precioso y una digna escena que mi madre fotografió y que se convirtió en una anécdota que contar que corrió rauda y veloz entre el equipo médico de aquel hospital.

Aún no sé por qué decidí tener a Ava.

Recuerdo aquella tarde con Loreto en mi casa, sentadas en mi cuarto frente al dichoso palito y rezando para que esas dos rayitas rosadas no fueran verdad. Recuerdo su cara de asombro y cómo maldijo entre dientes, mientras yo no era capaz de reaccionar. Recuerdo aquella cena, que acabó en la basura, en la que le dije a mi madre entre lágrimas que estaba embarazada. La decepción en sus ojos durante un breve instante y convertida enseguida en determinación y serenidad. Contárselo todo, asumir juntas que nunca encontraría a aquel chico y que únicamente era responsabilidad mía. La primera visita al médico, las primeras miradas y cuchicheos por parte de los vecinos, el distanciamiento de los amigos y una mudanza exprés, no huyendo, pero sí adelantando lo inevitable con tal de no sufrir más de lo necesario. Noches sin dormir en las que rememoraba aquel encuentro de la discoteca, buscando una señal, una pista, algo que me señalase cualquier indicio de dónde podría encontrarlo. Los cambios en mi cuerpo, las náuseas, tocarme el estómago y tener miedo.

Y, de repente, una decisión tomada, sin más.

Estaba asustada, dolida y decepcionada conmigo misma, pero, de algún

modo, elegí hacerlo, y una vez que tuve conciencia de que ya era madre no hubo vuelta atrás.

Lo sientes muy dentro, se te agarra y ya forma tan parte de ti que nunca te desprendes de ello.

Ava nació un 7 de abril. Mi madre no se separó de mi lado durante todo el parto y Basil tampoco se movió de la sala de espera. Cuando la vi, lloré como nunca antes lo había hecho. Por el miedo que me inundó de repente, por el alivio de que todo hubiera salido bien, y de amor, porque era lo más bonito que había visto en la vida. Hasta que la tuve entre mis brazos no había sido capaz de entender lo que supone tener un hijo. Ver a Ava, tocarla, olerla, sentirla piel con piel hizo que despertara dentro de mí una parte que hasta entonces había estado dormida, y todo cambió.

No volví a plantearme intentar buscar a su padre, básicamente, porque era imposible; no sabía más de él que un nombre, que también estaba de vacaciones y el recuerdo de su imagen en mi cabeza.

Pensé que lo olvidaría, pero en el fondo no quería, porque después de que Ava apareciera en mi mundo incluso le estaba agradecida por el regalo tan grande que me había hecho. Con el tiempo, sé que nunca podré olvidarlo, ya que Ava es su viva imagen, pelo castaño, ojos azules y facciones marcadas, como un recordatorio constante de que él, de algún modo, también es parte de mi vida.

Siendo sincera, soy muy afortunada.

A pesar del cambio que supuso el embarazo para mí, nos mudamos igualmente a la ciudad, aunque tuvimos que adaptarnos a los hechos y, en vez de compartir piso con la que hasta entonces era mi amiga, mi madre se vino conmigo, buscó trabajo aquí y empecé mis estudios universitarios como una alumna más, a pesar de que, según pasaba el tiempo, el bulto en mi vientre era más que evidente.

Basil se convirtió en mi guardaespaldas particular y, pese a que perdí parte del primer curso por no poder presentarme a los exámenes finales y voy a graduarme un año más tarde que el resto de mi promoción, pude continuar con mis estudios como si mi embarazo sorpresa no lo hubiera trastocado todo. Incluso, cuando conseguí encontrar un equilibrio entre mi vida personal y lo

demás, logré sacar unas notas excelentes, porque estudiar se convirtió en mi vía de escape, en lo único que hacía para mí y que no estaba centrado en Ava. Y, sobre todo, gracias a mi madre, que hizo malabares para ayudarme con el bebé en todo lo posible y que tuviera la oportunidad de formarme e intentar cumplir mis sueños.

Ser madre tan joven me obligó a madurar a pasos agigantados y a modificar mis prioridades. Gracias al apoyo de los míos, salgo de vez en cuando como cualquier chica de veintidós años, tengo alguna cita o simplemente disfruto de esas cosas superficiales que nos gustan, como irme de compras, pasear o ir al cine a ver algo que no sea una película de animación.

No obstante, en general, llevo una vida bastante tranquila, voy a clase y paso las tardes y los fines de semana con mi familia, haciendo esas pequeñas cosas que consiguen que la vida sea bonita.

Aun así, tener una niña de cuatro años a mi edad te cambia, lo quieras o no.

Por ejemplo, es difícil conocer a alguien que no se acojone cuando le dices que eres madre soltera y, por ese motivo, desde entonces no he tenido ninguna relación. He salido con chicos de vez en cuando, pero nada más que un par de citas y una noche loca sin importancia. Y, explicado así, parece que es algo más habitual de lo que en realidad es, porque únicamente lo he hecho dos veces: con un tío de clase con el que salí durante unas semanas hace un par de años y el verano pasado, en mi veintidós cumpleaños, que acabé dándome el lote con el compañero de piso de Basil encerrados en un baño.

Basil dice que voy a convertirme en una madre virgen, como un milagro religioso. Es un idiota inmaduro, pero reconozco que tiene razón.

Así que, para no lamentarme por mi inexistente vida sentimental, vuelco todo mi amor en Ava, en Basil y en mi madre, y el resto del tiempo fantaseo con tíos con los que nunca tendré una relación, como con mi profesor. O con mi médico de cabecera. O con mi vecino del quinto, que está casado y tiene cuatro hijos, pero que tiene una sonrisa que provoca movimientos sísmicos allá donde la muestra.

Soñar es gratis, ¿no? Y yo me he convertido en una experta.

Pese a lo que podáis pensar, no siento que me falte nada, porque, aunque la

existencia de Ava me hizo hacerme mayor de repente en algunos aspectos, tenerla a ella lo compensa todo.

UNA OPORTUNIDAD

Al día siguiente, estoy de los nervios.

Paso la mañana bastante ausente y por la tarde me cambio tres veces de ropa mientras me imagino las mil posibles situaciones que pueden desencadenarse en el despacho del profesor O'Brien. Creo que los nervios que tengo se deben más a estar sola con él en un espacio tan reducido, esforzándome por no hiperventilar, que a que pueda tener algún problema con su asignatura. Soy una empollona, así que claramente es más por el pánico que me produce su presencia sin tener a Basil a mi lado que a lo otro.

—Mamá, ¿adónde vas?

—Mamá tiene que ir a una reunión con un profesor, cielo. Tienes que quedarte con la abuela, pero te prometo que regresaré pronto.

—¿Van a castigarte sin recreo?

Mi madre se ríe por los razonamientos de Ava, porque es un bicho y cada vez que su profesora la llama es para reñirla por lo que sea que haya hecho. La semana pasada le pintó las cejas con rotulador a uno de sus compañeros, y la anterior apareció una de sus galletas del almuerzo flotando en la pecera de *Clotilde*, la tortuga que tienen como mascota en clase, así que os podéis hacer una idea.

—Ava, mamá siempre se porta bien en clase, seguro que no es nada grave —le contesta mi madre, sentándola en su regazo.

—¿Voy bien así? —pregunto, estirándome los pantalones negros.

—Estás muy guapa, mami.

Sonrío a Ava con agradecimiento y miro a mi madre, que me observa con

una ceja arqueada.

—¿Por qué te arreglas tanto? ¿Quieres impresionarlo?

—¡Qué va! —Y me siento idiota, porque al final me he decidido por los pantalones que mejor me quedan y por mi blusa favorita—. Sólo que... Vale, es muy guapo, ¿sabes? Soy ridícula. Es un profesor, por el amor de Dios, ¿en qué estaría pensando?

Vuelvo a cambiarme de ropa ante la mirada divertida de mi madre, que es de esas que lo saben absolutamente todo y que debe de estar pensando en lo niña que sigo siendo para algunas cuestiones, y de Ava, y después de ponerme unos vaqueros y una camiseta y de recriminarme a mí misma por mi actitud de antes, salgo de casa.

* * *

El despacho de Aidan O'Brien es bastante clásico y serio. Es decir, aburrido.

Me imaginaba un lugar con encanto, bohemio y con detalles personales que lo hicieran a él más interesante de lo que ya me parece, pero, exceptuando una impresionante colección de libros en un espacio tan reducido, no hay nada más destacable. Quizá una planta muerta en una esquina que le da a la estancia un aire sombrío y misterioso, como de novela negra de los años cuarenta.

Me señala una vieja silla de madera para que me siente y yo obedezco con una tímida sonrisa que intenta esconder los nervios que tengo atravesados en la garganta. Hoy lleva una camisa beige y vaqueros, y veo una americana de pequeños cuadros marrones en el respaldo de su silla. Creo que, dejando a un lado que es guapo e inteligente, lo que más me atrae de él es ese aire despistado y su *look* de escritor reservado y algo melancólico. Si tuviera la confianza suficiente, le regalaría una pipa por Navidad.

Veo un ejemplar de *La divina comedia* de Dante sobre la mesa y, aunque en otras condiciones me parecería un poco presuntuoso, es posible que me haya puesto bizca, porque es lo que le faltaba para completar esa imagen de profesor culto y buenorro.

E inaccesible, sí, eso también.

—Señorita Ojeda.

—Llámeme Carlota, por favor.

—Carlota —dice con una media sonrisa preciosa y, cuando pronuncia mi nombre, noto mariposas en el estómago en dirección descendente—, quería hablarte sobre tu trabajo.

—Claro, dígame lo que sea. Si me he excedido en la opinión personal, no tengo ningún inconveniente en modificarlo. A veces tiendo a subjetivar demasiado los textos.

—No, está bien. Si quería verte es porque lo considero brillante.

Me ruborizo en medio segundo, me sudan las manos y fijo la mirada en las suyas. Sus dedos son largos y sus uñas están perfectamente cuidadas; me centro en eso y en cómo sería alargar la mía y tocarlas, lo cual es peor, porque mi sonrojo se intensifica.

Llevo bastante mal los halagos, lo confieso; es algo que siempre me ha dado vergüenza, y más si vienen de una persona que admiro y que me atrae, no puedo evitarlo.

—Gracias.

—No te avergüences. —Levanto la vista y su sonrisa me serena un poco—. Te he hecho venir porque quizá te interese una beca este verano. Sé que ya has realizado tus prácticas este cuatrimestre y con muy buenos resultados, pero un amigo mío, de mis años universitarios, dirige una conocida revista de lo que vulgarmente denominamos «del corazón» y ofrece una plaza para recién graduados. Sé, por tu trayectoria, que es posible que este tipo de prensa no entrara en tus aspiraciones, pero es una oportunidad única.

—Por supuesto..., yo... La verdad es que es uno de mis vicios confesables, soy cliente fiel de ese tipo de prensa.

Y quizá no debería haberlo dicho, pero convivir a diario con Basil ha hecho que me vuelva una especie de adicta a los cotilleos sobre la vida de personas que no conozco. Supongo que todos tenemos nuestros pequeños placeres, lo que me lleva a preguntarme... ¿cuáles serán los suyos?

El profesor O'Brien se ríe, consiguiendo que vuelva a centrar la atención en nuestra conversación y no en la lista de sus posibles placeres inconfesables. Creo que nunca lo había oído reír de un modo informal, y me

enorgullezco por haberle hecho gracia, aunque sea a costa de mi adicción enfermiza a las vidas ajenas.

—Tampoco esperes un gran puesto, posiblemente sirvas más cafés y hagas más fotocopias que escribir, pero este mundillo es así. Lo importante es que hagas contactos y aprendas todo lo posible. Sería un modo magnífico de meter la cabeza en el sector.

Asiento ilusionada, porque es una oportunidad increíble por la que cualquier otro compañero mataría, teniendo en cuenta que consiste en conseguir trabajo nada más terminar la carrera. Aun así, dudo, porque tengo mis prioridades claras.

—Señor O'Brien, yo...

—Lláname Aidan.

Aquí es cuando me sonrojo hasta límites lamentables, pero todo lo digna que puedo lo miro a los ojos y confieso:

—Aidan, yo tengo ciertas responsabilidades familiares. Es un honor que haya pensado en mí, le estoy muy agradecida por la oportunidad, pero antes de nada tengo que saber el horario.

En realidad, aunque trabajara mañana y tarde, podríamos permitirnos contratar a alguien que cuidase de Ava unas horas mientras a mi madre y a mí no nos fuese posible, pero le prometí, y me prometí a mí misma, pasar al menos medio día con ella siempre que pudiéramos hacerlo y no pienso incumplir mi palabra. Así que, si voy a estar metida diez horas en una oficina, no creo que pueda aceptar.

—No quiero ser indiscreto, pero ¿en qué consisten?

—Tengo una hija de cuatro años, creo que no hace falta que explique mucho más.

—Vaya.

Aidan me mira como si fuera un espécimen digno de estudio, como si lo hubiese sorprendido de verdad, y lo entiendo, pero tampoco hace falta que pierda su capacidad cognitiva. Ni que le hubiera dicho que él es el padre (aunque ni que decir tiene que ese detalle es una parte fundamental de mis fantasías).

—¿Aidan?

—Sí, perdona mi actitud, sólo que... no me lo esperaba. No tenía ni idea.

—Soy muy discreta con mi vida privada.

—Claro. Veamos. —Suspira y se concentra de nuevo en los papeles que tiene delante, adoptando otra vez esa pose profesional que tanto me gusta—. Según esto, tu jornada sería similar a tus horarios de clase. Piensa que en verano tienen jornada reducida; quizá algún día tuvieras que quedarte hasta las cuatro, pero no más. Aun así, podría hablar con el director y contarle tu situación, no creo que supusiera ningún problema.

—No —niego con la cabeza y él abre aún más los ojos—, no quiero condiciones especiales. Nunca las he pedido y no voy a empezar a hacerlo ahora. O lo hago como los demás o no puedo aceptar. De hecho, le agradecería que no dijera nada, es mi vida personal y no quiero que pueda condicionarlo de algún modo.

—De acuerdo. Eso dice mucho de ti, Carlota.

Nos quedamos callados mirándonos. Por un momento, el aire en la habitación cambia y empiezo a ponerme de los nervios, porque no entiendo muy bien por qué me mira de ese modo, como si nunca hubiera visto a alguien como yo, signifique eso lo que signifique.

Me muerdo el labio y entonces él carraspea y saca una carpeta del cajón.

—Toma, échale un vistazo en casa con tranquilidad. Es el contrato y todo lo que conlleva. Lo único que me exigen es una respuesta rápida, porque empezarías justo después de los exámenes, dentro de apenas quince días, y antes quieren conocerte. Se fían de mi criterio, pero una primera toma de contacto siempre es buena.

—La semana que viene tendrá mi respuesta sin falta. Muchas gracias por esta oportunidad, de verdad.

—De nada. —Y ahora es él el que se sonroja levemente—. Y, por favor, no me llames más de usted, me hace sentir viejo y aún no lo soy tanto.

Nos reímos cómplices, cojo la carpeta y le digo adiós con la mano, como Ava cuando se despide de su profesora del colegio. Lamentable.

Salgo de la facultad sin todavía crearme que vaya a tener mi primer trabajo en una revista de verdad. Llamo a Basil y, después de chillar un par de minutos y llamarme «zorra chupanardos» porque la envidia lo corroe y sigue

siendo de los que creen que todo en esta vida se consigue con sexo, me da la enhorabuena y me obliga a prometerle celebrarlo juntos con una buena cogorza.

* * *

Llego a casa y me siento con mi madre a estudiar el contrato punto por punto. Ella se emociona como una tonta y, después, cuando descubro que voy a tener un sueldo (mínimo, pero sueldo) y que la revista es una de las que compramos cada mes como un reloj, lo hago yo.

Mi primer trabajo de verdad, en una revista de verdad, con profesionales de verdad.

Ni en mis mejores sueños. Es todo tan idílico que no puedo evitar pensar que va a pasarme algo horrible en cuanto gire una esquina al salir de casa, como romperme una pierna y tener que rechazar la beca. Eso sería muy típico de Carlota.

* * *

Al día siguiente, me levanto con una sonrisa deslumbrante en la cara que mantengo durante toda la mañana, hasta que, cuando acaba la clase de Aidan, paso a dedicársela a él.

—Aidan. —Un par de compañeras, de las que se ponen tacones y escotes vertiginosos para sus clases, me miran con curiosidad por llamarlo por su nombre, y rectifico con rapidez—: Perdone, señor O’Brien.

Se ríe bajito en cuanto las alumnas desaparecen por la puerta y me agarra del brazo con confianza para acercarme a su mesa, bajo la mirada de asombro, muy poco disimulada, de Basil, que me espera a un par de metros sentado encima de un pupitre mordiéndose una uña.

—Carlota, ¿esa sonrisa es un sí?

—Sí, puedo hacerlo. Gracias de nuevo, que confíes de este modo en mí es muy importante. —Le entrego la carpeta con todos los documentos dentro—. Ya los he firmado. Quizá debería haber esperado, pero no pude evitarlo.

Aidan se ríe, yo me río y Basil ahoga un gritito.

—Vale, necesito un teléfono de contacto. La semana que viene ya no hay clases, y con los exámenes no sé cuándo voy a estar en el despacho. Te llamaré cuando me digan algo, ¿te parece bien?

—Cla... claro.

Aquí Basil se ríe, y mucho. Con toda seguridad porque sabe que, ahora que Aidan tiene mi teléfono, me estoy imaginando conversaciones interminables con él que terminan con proposiciones horteras de matrimonio.

—Vale, pues ya iremos hablando. —Basil se acerca y le muestra su trabajo —. Hombre, señor Castillo, ya pensé que no me lo entregaría. Siempre el último.

—Hay que mantener las buenas costumbres.

Los tres nos reímos, porque, aunque parezca que el profesor lo esté sermoneando indirectamente, lo está haciendo con humor.

—Carlota, la primera, y usted el último. —Y sacude la cabeza divertido.

—Los polos opuestos se atraen, ya sabe usted eso que dicen —le suelta, levantando las cejas con picardía.

Aidan se despide de nosotros y nos vamos a casa.

* * *

A las nueve de la noche, mientras estoy bañando a Ava y mamá hace la cena, suena el timbre de la puerta.

—Marifé, ¡que la niña se nos hace mayor!

Pongo los ojos en blanco y oigo cómo mi madre besuquea a Basil, mientras él se deja encantado y hablan emocionados sobre mi nuevo empleo.

—¿Lo dice por mí? —me pregunta Ava, clavando sus ojitos azules en los míos sentada en la bañera.

—Claro, cielo.

Ella sonrío y sigue a lo suyo, hundiendo un barquito de plástico y chapoteando con él. Yo la miro y le aclaro el pelo lentamente, disfrutando de este momento que, sin duda, es uno de mis favoritos del día.

Oímos a Basil explicándole a mi madre los pasos de la nueva rutina de

zumba que le han enseñado hoy en el gimnasio. Sin necesidad de asomarme, sé que mi madre está imitando cada uno de sus movimientos con torpeza, pero con férrea determinación.

—No me habías dicho que venía el tío a cenar.

—Es que no lo sabía. Y, siendo viernes, me sorprende que no haya salido, la verdad.

—Es cierto, mami, los viernes siempre sale a bailar. ¿Cuándo me llevará con él?

Frunzo el ceño, porque si Ava supiera lo que significa «bailar» en el idioma de Basil..., y empiezo a cantarle una canción que hace que ella se olvide del tema rápidamente.

Bendita inocencia.

Cuando Ava ya está con el pelo seco y el pijama puesto, nos reunimos con ellos en el salón.

—¡Mi niña!

Ava se tira a sus brazos enseguida y mi madre se ríe. Después me mira y me sonrío con dulzura.

—Carlota, cielo, vístete. Hoy Basil y tú salís a celebrar tu nuevo empleo —me dice con orgullo.

—¿Qué? No, hoy no. —Y niego con la cabeza mientras recojo uno de los cientos de juguetes de Ava que ocupan nuestro salón—. Tenemos que estudiar y mañana vamos a patinar; hoy no.

—No me seas rancia, ponte un vestidito de esos que marcan ese culito respingón que tienes y vámonos. He reservado mesa en aquel hindú que tanto te gusta, no puedes hacerme el feo.

—¡He dicho que no! Odio que me hagáis estas encerronas, tenéis que dejar de hacerlo. Saldré cuando me apetezca. ¡¿Me habéis oído bien?!

* * *

Una hora después, bebo cerveza tostada con Basil en una tasca de mala muerte. Porque Basil es así, y lo del hindú, obviamente, sólo era un método para engañarme y estamos comiendo patatas bañadas en una salsa de tomate de

calidad cuestionable.

Siempre ocurre lo mismo: él y mi madre como compinche organizan una salida, después yo monto una escena, porque odio que lo hagan, y acabo cediendo.

En el fondo, no es que odie que lo hagan, es que cada vez que me comporto como una chica cualquiera de mi edad me siento fatal, porque pienso que no debería estar por ahí hasta las tantas, sino con Ava en la cama. Después acabo por entrar en razón, y en esas estamos ahora mismo: Basil contándome que se ha comprado un consolador estrambótico y de dimensiones estratosféricas para estrenarlo con su ligue de turno y yo frente a él dándole traguitos cortos a mi cerveza y pensando en todo lo que tengo que hacer mañana.

No me sirve de mucho, porque si una cosa tiene Basil es que es la persona más divertida que he conocido en mi vida, así que consigue que me olvide de todo lo que tengo en la cabeza en cuestión de minutos y, después de medio litro de cerveza barata, ya no puedo parar de reírme y de gritarle que lo quiero.

—Ese vestido te queda genial.

—Me lo he puesto para ti, cielo.

—Te comería enterita si no me provocara retortijones sólo el pensarlo. — Nos reímos y él saca el tema del que sabía que no me iba a librar—. Por cierto, ¿qué te traes entre manos con *Aidan*? —Y pronuncia su nombre con un retintín que me hace dedicarle una mueca.

—Nada, no te montes películas, sólo ha sido amable.

—Ya. «Amable», dice. —Y suelta una risotada fingida.

—¿Y tú con aquel tío de comunicación audiovisual?

Cambio de tema, no porque me apetezca que Basil empiece un monólogo de veinte minutos sobre mamadas en los lavabos de la universidad, sino porque me pone nerviosa hablar de Aidan.

Acabamos bailando como posesos en una discoteca de esas de luces que producen enfermedades cerebrales y me lo paso de miedo. El año pasado fuimos juntos a clases de baile y se nos da bien, así que montamos un espectáculo bastante digno.

Basil liga con un tío, pero le da su teléfono alegando que hoy es noche de chicas y sigue dándome vueltas y cogiéndome en brazos hasta que ocurre lo de

siempre, que acabo susurrándole que estoy enamorada de él y que es una pena que le gusten únicamente los penes, porque yo eso no puedo dárselo.

Él me da un morreo como premio de consolación y ya se me pasa.

La verdad es que me he besado más veces con él que con cualquier otro chico. Un día incluso nos pusimos un poco tontos y nos dimos un magreo de los buenos, pero sin nada reseñable, aunque al menos uno de los dos disfrutó. Y fui yo, creo que ya ha quedado más que clara la calidad de mi vida sexual.

En el fondo, tampoco estoy enamorada de él de verdad, sino que tenemos algo así como un amor platónico; somos perfectos el uno para el otro, pero sabemos que no puede ser. Y, claro, también está el detalle de que a veces me siento sola y, teniendo estos pequeños actos románticos fingidos con él, se me olvida.

Basil me dice que soy la única mujer del planeta con la que se acostaría, y con eso ya me hace sentir especial y única para él, y que no necesito nada más.

Vale, sé que soy muy joven y que tengo toda la vida por delante para conocer a alguien, pero es difícil cuando de repente eres madre y, en vez de salir y conocer chicos, enamorarte y desenamorarte y aprender de cada error cometido, estás cambiando pañales y aprendiendo a ser adulta, cuando aún tú eres demasiado dependiente de tu propia madre. Además, que Basil parezca sacado de un anuncio de calzoncillos de Calvin Klein tampoco me lo pone fácil. Seguramente eso sea lo más complicado en estas situaciones, porque cuando bebo es el único momento en que dejo que mis hormonas tomen el control y por eso acabo metiéndole la lengua hasta la campanilla en cuanto me deja.

Terminamos durmiendo abrazados en mi diminuta cama, observando con ternura cómo respira Ava en la cama de al lado. Basil siempre acaba poniéndose triste cuando bebe más de la cuenta, y yo lo abrazo y le digo que me tiene a mí y que mataría por él. Porque mi amigo tiene un punto de locura genial, siempre sonrío y tiene un chiste en la boca, pero no es más que un escudo autoimpuesto para soportar todo el dolor que arrastra, que no comprende y que no merece, y menos aún porque esto se deba solamente a ser capaz de amar a otra persona de su mismo sexo.

* * *

El fin de semana lo dedico a disfrutar con la niña. El verano está empezando e intentamos enseñar a patinar a Ava y, después de conseguir que se mantenga en pie diecisiete segundos y de dos nuevas tiritas de princesas Disney en sus rodillas, merendamos con mi madre en una terraza preciosa. Vemos películas y jugamos a las muñecas. También estudio mientras ella duerme, plancho y arreglo la lámpara del baño.

Hago algún examen final más y, el jueves por la tarde, recibo una llamada de un número desconocido.

—¿Sí? ¡Ava! ¡Cuidado con esa botella de agua! —La golpea sin querer con su bracito y cae sobre mis apuntes—. Mier... coles, son mis apuntes de gestión de empresas. —Apoyo el teléfono en la mesa y corro a salvar todo lo posible.

—Hola. Soy Ava. ¿Quién eres?

Cuando reacciono, veo a Ava con mi teléfono en la oreja explicando muy seria que ha mojado los deberes de mamá a alguien que desconozco quién es.

—Trae aquí, mi vida. ¿Hola?

—Carlota, soy Aidan.

Me pongo roja en cuestión de segundos y tartamudeo levemente hasta que soy capaz de volver a articular palabra. Es el efecto O'Brien.

—Sí, eh..., hola. Lo siento, hemos tenido un pequeño accidente.

—Ya lo he oído. Tu hija tiene una lengua prodigiosa. ¿Dirección y gestión de empresas periodísticas?

—Sí, tengo examen mañana. —Me muerdo el labio y cierro los ojos un poco cohibida.

—Seguro que a estas alturas ya lo tienes dominado. Te llamaba para decirte que tienes que acercarte a la revista el lunes a las once, ¿te viene bien?

—Sí, claro. Allí estaré.

—Bien, pregunta por Yolanda en recepción. Ella te guiará después. Te llamaré para ver cómo te ha ido. Tú estate tranquila, si pensé en ti es porque puedes hacerlo.

—Gracias, Aidan.

Cuelgo el teléfono con una sonrisa idiota en la cara, y esa noche sueño con una escena preciosa en la que Aidan le lee un libro de duendes y hadas a Ava sentado frente a una chimenea, mientras yo, sobre su regazo, me duermo con sus dedos enredados en mi pelo.

LA ENTREVISTA

El lunes llega en un suspiro.

Me cambio mil veces de ropa, hasta que al final me decido por algo formal pero moderno: pantalón pitillo negro, blusa holgada blanca sin mangas y cuñas negras.

Al fin y al cabo, es una publicación actual destinada principalmente a mujeres jóvenes, así que predicar con el ejemplo es lo más apropiado. Por último, pelo suelto y un ligero maquillaje para que no sea demasiado obvio que no he dormido por los nervios.

Las oficinas se encuentran en el séptimo piso de un edificio altísimo. Me cruzo con un montón de gente trajeada desde que entro hasta que las puertas del ascensor se abren y llego a la recepción de la revista.

En cuanto entro en la planta, abro los ojos abrumada por lo que me encuentro. Paredes en color rosa palo con vinilos negros imitando el estampado *paisley* tan representativo de su imagen. Muebles modernos y relucientes que hacen que se perciba lo que quiere transmitir a sus lectores: juventud, estilo, belleza y actualidad.

Por lo que alcanzo a ver desde la entrada, no hay ni una sola pared que esconda la mayoría de las oficinas y despachos, sino que todo son cristales dividiendo la estancia en diferentes cubículos. Se oye bullicio y una ligera música de fondo.

Me encanta, tanto que tengo que contenerme para no dar saltitos nerviosos.

Una chica joven con el pelo corto rubio me mira con una sonrisa preciosa que yo no puedo evitar devolverle.

—Buenos días, ¿puedo ayudarte?

—Hola, soy Carlota Ojeda. Vengo a hacer una entrevista, me indicaron que preguntara por Yolanda.

—Bienvenida, Carlota. Acompáñame. Yo soy Ana.

—Encantada, Ana.

La chica me guía hasta la zona acristalada y giramos a la derecha por un pasillo mientras me va explicando lo que nos encontramos por el camino.

—A la izquierda de mi recepción dejamos la sala de descanso, es decir, cafetera y una pequeña nevera, y uno de los lavabos, que son mixtos. Las salas acristaladas son otros departamentos que no tienen que ver con el tuyo, principalmente temas de distribución, contratación de espacios, contabilidad..., hay un poco de todo. A la izquierda tienes las salas de reuniones de equipo, donde asistirás con tu supervisor; siempre hay una reunión semanal y la gran reunión quincenal antes de publicación. —Nos adentramos en otro pasillo amplio y ella me señala diversas puertas—. A partir de aquí, los despachos ya son cerrados: redactores, diseñadores gráficos, supervisores de sección..., ya sabes. Y los jefazos, claro, que son los despachos que empiezan en aquel otro pasillo, pero rara vez se relacionan con los simples mortales. Suerte si te cruzas siquiera con uno antes de terminar tus prácticas.

Se para en una puerta y llama un par de veces con los nudillos; después la abre y se despide de mí a la velocidad del rayo.

—Aquí acaba mi visita guiada, te dejo con Yolanda. Bienvenida de nuevo, Carlota.

—Gracias, Ana.

Me guiña uno de sus ojos azules y se marcha taconeando con gracia de vuelta a su puesto.

Yolanda es una mujer de unos cuarenta años, directa y muy eficiente. Es la psicóloga de la empresa y la directora de recursos humanos. Es pelirroja, con el pelo muy rizado y una sonrisa franca que da confianza. Me cae bien en el acto.

Repasa conmigo el contrato punto por punto y me deja hacerle todas las preguntas que se me ocurren, aunque algunas sean estúpidas. Me explica que el

que va a ser mi superior delegará ciertas responsabilidades de su sección en mí, siempre bajo su supervisión, y que me servirá como un excelente trabajo extra para completar mi currículum y, si todo va bien, para futuras ofertas de empleo. Según ella, es posible que Rodrigo, que así es cómo se llama, me utilice también como secretaria personal, pero que no se lo tenga en cuenta, porque habitualmente está desbordado de trabajo por falta de personal y lo hará para sobrevivir un mes más en la empresa. Eso, y que con las vacaciones siempre cargan a los que no las disfrutan hasta después del verano de las tareas de otras secciones.

—No le hagas demasiado caso si se las da de jefe, en realidad es el anterior becario que tuvimos, así que hasta hace poco hacía tu trabajo.

—Entonces ¿tengo que imaginarme que nadie quería ocuparse de la supervisión de la nueva pringada de la oficina? —bromeo.

—Chica lista.

Cuando me cuenta que la sección de Rodrigo es la de ocio y cultura, por poco no me desmayo, porque es la que yo habría escogido de haberme dado la posibilidad. Es perfecto. Demasiado perfecto para ser real. Música, cine, espectáculos, libros, museos..., comienzo a soñar empapada por la esperanza y la ilusión con las que me ha alimentado Yolanda en apenas unos minutos, hasta que me dice que ya es hora de conocer el que va a ser mi lugar de trabajo durante todo el verano.

El despacho de Rodrigo Silva se encuentra al lado del de Yolanda. Ella me acompaña hasta allí y abre sin ni siquiera llamar a la puerta. Se asoma con decisión, pero yo espero fuera aguardando a que me indiquen que pase.

—Hostia, Yoli. Llama a la puerta, ¿y si me estoy pajeando?

Toso con fuerza por la impresión, totalmente alucinada por lo que oigo.

—No tienes tiempo ni para masturbarte. Y no deberías hablarme así sin saber antes si estoy o no acompañada —le contesta ella, pero lo hace de forma amistosa, como si estuvieran en el salón de un piso universitario compartido y no trabajando en una de las publicaciones de prensa rosa más conocidas del país.

Yo sigo escondida detrás de la puerta, más encogida por momentos por la impresión inicial. Quizá debería darme la vuelta y marcharme. Hacerlo me

parece de repente una gran idea.

—¿Es la chica nueva?

Yolanda asiente y me indica con la cabeza que entre.

Doy dos pasos y me encuentro en un despacho con dos mesas y una ventana por la que entra una brisa cálida. Veo dos pósters en una pared con un par de frases motivacionales y una papelerera llena de latas de refresco vacías. Hay cactus en la poyata y un monopatín en una esquina. Veo muchas cosas que no cuadran con la idea que me había formado en mi cabeza de lo que debería ser el despacho de un redactor.

No obstante, no son esos detalles los que captan mi atención hasta el punto de faltarme el aire, no. Los que abotargan mis sentidos son unos ojos, de color azul y ligeramente achinados. Unos ojos que sonrían y que se fijan en los míos con aparente amabilidad.

—Hola. Bienvenida, Carlota.

Se levanta y se acerca a mí con decisión. Yo pestañeo un par de veces con rapidez, deseando comprobar que esto no es más que una mala pasada de mi mente producida por los nervios, el cansancio y la falta de sueño. Pero no, porque sus dos ojos azules son los mismos que he intentado olvidar en vano durante estos años.

Cuanto más se acercan, más ganas tengo de desaparecer.

—¿I... Iván?

Ellos me miran confusos y un poco preocupados, porque sé que me he puesto pálida en el acto y tengo tantas cosas en la cabeza que dudo mucho que pueda reaccionar como una persona normal en este instante.

Lo estudio a toda velocidad, intentando comprender qué es lo que está ocurriendo, y con el pánico reflejado en mi rostro, y compruebo que está diferente, más hombre, con los rasgos más marcados y una sombra de barba, pero esos ojos son inconfundibles. Nunca podría olvidarme de ellos. Principalmente, porque los veo cada día en mi hija de cuatro años.

Su voz me había resultado familiar al oírlo antes de verlo, pero me parecía algo tan inverosímil que ni me lo planteé.

«Es imposible —me digo—, debe de tratarse de una broma.»

Pero nada desaparece; ni la imagen, ni el recuerdo que vuelve insistente, ni

la sensación de pánico apoderándose de todo mi ser.

Su mirada sigue clavada en la mía y yo no puedo dejar de pensar que tengo que salir de aquí, porque esto es tan difícil para mí que no sé cómo actuar. Trago saliva y cierro los ojos con fuerza intentando en vano serenarme, desaparecer o que, al abrirlos, vea una cámara oculta que me afirme que esto es un chiste de mal gusto, que él se quite la careta que lleva puesta con el único rostro que podría ponerme del revés y reírnos juntos al descubrir al verdadero Rodrigo Silva, un señor con bigote, alopecia y tendencia a hacer novatadas a las becarias. Pero nada de eso ocurre, porque va a ser cierto eso de que, a menudo, la realidad supera a la ficción, y ésta es una de esas ocasiones.

—¿Estás bien? Rodrigo, acerca esa silla —le indica Yolanda, realmente asustada por mi reacción.

Él obedece, me coge del brazo con delicadeza e intenta hacer que me siente. Yo lo hago por inercia y, si tenía alguna duda o pensaba hasta ahora que era probable que estuviera perdiendo la chaveta y experimentando una alucinación por la falta de sueño, tenerlo tan cerca es como una bofetada para mis sentidos. Sus rasgos, su nariz, la pequeña cicatriz en la ceja izquierda donde un día tuvo un pendiente. Hasta el recuerdo de un aroma olvidado.

—Yo... Iván...

—Eh, Carlota, me estás confundiendo con alguien. Yo soy Rodrigo, ¿vale? Vamos a llamar a un médico, seguramente los nervios te hayan jugado una mala pasada.

Frunzo el ceño e intento comprender por qué me dice que no es Iván, porque no puede ser otra persona. Es imposible, a no ser que...

—¿Tienes un hermano gemelo? —Y arrugo la nariz ante lo ridículo que suena eso.

—No, sólo tengo una hermana mayor que yo.

Él se ríe por mi pregunta y ese sonido me evoca tantas cosas que me mareo. Me transporta a aquella noche de nuevo, una noche que cambió mi vida para siempre, y casi siento sus manos tocándome, su voz susurrándome lo bonita que era y la sensación de sentirme especial; pero no sólo es eso, porque también revivo en la piel el dolor, el miedo y todo lo malo a lo que me tuve

que enfrentar en aquel momento.

Sola.

La sensación de asfixia me oprime el pecho.

Me levanto de un salto y me alejo de ambos con un temblor más que evidente.

—Lo siento, yo... no puedo hacer esto.

Salgo corriendo. Puedo oír los gritos de Yolanda a lo lejos, y hasta que me encuentro en la calle no vuelvo a respirar con normalidad.

Vale, ¿y ahora qué?

* * *

Paseo durante una hora. Una hora en la que me dedico a pensar, o más bien a intentarlo, porque soy incapaz de razonar de una manera sensata.

En algún momento consigo calmarme y vuelvo a casa.

Mamá y Ava están haciendo la compra, así que tengo tiempo para estar a solas, intentar relajarme y meditar sobre lo que ha ocurrido.

Joder.

Me tumbo en la cama y me tapo la cara con las manos.

Mierda.

Y no encuentro nada, porque el bloqueo es demasiado intenso y sólo llego a la conclusión de que este momento se merece todos los tacos que me sé y que habitualmente no me permito pronunciar.

Me meto en la ducha y dejo que el agua helada me quite la horrible sensación de miedo que me ahogaba desde que lo he visto. Siempre que me siento mal lo hago y es como un bálsamo para mí; como si el agua fría pudiera borrarlo todo. Pero, por primera vez, no lo hace...

Al principio me he sorprendido. Ha sido como ver un fantasma, porque en eso se había convertido Iván, ¿o tengo que decir Rodrigo?, en un recuerdo que, si no fuese por Ava, me parecería irreal. Después he comenzado a sentir el miedo, el pánico, una reacción natural y primitiva de protección hacia mi niña, porque la existencia de su padre lo cambiaría todo.

Cuando me enteré del embarazo nunca tuve que cuestionarme nada, porque

al ignorar quién era, dónde vivía y al no tener nada por dónde empezar a buscar, no tenía opciones, pero ¿y ahora? ¿Qué se supone que voy a hacer ahora?

* * *

Me visto de nuevo y llamo a Basil. Quedamos al cabo de una hora en su casa y decido ir paseando para hacer tiempo mientras me esfuerzo por recuperar el control de mí misma.

Basil comparte piso con una chica y un chico. A pesar de tener una relación pésima con su familia, nunca se han negado a pagarle los estudios y sus gastos, aunque él dice que preferiría no deberles nada, pero en el fondo se aprovecha de ello y les saca todo el dinero posible como una manera de vengarse por todo el daño que le han hecho y, como proclama él siempre que puede, «a disfrutar de la vida, que son dos días».

Cuando llego, Álvaro me abre la puerta y me da un abrazo antes de dejarme pasar. Con él fue con el que acabé en mi último cumpleaños, hace ya casi un año; es mono, siempre me trata genial y le gusto desde hace tiempo, pero se pasa todo el día fumando hierba, hablando de fósiles (estudia paleontología) y viendo porno asiático (según Basil, claro, porque no es algo que él vaya contando a todo el mundo), así que, no, no es mi tipo y, por sus gustos sexuales, intuyo que yo tampoco el suyo.

Mi amigo me espera en su habitación con una cerveza helada que acepto gustosa. No suelo beber más que cuando salgo con él o en ocasiones importantes, pero está claro que hoy lo necesito.

Nos quitamos los zapatos y nos sentamos en su cama.

—Mi niña, ¿qué ha pasado? Me tienes asustado. —Yo bebo un trago largo y clavo la mirada en un cuadro de la pared, sin saber muy bien por dónde empezar. Él comienza a ponerse histérico, porque odia la tensión, y a hacer suposiciones a voz en grito—: ¿No te han cogido? ¿Te contrataban a cambio de hacerle sexo oral al jefe bajo su mesa? ¿Tan feo era? ¿Todo era una encerrona de Aidan para traficar con tus preciosos órganos? Dime que no has perdido el metro y has llegado tarde, o que te has dormido. Ay, Carlota, tú eres

la responsabilidad personificada, si es que...

—Lo he visto. Con mis propios ojos.

—¿A quién? Dime que no has visto a Andrés Velencoso paseando por la calle. Ay, madre, ¡todo el día pegado a ti y me lo pierdo! Eso sería tan cruel...

—Basil, cállate un momento. —Asiente y me mira sin pestañear—. He visto a Iván.

—¿Al que me tiré el curso pasado? —pregunta confuso—. Bah, ya lo superé, no te preocupes por eso. ¿O te ha dicho algo? Si te ha contado algo sobre una historia sórdida con un calabacín y un bote de mostaza, te juro que no es verdad. No era mostaza.

—A mi Iván. Al padre de Ava.

Decirlo en voz alta hace que me tiemble el cuerpo.

Miro a Basil, que me mira a su vez totalmente pasmado, porque esto es lo último que esperaba oír. Abre y cierra la boca, pero no dice nada, y dejar a Basil sin palabras tiene su mérito, creedme.

Se apoya contra la pared y nos mantenemos los dos en un silencio extraño durante unos segundos, y digo «extraño» porque no es lo propio en nosotros.

Su mano se acerca a la mía y entrelazamos los dedos.

Tengo ganas de llorar.

—Carlota, ¿estás segura de que era él?

—Claro que sí. En julio hace cinco años de aquello, no veinte. Además, nunca podría olvidarme de él. Me hizo un bombo, ¿recuerdas?

—¿Y él te ha visto?

Me río con amargura y le cuento todo a Basil, desde el momento en que conocí a Ana hasta que salí de allí corriendo como una lunática. Él me escucha atento y sólo abre la boca para lanzar grititos de desconcierto. Según voy relatando lo sucedido, la situación va cobrando forma y se vuelve más real, porque hasta hace una hora me parecía un mal sueño. Comienzo a agobiarme por un montón de cosas, como qué le voy a decir a Aidan para disculparme por el numerito que he montado, o cómo voy a seguir con mi vida como si nada sabiendo que él está en algún lugar de esta misma ciudad, o cómo es posible que no haya visto ni un atisbo de duda en sus ojos cuando me ha mirado, porque es obvio que no me ha reconocido, o por qué cojones me

engañó con su nombre.

—¿Y qué vas a hacer?

—No lo sé. Lo primero, rechazar el trabajo e inventarme cualquier excusa para Aidan y mentir a mi madre.

—¿Por qué vas a mentir a Marifé? —pregunta escandalizado y un poco dolido, porque a mi madre no se le miente. Nunca.

—Porque... esto es decisión mía, Basil. No quiero responsabilizarla de nada ni que me presione para hacer algo que no estoy dispuesta ni siquiera a meditar. Es demasiado. Le diré que no me han cogido y se acabó.

—¿Y después?

Niego con la cabeza y él me agarra y me tumba contra su cálido pecho. Estar en sus brazos siempre me hace sentir que nada puede salir mal, pero esta vez es diferente.

Nunca me había sentido tan adulta y tan niña a la vez.

—Pues no lo sé... Quizá debería olvidarme de todo. Al fin y al cabo, él no ha sabido nada de mí ni de Ava en todo este tiempo, y así todo está bien. Además, ni siquiera me ha reconocido, ¿por qué deberíamos cambiarlo?

—Pues porque cuando Ava siga creciendo, empezará a hacer más preguntas de las que hace ahora y te odiarás por mentirle sabiendo que tuviste una posibilidad de que conociera a su padre.

Y es verdad. Porque no podría ni mirarme a la cara si pasaran los años y yo le hubiese negado a Ava esa posibilidad. Sé lo que es criarte sin un padre sabiendo que te quería, y también sé por Basil lo que es criarte con uno que no, así que no podría quedarme al margen de esto, porque Ava tiene derecho a saber de qué clase es y tampoco puedo ignorar el hecho de que, pese a todo, él también tiene derecho a saber que tiene una hija.

Estoy tan asustada que rompo a llorar.

—¿Y qué hago? Llego y le digo: «Perdona por lo del otro día. Por cierto, ¿te acuerdas de que me la metiste hace cinco años? ¡Pues te tocó el premio gordo! Te presento a Ava, es tu hija».

Basil se descojona mientras me pellizca las mejillas y me deja besos en ellas, limpiándose las lágrimas con los pulgares.

—Ay, pero cómo eres, Carlotita. Lo primero, date unos días para pensar;

en frío las cosas se ven de otra manera. Eres una chica lista y una mamá como ninguna, seguro que se te ocurre algo. Y después..., ya veremos. Lleva cuatro años sin conocer a Ava, no pasará nada porque espere un poco más.

Asiento a sus palabras y me sereno un poco.

Tiene razón; al menos tengo una oportunidad para hacer las cosas bien, para conocerlo primero y saber de él. Dispongo de la posibilidad de preparar el terreno para hablarle de Ava.

—Basil, ¿y si no es el chico que deseo que sea? Tengo el recuerdo de una noche loca en la que fue dulce y atento, pero también se largó. ¿Y si no es la persona que me imaginé que sería y me arrepiento de que sepa de Ava? ¿Y si me la quita, Basil?

Porque ése es el mayor temor que tengo. Soy consciente de que no podría hacerlo, al fin y al cabo, es un desconocido para Ava, pero eso no quita que quiera formar parte de su vida, y desconozco la clase de persona que es.

—No digas chorradas. Además, antes pasa por encima de mi cadáver. De momento es mi niña, no la suya.

Achucho a Basil entre mis brazos y sonrío contra su hombro a la vez que dejo que tanta tensión salga en forma de lágrimas, porque sé que haría lo que fuera por nosotras, no hace falta que me lo diga y sus palabras disipan un poco ese miedo que empezaba a apoderarse de mí.

Pienso en Iván y en el momento en que sus ojos se han posado en los míos por primera vez, y me enfada el hecho de no haber visto nada en ellos. Absolutamente nada.

¿Cómo es posible que no reconozcas a una persona con la que te has acostado? ¿Tan poca importancia tuvo para él? Vale, es mayor que yo y seguro que estaba mucho más que acostumbrado a situaciones de ese tipo; además de borracho como una cuba, eso también. Y hay algo que todavía me enfurece más.

—Basil, ¿por qué me dijo que se llamaba Iván?

Se tensa y, al alzar la vista hacia su cara, veo que frunce el ceño y sé que su respuesta no me va a gustar.

—Bueno..., algunos lo hacen para que no sepas nada de ellos, es decir, para que sólo sea eso, sexo sin compromiso, sin explicaciones, y mañana... si

te he visto, no me acuerdo. También puede darse el caso de que tuviese una novia y por el mismo motivo se cubriera las espaldas. Si te lo cruzas por la calle al día siguiente con ella y lo llamas Iván..., dirá que te estás confundiendo y tu propio asombro no te hará insistir demasiado. No sé. O quizá... sólo sea idiota.

Medito las opciones y no me decanto por ninguna, porque todas me dejan un sabor amargo en la boca.

Durante estos años he rememorado un millón de veces aquella noche, y la necesidad de sentirme bien conmigo misma hizo que me inventara una buena imagen de él sin conocerlo. Quizá lo hice porque no quería que la llegada a mi vida de Ava se viera ensombrecida por ningún recuerdo negativo, o quizá porque así era más fácil y, total, era lo único que tenía, esas fantasías, así que me he estado agarrando a ellas. Al menos hasta ahora, porque la posibilidad de conocerlo hace que todo lo que he construido para protegerme se pueda romper. Al igual que hace que las posibilidades que me ha mostrado Basil hagan a Iván más humano y más lejos de la imagen ideal que había creado en mi cabeza. También me hace recordar lo que sentí cuando me desperté sola en aquella habitación, porque el detalle de que se largase sin despedirse de mí lo había guardado en algún rincón de mi mente y ahora se muestra de nuevo con el sabor del desencanto. Y luego está la posibilidad de cumplir mi sueño, de que me he esforzado muchísimo durante estos años para conseguirlo y me merezco esta oportunidad. La creencia de que no debo permitir que por él todo el trabajo realizado se quede en nada.

Por otra parte, en algún momento tendré que empezar a independizarme de mi madre y ésta es una buena oportunidad para ahorrar algo de dinero de cara al futuro.

—¿Sabes? Creo que debería aceptar el trabajo.

—¡¿Qué has dicho?! —exclama, incorporándose y obligándome a hacerlo a mí con él.

—Conocerlo antes de nada para saber a lo que me enfrento y quizá así sepa mejor qué es lo que debo hacer. O, al menos, cómo hacerlo del mejor modo posible para todos. Además, me lo he ganado y una oportunidad así sólo se presenta una vez.

Basil me mira, al principio confuso, aunque después su cara se va transformando en una mirada maliciosa que da auténtico pavor.

—¿Sabes? Creo que es una idea excelente. Refréscale la memoria, culito respingón. —Y alza las cejas con picardía.

Voy a contestarle y a decirle que no se monte películas cuando mi teléfono empieza a sonar.

—Hola.

—Carlota, ¿estás bien? Me llamaron de la revista, ¿qué ha ocurrido? —Y parece realmente preocupado, lo que me hace sentirme fatal por haberlo hecho quedar mal a él.

—Sí, sólo que... Oye, Aidan —en cuanto pronuncio su nombre, Basil se pega a mi cuerpo como una lapa para intentar escuchar la conversación—, ¿qué te parece si te invito a un café y te lo cuento?

—Claro, lo único que tiene que ser a partir de las seis. ¿Te viene bien?

Quedamos a las siete en una cafetería que ambos conocemos y que está a medio camino de la universidad y de mi casa. Basil se vuelve loco, porque, según él, tengo una cita con el profesor y parece un argumento tan de película porno que me obliga a ponerme un vestido cortito y un poco de maquillaje.

«Por si acaso», dice.

Cuando llego, Aidan ya está sentado a una mesa ligeramente apartada y da sorbos a una taza de café mientras ojea unos papeles.

Lleva una camisa blanca y vaqueros, mi conjunto favorito.

Empiezo a odiar a Basil en silencio por haber elegido un vestido tan corto y a insultarme a mí por haberle hecho caso, porque parezco una *groupie* enamorada de su profesor. Que puede que lo sea, pero él no debería llegar a saberlo.

Debe de pensar que soy una niñaata; según nuestros cálculos, me saca mínimo quince años, y al observar mi reflejo en el espejo de la barra me veo más niña que nunca.

Antes de darme la vuelta y echar a correr, él levanta la mirada de los folios y me sonrío comedido. Cojo aire y me acerco con una sonrisa de disculpa, porque no es el momento de fantasías tontas, sino de aferrarme a la realidad, a mi realidad, y luchar por ella.

—Aidan, lo siento.

—Hola, Carlota. Tranquila, me preocupa más que tú estés bien.

Y es tan mono que hago lo único que puedo hacer, inventarme una historia sobre unas pastillas que me han recetado, mezcladas con los nervios por el trabajo y el cansancio por tanto estudiar y tan poco tiempo para dormir. Él asiente con comprensión, hasta que habla y me siento tan culpable que estoy a punto de confesar, porque es la primera vez en mi vida que voy a utilizar a Ava como parte de una excusa. Ni siquiera lo he hecho antes cuando de verdad ella era el motivo.

—Lo entiendo; además, no te olvides de que en tu caso hay que sumar que eres madre. Me resulta increíble que tengas tiempo para todo, teniendo en cuenta que tus notas son excelentes.

—Sí, es complicado.

Y ambos asentimos con cara de «pooooobre Carlota».

Me bebo el café de un trago y me quemo un poco la lengua, pero no me importa, ya que al menos tengo algo nuevo en lo que pensar, porque Aidan empieza a hablarme de Rodrigo y no quiero que note que mi cara cambia en el acto.

Rodrigo Silva, el mismo que se acostó conmigo, me dejó preñada y no recuerda ni siquiera mi cara. Por Dios bendito..., parece el argumento de un telefilme de baja calidad.

Me cuenta que fue alumno suyo el primer año que empezó a dar clase en la universidad, que era muy inteligente y creativo y que por ese motivo también obtuvo una beca, pero en el área de publicidad, porque resulta que estudió publicidad y relaciones públicas primero y después cursó dos años más y obtuvo la licenciatura en periodismo. Acabaron ofreciéndole un puesto en la revista, que aceptó.

Yo lo miro impresionada, aunque ya no finjo, porque la verdad es que Aidan cuenta maravillas sobre Rodrigo. Recuerdo que me fijé en él gracias a una conversación relacionada con el tema, así que todo cuadra. Quizá si no me hubieran llamado la atención sus palabras, nunca me habría fijado en él y ahora no estaríamos aquí, porque ¿qué probabilidad existía de que los dos soñáramos con ser periodistas? Por no hablar de que acabáramos en la misma

ciudad y en la misma empresa. Parece una broma de mal gusto.

Me habla también del director de la revista, de que son viejos amigos desde su época universitaria y de que él está dispuesto a darme otra oportunidad, siempre y cuando esta vez no salga corriendo. Yo le doy las gracias una y mil veces, y me apunto mentalmente comprarle una caja de bombones o algo por el estilo por las molestias.

—Aidan, de verdad, te prometo que estaré a la altura. Voy a hacer que te sientas orgulloso de mí. —Él se ríe y yo me pongo del color del pimiento morrón—. Lo único que te pido es que me gustaría mantener a Ava fuera de esto, prefiero que no sepan nada de mi vida.

Aidan me promete discreción y me explica que, como ya he firmado todos los papeles necesarios con Yolanda, no hace falta que vuelva, pero que Rodrigo me ha citado el miércoles para entrevistarme de nuevo y después ya no tendría que volver hasta mi incorporación.

Agradezco en silencio tener al menos otro día más y así poder prepararme a conciencia para verlo otra vez.

A partir de ahí me relajo y disfruto de una conversación tranquila con Aidan. Por primera vez en todo el día me olvido de lo ocurrido, como si sólo hubiese sido un mal sueño. Sé que no lo es, pero necesito descansar y soltar la tensión, así que me agarro con fuerza a la fantasía de estar allí con mi profesor favorito, como una chica cualquiera enamorado y con la cabeza llena de sueños y vacía de preocupaciones.

Como una Carlota que no soy.

Él pide una cerveza y yo un zumo de piña. Me pregunta por Ava, por su colegio, y le cuento alguna travesura de las suyas con esa sonrisa bobalicona que siempre se me pone al hablar de ella. Le cuento que vivimos con mi madre. No me pregunta por el padre de Ava ni por el mío, detalle que le suma un punto enorme, aunque ya me imaginaba que es de esas personas que respetan ese tipo de intimidad.

Hablamos de mis exámenes y me cuenta anécdotas divertidas de cuando él estaba en la universidad. Pasa el tiempo y, mientras me está hablando sobre un viaje a Italia que hizo hace unos años, me imagino a mí misma frente a la mesa observándonos desde fuera y pienso que debemos de parecer una pareja

cualquiera que se está conociendo, y me gusta lo que veo. También me pregunta por Basil, porque siempre nos ve juntos, y me deshago en halagos con él, mientras Aidan me mira con un brillo en los ojos que nunca le había visto hasta ahora.

Cuando se acerca el camarero y saco mi cartera para pagar, él pone su mano sobre la mía para impedirlo y noto cómo mi cuerpo se pone alerta, con el rubor creciendo a una velocidad preocupante. A veces me parece increíble que sea capaz de criar a otro ser humano, cuando soy incapaz de sentir el tacto de una persona que me atrae sin la posibilidad de desmayarme.

Veó cómo se le levanta la comisura de los labios en un amago de sonrisa al darse cuenta de mi reacción y, con delicadeza, vuelve a quitarla y paga la cuenta. Es un caballero, de eso no hay duda, y me reconforta de un modo increíble haber pasado una de las tardes más complicadas de mi vida a su lado.

Me acompaña caminando tranquilamente hasta casa y, si no fuera porque es mi profesor y porque esto ha sido una especie de tutoría por mi cagada de esta mañana, pensaría que es la mejor cita que he tenido en mi vida. Lo que no sé si es una buena señal o más bien algo lamentable. Opto por no pensar demasiado en ello, ya que la respuesta flota frente a mí como un ente endemoniado.

—El miércoles vete tranquila, ¿de acuerdo?

—Sí, claro, no volverá a pasar. Si quieres... puedo llamarte después, para contarte cómo ha ido... —Y me arrepiento en el acto de habérselo dicho.

—Claro, me encantaría.

Pues, vaya, ya no me arrepiento tanto.

—Vale —ya estamos en la esquina de mi calle, así que paro y me despido de él intentando no parecer demasiado imbécil como la última vez—, pues hasta el miércoles entonces. Gracias por todo otra vez, Aidan.

Aquí es cuando debería contaros que me doy la vuelta con elegancia y veo su rostro mirándome marchar en el reflejo de un coche o de un escaparate, como en las películas que acaban bien, pero no. No sé por qué, me pongo nerviosa y, antes de ser consciente de lo que estoy haciendo, mis labios se posan en su mejilla y le doy un beso.

Un beso. Sí. A mi profesor.

Cuando se tensa, me quiero morir, así que, para arreglar el momento, le planto un beso en la otra mejilla. Como si fuese algo natural, aunque no lo ha sido ni por asomo, y ambos lo sabemos. Claro que, en el hipotético caso de que hubiera funcionado, salir corriendo después hasta mi casa no deja lugar a dudas.

Subo en el ascensor muerta de vergüenza y deseando mudarme mañana mismo a China y no tener que volver a verlo; aunque, en cuanto recuerdo su mano sobre la mía y lo a gusto que me he sentido, se me pasa. Soy así, una mujer de contrastes que lo mismo se comporta como una adulta afrontando un reencuentro con el padre desaparecido de su hija como le da un beso, cual niña impresionada, a un profesor universitario.

Mi vida da pena.

—¡Mami! Mira, he hecho un dibujo.

Ava me recibe con una hojita pintarrajeada, aunque yo, que hablo su mismo idioma, soy capaz de ver en ella un sol y a la abuela debajo con su vestido de flores.

—Es precioso, la abuela ha salido muy favorecida.

Me besa orgullosísima de sus dotes artísticas y, cuando me cambio, nos sentamos las tres a cenar.

Odio mentir a mi madre, entre otras cosas, porque se me da fatal, pero no tengo más opción que inventarme un proceso de selección más duro que el que evidentemente he tenido y decirle que el miércoles, después de la entrevista con mi jefe, ya podré saber con seguridad si el puesto es mío.

Sé que no me cree, pero tampoco dice nada. Y yo no estoy preparada para profundizar en el tema ahora mismo. Siendo honesta, no creo que llegue a estarlo nunca.

A las diez acuesto a Ava y le leo su cuento favorito. Se llama *Toto*, me lo leía mi padre cuando era pequeña y ahora se lo leo yo a ella. Es la historia de un muñeco de trapo que va cambiando de dueño según éstos crecen, pero lo bonito del cuento es que, aunque se deshagan de él, siempre hay otro niño esperándolo con los brazos abiertos. De ese modo, Toto nunca se siente solo y siempre se siente querido.

Le dejo la pequeña lámpara de la mesilla encendida y vuelvo al salón con mi madre.

—Mamá, voy a leer un rato en la habitación, estoy cansada.

—Buenas noches, cielo. —Nos damos nuestro beso de cada día—. Estoy muy orgullosa de ti, Carlota.

—Gracias, mamá.

Me sonrojo y me encierro en mi habitación sintiéndome fatal por haberle mentado.

Comparto dormitorio con Ava, pero está tan acostumbrada a que yo me quede estudiando o haciendo cosas hasta tarde que ya me puedo poner a picar hielo en su oído que ni se inmuta.

Cojo un taco de apuntes del último examen que me queda por hacer y, antes de terminar la primera página, suena el teléfono.

—¿Sí?

—¿Carlota? Hola, soy Rodrigo, de la revista. —Meto tal salto que por poco no me pego al techo—. Lo siento si es tarde, pero es que he tenido un día de locos. ¿Cómo estás?

Estoy tan alucinada que no sé ni qué decir; además, aún no me acostumbro a oír su voz de nuevo, porque era lo único que había olvidado, pero, en cuanto la oí, todo volvió con fuerza.

—Bien..., sí, gracias. ¿Cómo has conseguido mi teléfono? —le digo a la defensiva.

—Tengo todos tus datos. Perdona si te molesta mi llamada, sólo que... me quedé preocupado, parecías ida y quería saber si estabas bien.

Me muerdo la lengua y respiro profundamente antes de hablar, porque no sé por qué motivo me enfurece tanto cuando sólo me ha llamado para ver cómo estoy; debería considerarlo un detalle por su parte, pero la sombra de todo se cierne sobre mí y lo enturbia.

Además, me enferma que no se acuerde de mí.

—Iv... Rodrigo —me cuesta horrores decir su nombre, pero es que llevo toda la vida pensando en él como Iván y no es tan fácil cambiar eso tan rápido —, gracias por preocuparte por mí. Y te debo una disculpa, no sé qué me pasó. Te prometo que soy de lo más corriente en todos los sentidos.

Su risa me enfurece de nuevo un instante, pero después, con sus palabras, me veo sonriendo, y eso es sorprendente de un modo que me desagrada.

—No me gusta la gente corriente, así que no pasa nada si la lías por aquí de vez en cuando, pero sólo si es para reírnos, porque no parecías estar pasándolo muy bien esta mañana.

—No, la verdad es que no.

—Oye, lo cierto es que... me resultaste familiar, pero con lo que te pasó... ¿Habíamos coincidido antes? —pregunta dubitativo.

Yo me muerdo el labio hasta sentir el sabor metálico de la sangre y cuento hasta diez para serenarme y no decirle algo que no debería, como que lo odio por lo que provocó en mi vida o que le estaré eternamente agradecida por el regalo que me hizo.

Siento de nuevo el pánico ascendiendo por mi espalda.

—No, no, yo... Oye, tengo que dejarte, ¿nos vemos el miércoles?

—Claro. Que descanses, Carlota.

—Igualmente.

Y no descanso en absoluto, porque tengo tantas cosas en la cabeza que siento que me va a estallar.

TOMA DE CONTACTO

Paso un día demasiado tranquila, teniendo en cuenta las circunstancias, pero es que en ocasiones es demasiado fácil posponer las situaciones a las que debemos enfrentarnos, y eso he hecho, bloquear el miedo para evitar volverme loca.

El miércoles vuelven los condenados nervios, pero esta vez tengo a Basil a mi lado dándome apoyo moral y diciéndome que soy la mejor mientras me visto. Es como tener un equipo de animadoras dentro de mi habitación, o, peor, una especie de gurú de autoayuda un poco histriónico. A ratos, sólo le falta lanzar un gruñido hosco y profundo, tipo espartano, para que parezca del todo un instructor militar.

—Cuando te pongas nerviosa, recuerda que él no tiene ni idea de que tienes una hija, ni de quién eres, ni de nada, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

—Barbilla alta y pecho fuera; con confianza, mi niña.

—Vale.

—Y si hay algún puesto libre, dales mi teléfono. O algún macizo al que le pueda gustar mi carne morena.

Basil me da el visto bueno y, dándome un beso y una palmada en el culo, me deja en la parada del bus. Pantalón coral, una blusa de seda negra sin mangas y sandalias planas.

Entro en el edificio con la seguridad algo menguada en comparación con el lunes, pero con más ganas que nunca de demostrar mi valía.

«Sí, estoy aquí para eso», me digo. Aunque sea mentira. Aunque sólo sea

una excusa que he interiorizado para alargar todo lo posible el momento de decirle a Rodrigo que el año que viene le regalaremos un collar de macarrones por el Día del Padre.

Tengo ganas de vomitar.

Pese a todo, hay algo más en la base de mi estómago. Una sensación de querer saber que se agarra con fuerza; una curiosidad insana por descubrir quién es ese chico que un día me hizo volar para después aterrizar de morros contra el suelo.

Cuando me recibe Ana con una sonrisa, me tranquilizo del todo y me olvido de mi numerito del otro día, porque también me daba miedo enfrentarme a las miradas de lástima o de desprecio de quien hubiera visto mi huida repentina, pero o son unas personas excelentes, o les importa cero mi existencia (y supongo que será la segunda opción).

Me dirijo sola hasta el despacho de Rodrigo y cojo aire con fuerza antes de llamar con los nudillos, sintiendo que ése es el primer paso para lo que va a convertirse en una nueva etapa en mi vida.

—Adelante.

Abro la puerta y me encuentro con él a medio camino. Me recibe con una sonrisa sincera y para nada pretenciosa, como yo me esperaba, y con dos besos. Yo le respondo en un acto reflejo, pero hasta que me siento frente a su mesa no vuelvo a encontrarme la voz, porque me altera de un modo turbador su cercanía. Y no es atracción o deseo, sino un sentimiento extraño, porque aún no me creo que después de tanto tiempo lo tenga frente a mí, de carne y hueso; que sea real y no un recuerdo que almacenar para siempre.

Me fijo en que lleva un bolígrafo colocado detrás de la oreja y una camiseta bastante hortera con un estampado de palmeras y lo que creo que son flamencos rosados.

Sí, no hay duda, lleva una camiseta con flamencos rosas.

Joder.

Coloca las manos entrelazadas frente a mí y consigue que mi atención vuelva a centrarse en lo importante, que, obviamente, no es su más que cuestionable gusto para la moda.

—Bueno, Carlota. Siento decirte que yo voy a ser tu supervisor. —Hace

una mueca y me río bajito, pero más por lo surrealista de la situación que por sus gestos—. Y lo siento, porque si a mí ya me explotan, a ti seré yo el que te explote si queremos mantener nuestro culo a salvo en esta empresa. Nadie se ha librado de la maldita crisis, ni siquiera esta revista, así que, aunque no lo parezca, estamos haciendo el trabajo que antes hacían cuatro. Contigo amplió el equipo. Espero que seas buena, porque vamos a necesitarlo.

—Aprendo rápido.

—Bien, pues si también trabajas rápido, éste es tu sitio. —Sonríe y le devuelvo una sonrisa que intento que sea sincera, pero es algo tirante sin poder evitarlo—. Esa de ahí será tu mesa los próximos meses —señala detrás de mí y veo un pequeño escritorio en un rincón del tamaño perfecto para Ava—, así que espero que nos llevemos bien, porque no te vas a librar de mi careto. —Lo miro con una ceja arqueada y me lee el pensamiento—. Es diminuto, pero piensa que fue mío durante más de un año, así que, si yo pude soportarlo, tú lo tienes chupado.

Se me escapa la risa al imaginármelo encogido en esa mesa de tamaño ridículo y él pone los ojos en blanco.

Me he reído con él, y es extraño; me incomoda.

Mientras me habla de nimiedades, como lo malo que está el café de la sala común, estudio el despacho, ya que el otro día no fui capaz de prestar atención a nada más que a Rodrigo. No es muy grande, pero lo justo para tener cada uno un espacio bien definido. Luminoso, con paredes blancas y muebles en negro. El estor es blanco, lo que hace que no se pierda ni una gota de luz. Todo es bastante monocromático, exceptuando los cientos de pósits de colores que invaden el espacio de Rodrigo y una fila de cactus que decoran la poyata de la ventana. Son preciosos; habrá unos diez de distintas tonalidades de verde, cada uno de una forma, y algunos de ellos con flores de colores chillones.

—¿Te gustan?

—¿Qué? —Él me señala con la mirada los cactus y me pongo roja. No sé muy bien por qué. Quizá porque me niego a parecer una cría delante de él y es lo que he conseguido mostrándome despistada. «Bien, Carlota, va a pensar que no le estás haciendo ni caso»—. Sí, son muy bonitos.

—Me alegro, porque si no tendríamos un problema. —Frunzo el ceño,

pero me ignora y sigue hablando mientras vuelve las hojas de su agenda sin aparente sentido—. Vale, continuemos. Como ya sabes, yo me encargo de la sección de ocio y cultura de la revista, estrenos de cine, teatro, libros, festivales de música, lo que sea que pueda ser de interés. La otra parte de mi equipo es Dani; ahora está fuera realizando una entrevista, ya lo conocerás. Él se ocupa del trabajo externo. ¿Y cuál es tu función aquí? —Abro los ojos y espero sin pestañear; él me sonríe con ganas y me guiña un ojo—. Pues, básicamente, hacer lo que yo te diga. —«Será cretino»—. A veces redactarás información que yo te pase, otras te tocará hacer la reseña de algún libro o película, corregir o transcribir textos, buscarme relleno cuando andemos escasos de material, o simplemente recordarme que coma o que me vaya a casa cuando se me olvide. ¿Alguna pregunta?

«¿Por qué desapareciste? ¿Por qué eres incapaz de recordarme? ¿Cómo es posible que el momento más crucial de la vida de una persona sea algo totalmente olvidable para otra?»

Las preguntas se agolpan en mi garganta, deseosas de quedar libres, pero no puedo. Ése no es el plan. No puedo jugármela a todo o nada. Tengo que protegerme. Tengo que protegerla.

—¿Cuándo empiezo? Yolanda me dijo que lo concretase contigo.

—¿Ahora? —Abro los ojos desmesuradamente, porque no es lo que me explicó Yolanda, aún me queda un examen que realizar esta semana y tengo que ir a la tutoría de fin de curso con la profesora de Ava. Creo que el pánico en mi rostro es lo que hace que él reaccione rápido y levante las manos en señal de inocencia—. Eh, tranquila. Es coña. Aunque me vendría bien que empezaras un par de días antes, Dani tiene un permiso la semana que viene por mudanza y, sin tu ayuda, es posible que enloquezca.

—El próximo lunes podría empezar sin problema.

—Genial.

Me sonríe agradecido y se le marca un hoyuelo precioso en la barbilla, el mismo hoyuelo que veo cada día en Ava y, solamente por verlo, empiezo a preguntarme qué diablos estoy haciendo aquí. Comienzo a recriminarme en mi cabeza que lo mejor habría sido no volver a tenerlo delante y así todo seguiría como antes; que estoy loca de remate por haber aceptado el empleo.

Estudio su rostro y pienso que, a pesar de que alguien debería quemar esa camiseta que lleva puesta, está tan guapo como lo recordaba. O incluso más, porque no se le ve tan niño como entonces. Es igual y diferente. Reflexiono sobre todas las veces en las que he pensado en él tal y como lo tengo ahora enfrente, pero también en que lo he hecho de un modo tan subjetivo que me asusta, porque en realidad no conozco a la persona que me está observando con cautela en este instante. Sólo es un personaje inventado que habita en mi cabeza y que no tiene por qué ajustarse a la realidad.

También interiorizo cuánto se parece Ava a él, porque hasta esa manera de torcer los labios que me está mostrando la veo cada día en mi hija cuando se pone nerviosa. Nunca se ha parecido demasiado a mí y eso no me importaba, pero ahora lo hace, porque me hace sentirme codiciosa, como si compartir algo con él, cuando ni siquiera la conoce, fuera algo feo e injusto.

Nos miramos unos segundos que se me hacen eternos, él con gesto divertido y yo con la mente trabajando a mil por hora, hasta que retiro la mirada al darme cuenta de que debe de pensar que soy idiota. Y es que lo soy, mucho, por haber accedido a esta beca cuando hay tanto en juego.

Me coloco un mechón de pelo detrás de la oreja mientras me levanto y él me imita enseguida.

—Bueno, pues hasta el lunes entonces.

—Sí, claro. —Carraspea y me indica con el brazo que puedo irme—. Yolanda está reunida, así que se lo comento yo después. A las ocho, sé puntual.

Me acompaña hasta la puerta y, cuando pone su mano en la parte baja de mi espalda, guiándome, me tenso y la retira rápidamente como si le quemara.

Yo sí siento calor.

Es un solo segundo. Un instante casi fugaz que nos transporta a un momento cinco años atrás. Cierro los ojos y asumo que tengo que dejar de vivir de recuerdos absurdos que no se ajustan a la realidad.

—Oye, ¿de verdad no nos conocemos?

Me quedo pálida y boqueo como un pez sin saber qué contestar, porque una cosa es que quiera que me reconozca y otra que tenga que ser yo la que le rememore aquel encuentro.

Finalmente, susurro un adiós y desaparezco de su vista lo más deprisa que puedo.

Mientras bajo los siete pisos en el ascensor pienso que no sé qué me ha cabreado más, si que en el fondo (muy en el fondo) me resulte simpático, si tener el presentimiento de que es un mandón de esos a los que los pone cachondos mandar (y, por consiguiente, me va a sacar de mis casillas), o si que el leve roce de su mano me haya producido un cosquilleo inesperado.

No, ya sé qué es lo que me enfurece sobre todas las cosas: que, aunque me haya reconocido, siga sin acordarse de mí.

Sí, sin duda.

Según camino hacia el colegio de Ava, llamo a Aidan.

—Carlota, ¿cómo ha ido?

Y lo primero que pienso es que el que sepa quién soy significa que ha memorizado mi número en su teléfono y que eso es un detalle importante que me muero por contarle a Basil. Me lo imagino sentado en su despacho, con un café en la mano y una de las patillas de sus gafas tocando sus labios. Y sonrío, porque en mi imaginación él también lo hace al oír mi voz.

—¡Hola! Pues muy bien, Rodrigo ha sido muy... agradable. —Y, aunque me rechinan los dientes al decirlo, es la verdad, lo cual también me cabrea—. Empiezo el lunes.

—¡Felicidades! Bueno, supongo que ahora tendrás que celebrarlo.

«Sí, si quieres lo celebramos en tu despacho ligeros de ropa o con una boda típica escocesa.»

Me muerdo el labio y transformo esa idea en una algo más real.

—Sí, quizá preparemos una cena especial, ya sabes, pizza y helado, o algo por el estilo. —Y ahora sí que siento su sonrisa a través del teléfono.

—Suenas muy bien.

No debería, pero hablar con él me calma, como si la historia que me he montado en mi cabeza fuera un escape en toda regla de mi verdadera realidad. Sé que no debería dejarme llevar por eso y poner los pies en la Tierra como la adulta que se supone que soy, pero lo necesito. Necesito una válvula de escape que me recuerde que puedo seguir siendo una joven más sin un problema tan grande en su vida.

Estoy a punto de decirle que si quiere está invitado cuando, y menos mal, él se despide con esa educación que lo caracteriza. Porque una cosa es soñar y otra creer materializar sueños que son imposibles.

—Bueno, tengo que dejarte, he quedado para comer y llego tarde. —«¿Con quién diablos has quedado?»—. Como tutor tuyo tengo que estar al corriente de tu trabajo, así que ya estamos en contacto.

—Vale. Gracias.

—Adiós, Carlota.

Cuelgo con una sensación de decepción evidente. Tampoco tengo muy claro qué es lo que esperaba, pero el caso es que sí que esperaba algo y no esto, no un adiós sin más.

Me llamo idiota a los dos segundos, porque ¿qué esperabas, Carlota? ¿Una invitación a cenar? ¿Entradas para el teatro? ¿Algún tipo de insinuación del estilo: «Nos veremos pronto, tenlo por seguro, *baby*»?

No, pero sólo pretendía seguir soñando un ratito más...

Por la noche celebro con mi pequeña familia mi nuevo empleo.

Ava está emocionada, porque como ya no tiene colegio y tanto mi madre como yo vamos a trabajar por las mañanas, ella va a pasarlas con su amiga Estefanía, nuestra vecina del quinto. Van juntas al colegio y su madre está en el paro, así que yo la dejo con alguien de confianza y ella gana algo de dinero.

* * *

Realizo mi último examen y Basil y yo lo celebramos llevando a Ava a la piscina y comiendo helado en cantidades industriales. Me encuentro un par de veces mirando a Ava y acordándome de Rodrigo, porque es inevitable que no se me vaya el asunto de la cabeza, pero también porque se parece tanto a él que cada vez que la miro su rostro acude automáticamente a mi mente.

Basil me dice que mi plan no es tan descabellado, aunque de entrada lo parezca, porque no puedo llegar y decirle a un tío de repente que tiene una hija; al fin y al cabo, él tampoco me conoce. No sabría nada de mí más que el hecho de que nos dimos un revolcón hace cinco años; si lo recordara, claro, y

tampoco parece el caso. Así que conocernos primero puede que me ayude a hacer las cosas del mejor modo posible para todos.

* * *

Por las noches, pienso en Aidan como un modo de evasión al cual me estoy engancho con pasmosa facilidad.

Pienso en lo bien que nos entendimos aquel día, fuera del entorno universitario, en que parecíamos una pareja cualquiera y en que la diferencia de edad no se notaba entre nosotros. En que cuando le di aquellos dos besos pude comprobar que olía a algo cítrico, como a limón, mezclado con el aroma de la cerveza que había bebido. En lo bien que quedaría conmigo en los álbumes de fotos y en la postal de Navidad que, junto a Ava, mandaríamos cada año a nuestros seres queridos.

Porque Aidan tiene pinta de ser de los que aún escriben cartas. Tiene pinta incluso de escribir con pluma. Y también tiene pinta de hacer el amor despacio, mientras me susurra retazos de poemas de autores olvidados.

Sí, a veces yo también pienso que debería llamarme Mary Jane y volver de una patada en el culo al siglo xix.

* * *

El domingo por la tarde, Basil aparece en mi casa con una bolsa de chucherías, cotilleos frescos de los suyos que no me interesan un pimiento y un vestido precioso para comenzar mi trabajo con buen pie.

Lo adoro.

—¡Me encanta! Es perfecto. —Le doy un beso agradecida y Ava me aplaude mientras se come medio kilo de gominolas.

—De nada. Es elegante pero sexy, la imagen perfecta para esta nueva etapa.

—Tito, ¿qué es «sexy»? —le pregunta Ava a Basil con las pupilas dilatadas por el subidón de azúcar.

—Tu madre es sexy.

—Ah. —Y se mete otro puñado en la boca.

Yo le arranco la bolsa de las manos y la escondo en un armario al que no llega, antes de que sea tarde y empiece a andar por el techo de la casa.

—¿Sabes algo del profesor macizo?

—Tito, ¿qué es «macizo»?

Fulmino a Basil con la mirada y él se encoge de hombros y le contesta con esa naturalidad suya tan característica.

—Tu tito Basil —y se señala a sí mismo con un gesto exagerado— es macizo.

—Ah.

Ava sale corriendo cuando oye la puerta de la entrada abrirse y recibe a su abuela entre gritos.

—Contrólate cuando esté delante. —Él asiente obediente, aunque sé que volverá a meter la pata a la mínima posibilidad—. No sé nada de Aidan, ¿por qué tendría que saber algo de él?

—Carlotita de mi corazón, ¿sólo yo me he dado cuenta de que te trata de un modo distinto que a los demás? O, al menos, que a mí. Es de los que exigen el primer día que se los llame de usted, pero a ti, casualmente, te dice que lo llames Aidan. Y eso de toquetearte el brazo y...

—Cállate.

Mamá y Ava entran en la habitación salvándome de las tonterías de Basil, porque ya me monto yo solita películas en la cabeza como para que además me anime él.

—Basil, te quedas a cenar, ¿verdad? Te he hecho canelones de espinacas.

—Ay, canelones de la Marifé, ¡eso no me lo pierdo!

A Basil le salen corazoncitos por los ojos y sigue a mi madre hasta la cocina. Yo me miro en el espejo, aún con el vestido puesto, y pienso en si a Aidan le gustaría y en que quedaría genial a mi lado con aquella camisa de cuadros azules que llevaba puesta hace un par de semanas, hasta que Ava reclama mi atención y vuelvo a poner los pies en la Tierra.

Y Rodrigo, ¿qué llevará puesto Rodrigo?

EL PRIMER DÍA

Suena el despertador a las siete menos cuarto, pero ya estoy despierta, porque estoy nerviosa y porque mi reloj interno siempre se activa diez minutos antes de que suene la alarma. Qué le voy a hacer, si ya era previsor por naturaleza, mis experiencias me han hecho serlo aún más.

Despierto a Ava, que duerme completamente destapada, con la camiseta del pijama a medio quitar y el cuello doblado en una postura tan extraña que parece que se le esté a punto de romper. Ella gruñe, lloriquea y mete la cabeza debajo de la almohada durante diez minutos más, en los que yo aprovecho para darme una ducha rápida.

Cuando vuelvo a la habitación, mi madre está dándole un beso de despedida, ya que ella sale de casa antes que yo.

Visto a Ava, le cepillo el pelo, mientras ella se queja y gruñe con mal humor, después le preparo el desayuno y la planto delante de la televisión. Ella mordisquea una galleta y da sorbitos de leche totalmente absorta en la pantalla y, de ese modo, yo me arreglo con tranquilidad. Me pongo el vestido que me ha regalado Basil, que es de color azul petróleo con manga francesa, escote redondo y suelto hasta la mitad del muslo. Es de una tela fina, así que, a pesar de la manga, es apropiado para el calor de estos días. Me pongo unas cuñas en color camel, una coleta y lista. Doy gracias porque no es una de esas empresas que tienen un *dress code* bastante exigente, porque por mucho que me guste ver los tacones en otras yo no puedo con ellos; aun así, soy bajita, por lo que tengo mi armario poblado de cuñas de todos los colores posibles.

Me miro al espejo y, aunque por mi cara sigo pareciendo muy niña, vestida

de este modo no me siento como tal. Observo mis rasgos finos y dulces, esos con los que normalmente me echan menos años de los que tengo, y las pecas que pueblan mi nariz, intensificadas por el sol del verano. Y, teniendo en cuenta que sólo tengo veintidós..., pues no es algo que me ayude mucho a la hora de parecer seria y adulta. Mi madre dice que es una ventaja enorme, porque siempre aparentaré diez años menos, pero, claro, eso está bien a partir de los treinta y no ahora, que tengo que enfrentarme a mi primer trabajo de verdad con la misma cara que tenía a los doce años.

* * *

A las siete y veintidós minutos exactos, después de conseguir con mucha paciencia y esfuerzo que Ava se lavara los dientes y de tomarme sólo medio vaso de zumo, porque soy incapaz de desayunar tan pronto, llamamos a la puerta de mi vecina.

A las siete y treinta y cinco estoy cogiendo el autobús, y a las ocho menos cinco estoy llamando con los nudillos al que, a partir de hoy, es mi nuevo despacho.

Después de llamar tres veces suavemente y dos aporreando la puerta, Yolanda aparece trotando por el pasillo con un café en la mano y se ríe al verme.

—Buenos días, Carlota. Ven, te daré una llave. Rodrigo no te dijo que siempre llega tarde, ¿verdad?

—No, de hecho, me exigió que fuese puntual.

Yolanda sacude la cabeza sin contener las carcajadas y me da una llave que saca de la cajonera de su mesa. La cojo sin poder disimular mi enfado, porque es más que evidente que Rodrigo se ha quedado conmigo. Ella percibe mi estado y se muerde el labio conteniendo la risa que aún sigue provocándole la situación.

—No te tomes a Rodrigo muy en serio, ¿quieres? Sé que éste es tu primer trabajo y que tendrás una imagen de este sitio formada, pero ya verás que las cosas nunca son como esperamos.

—Vale. Gracias, Yolanda.

Entro en el despacho cabreada como una mona.

Sé que no es para tanto, para empezar, porque aquí es mi superior y puede hacer lo que le dé la real gana y a mí no me queda otra que aguantarme, pero es que la posibilidad de que haya sido para vacilarme me incomoda. Sobre todo, porque ya sentí que me vacilé en su día y no pienso permitírselo de nuevo.

Aprovecho que estoy sola para fisgar. Lo hago muy rápido y muy por encima, porque solamente faltaba que llegara y me pillara con las manos metidas en sus cajones, pero no me hace falta mucho más para descubrir que Iván, digo Rodrigo, es un auténtico desastre. Todo está limpio, aunque me imagino que eso se debe al servicio de limpieza, pero hay tal desorden en su mesa que no comprendo cómo esta revista puede tener el éxito que tiene contando con gente como él en plantilla.

Me siento en mi silla y coloco las pocas pertenencias que he traído. Un minuto y medio después ya he colocado mi portátil, un cubo con bolígrafos y un bloc de notas en su sitio y no tengo nada más que hacer. Y odio no tener nada que hacer, principalmente, porque estoy nerviosa y llena de ganas, y toda esa energía acumulada se puede volver destructiva si no la descargo en algo apropiado.

A las ocho y veinte llega el futuro centro de mi ira con cara de sueño, el pelo aplastado por un lateral y un vaso de café del tamaño de un cubo de fregar. Es posible que hasta le haya visto una legaña de dimensiones extraordinarias. Lleva vaqueros con el bajo roto y una camisa verde abierta que parece que la haya planchado Ava después de comerse una bolsa de caramelos de las que siempre le regala Basil. Claro que lo peor es la camiseta que lleva debajo, en la que leo: «Si puedes leer esto es que aún no vas lo bastante ciego».

Santo Dios. ¿Y yo estaba preocupada por qué ponerme? Y lo peor de todo..., ¿mi hija comparte genes con alguien que luce con aparente orgullo ese tipo de ropa?

—Vaya —frena en seco al verme, sonrío y me entran ganas de pegarle un puñetazo—, qué puntual.

—A las ocho como un clavo —le digo con desgana.

—Bueno, la próxima vez no te lo tomes tan en serio. Mientras los de arriba no se enteren, podemos ser un poco flexibles en eso. —Me guiña un ojo y resoplo.

Esto va a ser mucho más difícil de lo que ya parece.

* * *

Las siguientes tres horas me empapo de la sabiduría de Rodrigo. Y es un sarcasmo.

A las doce creo que, oficialmente, lo odio.

No es nada personal (bueno, quizá un poco; teniendo en cuenta que es el padre de mi hija, creo tener ciertos derechos), sino que es porque ha echado por tierra todas mis suposiciones de lo que era este trabajo. No el trabajo en sí, sino la imagen del redactor jefe, una fuente constante de motivación, de dinamismo y de creatividad que me enseñara a mí todo lo que sabe de un modo adulto, responsable y serio.

Pero no me esperaba a Rodrigo.

—¿Quieres un poco? —dice con la boca llena mientras me señala con un bocadillo de jamón.

—No, gracias. —Mi cara de asco es digna de plasmarse en un cuadro—. Soy vegetariana.

—¿En serio? ¿Y qué comes?

Sí, ya es oficial: lo odio.

Me levanto sin llegar a contestar a su estúpida pregunta, aunque con ganas me quedo de decirle que césped y regalarle un «Muuu», una de las frases típicas de Basil cuando se ha encontrado en una situación similar, y me dirijo a la cafetería.

Me adentro por primera vez en los que, para Rodrigo, son confines prohibidos. Según él, porque además de que el café es radiactivo, la gente sólo va allí para cotillear y para averiguar trapos sucios de los demás con la intención de quitarse los puestos unos a otros.

Intuyo que, además de un desastre, es un paranoico.

Es la hora del almuerzo, así que está bastante concurrida. Ana, la chica de

la recepción, me saluda desde una esquina y se acerca a mí sonriente. Apenas la conozco, pero ya me cae bien. Es de esa clase de gente que transmite buen rollo al instante.

—Hola, Carlota, ¿cómo va tu primer día?

—Bien, supongo.

—¿Cómo se está portando Rodri? —Y, ante su modo familiar de llamarlo, me tenso—. ¿Ya lo odias?

—¿Cómo lo sabes?

Ella se ríe, supongo que porque piensa que estoy de broma, y llama a una chica y a un chico que están peleándose con la máquina de café. La chica es bajita (más que yo, a pesar de que lleva unos señores tacones), con el pelo moreno rizado, y él es alto y muy delgado, con el pelo corto muy negro y los ojos verdes. No sé por qué, pero me recuerda a un insecto palo.

—Chicos, ésta es Carlota, la nueva becaria-pringada. —Se descojonan y yo pongo los ojos en blanco—. Ella es Vero, lleva la página web de la revista, y él es Dani, el otro súbdito de Rodri. Son la pareja de moda de la plantilla.

Ellos se ríen y se dan un casto beso. Vaya.

Hablamos unos minutos de las típicas cosas que preguntas cuando conoces a alguien, como dónde hemos estudiado, y a la mínima posibilidad Vero me enseña el anillo de compromiso que luce en su mano derecha.

Vuelvo con Dani al despacho. Me cuenta que ha pedido un par de días porque están mudándose de casa, así que me quedaré sola ante el peligro con Rodrigo.

—Es un poco tocapelotas a veces, pero es un buen tío. —Me sonrío con complicidad, y percibo que le tiene cariño a su jefe.

Todos parecen tenérselo, y guardo ese detalle en la columna de los «pros», que hasta ese momento estaba vacía.

Cuando entramos y Rodrigo nos recibe con una mirada de hielo, ya no tengo tan claro que sean amigos ni que él merezca haber estrenado esa columna, aunque también pienso que puede que esa expresión sea para mí y me tiemblan las piernas.

Aún no lo conozco, pero no hace falta ser muy inteligente para saber que está enfadado. Muy enfadado, porque el despacho está cargado de algo que no

sabría explicar. De ira. Decepción. De algo turbio que se palpa enseguida. ¿La habré cagado tan pronto?

—Carlota, corrige este texto y transcríbelo, te doy diez minutos. —Cojo la hoja que me tiende sin mirarme a la cara y me pongo a trabajar al instante—. Tú tenías que haberte pasado antes de las doce. Joder, Dani, vamos con retraso y lo sabes.

—Lo sé, tío. Prometo que te lo envío hoy mismo. —Ambos asienten y Dani desaparece.

Trabajo sin descanso durante el resto de la mañana. Rodrigo no me habla más que para encargarme alguna tarea, y lo hace de un modo frío y cortante que me hace sentir incómoda, porque intuyo que se debe a que he hecho algo malo.

A las dos, y después de adaptarme al ritmo desenfrenado de trabajo de Rodrigo y a las miradas letales que me dedica de reojo de vez en cuando, me vuelve a dirigir la palabra para algo que no es darme órdenes.

—Eh, Carlota. —Se frota los ojos con cansancio y me mira inexpresivo—. Por hoy ya es suficiente, puedes irte.

—De acuerdo.

Recojo mis cosas en un santiamén, aliviada por poder marcharme antes de lo que pensaba y deseando perderlo de vista y, susurrándole un adiós, abro la puerta del despacho.

Antes de salir del todo, me llama.

—Carlota —me giro y una pequeña sonrisa, que percibo tan maligna como la del Grinch, se asoma en sus labios—, has empezado con buen pie.

—Gracias. —Me sonrojo y aparto la vista con rapidez; odio los halagos. Más aún si vienen de él.

—De nada. Por cierto...

—¿Sí? —Lo miro a los ojos de nuevo y veo algo en ellos que me tensa en el acto.

—Estás más guapa con el pelo así. Las trenzas esas eran un espanto, Cara.

Mi rostro se descompone, como si me hubiese dado una bofetada. Quizá la metáfora no pueda ser más acertada, porque el golpe de realidad vuelve a pegarme con fuerza.

Rodrigo no aparta su mirada, entre enfurecida y confundida de la mía, acobardada, y lo entiendo, aunque me moleste, porque debe de pensar que por qué razón no le he comentado algo tan poco importante como que un día, hace mucho tiempo, nos conocimos. Incluso podría haberse convertido en una anécdota graciosa.

«Eh, ¿sabíais que Carlota y yo un día compartimos algo más que despacho?», comentaría con gracia a sus amigos. Y yo intentaría dejarlo en evidencia con algún comentario mordaz del tipo «He ido años a terapia para olvidar aquello» o «Lo hice tan bien que, cinco años después, seguía pensando en mí para contratarme».

El problema es que lo fue; fue importante.

Bajo la vista sin saber qué hacer o qué decir, porque el miedo y la incertidumbre vuelven a tomar el control, y desaparezco de allí con el estómago en la garganta y los nervios a flor de piel.

Se supone que era lo que quería y que ése debía ser el primer paso que dar, que se acordara de mí y de lo que compartimos. No obstante, en lo único que puedo pensar es en que ya no hay vuelta atrás, porque ya sabe quién soy, lo que hicimos, y esto sólo es el primer paso en dirección a Ava, y me da tanto miedo que no sé ni cómo actuar a partir de ahora.

Pues bien, de este modo termino mi primer día de trabajo, con ese miedo al que comienzo a acostumbrarme acoplado en la garganta, con una sensación amarga en las tripas, con desconfianza hacia él y con una pizca de esperanza, porque no tiene por qué salir mal, ¿no? Pero, por encima de todo, con un sentimiento raro, una mezcla del desprecio por todo lo que he descubierto de Rodrigo y que no me gusta, y por ese último intercambio de palabras que, sorprendentemente, me habría provocado una sensación cálida en la piel si no fuera por su último comentario.

Joder.

«¿Dónde te estás metiendo, Carlota?»

LAS COSAS CLARAS

Llego a casa con la sensación de que he venido levitando.

El comentario de Rodrigo me ha dejado tan bloqueada que no he podido hacer más que darme la vuelta y salir corriendo de allí; eso sí, del color de un tomate maduro, lo que ha hecho que me odie por ser tan niña en algunos aspectos.

Basil me llama para ver qué tal me ha ido el día, y me invento un dolor de cabeza a causa de los nervios para colgarle el teléfono sin darle demasiadas explicaciones. Soy propensa a las jaquecas, así que se lo cree y no me da la paliza más de lo indispensable. Ya se lo contaré otro día, ahora no soy capaz de razonar de un modo ni medianamente lógico.

Doy un paseo con Ava, hacemos la compra y volvemos a casa.

La baño, hago la cena y le coso un par de botones a un vestido.

Mamá se marcha con uno de sus amigos a cenar y al cine y, después de acostar a Ava, me pongo una película, pero soy incapaz de prestar demasiada atención a la pantalla, a pesar de que Orlando Bloom se merece atención extra. Vaya si la merece...

Me hago una infusión de melisa para relajarme y conseguir dormir algo y, mientras mordisqueo una galleta, suena el teléfono.

Es Rodrigo, porque guardé su teléfono el otro día cuando me llamó.

Pienso en no cogerlo y, mientras medito que, aunque no lo haga, mañana tendré que enfrentarme a él de todas formas, también pasa por mi cabeza el detalle de que Aidan no me ha llamado para ver qué tal me ha ido el primer día, y eso me produce una punzada de decepción en el pecho.

Al final, descuelgo con desgana al llegar a la conclusión de que si hablamos lo que tengamos que hablar por teléfono tengo vía libre para ruborizarme, y es posible que me sienta más segura que si me mira a los ojos con los suyos de duende maligno navideño.

—¿Dígame?

—Hola, Cara..., yo...

—No vuelvas a llamarme así en tu vida. Nunca. ¿Me has oído? —Sí, definitivamente, a través del teléfono me siento más segura, dónde va a parar.

Ni siquiera me he planteado que no deja de ser mi superior y que quizá no debería hablarle en ese tono, pero no me importa. Hay cosas que pueden más.

—Perdona, Carlota.

Se queda en silencio y yo también.

Odio que me llamen así. Loreto fue la que me puso ese apodo y, cuando todo cambió para mí, pedí a todos los que me conocían que nunca lo volvieran a utilizar, porque yo ya no era Cara; porque Cara se quedó en aquella habitación de hotel y ahora solamente está Carlota, que es madre y, aunque no lo diga en alto, se siente sola, perdida y demasiado niña aún para la vida que le ha tocado vivir.

—Mira, siento ser borde, pero ya no soy Cara, ¿de acuerdo?

—Claro, yo... —titubea; está inquieto y lo entiendo, porque para él ha tenido que ser igual de chocante que para mí; bueno, igual no, él no tuvo que cargar con un embarazo adolescente, pero bastante chocante sí, lo asumo—. Siento el cabreo de antes, pero... ¡Joder! ¿Por qué no me lo dijiste?

Y, claro, ahora yo sí que estoy cabreada, y juro que soy una persona bastante racional la mayor parte del tiempo, pero cuando me tocan las narices me convierto en algo digno de película de terror.

—¿De verdad me estás preguntando eso? —le digo con voz fría, pero de esas que ponen los pelos de punta.

Creo que en el momento en que te conviertes en madre un chip en tu cerebro cambia y de repente eres capaz de hablar de ese modo de forma automática. Eso, encontrar las cosas que nadie más encuentra por casa y saber lo que tus hijos piensan antes que ellos mismos.

—Sí, joder, habría entendido tu asombro cuando me viste.

«No, no lo creo.»

Respiro profundamente, intentando serenarme un poco y no perder mi trabajo en un tiempo récord, y le hablo con voz pausada, calmada, al menos exteriormente.

—Rodrigo, vamos a hablar de esto, pero prométeme que mañana haremos como si nada hubiera ocurrido. Necesito el empleo; la realidad es que me lo he ganado, ¿te parece bien?

—Claro.

—Tenía diecisiete años. —Ignoro ese «me cago en la puta» que confirma mi intuición de que no se habría acostado conmigo siendo menor de edad, por mucho que lo fuera sólo por dos semanas—. Tú me mentiste y me dijiste que te llamabas Iván —ahoga una risita y quiero pegarle— y, después de acostarte conmigo, desapareciste. Me sentí una idiota en aquella cama; ni siquiera sabía dónde estaba, y tardé casi una hora en volver a mi apartamento. Pasan los años y, cuando consigo una oportunidad única que me he ganado a base de mucho esfuerzo, resulta que eres mi jefe. Creo que tengo derecho a estar cabreada contigo y a querer ignorarte todo lo posible cuando no se trate de trabajo, ¿no crees?

—Yo... Su puta madre... Dime que no eras virgen, por favor.

Pongo los ojos en blanco y me entran ganas de colgar el teléfono. O, algo mejor, de pegarle una patada en la que seguro será su parte más preciada.

Imaginármelo me serena un poco y contesto con desdén.

—No, no era virgen. Me alegra saber que eso es cuanto te preocupa de todo esto.

—Vale. —Y su alivio es más que evidente—. De todos modos, tú también me mentiste con tu nombre.

—¿Qué? Cara viene de Carlota, serás imbécil...

Sí, insulto al que es mi jefe y me importa tres pepinos. Siento que he retrocedido hasta ser de nuevo esa adolescente rebelde que nunca fui.

—Vale, vale. Tienes razón. Lamento haber sido un capullo hace... ¿Cuánto? ¿Cuatro? ¿Seis años?

«Eras un capullo hace seis, cinco, cuatro años, y ahora también.»

—Cinco años, Rodrigo.

—Pues cinco años, estaba tan borracho que no me acuerdo mucho.
—«Será gilipollas»—. Mira, te propongo una cosa, haremos como que no ocurrió nada. Mañana cuando llegemos seremos Rodrigo, jefe de sección, y Carlota, becaria en prácticas. ¿Te parece?

Lo medito unos instantes, pero no porque no quiera aceptar, porque en realidad es lo que deseo con todas mis fuerzas, sino que lo hago para hacerme un poco la difícil, lo confieso. Un pequeño placer que me permito.

—Bueno, teniendo en cuenta que tú no te acuerdas..., para ti es fácil, pero para mí no tanto. Créeme, una experiencia tan mala no se olvida a la ligera.

¡Minipunto para la becaria!

—Ah..., bueno, al menos para ninguno de los dos supone un recuerdo digno de mención.

«Cabrón.»

—Sí, exactamente. Hasta mañana, Iván..., ¡perdona, Rodrigo!

Su carcajada me hace sonreír y sacudo la cabeza.

—Hasta mañana, Carlota la becaria, no Cara la de las trencitas.

* * *

Me paso en vela parte de la noche, pensando en el modo de afrontar una situación que a cualquier persona le vendría grande, pensando si Rodrigo me lo pondrá fácil o si llegará el día en que me cuestione tomar la decisión de no incluir a Ava en su vida, pensando también en si debería esperar a conocerlo más para descubrir el mejor modo de decírselo o si lo correcto sería enfrentarme a él mañana mismo y confesarlo todo.

Las posibilidades están ahí, frente a mí, pero no hay ninguna que me garantice que pueda salir algo bueno de todo esto, ya que una situación así no tiene una solución mejor que otra, por lo que este nuevo empleo trae consigo un objetivo claro que no es el de formarme y luchar por un futuro, sino descubrir cuál es, en nuestro caso, la decisión correcta.

* * *

Al día siguiente, llego a las ocho en punto y Rodrigo a las ocho y treinta minutos, lo que me hace querer estrangularlo con una media; tiene suerte de que estemos ya en verano.

Se comporta del modo más correcto posible, cumpliendo su promesa y actuando como si la conversación de la noche anterior no hubiese existido. Yo me relajo en la medida de lo posible, y el hecho de que trabajemos sin parar lo hace más llevadero.

Lo pillo mirándome un par de veces, dejándome claro que mi capacidad de ignorarlo es mejor que la suya de disimular. Me incomoda, pero tener un nubarrón sobre mí que me hace dar vueltas al tema con insistencia provoca que ni sus muecas, ni sus miradas, ni sus chistes malos consigan superar el batiburrillo de emociones que crece dentro de mí.

* * *

El miércoles me encuentro un taco de diez centímetros de folios que tengo que ordenar, aunque no tiene nada que ver con mi trabajo, y él se pasa toda la mañana yendo y viniendo, pero sin estar ni un minuto conmigo, así que disfruto de la ardua tarea de organizar facturas y recibos que no son míos en soledad y de no tener que soportar estar en la misma habitación que un tío con una camiseta en la que pone: «Todos los días amanezco guapo, pero ¡hoy he exagerado!». Un tío que comparte la misma manía de morderse los padrastrós que mi hija de cuatro años.

* * *

El jueves llego a las ocho y siete minutos, y él, a y nueve.

Me grita dos veces, ambas cuando me levanto para ir al baño, alegando que soy muy silenciosa. Yo me río en silencio, porque la segunda vez lo hago adrede, sintiendo un extraño placer en mi interior por haberlo molestado.

* * *

El viernes, cuando llego a las ocho y diecinueve minutos en un acto de rebeldía absurda que me ha costado horrores, me lo encuentro sentado a su mesa con los brazos cruzados y mirándome con una sonrisilla tonta en la cara.

—Buenos días.

—Hola.

Sacude la cabeza divertido y yo me aplaudo por dentro, aunque no sé muy bien por qué, si por haberme rebelado demostrándole que yo también soy capaz de vacilarle o por la sonrisa de complicidad que me dedica. Claro que, al fijarme en las bermudas con carpas japonesas que lleva puestas, concluyo que únicamente puede ser la primera posibilidad.

* * *

Durante mi primera semana en la revista aprendo un montón de cosas; como que Ana tiene veintiocho años y está obsesionada con ser madre desde hace tres, pero no tiene novio y aún no ha encontrado a nadie que se ofrezca a preñarla desinteresadamente y que cumpla sus exigencias mínimas. Yo tengo que morderme la lengua como otras mil veces para no decirle que tenga cuidado, que Rodrigo es capaz simplemente de beber de su vaso de café y hacerle un bombo por osmosis o algo de eso, pero sólo me resultaría gracioso a mí, así que me callo.

Averiguo sin esfuerzo que Tomás, el de contabilidad, esconde sus sentimientos y su inseguridad tras el humor, un humor que a veces resulta un tanto dañino, pero que sus amigos aceptan como parte de él.

También descubro que Vero fue la que le pidió matrimonio a Dani, y que Dani, antes de salir con ella, tuvo un lío extraño con Yolanda, que guarda tequila en uno de sus cajones y que vive con cinco gatos.

Pero, sin poder evitarlo, del que más cosas descubro es de Rodrigo. Como que al final de cada jornada su mesa parece un vertedero, que le gusta el café cargado, pero con tres de azúcar, que echa la lotería cada semana con Tomás, que le fascina la ropa con mensajes o estampados absurdos, escuchar música mientras trabaja y que mantiene una relación con sus plantas que aún no logro comprender.

Ah, bueno, también he aprendido un montón de cosas sobre este trabajo que no te enseñan en la universidad, pero eso es bastante aburrido de contar.

A pesar de que pensé que me iba a resultar difícil trabajar con él por el secreto que guardo, y más aún después de que supiera que compartimos aquella noche hace tantos veranos, mi valoración de la semana es muy positiva.

Por una parte, porque trabajo tanto que apenas tengo tiempo para comerme la cabeza, aunque cuando llego a casa y veo a Ava mi mente empieza a dar vueltas sin descanso, hasta el punto de que sólo llevo una semana en esto y estoy agotada. A eso hay que sumarle el hecho de que sigo odiando a Rodrigo; me cabrea de un modo inimaginable teniendo en cuenta lo pacífica que soy yo, pero es inevitable. Entre otras muchas cosas, porque me saca de quicio cuando siempre llega tarde con esa sonrisilla estúpida en la cara, porque es caótico trabajando, gruñón, mandón y dice más tacos por segundo que ninguna persona que haya conocido. Además de desaliñado, engreído y un poco guarro (el segundo día eructó delante de mí después de beberse una lata de refresco de un trago). Pues, a pesar de todas esas cosas, me siento a gusto, aunque no puedo obviar el hecho de que sigo teniendo que hacer algo al respecto con el tema, pero necesitaba unos días para adaptarme a la situación y aún necesito más para conocerlo y saber cómo actuar.

* * *

Es viernes, último día de la semana, y trabajamos al ritmo del *Come as You Are* de Nirvana (a Rodrigo le encanta Nirvana, lo escucha a todas horas, es enfermizo). Queda poca gente en la oficina, ya que los demás han salido hace media hora, pero nosotros seguimos aquí porque hace un par de días me pidió, por favor, que si podía quedarme hoy una hora más y acepté.

Lleva uno de sus ridículos modelitos: bermudas negras, chanclas roñosas y una camisa de lino blanca. Vale, puede que hoy su atuendo sea de lo más corriente, pero el hecho de que se haya desabrochado la camisa un par de botones más de los que son socialmente aceptados y que pueda verle un pezón cada vez que lo miro de reojo me cabrea sobremedida. Ojalá se le rebele la

grapadora y se le clave una grapa justo en ese punto.

—Joder, qué puto calor hace.

Me estremezco, ya que aún me cuesta asimilar que mi primer paso profesional vaya de la mano de un tío que habla así la mayor parte del tiempo, pero asiento en un murmullo, porque es verdad. Han apagado el aire acondicionado hace un rato y el calor es insoportable; de hecho, creo que cuando me levante tendré el culo empapado; qué horror.

Sigo tecleando y dando sorbitos a un té helado que he sacado de la máquina del pasillo mientras Rodrigo se retuerce en la silla y se abanica con un cuaderno, y deja al aire con el movimiento su otro pezón.

Maldito sea.

—Hostia, esto debería considerarse explotación, mira qué hora es. Carlota —levanto la vista del portátil y tardo un poco en enfocarla—, ya es suficiente, vámonos. Que los jodan.

—De acuerdo.

Como siempre, deja todo desmantelado y no se preocupa por recoger nada más que su teléfono, la cartera y las llaves del coche. Yo me clavo las uñas en la palma de la mano para evitar correr a su mesa y ponerme a ordenarlo todo como la maniática del orden que soy.

Pienso en Ava y en su tendencia a estar siempre castigada por no recoger sus juguetes y me crispo en el acto.

Ya con la camisa en su sitio, espera sujetando la puerta para que pase yo primero por debajo de su brazo, y pongo los ojos en blanco sin que se dé cuenta, porque éste tiene de caballero lo que yo de modelo de lencería.

Cuando paso a su lado me huele, lo juro, y sin necesidad de darme la vuelta sé que tiene la mirada puesta en mi culo.

Será cerdo... Si le clavo el zapato en la entrepierna ya en la puerta de la calle, ¿se consideraría agresión laboral?

Llegamos al ascensor en un silencio cargado, de ira por mi parte y de deseo sexual por la suya. Supongo que en otras circunstancias me habría sentido halagada y la situación me habría puesto de los nervios, pero con Rodrigo todo es distinto, porque su simple existencia ya me produce sentimientos negativos asociados a tantas cosas que es inevitable que le dé la

vuelta a todo y lo convierta en incomodidad, desprecio o rechazo.

—¿Tienes planes para hoy?

Pufff. Qué original.

—Nada destacable.

—¿No sales por ahí?

—No suelo salir de noche.

—¿Qué eres?, ¿una de esas veinteañeras prematuramente ancianas?

«Cretino.»

—No, sólo que prefiero no tener que aguantar a tíos como tú intentando quitarme las bragas.

«¡Chúpate ésa!»

—Vaya, pues no recuerdo demasiado, pero estoy convencido de que me mentiste y aquella vez te gustó. Mira, no tienes por qué aguantarlos, si quieres te las quito aquí y ya está.

«Cerdo engreído.»

—Pero ¿qué estás diciendo? ¿Sabes que eso se considera acoso sexual?

—Venga ya, Carlota. Era una broma. Has empezado tú.

Tiene razón.

—Yo no he empezado nada.

Pero no se la doy ni muerta.

—¿Tienes novio?

—¿A ti qué coño te importa?

Mañana le rayo el coche.

—No te enfades, sólo quería invitarte a una copa, ¿qué me dices? Para relajarnos del duro trabajo y celebrar tu primera semana.

—Hazte una paja en el despacho, hoy no tienes la posibilidad de que entre nadie y te pille. Hasta el lunes.

Y finalmente: Carlota, 1; Rodrigo, 0.

Buena chica.

* * *

El lunes empieza como un día más, con Rodrigo llegando tarde y sin peinar

y con una camiseta que en mi casa se utilizaría para hacer trapos, mayormente por el mensaje: «Espero que mi media naranja tenga las tetas grandes».

Creo que mi odio por él no dejará de crecer si sigo viendo cosas como ésa.

Apenas me habla y yo disfruto de ese silencio, aunque, no sé por qué, intuyo que es maligno y que de algún modo se debe a nuestra conversación del viernes.

A media mañana, Ana me viene a buscar y nos vamos juntas a tomar un café. La verdad es que nos llevamos genial y, aunque apenas llevo aquí una semana, me trata como si fuéramos amigas de toda la vida. Además, la diferencia de edad no ha sido un obstáculo hasta ahora para ninguno de mis compañeros y me tratan como si fuese adulta, cosa que me encanta. Claro que, si tengo en cuenta el nivel de madurez de mi superior, es posible que, aun siendo la más joven, sea más madura que la media de la empresa.

—Tengo que contarte algo, corre, antes de que nos quiten el hueco.

«El hueco» es un pequeño balcón que hay en la escalera entre nuestra planta y la octava en el que los fumadores como Ana se reúnen y dan rienda suelta a su vicio sin las miradas de desprecio de los exfumadores que ahora lo odian. Yo nunca he fumado y, viendo las peleas que hay cuando acompaño a Ana por conseguir espacio, me alegro más que nunca de no haber caído en la tentación.

Cuando llegamos, Dani está con Tomás, el de contabilidad. Lo conozco porque se lleva bastante bien con Rodrigo y de vez en cuando se pasa por el despacho a llamarlo «nenaza» y cosas por el estilo. Un día Rodrigo le tiró una lata de refresco y no estaba vacía del todo, pero, según él, es lo que hacen los amigos. Debe de ser que yo socializo poco, porque no lo comprendí.

—Dani, dame un *piti*, luego compro —suplica Ana al borde de una crisis histérica. Cuando consigue lo que quiere y da la primera calada, suspira con una cara de placer colosal y se dirige a mí—: Bueno, pues el sábado salí con Jorge, el tío ese que conocí en la farmacia el día que se me acabaron las pastillas para el dolor de regla. Me llevó a ese turco nuevo cerca de la plaza Mayor...

—¿Turco en la primera cita? Ese tío está loco, ¿tú sabes cómo aprieta el

estómago con esa comida? —la interrumpe Tomás con expresión de asco, provocando las risas de los demás, excepto de Ana, que lo mira con cara de psicópata.

—Cállate, tu flatulencia crónica no es un problema tan común, Tomás. Total, el caso es que después tomamos una copa y sobre las dos me acompañó a casa. Nos dimos un beso, un poco casto, pero eso es que es un tío respetuoso, y quedamos en llamarnos, aunque yo le di el teléfono, pero a él se le olvidó darme el suyo. —Pone mirada soñadora y exclama—: ¿No es genial?

Yo asiento con una sonrisa, contenta sólo de ver lo ilusionada que ella está, pero tanto Dani como Tomás resoplan y miran hacia otro lado. Ella frunce el ceño.

—¿Qué pasa?

—Anita, Anita..., ese tío no va a llamarte.

—¿Por qué? —Y hace un puchero tan adorable que contengo mis ganas de abrazarla.

—Turco, una copa y después... un beso sin magreo y ya nos llamaremos... Si quisiera que tuvieses su teléfono, lo tendrías. No te montes películas, somos más simples que eso —dice Tomás mirándola con lástima.

—¿En serio? —le pregunto, porque en esos temas, dado mi historial, soy bastante inocente.

—Sí —aporta Dani con cara de despreciar a su género—, lo siento.

Ana se recompone con toda la dignidad que puede y, con una sonrisa deslumbrante, cambia de tema con una facilidad pasmosa.

Hablan sobre la fiesta de aniversario de la revista, que es dentro de poco, y de que el año pasado Tamara, la secretaria de dirección, acabó dándose el lote con Teo, uno de los fotógrafos que colaboran con la revista, pero lo llamativo de la historia es que ella tenía pareja y su novio es uno de los mejores amigos del director de la revista.

—Al final, él la perdonó y ahora Teo le manda flores de vez en cuando, porque sigue colgado por esa bruja, pero ella lo ignora.

—Vaya.

—Hablando de fiestas, el sábado por fin inauguramos la casa. Nada serio,

cena y copas, estáis invitados. Carlota —levanto la mirada de mi sándwich y lo observo con la boca abierta—, tú también. A Vero le encantaría que vinieras.

—Yo... no creo que pueda, pero gracias.

—Claro que puedes. ¡Hola, Rodri!

Ana se da la vuelta y le da un apretón a Rodrigo en el brazo. Lo adora, aunque aún no comprendo muy bien el porqué. Empieza a contarle su cita del sábado, cuya versión ya ha modificado y ha pasado de ser una noche increíble a un auténtico desastre. Yo me escabullo en cuanto la atención se centra en Ana y en su movimiento de manos, y vuelvo al despacho, no sin antes oír un comentario de Tomás que me cae como un jarro de agua fría, porque ¿tanto se me nota?

—Ahí va la primera chica que conozco que prefiere trabajar a compartir el descanso con su jefe. Rodri, ¿tan insoportable eres, macho?

Simulo que no lo he oído, pero sí siento la mirada desconcertada de Rodrigo clavada en mí.

* * *

El martes, cuando llego, pillo a Rodrigo agachado frente a su fila de cactus, que es lo único que está perfectamente cuidado en su despacho.

—Joder —gruñe en su tono habitual.

—Buenos días.

—Hola, Carlota. Ven aquí. —Me acerco con cautela y me agacho junto a él—. ¿No lo ves más caído?

Me señala un pequeño cactus que tiene forma de mano, con uno de los brotes un poco tumbado a la izquierda.

—Hum, no lo sé. Lo siento, no me he fijado mucho en ellos.

Me mira torciendo la boca, como si no entendiese que alguien no encontrara fascinante el mundo de los cactus. Yo no lo hago, pero me produce curiosidad el saber el motivo de que para él sean tan importantes.

Durante los días he descubierto eso, que para Rodrigo el mundo no parece más que un lugar de paso continuamente; como su mesa sin ordenar o su ropa

sin combinar. En cambio, después he visto detalles que me han hecho creer que no es tan simple como parece, sino que él da la importancia que cree que tienen las cosas en su justa medida, sin importarle lo que los demás puedan pensar de su despacho o de sus camisetas.

Como el cariño con el que trata a sus compañeros, aunque ellos no se den cuenta, dejándole caramelos a Ana en el cuenco de recepción, o espacio a Dani cuando parece a punto de ahogarse.

Como el modo de cuidar sus cactus.

Pienso en eso, mientras nuestras miradas se clavan una en la otra de un modo extraño; de un modo que me trae sensaciones perdidas en el recuerdo. Y ¿qué hago? Pues perderme yo también en ese instante, porque hace demasiado tiempo que no experimento algo parecido.

Me doy cuenta de que no puedo evitar quedarme fija en sus labios, porque en esa postura, los dos de cuclillas, estamos más cerca que nunca y a veces se me olvida lo guapo que es.

—No pasa nada —susurra, y también se queda fijo en los míos—. Tu trabajo no consiste en cuidar de mis cactus.

—¿Son tuyos? A estas alturas me imaginaba que sí, pero pensé que ya debían de estar aquí cuando tú llegaste.

—¿Como si los hubiese adoptado?

Sonreímos. Y no es... incómodo, sino un acto cómplice.

—Algo así.

—Los he ido trayendo desde el primer día.

—¿Por qué te gustan los cactus?

Seguimos hablando en susurros, como si nos estuviéramos contando un secreto y sin dejar de mirarnos, pero esta vez a los ojos.

—Mi madre es decoradora de jardines, siempre he estado rodeado de plantas. Me tranquiliza saber que soy capaz de cuidar de algo.

—A mí siempre se me mueren todas.

—Podría darte algún consejo alguna vez, si lo necesitas.

Rodrigo se ríe y una leve sonrisa se escapa de mis labios.

Nos quedamos callados unos segundos sin apartarnos, hasta que empiezo a ponerme roja irremediabilmente, como siempre, y a pensar que no debería

estar imaginándome cómo sería besarlo ahora, cuando es quien es, hizo lo que hizo y teniendo en cuenta que, quitando estos instantes de apenas unos minutos, el resto del tiempo no lo soporto.

Sin embargo, es inevitable sentir sus labios sobre los míos, aunque sólo sea un espejismo provocado por mi memoria. Y me gusta la sensación. Y no debería.

Me enfada sentirme tan vulnerable.

—Podría, pero quizá cuando lo necesite se te habrá olvidado que te ofreciste a hacerlo, así que evitémonos malos momentos, ¿vale?

Me levanto y vuelvo a mi mesa, notando su mirada estupefacta en mi espalda ante mi cambio de actitud. Oigo que se incorpora también y mueve la silla arrastrándola y produciendo un sonido bastante desagradable.

* * *

La mañana pasa sin más sobresaltos, con Rodrigo ignorándome aposta y yo alegrándome de que lo haga, aunque no puedo evitar notar sus ojos azules suspicaces sobre mí y oír palabras malsonantes susurradas de vez en cuando.

Por la tarde, Ava y yo vamos a la piscina.

Un rato después, Basil aparece con sus gafas de sol y sus andares de modelo de pasarela, que acaparan todas las miradas de alrededor, y se tumba encima de nosotras.

—Tito, me he bañado sin manguitos en la piscina pequeña y un niño con gafas me ha hecho una *abuadilla*...

—Se dice aguadilla, cariño.

—Aguadilla —repite ella—. Y he llorado, pero mamá me ha comprado un helado de fresa y ya no he llorado más.

Lo dice tan de carrerilla que está un poco azul y coge aire al terminar, bajo la atenta mirada de Basil, que hace gestos dramáticos con cada palabra que la niña pronuncia, como si fuese lo más increíble que hubiera oído en su vida.

Ava se pone a jugar con otra niña que está cerca de nuestras toallas y aprovecho para contarle a Basil cómo me ha ido en la oficina.

—Creo que lo odio. Me saca de quicio, de verdad. No sé si podré

decírselo algún día. Sé que debería y que quizá no estoy actuando de forma correcta, pero es que es exasperante. Te lo juro. Es tan... despistado, irresponsable, maleducado... que no...

—Cuéntame más —me pide mirándome con diversión.

—Lleva camisetas de esas con mensajes tontos al trabajo.

—¿Mensajes tontos?

—Sí, del tipo: «Úsame con moderación». O: «Mi cerebro es mi segundo órgano favorito».

—De ese tipo —dice Basil sin frenar sus carcajadas.

—De ese tipo, sí. Es horrible. Es como si me hubiese tirado a un veinteañero con edad mental de doce años.

—No lo soportas.

—No. Y es malhablado. Mucho. Además de un cerdo; me mira el culo y ni siquiera disimula. O, si lo hace, le sale francamente mal.

Y entonces ocurre, me sonrojo y una sonrisa sale de mis labios al recordar el momento de esta mañana.

—¿Qué estás pensando?

—Nada.

Mierda. Es tarde y lo conozco tan bien que sé que ya estoy perdida y que no parará hasta que le confiese que, por una mínima, minimísima, fracción de segundo me he imaginado besando a Rodrigo Silva.

—Dios. Mío.

—No vayas por ahí.

— ¡Te gusta! ¡¡Te gustaría desnudo y embadurnado de aceite!! Perra mala, ése no era el plan... —exclama boquiabierto pero emocionado.

—¡No! No me gusta, Basil. No digas tonterías.

—Dime algo bueno de él, una sola cosa.

—Hum, no sé. Tiene las plantas muy bien cuidadas.

—¿Plantas?

—Le gustan los cactus.

—Cactus. Ya. —Pone los ojos en blanco y me apremia a que continúe—.

Sigue.

—Y supongo que es agradable de mirar.

—¿Agradable de mirar? —Se descojona señalándome, hasta que yo le doy un guantazo tan fuerte que deja de hacerlo—. Siempre me lo describiste como un dios griego, ahora no vale retractarse, cielo.

Tiene razón. Y Rodrigo podrá ser muchas cosas, pero feo, lo que se dice feo..., no es. De hecho, ésa podría considerarse la raíz del problema y la causa de que hoy estemos aquí mirando ambos cómo Ava le roba a una niña su muñeca sin miramientos.

—Vale, está muy bueno. Si encima fuera feo, sería insoportable tenerlo cerca. —Me encojo de hombros y me río levemente—. Al menos me alegra la vista; hasta que reparo en su ropa, claro.

Mientras Basil se ríe de mí y me interroga sobre todo lo que he descubierto de Rodrigo estos días, empieza a sonar el teléfono en mi bolso y contesto entre horrorizada y muerta de risa por las preguntas fuera de lugar de mi mejor amigo.

—¿Sí?

—¿Carlota?

Hago aspavientos para que Basil se calle y se pega cual garrapata a mi oreja, el muy cotilla.

—Aidan, ¿qué tal?

—Siento no haberte llamado antes, pero es que con las revisiones y las notas no he parado. Por cierto, enhorabuena por tus exámenes.

—Gracias.

—¿Vas a acudir a la graduación?

—No creo. No me queda mucho tiempo libre entre unas cosas y otras, y tampoco se me da muy bien eso de subirme a un estrado y saludar. No es lo mío.

—Otra cosa que tenemos en común. —Él se ríe, yo me sonrojo ante lo que implica esa afirmación, y Basil grita como si me hubiera dicho una obscenidad sin igual—. ¿Te apetece tomar algo mañana por la tarde y me cuentas cómo te ha ido en la revista?

Mi mejor amigo se tapa la boca para no chillar en alto y asiente con efusividad con la cabeza. Yo sonrío como una idiota y, dos minutos después, reviso mentalmente mi armario con Basil para decidir entre los dos qué voy a

ponerme.

Sé que no es más que otra tutoría, pero para mí estos encuentros con Aidan no dejan de ser lo más parecido a una cita que he tenido en mi vida, así que pienso disfrutarlos.

* * *

El miércoles, Rodrigo entra en el despacho como un elefante en una cacharrería. Tropezaba con sus propios pies y se le cae una carpeta al suelo y el café sobre la camisa. Una camisa en crudo con pequeñas piñas.

Sí, he dicho piñas, la fruta tropical.

Yo rezo en silencio para que esté caliente y se queme, y para que no salga la mancha y la tire, aunque conociéndolo es capaz de ponérsela igual con un cerco en toda la pechera.

Se caga en la puta repetidas veces y yo suelto una carcajada explosiva sin poder contenerme más, a la cual él responde con una mirada letal y con no hablarme en toda la mañana.

Voy a tener que reírme de él más a menudo.

Antes de marcharme, vuelve un poco de mi sensatez habitual, esa que parece que pierdo con Rodrigo, y me acerco a su mesa con cautela.

—Rodrigo.

Él me lanza uno de sus gruñidos como respuesta.

Debería irme y dejarlo ahí con sus rugidos, pero aún tengo conciencia.

—Siento haberme reído antes. —Aparta la mirada de la pantalla y me estudia con los ojos entrecerrados, como si no se creyera lo que está oyendo —. El café se quita muy bien con vinagre blanco, ¿sabes?

Se queda unos segundos escrutando mi rostro, como intentando descifrar un acertijo, hasta que empiezo a notar el rubor, y él reacciona.

—Supongo que debería decir «gracias». No me estás vacilando, ¿verdad?

—¡No! ¿Por qué piensas algo así? Sólo pretendía ser amable. —Pero ahora, claramente, ya no lo soy.

—Humm, vale. Eso es algo nuevo —dice frotándose la barbilla con la mano.

—¿El qué?

—Que seas amable conmigo —contesta en un susurro confuso.

—Sí, bueno, no te acostumbres.

Y con un golpe de melena, que queda mucho más elegante en mi imaginación que en la realidad, me marchó sin mirar atrás.

LA PRIMERA CITA

Al día siguiente estoy nerviosa, porque he quedado con Aidan y tengo un presentimiento que nunca antes había sentido con un hombre. Bueno, no sé si es eso exactamente o que la necesidad de fantasear y olvidarme por unas horas del caos que gobierna mi vida es demasiado intensa.

La mañana transcurre sin ningún imprevisto, a excepción del cotorreo de Ana y de sus súplicas para que asista a la fiesta en casa de Dani y Vero, y por la tarde, una hora antes de mi cita, Basil aparece en casa con su maletín de estilista, como él lo llama, que de estilista tiene poco pero de coqueto mucho.

—Siéntate y deja trabajar al maestro.

Cuarenta minutos después, me miro al espejo y me siento guapa. La verdad es que Basil es un artista para lo que quiere. Si pusiera tanto empeño en los demás aspectos de su vida como en maquillarme al estilo estrella de cine, podría llegar a donde él quisiera.

—¿Falda o pantalón?

—¿No has aprendido absolutamente nada de lo que te he enseñado? Haz un esfuerzo.

Y pone un tono tan femenino con las manos extendidas hacia mí que no puedo hacer nada más que reírme.

—De acuerdo. Falda, ¿verdad?

—Exacto, vía libre ante todo.

—No va a pasar nada, Basil. Es mi profesor. Está prohibido y todo eso. Sólo es... —Pienso la palabra, porque lo cierto es que no tengo ni idea de lo que es, hasta que encuentro lo más similar a lo que siento por dentro cuando

fantaseo con Aidan—. Es divertido.

Y su risita aguda me hace poner los ojos en blanco, porque para Basil la palabra «prohibido» no existe en su diccionario.

—No me pongas los ojos así. Por mucho que digan en las novelas, no es un gesto sexy.

* * *

Cuando entro en el bar donde Aidan me ha citado, estoy más nerviosa de lo habitual.

Al final he sucumbido a las amenazas de Basil y me he puesto una faldita negra con vuelo y una camiseta blanca desbocada. Voy más arreglada de lo normal y eso me asusta, porque no quiero que se lleve una opinión negativa de mí si percibe que no voy como él me ve por los pasillos de la universidad. No quiero que pueda llegar a leer el cartel de mi frente que dice: «La *groupie* Carlota ataca de nuevo».

Lo veo sentado y absorto en la pantalla de su móvil. Lleva las gafas puestas. Me encanta con gafas, y se ha vuelto a dejar crecer la barba. Me encanta con barba. Me encanta él en cualquiera de sus versiones.

«Venga, Carlota, valiente.»

—¡Hola! ¿Llevas mucho rato esperando? —le digo con demasiada energía para lo que invita la situación.

—Hola, ¿cómo estás? —Pero esa sonrisa lo merece. «Dios.»

—Bien, disfrutando de mi nueva vida de adulta.

Nos reímos y todo empieza a fluir de un modo natural.

Pedimos una cerveza cada uno y me pregunta por cada detalle que para mí ha sido importante de los días que llevo en la revista. Me escucha con atención y me siento valorada con cada comentario que él hace. Me pregunta por los compañeros, por las tareas que me han encomendado e, inevitablemente, por las dotes de mando de Rodrigo.

La cerveza que no debería haber pedido me envalentona y le soy bastante sincera con respecto al tema. Aidan se ríe por mis comentarios, así que me vengo arriba.

—Tiene cactus, ¿sabes? Y los mimaba de un modo enfermizo y, después, en cambio, parece que no sabe vestirse solo. Es frustrante.

—¿Te cuento un secreto? Es casi una norma social que te caiga mal tu jefe. —Me río y él me acompaña—. No obstante, todos tenemos nuestras manías, ¿no? Seguro que tú también tienes, anda.

Y suena tan relajado por primera vez que me parece un chico normal de cañas con una amiga, sin esa aura de profesor que siempre lo acompaña.

—Bueno..., soy una maniática del orden y de la limpieza en toda regla, me temo.

—Pues ya somos dos. De hecho, he sido yo el que ha pedido los posavasos al camarero, ¿no te has dado cuenta? —lo dice avergonzado y yo quiero abrazarlo, porque es el hombre perfecto, y casi se lo digo. Gracias al cielo que no lo hago, porque habría sido demasiado incómodo.

—Pero es que para mí eso es una cualidad esencial en un hombre.

—Sólo nos comprendemos entre nosotros. Yo, por ejemplo, no soporto ver arrugas en la ropa de la gente; me entran ganas de ofrecerme a planchársela gratis sólo para poder soportar mirarlos la próxima vez.

Me echo a reír.

—Pues con Rodrigo acabarías en terapia. Quizá acabe yo también, tiempo al tiempo.

Aidan me pregunta si quiero tomar otra ronda, y puedo oír la voz de Basil diciéndome: «Con dos, tú ya vas tontorrón, así que... ¡acepta!». Sólo por eso ya debería negarme, porque es como tener un pequeño diablo en mi hombro, pero no lo hago, porque ¿quién sabe si tendré más ocasiones para disfrutar de este modo de su compañía?

El camarero vuelve con otras dos cervezas y un platillo de cacahuets que devoro intentando llenar el estómago para evitar que el alcohol me suba más de lo necesario.

Seguimos hablando de todo y de nada, de su trabajo en la universidad, de cómo quiero seguir formándome en un futuro, pero, llegados a un punto, dejamos de hablar sobre lo apropiado en una tutoría entre profesor y alumna y lo hacemos sobre nosotros, sobre nuestra vida.

Así, descubro que a Aidan le gusta pescar, el vino y que está a un paso de

terminar su primer ensayo literario. Yo le cuento que me encanta el cine, bailar e ir de compras, aunque suene superficial.

Finalmente, la conversación deriva en Ava.

—Y dime, Carlota, ¿cómo una chica como tú acabó siendo madre tan joven?

Me quedo pálida en el acto, porque no me esperaba esta pregunta por su parte, aunque reacciono rápido y lo hago ignorando el mal sabor de boca que he sentido al oírle eso tan despectivo de «una chica como tú».

—No creo que yo pueda darte lecciones de cómo se hacen los niños —ojo a la segunda cerveza, que habla por mí—, pero imagínate a una cría de diecisiete años que desea sentirse adulta por un día de vacaciones por primera vez con sus amigas, y a un macizo borracho como una cuba en una discoteca. Júntalos y, ¡zas!, niña al canto.

Doy un trago largo al botellín y veo su desconcierto a través del cristal verdoso.

—¿No sabes nada de él?

—No —contesto rápido y a la defensiva, dejándole claro que ése es terreno pantanoso.

Si él supiera...

—Perdona por haberte preguntado, yo...

—No pasa nada, Aidan. Ava es lo más importante de mi vida; estoy orgullosa de haberla tenido. Da igual el modo, ella es lo que cuenta.

Él asiente con la cabeza y lanza la pregunta que hace que me ruborice como una idiota y que me da el pistoletazo de salida para fantasear con darle hermanitos a Ava con este hombre, rubios y con acento escocés.

—¿Tienes novio?

—No, yo... no tengo novio desde el instituto. Es difícil cuando estás en mi situación, siendo tan joven... Ya sabes.

—Lo entiendo, pero eres más madura que la mayoría de las chicas de tu edad. Quizá podrías encontrar a alguien con la cabeza bien amueblada y lo bastante maduro como para saber lo que conlleva querer estar contigo.

«MA-DRE-MÍ-A.»

Si Basil estuviera aquí, estaría soltando gritos espasmódicos y pensando

en un plan maquiavélico y bochornoso para mi despedida de soltera, pero, como no está, soy yo la que me imagino cosíéndole coderas en las americanas y con su cabeza entre mis piernas.

Maldita cerveza.

—Sí, bueno..., supongo.

Aidan pide la cuenta tras un minuto de silencio incómodo en el que yo dejo libre mi imaginación y, después de pagar y negarse a que lo haga yo, salimos y echamos a andar en dirección a mi casa.

Estoy nerviosa, porque no sé muy bien qué ha significado lo que acaba de pasar ahí dentro, así que me declaro en huelga y dejo que la cerveza hable por mí.

Bendito Basil, qué razón tenía.

—No puedes pagar siempre. La próxima vez tienes que dejarme invitarte, ahora tengo un sueldo bastante digno.

—Lo siento, tengo que negarme. No estoy alardeando, pero si alguien tiene un sueldo aquí que desperdiciar soy yo.

Y ahora es cuando queda constancia de que no debería beber alcohol nunca.

—¿Eso quiere decir que va a haber próxima vez? —Pestañeo coqueta, quitando las telarañas a mis cualidades de seducción oxidadas.

—Bueno —carraspea y me mira entre confuso y arrepentido—, tendremos que tener otra tutoría, al menos antes de que terminen tus prácticas, así que supongo que sí.

—Sí, claro, porque esto no es más que una tutoría, algo informal, pero eso, sí...

Aidan asiente con el ceño fruncido y, antes de que pueda cometer alguna estupidez más, se acerca a mí y esta vez es él el que me da dos besos que me cogen por sorpresa.

No son como los míos de la otra vez, sino correctos, educados y cordiales, como si intentase con su gesto mostrarme las bases de esa «relación» que tenemos, por si en algún momento se me habían olvidado.

¿Y yo en qué pienso? En nada. En nada que no sea en ese aroma que entra por mi nariz y me hace suspirar contra su mejilla como una idiota.

Dios mío, qué bien huele.

Se despide con un gesto de la cabeza y desaparece de mi vista.

«Muy bien, Carlota, ahora sí que sabe que estás colgada de él.»

* * *

Ya con Ava bañada, cenada y acostada, contesto al mensaje de Basil contándole que no, que no me he abierto de piernas ni ha habido nada más que lo que debe haber entre nosotros, aunque confieso que lo hago con una mueca de decepción en los labios y con ciertas dudas, porque, aunque él haya querido aclararme que esto no ha sido más que una tutoría, en el fondo sé que no ha sido sólo eso. De hecho, si todas las tutorías fueran así, más de uno habría acabado juzgado por supuestos malentendidos. Pese a todo, sigo perdida con Aidan en un limbo extraño, y acabo quedándome con el recuerdo de que ha sido una tarde perfecta, incluso con mi intento de coqueteo fallido.

Me duermo pensando en cómo sería besar a Aidan y llamarlo «profesor» mientras me pierdo entre sus brazos.

EL AMIGO, CON MAYÚSCULAS

Por segunda vez desde que empecé el trabajo, llego después de Rodrigo, y juro que no lo hago aposta, sino que estoy tan contenta por el encuentro de ayer que me he levantado relajada y por eso se me ha echado el tiempo encima.

Cuando entro canturreando y pensando en un modo de llamar a Aidan con cualquier excusa para volver a vernos, Rodrigo me mira con una ceja arqueada.

—¿Qué?

—Llegas tarde.

—¿Vas a reñirme por llegar tarde? ¿Tú? Además, sólo son las ocho y diez.

Ahora soy yo la que lo mira incrédula y me empiezo a agobiar, porque ¿cómo le voy a explicar a mi madre que me han despedido por ser tan tonta como para creer a mi jefe cuando me dijo que no pasaba nada por retrasarme?

—Ya... —contesta con desconfianza.

—Vale.

Me siento a mi escritorio y empiezo a trabajar a toda prisa en una reseña que dejé a medias ayer, pensando que, al ignorarlo, quizá se le olvide y siga a lo suyo, porque me mira tan raro desde hace unos días que me tenso sin remedio.

En el descanso, huyo de la madriguera de Rodrigo y me uno a la «pandilla pitillo», como los llamo en mi cabeza.

Ana le cuenta a Tomás que el secreto de un sándwich perfecto es la mostaza, «pero sólo si es de Dijon», añade muy digna, y él la escucha como si no le importase una mierda lo que le está contando, pues únicamente he

necesitado unos días para darme cuenta de que está loco por ella. El mismo tiempo para saber que para Ana no es más que un amigo salido y simplón.

Dani y Vero discuten un poco apartados; puedo oírla defender a ultranza que si quieren que sea una fiesta memorable no pueden poner vasos de plástico, mientras él se muerde el labio con nerviosismo y niega con la cabeza.

Yo me como unas galletas en silencio, disfrutando de la ligera brisa que entra por la ventana.

—Están locos.

Me giro y veo a Rodrigo, que se enciende un cigarro y le da una calada larga con los ojos entrecerrados. Me quedo fija en el movimiento de sus labios alrededor del mismo y se me cae un trozo de galleta al suelo.

—¿Qué?

—Que están locos. Tomás lleva enamorado de Ana cinco años, desde que ella llegó nueva y empezó a corretear de un lado a otro con esa sonrisilla de niña que tiene. Ana está obsesionada con que la preñen y con encontrar al amor de su vida —aquí pone los ojos en blanco y me dan ganas de apagar su cigarro contra su pecho—, y lleva los mismos cinco años sin darse cuenta de que lo tiene delante de sus narices. Y esos dos —señala a Dani y a Vero—, él tuvo un lío con Yolanda. Se fijó en ella antes que en Vero y por esa razón se siente mal y la deja a ella salirse con la suya en todo. Por el mismo motivo, ella se aprovecha y hace lo que le da la gana con Dani.

Me entran ganas de preguntarle por media plantilla más, pero también me cabrea, porque, aunque llevo pocos días aquí, esta gente se ha portado fenomenal conmigo y no me gusta que hable así de ellos, por lo que se lo dejo ver.

—¿Y qué hay de ti?

—¿Perdona? —dice sorprendido por mis palabras.

—¿Qué hay de ti, Rodrigo? Es muy fácil hablar de los demás, ¿sabes? Pero todos tenemos una cruz a la espalda, lo importante es ir con lo nuestro por delante si vamos a juzgar a los demás.

Da una nueva calada honda y empiezo a arrepentirme de ser tan osada. Me cabrea tanto todo lo que hace que me olvido continuamente de que es mi jefe y de que puede darme una patada en el culo cuando le plazca. Incluso me olvido

de que, si alguien está siendo un hipócrita de los dos, ésa soy yo.

—¿De verdad quieres saberlo? Pues mira, *sabioncilla* —«capullo»—, de mí se dicen muchas cosas, como que soy un niño de mamá o que me follaría a Tomás si se disfrazara de tía en Carnaval, porque me gusta cualquier cosa con faldas. —Pongo tal cara de asco que hace una mueca, pero continúa, acercándose más a mí hasta notar su aliento en mi mejilla—: O que soy un puto engreído con la misma mentalidad que mi sobrina de cinco años, pero ¿sabes qué? Que si lo dicen los demás no me importa, porque no me conocen realmente.

—¿Y si son tus amigos los que lo dicen? —le respondo desafiante.

Vale, sé que debería haberme mordido la lengua, pero es que me lo ha puesto a huevo, porque en el tiempo que he compartido con sus supuestos amigos he oído comentarios sobre él, sin maldad aparente, pero que dejan claro que Rodrigo no destaca precisamente por su madurez ni su compromiso con las mujeres. Y, sí, que es un niño de mamá también ha llegado a mis oídos.

—Pues si lo dicen mis amigos tampoco me importa, porque ellos se atreven a decirme esas cosas y me aceptan pese a ellas, pero también me dicen las buenas, y eso sí que es importante.

Trago saliva con fuerza y él se ríe con superioridad.

Siento su cuerpo tan cerca del mío que es posible que oiga mi corazón bombeando a toda velocidad. Sé que me he pasado y que me lo tengo merecido, pero es que no sé qué tiene Rodrigo que me hace comportarme como alguien que no soy.

Sin duda, saca lo peor de mí.

—Puede que tengas razón, pero quizá debas contar esas cosas en vez de las malas.

Él se ríe y esta vez se acerca tanto a mí que casi roza mi oído con los labios.

Yo cierro los puños con fuerza y también los ojos, porque tenerlo casi tocándome me altera de un modo que no sé explicar. Son recuerdos, buenos, pero también malos por lo que vino después; no obstante, hay algo nuevo que aún desconozco.

—No, cariño, contar lo malo es fácil, lo difícil es acceder a lo bueno, y

para eso tienes que ganártelos.

Rodrigo se aleja de mi lado y se acerca a Tomás; entonces le da una palmada en la espalda tan fuerte que al otro se le cae el café. Ana se ríe, le da una colleja a Rodrigo y saca una toallita húmeda de su bolso con rapidez y ayuda a limpiarse a Tomás, que la mira entre agradecido y embelesado. Vero y Dani se les unen y hacen partícipes a los demás de su discusión, mientras yo me siento fuera del círculo, fuera de todo.

Rodrigo tiene razón, es muy fácil juzgar a las personas sin conocerlas, como yo he hecho con él, pero conocer lo bueno, descubrir esas pequeñas cosas que nos hacen especiales y, lo mejor, poder hablar de ambas cosas, tanto de las virtudes como de los defectos con naturalidad y conocimiento de causa, eso sí que es complicado.

Ana me hace un gesto para que me acerque y me una a ellos, pero noto la mirada de Rodrigo en el acto y me siento tan sola de repente que niego con la cabeza y vuelvo al despacho.

Qué bonito es formar parte de algo, de algo más que de tu familia, porque yo tengo a Basil, pero él es prácticamente mi familia, así que, en realidad, no siento que forme parte de nada más que de las tres personas que conforman mi vida.

Eso es lo que me ha recordado Rodrigo, esa soledad que no puedo evitar sentir y que intento ocultar con todo lo demás; ese formar parte de verdad de algo que yo desconozco.

* * *

Cuando él vuelve al despacho, lo ignoro. Bueno, lo intento, porque el hecho de que plante su culo en mi mesa no ayuda.

—¿Querías algo? —le digo con una ceja apuntando al techo.

—¿Estás bien?

—Sí, hasta que tu trasero me ha desconcentrado, sí. —Se muerde el labio para contener la risa y se le marca el hoyuelo de una forma encantadora. Parece un niño malo, con esa sonrisa pícara que traería de cabeza a cualquiera. «Céntrate, Carlota»—. ¿Qué pasa?

—Así que eres de las que dicen «trasero». —Y ahora ya se ríe con libertad y quiero clavarle uno de sus queridos cactus en el mismo.

—¿¿Qué??

—Que eres de esas que utilizan palabras correctas.

—No te entiendo. —Y cierro los ojos un instante rezando a quien me esté escuchando para que me dé paciencia, porque como me dé fuerza le calzo una hostia en toda la cara.

—Sí, dices «trasero» en vez de «culo». Seguro que también dices «fenomenal» o «fabuloso», en vez de «cojonudo», ¿me equivoco?

No. Evidentemente, no se equivoca, pero ni muerta se lo digo.

¿De qué va este tío?

Podría decirle que el hecho de que me dejara preñada y críe a una niña en mi tiempo libre me ha llevado a aprender a controlar mi lenguaje y que no me permito decir palabrotas normalmente, aunque pensarlas es otro cantar. En mi mente ya me he despachado a gusto cientos de veces pensando en él.

Merecería la pena confesarle hoy que es padre, sólo para poder recrearme en la cara de estúpido que se le quedaría.

—Pues no, mira, no te equivocas. También digo «colosal». —Se descojona y me controlo para no graparle un folio en la frente—. De todos modos, tú ya dices palabrotas por los dos, así que alguien tiene que ser la persona madura y responsable en este despacho, ¿no te parece?

Vuelvo a estar enfadada y, cuando lo nota, deja de reírse y se levanta de mi mesa; al hacerlo, veo dos hojas con las esquinas dobladas y gimo un poquito demasiado alto.

—Eh, lo siento. —Intenta hacerles recuperar su estado original, pero se las quito de un manotazo—. Sólo quería saber si estabas bien, yo... antes puede que me haya pasado un poco.

—Rodrigo —suspiro y me concentro en lo que quiero decir—, no pasa nada, son tus amigos, no los míos, puedes decir lo que te dé la gana sobre ellos, ¿de acuerdo? Ahora, por favor, he venido aquí a trabajar, no a tratar temas de patio de colegio.

«Ya, claro.»

Él asiente a regañadientes y la mañana sigue su curso.

* * *

Mi tercera semana en la revista pasa a tal velocidad que me parece increíble que me haya acostumbrado tan rápido a todas esas rutinas que comparto con Rodrigo. Acudo a mi primera reunión antes de la publicación quincenal, en la que me muestro tan maravillada que todos se ríen como si fuera una niña delante de una casa hecha de regaliz, y casi lloro de la emoción cuando veo mi nombre escrito ese miércoles en la revista recién distribuida en todas las tiendas del país. Basil lo hace cuando la compra en el quiosco del señor Mariano de la esquina de su casa.

El viernes llega. Evito a Ana y a los demás en el descanso, porque su insistencia para que acuda a la fiesta de Vero y Dani roza la obsesión. No quiero decirle que no quiero ver a Rodrigo más de lo necesario, ni que le he prometido a mi hija ver *Enredados* y comer palomitas de caramelo la tarde del sábado.

Rodrigo entra en el despacho y cierra la puerta con pestillo ante mi mirada boquiabierta.

—¿Qué estás haciendo? ¿¿Por qué me encierras??

Agarro un lapicero y lo amenazo con él. Ojalá fuese una espada láser, pero sólo es un triste lapicero, y me siento ridícula al momento.

—Aparta eso y dime qué te parece.

Saca de una bolsa una planta preciosa y la deja delante de mis ojos. Yo los miro a ambos, alternativamente, sin saber muy bien qué decir.

—¿Gracias?

—¿Qué? —Sacude la cabeza riéndose y me siento idiota cuando entiendo su gesto—. No es para ti, Carlota. Es para Dani y Vero. Su regalo por la fiesta de inauguración de su casa.

—Oh.

Me siento aliviada, porque que me hiciese un regalo no tendría razón de ser y no sabría cómo reaccionar, pero también una leve decepción que no comprendo se acopla en mi estómago.

Lo miro extrañada, porque no me lo imaginaba teniendo un detalle de este

tipo.

Tengo en cuenta que apenas lo conozco, pero es que es tan inmaduro, es tan... tan..., tantas cosas que el hecho de llevar un regalo me ha sorprendido. O quizá sólo sea que no quiero encontrar aspectos en él que me agraden, porque odiarlo es más fácil para enfrentarme al tema de Ava que el hecho de que es posible que empiece a caerme bien.

Rodrigo se sonroja y se pasa la mano con fuerza por su pelo siempre despeinado; empiezo a pensar que es posible que se peine por las mañanas, pero hace ese gesto tantas veces al día que por eso no lo parece.

—Es una guzmania, de la familia de las bromelias.

—Es preciosa.

Y es verdad. Con unas hojas de un verde muy intenso y el centro rojizo, dando el aspecto de una flor. En otro momento me habría reído de él al hablarme en esos términos, y no por faltarle al respeto, sino porque me resulta una faceta interesante y eso me enfada.

—Cuando florece, muere, pero es fácil de multiplicarse.

—Vaya.

Carraspea y se marcha a su mesa, puede que un poco avergonzado por mostrarme algo de él que es más íntimo de lo que parecía, porque por el modo en que acariciaba las hojas se nota que es algo que le gusta de verdad.

Los siguientes veinte minutos me los paso mordiéndome la lengua para no estallar en carcajadas, mientras observo de reojo a Rodrigo intentando envolver la planta con un papel transparente de celofán. Maldice cada dos segundos y me mira con una mezcla de desprecio y de esperanza para que lo ayude.

Cuando ya veo el sudor brillando en su frente y está a punto de ahorcarse con el lazo o de mandarlo todo al carajo, me acerco a él con rapidez y se lo arranco de las manos.

—Trae aquí.

Él obedece y, dos minutos después, me regala una sonrisa de agradecimiento tan deslumbrante que pienso en envolverle cada mueble de la sala sólo por verlo sonreír así de nuevo.

Pero ¿qué me pasa?

Rodrigo se acerca a mí y, agarrándome la cara por las mejillas con dulzura, me deja un beso en la frente a la vez que me da las gracias en un susurro que me estremece.

Entonces ocurre algo extraño, porque cuando se separa y me mira a los ojos yo no puedo despegar los míos de su boca, que está húmeda, y revivo una sensación olvidada; en esta ocasión, entre mis piernas y en la parte baja del estómago.

¿Es deseo?

Rodrigo separa los labios y se acerca lentamente, con sus manos aún sujetándome el rostro. Hace tanto tiempo que no me siento así que lo único que puedo hacer es dejar la mente en blanco y disfrutarlo. Bloqueo todo lo que me obligaría a apartarme de un salto y a soltarle algún impropio y me concentro en sentir su piel tocando la mía y en la anticipación de ese beso que, por mucho que me pese y me duela, deseo más que nada.

Está tan cerca que su aliento se mezcla con el mío y, al respirar, percibo su olor, a jabón y a algo dulzón, que me recuerda a la vainilla. Me siento un tanto idiota al pensar que Rodrigo huele a mi sabor favorito.

Alzo la vista y la clavo en sus ojos, de un azul tan familiar que me estremezco, y me percato de una pequeña mancha en su ojo izquierdo; sin poder evitarlo, empiezo a cerrar los párpados y, cuando sus labios se rozan levemente con los míos, la oigo, y la realidad de lo que está sucediendo es como una bofetada.

—Chicos, soy Ana, ¿por qué está cerrado con pestillo? ¿¿¿Hay alguien ahí??? —Rodrigo se acerca a grandes zancadas, le abre la puerta y la mete dentro tirando de su brazo—. ¿Qué hacíais encerrados? ¡¿Estáis liados y no me lo habéis contado ninguno de los dos?! — exclama con los ojos a punto de salirse de sus órbitas.

—¡¡¡No!!!

Y lo decimos los dos tan a la vez que parece que es mentira, pero Ana es la inocencia personificada, así que cuela en el acto.

Suspira aliviada y le pasa a él uno de sus largos brazos sobre los hombros.

—Ay, qué susto. Rodri, ya sabes que como te vuelvan a pillar haciendo manitas en la oficina te vas a la calle —lo reprende.

Él me mira fugazmente y yo intento desaparecer a toda velocidad.

—Voy al servicio. —Mientras acelero el paso, no paro de intentar averiguar con quién es posible que haya tenido algún rollo en la oficina.

—¿Es para Vero y Dani? Ay, Rodri, eres un encanto, ¿de verdad que no estáis liados? —Lo oigo gruñir y a ella soltar una risita—. ¡Espera, Carlota! —Freno antes de llevar a buen puerto mi intento de huida y me giro—. Venía porque hay un maromo increíblemente guapo preguntando por ti en recepción.

—¿Por mí? —pregunto extrañada, y no puedo ignorar la mirada intensa e interrogante que me dedica Rodrigo.

—Sí. —Se acerca a mí dando saltitos y me agarra las dos manos entre las suyas—. ¿Tienes novio y no me lo has contado? Porque las amigas se cuentan las cosas y pensé que éramos amigas. ¿No lo somos?

—Sí, claro.

—¿Sí a que es tu novio o a que somos amigas?

No sé por qué evito darle la respuesta delante de él, pero por algún motivo no quiero que sepa demasiado de mí, o quizá lo que quiero es que tenga dudas al respecto.

Su mirada sigue fija en la mía y me ruborizo, lo que me hace querer molestarlo más aún.

Que le den.

El caso es que tiro de Ana y justo en ese instante oímos a Dani por el pasillo; Rodrigo esconde la planta debajo de su mesa, haciendo un ruido bastante desagradable con el celofán, y se sienta a trabajar con él.

Me encuentro con Basil; está apoyado en la recepción mirándose las uñas y tiene una postura tan sexy, tan erótica, tan deseable, qué sé yo, que entiendo la reacción de Ana, que saca pecho, se estira todo lo larga que es y pestañea con coquetería.

Claro que Basil es Basil y me planta un pico de esos ambiguos que no sabes si es de amigos o de pareja. Ana abre los ojos de un modo hasta cómico y me mira con lo que parece sincera admiración. Asiente con la cabeza con los ojos entrecerrados y puedo oír su: «Bien hecho, Carlota».

Ojalá hiciese algo bien en mi vida.

—Ana, éste es Basil, un amigo.

—EL AMIGO —dice él con picardía.

La madre que lo parió.

—Ya, «el amigo». Como todos tus amigos sean así, creo que vamos a ser más amigas de lo que creía. —Y, guiñándonos un ojo, vuelve al trabajo.

—¿Qué haces aquí?

—Hola, zorrón —Basil ha vuelto—, ¿por qué estás tan alterada? Soy el hombre de tu vida, pasaba por aquí cerca y quería ver dónde te ganas los cuartos.

Pongo los ojos en blanco y lo encierro en un rincón, evitando la mirada de más de la mitad de la plantilla femenina de la revista (liderada por Ana), y de un porcentaje bastante curioso de la masculina.

—Sí, claro. Tú vienes a cotillear.

—Vale, quiero conocer al dios griego.

—Pues no va a poder ser, está... —tartamudeo un poco, lo justo para que sepa que estoy intentando inventarme una buena excusa, pero se me da de pena —, está reunido, sí. Eso es, una reunión de vida o muerte. El futuro de esta revista y casi de la humanidad depende de él en estos momentos. ¡Hala! Ya puedes irte.

Basil me dedica su mirada de odio concentrado, demasiado ensayada frente al espejo para que me resulte creíble, pero al igual que él sabe que yo miento de pena, yo sé que él no sería capaz de matar ni a una mosca, así que me río en su cara.

Claro que la suerte no está de mi parte, y cuando Ana vuelve se muestra ante mí.

—Oye, Carlota, siento molestarte, pero ya he terminado mi turno y me marcho a casa. ¿A qué hora quedamos mañana? —Y me dedica una sonrisa llena de esperanza.

—Ana, lo siento. Ya te he dicho que no puedo ir. En otra ocasión, ¿vale?

Suspiro y le dedico la sonrisa más falsa de mi repertorio, sintiéndome fatal por ello. Ella me pone morritos.

—¿No vas a ir adónde, cielo? —Basil, mi mejor amigo y en ocasiones mi peor enemigo, entra en acción.

—Mañana unos compañeros inauguran su nueva casa con una fiestecilla

informal —le explica Ana.

—No me habías dicho nada, cariño.

Ella abre los ojos y se acalora cuando observa cómo Basil me mete un mechón de pelo por detrás de la oreja con delicadeza y de una forma tan sexual que, si no lo conociera como lo hago, habría tenido un orgasmo fulminante en mi centro de trabajo.

Gracias a Dios, ya soy inmune a sus encantos, al menos la mayor parte del tiempo.

Pongo los ojos en blanco de nuevo, pero sólo porque sé que lo detesta, y respiro hondo para no matarlo pillando su cabezón con las puertas del ascensor.

—Porque no podemos. Tenemos planes, ¿no te acordabas, *mi vida*? — Y remarco tanto ese apelativo cariñoso que no lo parece en absoluto, pero Ana no es de las que pillan ese tipo de cosas.

Él sonrío, y ahora Vero también se encuentra al lado de Ana, babeando y mirándonos como si estuviera en el cine.

—No pasa nada, los dejaremos para el domingo. —Se vuelve hacia las chicas y con una sonrisa de anuncio de dentífrico se dirige a Vero—: Y tú eres...

—Vero. La fiesta es en mi casa.

Creo que a ninguna de las tres se nos pasa por alto que es la primera vez desde que la conozco que dice «mi casa» y no «nuestro nidito de amor», o algo por el estilo.

—Carlota, no me habías dicho que ser guapa era un requisito para entrar en la plantilla de esta empresa.

Ana gana el premio a la sonrisa más tonta del año y Vero recibe una mención de honor por la cara más ridícula. Yo los ignoro a todos y voy a recoger mis cosas al despacho para sacar a Basil cuanto antes de allí; antes de que sea capaz de ligarse incluso al dios griego, por ejemplo.

Cuando entro, Rodrigo tiene la mirada perdida en su mesa.

—Hola, siento si te interrumpo, cojo mis cosas y me voy.

—Claro. ¿Tu visita ya se ha ido?

—Eh..., no, me espera en recepción.

—Bien.

¿«Bien»? ¿Qué significa eso?

Noto de nuevo la intensidad de su mirada sobre mi cuerpo y percibo que el aire vuelve a cargarse de aquel deseo que he sentido hace apenas minutos. Es como si una neblina extraña se hubiera acomodado entre nosotros. Como si los recuerdos nos dijeran que de un fuego siempre quedan las cenizas.

Rodrigo abre la boca para decir algo, pero parece que lo piensa mejor y la cierra, dejando sus labios formando una fina línea, a todas luces, tensa.

—Bien. Pues hasta el lunes, entonces.

—Sí. —Se pasa las manos por el pelo en ese gesto tan característico suyo y vuelve a centrarse en los papeles que tiene delante—. Que pases un buen fin de semana.

—Igualmente.

Consigo rescatar a Basil de la nube hormonal irrespirable de la recepción, no sin antes acabar claudicando y prometiendo pensar en pasarme por la fiesta, aunque sea un rato.

—Tú también puedes venir, Basil —dice Vero, atusándose su corta melena con coquetería.

—Intentaremos reorganizar nuestra agenda, pero, si no lo consigo, queda prometida una noche de copas. —Y cuando les guiña un ojo, a ellas les falta hacerle una ola y lanzar sus sujetadores.

En cuanto pisamos la calle, me encaro con Basil y su sonrisa victoriosa.

—No pienso ir, déjalo ya. No quiero verlo más de lo necesario.

—¿Por qué? Antes o después tienes que acostumbrarte a su presencia.

Tiene razón, pero no puedo. Estoy demasiado nerviosa para razonar de un modo coherente.

—Porque necesito descansar y pensar con claridad, ¿no lo entiendes?

—¿Tienes algo que contarme? —pregunta con suspicacia.

Pienso que quizá debería contarle que me siento atraída por Rodrigo de un modo que no comprendo, que me saca de mis casillas, pero que también rememoro nuestra noche cada vez con más asiduidad. Decirle que este juego se me está yendo de las manos y que lo más sensato sería dejar el empleo y confesarle la existencia de una niña preciosa que tiene tanto de él que me

duele cada vez que la miro. Contarle que casi lo beso.

Me sonrojo, él se ríe y me coge de la mano, pero no dice nada; creo que sabe que oculto demasiado, pero que aún no estoy preparada para hacerle frente.

Maldita sea, cómo me conoce.

—No, y no quiero hablar más del tema. Se acabó, ¿me has oído? No pienso ir a esa fiesta.

—Eso ya lo veremos.

Y, en cuanto pronuncia esas cuatro palabras, sé que estoy condenada.

ENTRE AMIGOS

Me observo de arriba abajo una vez más y arrugo la nariz. No sé si es que el pantalón es muy corto o que el escote es más desbocado de lo habitual, pero me siento demasiado expuesta.

—Me encanta tu culo.

Veo el reflejo de Basil a través del espejo y su cara de admiración. Frunzo el ceño, porque es muy deprimente que el único hombre que le dedica halagos a mi culo sea uno que lo admira porque desea tener uno igual.

—Debería decir «gracias», supongo. Creo que voy a cambiarme.

—Si te cambias de ropa, voy contigo.

Le regalo un gruñido y dejo caer las manos a los costados con un resoplido muy poco femenino.

Creo que aún no he dicho que Basil sería capaz de convencerme para cualquier cosa absurda que se propusiera; normalmente cedo por no tener que aguantar sus quejas, pero el caso es que siempre lo consigue.

Así que esta vez no iba a ser diferente.

He aceptado y ahora estoy terminando de arreglarme, porque dentro de diez minutos Ana va a venir a recogerme para ir a la dichosa fiesta de Vero y Dani. Mi única condición era que Basil no fuese, porque me he negado en redondo a pasarme la noche viendo cómo babean por él y siguiéndole el rollo a la historia de pareja que se inventaría entre nosotros. Una que seguramente empezaría con un encontronazo de esos que sólo pasan en las películas de Meg Ryan, que seguiría con un primer beso tumbados en un campo de narcisos como en la película de *Big Fish* y que acabaría con una proposición de

matrimonio surcando el Sena con Édith Piaf poniendo banda sonora al momento y la torre Eiffel iluminada de fondo.

Confieso que he estado a punto de sucumbir a sus súplicas sólo por ver la cara de Rodrigo al verme llegar del brazo de semejante portento, pero tengo demasiadas cosas en la cabeza como para llenarla aún más.

—Vale, el *short* se queda. ¿Qué tal el pelo?

Me miro el recogido que me ha hecho Basil y suspiro. La verdad es que si no fuera por él la mitad de mi vida iría hecha un espantajo, aunque mucho menos desnuda también.

Ava entra en la habitación con todos los morros llenos del yogur que se está comiendo y le mete una cucharada en la boca a Basil, que acepta y pone una cara como si fuese lo más rico que ha probado en su vida. Ella lo mira con auténtica adoración; de hecho, es probable que ya esté enamorada de él, y lo comprendo.

—Mamá, estás muy guapa. ¿En esa fiesta va a haber palomitas?

—Gracias, cariño. No lo creo.

—Menudo fastidio. Si quieres, Basil y yo te guardamos unas pocas para cuando llegues.

Le sonrío mientras le limpio la boca con un pañuelo que saco de un cajón del escritorio.

—Mi niña, pienso comérmelas todas. ¿Qué te crees?, ¿que en la fiesta de mamá no habrá algún bocadito que llevarse a la boca? —suelta Basil, y su mirada obscena me deja claro en qué tipo de bocaditos está pensando.

—¿Bocaditos de qué? ¿De tomate? —pregunta ella curiosa.

—Huy, sí. Y tabletas de chocolate, quizá. Y plátanos...

Dios... Él se parte de risa con el doble sentido de sus palabras y le doy una colleja.

Será cerdo.

—A mí me gustan los plátanos, tito.

—Oh, a mí también, no veas cómo me gustan. —Y su lengua hace un gesto de esos que deberían ir acompañados por dos rombos.

Su risa retumba en el cuarto y Ava enseguida lo acompaña, aunque cada uno se ríe de cosas diferentes.

Después de comérmelos a besos a los dos y de repetir ochenta veces que me llamen si pasa cualquier cosa, me empujan hasta la puerta y la cierran delante de mis narices. Mi madre tenía clases de salsa y después cena con las amigas, así que Basil va a quedarse con Ava hasta que ella regrese.

Pondría la mano en el fuego por él, pero no puedo evitar el remordimiento que inunda mi cabeza por salir por ahí, y, además, sé que mañana Ava vomitará debido a todos los dulces que Basil le va a permitir comer, pero el pobre no puede evitarlo, con ella es demasiado fácilón.

Ana me espera al final de la calle, aparcada en una cochera. Me recibe con una sonrisa cegadora y da un par de palmadas en el asiento impaciente.

—¡Guauuu! Estás cañón —dice con su voz aguda, dándome un repaso de arriba abajo.

—Gracias, tú también estás muy guapa.

Y lo digo de verdad. Lleva un vestido marinero blanco de manga francesa y mucho vuelo, y su melena cortita sujeta hacia atrás con una diadema. Está preciosa, y mucho más arreglada que yo, que llevo *shorts* vaqueros deshilachados, blusa blanca sin mangas y sandalias planas, pero ¿no era una fiestecilla informal?

Da igual, tampoco quiero impresionar a nadie, ¿no?

Ana charla sin cesar sobre un montón de cosas, desde ropa hasta del último escándalo de la famosilla de turno que nos ha llegado filtrado a la revista. Me hace reír cuando confiesa que espera que no haya demasiadas cosas con cebolla para picotear, porque le encanta, pero le da gases. Es tan natural y tan inocente que es imposible que no te sientas a gusto con ella, se ve a la legua que es buena y de fiar.

Entramos en una urbanización de casas rojizas y puertas blancas. La de Vero y Dani está al final de la misma, enfrente de un parque con un par de columpios y una fuente, donde un montón de críos juegan bajo la atenta mirada de sus padres, que charlan sentados en los bancos.

Pienso que a Ava le encantaría vivir en un sitio así.

Nos abre la puerta Vero, que chilla cuando me ve, porque solamente Ana sabía que al final había aceptado venir, y nos fundimos las tres en un abrazo. No estoy muy acostumbrada a estas muestras de efusividad, más que nada

porque no tengo amigas reales, así que esto es nuevo para mí, pero enseguida me relajo y participo en ese acto tan tonto y gratificante.

Dani sale a saludarnos y ambos nos enseñan la casa; es preciosa, de dos plantas y decorada con muy buen gusto. Se lo digo y Dani se hincha como un pavo, por lo que concluyo que eso de la decoración es cosa suya. Les entrego una botella de vino que Basil me ha comprado para traer como agradecimiento y Ana con salero dice que ella no piensa regalarles nada, que bastantes cigarrillos le ha robado Dani a lo largo de los años. Se ríen y vuelvo a ser testigo de esa complicidad que sólo se tiene con los amigos de verdad.

—Bueno, ahora nuestra parte favorita y el motivo por el que nos hemos hipotecado de por vida.

Vero nos guía hasta la puerta que da al jardín y cuando lo vemos nos quedamos sin respiración.

Es precioso, y juraría que más grande que mi casa. Han colocado una mesa con comida y bebida en uno de los laterales, y en el otro lado hay unos sillones bajitos y cojines en el suelo para sentarse. De frente, una pequeña piscina, pero lo suficiente para darse un baño en condiciones. Unos farolillos de colores adornan las paredes que separan su espacio del de los vecinos y una hamaca de rayas azules cuelga entre dos pequeños árboles frutales.

Todo está lleno de plantas, perfectamente cuidado; parece sacado de una revista.

Al fondo, un tío agachado sobre una de las plantas al que podemos verle el borde de sus calzoncillos asomando por encima de sus pantalones. Cruzo los dedos para que no nos deleite con un comienzo de raja.

—¡Eh! ¿Es Rodri?

—Sí, está recortando una de sus flores. —Dani asiente y Ana sale corriendo hasta colgarse de su espalda y caer los dos de bruces sobre el césped.

—Todo esto... —Miro a mi alrededor con una ceja arqueada, y ambos asienten en silencio antes de que termine la frase—. ¿Lo ha hecho él?

A pesar de la incredulidad de mi rostro, ellos sonrían; me cuentan que le encanta y que gracias a todo lo que ha aprendido de su madre es muy bueno en lo que hace. Yo no puedo apartar la vista de él y de cómo le da un beso a Ana

en la mejilla y le hace cosquillas con confianza. Ella se ríe y chilla como una niña pequeña, hasta que Tomás, que estaba acabando con todas las reservas de aceitunas, la oye y se dirige hacia ellos como si nada.

Dani me agarra del brazo con soltura y me presenta a sus amigos.

Hay un par de compañeros más de la revista, pero el resto de la gente son conocidos de ambos de fuera del trabajo. También está la hermana de Vero, que se llama Isa y es aún más bajita que ella, y el hermano pequeño de Dani, que tiene dieciocho años recién cumplidos. Pienso que parece mentira que me lleve menos años con él que con algunos de mis compañeros.

* * *

Me sirvo una copa de vino blanco. Está dulce y frío, y mi cuerpo lo agradece. Ya ha anochecido y el jardín está iluminado sólo por los pequeños faroles y por un par de focos colocados encima de la puerta de entrada a la casa.

Isa, la hermana de Vero, enseguida ha entablado conversación conmigo, y la he puesto al día de mi incorporación a la revista, mientras ella picotea sin parar. Yo como patatas fritas, porque no veo mucho más a mi alcance que pueda comer, y la escucho despotricar contra su jefe, con el que resulta que tiene una aventura desde hace un año y medio. Yo bebo vino, sorprendida por la naturalidad al contar algo de semejante calibre a una completa desconocida como si nada.

Oigo a Tomás contar un chiste verde y a Rodrigo reírse a carcajadas de sus idioteces, pero me niego a mirar en su dirección, porque ninguno de los dos me ha saludado aún más que con un par de miradas de reojo. Vero se acerca y empieza a discutir con su hermana sobre una reunión familiar de la que las dos quieren librarse; a mí se me va la cabeza hacia otros pensamientos, como que por qué no me ha saludado como a los demás o el motivo por el que me cabrea tanto.

Al final desisto y, cuando miro en su dirección, sus ojos se cruzan con los míos y lo observo acercarse entre la gente. Isa sigue mi mirada y suelta una sonrisilla.

—Humm, Rodrigo. Está bueno, ¿eh?

—No lo sé, esa camiseta no me deja pensar en nada más que en tirarlo a la piscina y ahogarlo.

Tanto ella como Vero estallan en carcajadas y empiezan a opinar sobre las frases, consideradas ingeniosas, de las camisetas de Rodrigo. Yo no puedo apartar la vista de la cita que luce con orgullo sobre el pecho: «Me gustaría ser feo por un minuto (para saber lo que se siente)», y de pensar que, muy a mi pesar, es tan guapo que puede llevar una camiseta así sin parecer imbécil. El mundo es un lugar muy injusto.

Cuando llega frente a mí, me saluda con una sonrisa torcida y se acerca hasta tocarme el brazo, pero, cuando pienso que me va a dar dos besos, abre la boca y ya no me parece tan guapo y sí un imbécil, se ponga lo que se ponga.

—Carlota, perdona. ¿Me dejas pasar para que pueda coger una cerveza?

—Sí..., claro.

Me aparto de su camino y puedo notar que se está riendo, aunque no lo vea. Ana me saluda con efusividad con la mano desde la otra punta del jardín y corro hacia ella, huyendo del centro de todos mis sentimientos; la mayoría malos, aunque también de algunos buenos que no debería sentir.

Una hora después, la música suena, el alcohol ya se nota en el ambiente y sólo se oyen risas y ese bullicio tan agradable que supone una reunión de gente joven en una noche de verano. Yo apenas he comido, y dos copas de vino son suficientes para sentirme relajada y no pensar demasiado en nada más que en disfrutar con estas personas que me han abierto su casa sin pedir nada a cambio. Ni siquiera pienso en que Ana va por la tercera cerveza y que he venido en su coche.

Mientras Tomás cuenta otra de sus anécdotas, noto una mano sobre mi brazo y, cuando me giro, los ojos de Rodrigo me escrutan en silencio.

—Toma, creo que apenas has comido.

Me ofrece dos canapés vegetales en un platito y los acepto sin saber muy bien qué decir. Él se revuelve el pelo y se integra de nuevo en la conversación, sin darle más importancia a su gesto.

Ana se acerca a mí y me susurra con recelo:

—¿Por qué no has comido antes?

—Soy vegetariana, él..., bueno, se lo comenté un día en el trabajo.

Se le hincha el pecho de orgullo cuando comprende el detalle que ha tenido Rodrigo, como si fuera su madre, y asiente pensativa.

—Es un encanto, ¿verdad?

—Sí..., claro —afirmo, aunque retiro la mirada, porque no quiero que vea lo que me produce pensar en Rodrigo en esos términos.

—Lo conozco desde hace muchos años. Antes de trabajar en la revista él tuvo una historia con una amiga mía, pero no salió bien.

—¿Por qué? —pregunto curiosa, sin poder aguantarme.

—Porque él y yo conectamos enseguida. —Alzo una ceja, de repente incómoda al imaginármelos juntos de un modo que hasta ahora me había parecido imposible, y ella enseguida se explica, como si fuera necesario—: Como amigos, no pienses nada raro. El problema es que ella no lo creyó y nos dio de lado a los dos. Desde entonces es mi mejor amigo.

—Vaya.

—Sí, vaya.

Nos quedamos las dos en silencio y lo observamos. Está contándoles a Dani y a Vero algo muy serio que no llego a oír, pero ellos lo escuchan atentos y se ríen divertidos de vez en cuando. Lo estudio de arriba abajo, desde sus chancas hasta su pelo revuelto, y noto una sensación cálida en la piel. Por mucho que me pese, el que se haya acordado de que soy vegetariana y se haya molestado en ofrecerme algo de comer me ha dejado fuera de juego. Y luego está el hecho de que se haya percatado de que no había probado bocado. Detalles. Indicios. Muestras que me producen un desasosiego inmediato. Pequeñas particularidades de lo que es Rodrigo y que no esperaba.

Ana interrumpe mis pensamientos con algo que parece un consejo, o una justificación de parte de él, o un aviso, no tengo muy claro el qué.

—Puede parecer un niño, un creído y un gilipollas integral cuando se lo propone, pero si lo conoces un poco, descubres que merece realmente la pena.

—Como todo el mundo, supongo.

El problema es que estoy tan centrada en odiarlo para justificar mi silencio y una decisión que, aunque no haya tomado aún, me encantaría elegir, que me cuesta dejar todo eso de lado y conocerlo sin más.

Empieza a sonar *Summertime Sadness*, de Lana del Rey, y Ana rompe la tensión del momento con una de sus ideas impulsivas.

—¡Eh! Vamos a bailar esta canción.

Me coge de la mano y se pone a saltar y a mover la cadera con gracia sin importarle nada. Me encanta bailar, y más aún cuando el alcohol me hace sentir tan ligera, así que acepto y, segundos después, los demás nos acompañan.

Tomás agarra a Ana, que se ríe sin parar, y la levanta sin dejar de darle vueltas bajo las carcajadas de todos. Cuando sus bragas son ya las protagonistas del momento, él la baja y le da un beso sentido en la frente. Ella le da una cachetada en el brazo y se lanza encima de Rodrigo, que —y esto ya no es porque lo odie, de verdad— no baila especialmente bien, pero es de los que tienen gracia, así que lo compensa.

Dos horas después, descanso con la espalda apoyada en una pared y las sandalias quitadas. Observo a Dani y a Vero bailar acaramelados, a Tomás hablando con Ana en un rincón un poco apartado y con cara de circunstancias, y al resto de la gente charlando o bailando igualmente.

Estoy sola, pero, por un momento, no me siento para nada así.

Rodrigo se acerca y me tenso un poco, pero no tanto como es habitual.

No sé por qué. Quizá haya bajado mis defensas un poco por esos detalles que desde el principio he visto que él regala a los demás y que también ha comenzado a tener conmigo.

Se sienta a mi lado en el suelo y me ofrece una copa de vodka con naranja. He estado bebiendo de la copa de Ana y me ha gustado, así que acepto, aunque sé que me arrepentiré mañana, porque no estoy nada acostumbrada a beber.

Él bebe cerveza, igual que aquella noche, y se enciende un cigarro. El olor resultante de ambas cosas vuelve en forma de recuerdo.

Nos mantenemos en silencio observando a los demás, pero, por primera vez, me siento cómoda; o, al menos, no incómoda.

—Me encanta esta canción —dice, y suelta el humo que yo no puedo evitar mirar según desaparece frente a nosotros.

—¿Cuál es? No la conozco.

—*The Scientist* de Coldplay. —Me mira de medio lado y sonrío

sorprendido—. ¿Cómo es posible que no la conozcas? ¿En qué mundo vives?

En uno de plastilina, canciones infantiles y lápices de colores, sí, eso es.

Me encojo de hombros y le doy otro trago a mi vaso, porque no quiero seguir hacia donde iban mis pensamientos.

Se termina el cigarrillo en silencio y lo apaga dentro de una lata que usa como cenicero.

—No deberías fumar.

Su risa franca hace que se me levanten las comisuras de los labios de forma involuntaria.

—Ya lo sé. He intentado dejarlo aproximadamente una vez al mes desde hace tres años, pero siempre acabo cayendo. Tampoco fumo demasiado, sólo por temporadas, por largas temporadas...

Nos reímos y entonces se pone serio y me estremezco, porque noto su mirada y sus ganas de decirme algo que no sabe si debe decir.

—Es tarde, creo que deberíamos...

Pero me interrumpe.

—¿Por qué eres tan mala conmigo?

—No soy mala contigo.

Vale, quizá un poco.

—Pues con ellos no te comportas igual. ¿Es por lo que pasó hace años?

—No, bueno..., yo...

Y por primera vez desde que nos encontramos, soy consciente de lo poco justa que he sido con él, porque no puedo culparlo por nada, aunque me guste hacerlo. De lo cansada que estoy por guardarme el secreto. De lo difícil que me resulta seguir haciendo como si no ocurriera nada entre nosotros que nos une, lo quiera yo o no.

—Ya te pedí perdón, no puedo volver al pasado, Carlota —dice con un arrepentimiento sincero en su voz—. Era un crío, no puedo cambiar lo que hice.

—Ya lo sé. No es culpa tuya; bueno, quizá me alteras un poco.

—¿Te pongo nerviosa? —Alza las cejas un par de veces con picardía. Yo le hago una mueca, pero enseguida se pone serio y se me seca la boca—. Mira, bromas aparte, creo que podríamos llevarnos bien, de verdad. A Ana le gustas

y es mi mejor amiga; aunque sólo sea por eso, deberíamos intentarlo. Hagámoslo por ella, si la aprecias.

Asiento a sus palabras y, tragando saliva con fuerza, me giro y lo miro a los ojos.

Volvemos a estar muy cerca, tan cerca como para hablarnos casi sobre los labios del otro, y el alcohol piensa por mí y me dice que lo sigo deseando aunque me lo niegue. Que, igual que la primera vez que nos conocimos sentí una chispa sólo con verlo, ahora esa chispa sigue latiendo. Que si no fuera quien es, estaría dispuesta a ir más allá. Que no puedo obviar que fue la mejor noche de mi vida a muchos niveles. Aunque fuese joven e inexperta. Aunque no tuviera ni idea de la vida ni del sexo. Pese a todo ello, lo sentí; eso especial que he seguido buscando todos estos años sin éxito en otras personas, en fantasías y en los recuerdos.

Rodrigo suspira contra mi boca y estoy a un paso de caer, porque hace tanto tiempo que no me permito sentir algo que en este estado soy fácil.

—Podría intentarlo.

—Me parece bien. —Seguimos en la misma postura, con las caras giradas, esperando que uno de los dos se lance o se retire, pero que suceda algo que indique hacia dónde vamos. Me humedezco el labio con la lengua y él gime bajito—. También podría besarte y acabar con esta puta tensión que tenemos.

—Podrías...

—A lo mejor comprobamos que en realidad es cierto que no fue nada memorable, nos relajamos y se nos pasa.

Entonces me tenso como si me hubiera dado una bofetada.

Pienso en darle a él una, pero nunca he pegado a nadie ni me parece un acto moralmente aceptable. Además, no sé si quedará tan bien como en las películas, aunque el deseo de hacerlo no podría ser más real. He estado a punto de mandar todo ese autocontrol al carajo y besarlo hasta hartarme, pero con una sola frase me ha vuelto a demostrar que es un idiota y que está mucho más guapo con la boca cerrada.

—Podríamos, es verdad. Lo que pasa es que no soy de las que tropiezan dos veces con la misma piedra. Y, créeme, si repitiéramos lo de la otra vez, no me relajaría, sino todo lo contrario, porque para un polvo mediocre prefiero la

alcachofa de la ducha.

Me levanto dejándolo clavado en el sitio y estupefacto, y me dirijo a Ana roja como nunca y con ganas de largarme de allí cuanto antes.

Ni siquiera puedo creermelo que le haya dicho eso. Yo no soy así, no digo esas cosas, excepto con Basil, claro, pero él es mi casa, así que no cuenta.

—Ana.

Cuando me ve se me tira al cuello, y está tan borracha que Tomás la tiene que sujetar para que no se escalabre. Mierda. No queda nadie más que no haya bebido en la casa y que vuelva a la ciudad. Sólo están el coche de Ana y el de Rodrigo, pero también ha bebido y, aunque no lo hubiera hecho, me niego a volver con él.

—Mierda. Tomás, vamos a subirla a una cama —dice Vero, muerta de risa. Yo no soy capaz de verle la gracia por ningún lado.

Todos desaparecen en el interior, excepto los hermanos de los anfitriones, que se dedican a recoger todos los desperdicios.

Me giro a la derecha y me encuentro con Rodrigo aún sentado en la misma posición, mirándome fijamente, como si esperase algo. Una disculpa. Seguir peleando. Comprenderme. No lo sé, pero no estoy dispuesta a averiguarlo.

Cojo mi bolso, que estaba tirado en una silla, y me meto en la casa. Me encierro en el baño para buscar el teléfono del servicio de taxis con dedos temblorosos y maldigo cuando, al marcar, mi teléfono pita anunciándome falta de batería antes de apagarse. Salgo y empiezo a ponerme nerviosa, porque son casi las tres de la mañana y tengo que volver a casa como sea, se lo prometí a Ava y, aunque sé que a Basil y a mi madre no les importaría, no quiero ser de esas madres que salen de fiesta y no vuelven hasta el amanecer, al menos no sin avisar.

Me encuentro con Vero, que está bajando la escalera, y mi voz suena más suplicante de lo que me gustaría.

—Vero, tengo que pedir un taxi y no tengo batería, ¿puedo usar tu teléfono?

—Eh, Carlota, no te preocupes, tenemos camas de sobra —me dice, acariciándome un brazo con cariño.

—Gracias, pero tengo que volver a casa, cogeré un taxi.

—Yo te llevaré.

La voz de Rodrigo a mi espalda me pone los pelos de punta.

Me río con amargura y niego con la cabeza ante una Vero alucinada.

—Gracias, pero prefiero un taxi.

—¿Me he perdido algo?

Rodrigo pasa delante de mí negando con la cabeza y sale de la casa bufando y dando un sonoro portazo.

—Vero, de verdad, tengo que irme.

—¿Y por qué no vas con él, si puede saberse? —Me muerdo el labio, porque no sé muy bien qué decirle, y ella abre los ojos y grita haciendo aspavientos con las manos—. ¡¿Estáis liados?!

—¡No! Qué va, es que... —Resoplo con fuerza y cierro los puños hasta hacerme daño en las palmas—. ¿Por qué es lo primero que piensa todo el mundo? Es igual. De acuerdo. El lunes nos vemos, gracias por todo.

Me da un beso en la mejilla y me observa subir al coche de Rodrigo, que está esperándome fuera con los brazos cruzados sobre el pecho y cara de asesino en serie.

En cuanto arranca el motor, pone la música a toda pastilla. Nirvana, cómo no. Yo bajo el volumen y él me ladra, casi literalmente:

—¿Por qué cojones tocas nada?

—Primero, por fastidiar. —Él vuelve a tocar los botones para subir el volumen de nuevo, pero lo freno agarrándole el brazo y me mira confuso—. Segundo, porque me estoy mareando, y, tercero, y no menos importante, porque iba a preguntarte algo.

—Limítate a respirar y a no vomitar en mi coche.

Lo ignoro y lo suelto, porque ya me da igual y porque, evidentemente, he bebido más de lo que es recomendable para mí. Pero es que necesito entenderlo. Necesito comprender por qué él no me manda a paseo. Necesito que me muestre que no es la persona que estoy descubriendo, porque asumir la verdad me da demasiado miedo.

—¿Por qué me llevas a casa después de lo que te he dicho?

—Porque, aunque sea un gilipollas, tengo conciencia, y no pienso dejarte volver sola en taxi a estas horas desde tan lejos.

Oh, vaya. Si ahora va a ser un caballero andante. Venga ya...

—¿Y qué te hace suponer que prefiero ir contigo borracho y cabreado antes de con un taxista desconocido?

—No estoy borracho; si te hubieras fijado un poco, desde las doce sólo he tomado cerveza sin alcohol. No soy tan estúpido, y quería volver a casa. ¿Por qué has montado si pensabas que estaba bebido? La irresponsable eres tú, ¿no te parece?

Me encojo de hombros y me dedico a ver pasar las calles con la frente pegada a la ventanilla, más que nada, porque ante eso no tengo respuesta posible.

—Puede que en el fondo no piense que seas tan irresponsable como para hacerlo —le confieso, sin saber muy bien que lo estoy haciendo.

—¿Así que te fías de mí? —pregunta esperanzado.

—Supongo que no tengo más opciones, estoy borracha y tengo que dormir en casa.

Oigo su risa y sonrío sin poder evitarlo, porque, en realidad, me siento segura con él.

El resto del trayecto lo hacemos en silencio, hasta que tengo que indicarle por qué calle girar.

Rodrigo aparca en la entrada de un garaje y para el motor. Yo me quito el cinturón, pero no hago intención de moverme y él tampoco de despedirse, como si aún tuviéramos palabras pendientes que, si dejamos pasar hasta el lunes, se desvanecerán.

Sin duda, yo las tengo, ¿pero él?

—Sin contar con la pésima compañía que soy, ¿lo has pasado bien?

Le dedico una sonrisa sincera, probablemente la primera de la noche que no me ha supuesto un suplicio, y baja la mirada con pesar.

—Sí, muy bien, de hecho. ¿Qué ocurre? ¿Qué he dicho ahora?

—Nada, pero has sonreído de verdad al pensar en los demás, y es una sonrisa preciosa que no había visto nunca. Supongo que porque no la merezco. Joder...

Trago saliva. Me estoy comportando como una persona horrible con él.

Cierro los ojos e intento centrarme en que debería irme, porque es lo correcto y porque esto se trata de conocerlo por Ava y no por mí. Que tengo

que dedicarme a averiguar el modo de contarle lo que ocurrió y no estar pensando cómo sería besarlo ahora y perderme en él. El problema es que soy una principiante en esto, nunca he tenido oportunidad de dejarme llevar cuando sentía algo por alguien, porque, en realidad, nunca he conocido a nadie que lo provocara en mí, pero con Rodrigo no sé qué me ocurre.

Es como si toda esa ira y ese dolor acumulados y olvidados en mi interior hubieran despertado al verlo de nuevo, y desearlo hace que me enfade aún más con él. Como si sintiera una necesidad interna de culparlo por todo lo que sufrí en su momento, por todo a lo que tuve que renunciar y por lo sola y perdida que me sentí.

—Rodrigo, yo...

Giro todo el cuerpo hacia el suyo y noto cómo traga saliva con fuerza cuando me acerco.

Le gusto. Lo sé. Y no debería, porque gustarle no entraba en mis planes. Eso lo complica todo.

Él me imita, se gira, y nuestras piernas desnudas se rozan. Su piel está caliente y, sin poder ni querer evitarlo, estiro el brazo y apoyo mi mano en su rodilla en un impulso tan deseado como peligroso. Da un respingo, pero no se aparta, sino que se acerca y me agarra un mechón de pelo con las yemas de los dedos.

—¿Qué intentas hacer conmigo, Carlota?

Su voz suena más ronca que nunca por el deseo, aunque está algo cortado, porque no sabe muy bien a qué atenerse conmigo, pero antes de darle opción a reaccionar, mi mano responde por mí, subiendo lentamente por debajo de la tela de sus pantalones cortos.

Rodrigo responde posando su mano en mi cuello y yo suspiro entrecortadamente.

No lo sé..., no sé qué es lo que estoy haciendo, porque en el fondo sé que esto está mal y que sólo va a complicar las cosas, pero sí que sé que quiero hacerlo y, por segunda vez en mi vida, voy a actuar de forma impulsiva, sin pensar en las consecuencias, y de nuevo con él.

No pienso, no razono, o quizá lo hago más que nunca, cuando por fin me atrevo a decir lo que de verdad deseo con todo mi cuerpo.

—Prométeme que no se repetirá ni hablaremos nunca más de ello.

—¿Qué es lo que quieres? Me estás volviendo loco.

—Sólo esto...

Y me lanzo a sus labios, mientras mi mano sigue estudiando su piel sin reparos.

Rodrigo ahoga un jadeo que me envalentona cuando su lengua entra en mi boca e, incorporándome y pasando por encima de la palanca de cambios, me siento a horcajadas sobre él. Nos besamos profundamente, con sus manos enterradas en mi pelo y las mías sobre su pecho. Me pierdo en ese beso, lento e intenso, como el primero que nos dimos. La calidez de su boca, su lengua enredándose con la mía; sin duda, es mejor de lo que recordaba.

Me acaricia con una mano una mejilla y con la otra la clavícula, y lo hace de un modo delicado y dulce que me produce un hormigueo delicioso en la piel.

Lo devoro, lo beso como nunca había besado a nadie, ni siquiera a él cuando lo conocí, porque esta vez es diferente y ya no soy aquella niña y, sobre todo, porque en este instante soy yo la que tiene todo el control.

Me separo de su boca con su labio inferior entre mis dientes y suelta un gruñido que me excita todavía más.

Lo miro; está apoyado en el reposacabezas y me observa cauteloso, pero con las pupilas dilatadas por el deseo, que es igual de intenso que el que siento yo.

Me concentro en dejarle besos húmedos por la mandíbula y por el cuello, disfrutando del sabor de su piel, de su tacto y de los sonidos que escapan de sus labios. También muevo las caderas con un ritmo lento y sensual contra su sexo, que él acompaña agarrándome la cintura y obligándome a ir más rápido.

—Me cago en la puta, Carlota.

Le callo esa boca sucia que tiene con la mía de nuevo, aunque debo reconocer que oírlo hablar así me excita, y entonces él se descontrola y me sube la blusa bruscamente, buscando mi pecho con desesperación.

Deseo que lo haga. Deseo que me tumbe en la parte de atrás, que me desnude y que bese cada parte de mi cuerpo. Deseo que esté dentro de mí y oírlo gritar mi nombre. Y deseo decírselo.

—Rodrigo, quiero que...

Pero el reloj del coche marca las cuatro de la mañana con un pitido agudo, y sólo necesito ese sonido para darme cuenta de dónde estoy y de lo que estaba a punto de hacer.

Miro a mi derecha y veo la puerta de mi portal y mi reflejo en el cristal, encima de mi jefe, el padre de una hija que él desconoce, con su boca lamiéndome la garganta.

Tengo que salir de aquí.

—Rodrigo, para.

—¿Qué? ¿No te gusta? Prometo que lo puedo hacer mejor...

Le tiro del pelo para que levante la cabeza, pero en vez de hacerlo gruñe, porque al muy salido le gusta, hasta que le tiro tan fuerte que chillá y levanta el rostro confuso, con los ojos somnolientos y la mirada perdida.

Tan guapo. Tan centrado en sentir y en no pensar.

Esa mirada que veo cada vez que cierro los ojos y rememoro todo lo que ocurrió.

Inhalo con lentitud para darme fuerzas a mí misma para parar, porque esa mirada podría hacerme perder el control de nuevo en un segundo.

—Lo siento, pero tengo que irme.

—¿Qué? ¿Por qué? ¿No te gusta? Te juro que soy bueno. Puedo darte referencias —bromea. Pero yo ya no tengo ningunas ganas de bromear.

Me incorporo y vuelvo a mi asiento como puedo. Recojo mi bolso, me peino un poco en el espejo retrovisor y me coloco la blusa. Cuando ve que estoy preparada para lanzarme del coche sin darle ninguna explicación, reacciona y, colocándose el bulto más que evidente del pantalón, baja del coche de un salto y me espera en el portal con las manos entrelazadas detrás de la cabeza y la vista alzada hacia el cielo.

Me acerco a él, se gira y fijo mis ojos en su erección el tiempo suficiente para que me dedique una mirada cargada de ira. Porque lo deseo y él lo sabe. Y también sabe que no me importa, porque las ganas de huir son aún más grandes.

—Rodrigo, de verdad, siento lo que ha pasado, pero tengo que irme. No debería haber hecho lo que he hecho. Soy consciente de que te he seducido yo.

—¿Seducido? —Y sus cejas suben, poniendo esa cara suya que sé que es para reírse de mí—. Se dice: «Ponerme cachondo, burro, berraco, con la polla para picar hielo». Joder... ¿De dónde has salido? ¿De *Jane Eyre*?

—No es necesario ser vulgar.

Se aprieta el puente de la nariz con dos dedos y resopla antes de hablar, en esta ocasión más calmado.

—Mira, vamos a dejarlo aquí. En serio, no te entiendo, así que cada uno a su casa y el lunes haremos como si no hubiera ocurrido nada. Otra vez. —Y recalca las últimas palabras con evidente desdén.

—Vale —contesto, mirándolo fijamente.

—Vale. Que duermas bien, Carlota.

Me hace una reverencia y voltea los ojos, porque ya, más serena, vuelvo a ver la faceta de gracioso sin gracia de Rodrigo que tanto me saca de mis casillas y aborrezco.

—Tú también.

—Lo dudo. Voy a tener que cascármela un par de veces para que el lunes pueda hacer como si esto no hubiera ocurrido, así que tengo para un rato.

Lo miro boquiabierto y se sube al coche riéndose por lo bajo.

Será guarro, ¿cómo puede decirme esas cosas y quedarse tan pancho?

—Ten cuidado. Utiliza la izquierda, no vayas a lesionarte tu mano de escribir —le digo sin pensar.

«Y esto, ¿de dónde ha salido?»

Su carcajada me hace dar un respingo. Abro el portal, pero, antes de desaparecer dentro, me llama y me dedica una sonrisa pícaro, con hoyuelo incluido, que me produce un cosquilleo entre las piernas que me va a tocar sofocar a mí también. Y eso que yo no suelo hacer esas cosas.

—Carlota, no te preocupes, te imaginaré a ti jugando a los médicos con la alcachofa de la ducha y seguro que acabo pronto. —Me guiña un ojo y desaparece calle abajo.

Por un instante, pienso que ojalá roce el retrovisor contra un coche aparcado y se le rompa.

Vale, ahora sí que queda fielmente demostrado: Rodrigo saca lo peor de mí, aunque también un deseo oculto que se muere de ganas por salir.

LA AMIGA Y LA ENEMIGA

Abro los ojos cuando Ava se me tira encima y empieza a dar saltitos en la cama.

—¡Mami, despierta! ¿Qué tal tu fiesta? ¿Comiste palomitas? El tito y yo nos comimos mil kilos de las que son de colorines y después vimos *Enredados* y me contó un cuento. Y el cuento era de una niña que comía tantas palomitas que se convertía en una gigante y se comía a todos los niños que se portaban mal en el colegio, y...

—Ava, cielo. Dame un segundo.

Me humedezco los labios con la lengua y es como si tuviese un calcetín atravesado en el paladar. Noto que la cabeza me late con cada chillido de Ava y que una horquilla se me ha clavado con fuerza detrás de la oreja, porque me acosté sin deshacerme el recogido y sin desmaquillar.

—¿Lo pasaste bien, mami?

Suspiro y rememoro cada parte de la noche ante su atenta mirada. Sus ojos azules no me lo ponen fácil, porque me devuelven al coche de Rodrigo en el acto y a la sensación de su lengua sobre mi piel.

—Mucho, pero seguro que vuestra fiesta fue mejor.

Basil entra por la puerta con el pelo humedecido por la ducha y con una camiseta mía que le queda por encima del ombligo.

—Princesa, mamá tiene resaca, no la atosigues demasiado. —Abro los ojos como platos y lo fulmino con la mirada. Él se encoge de hombros, como siempre, y responde a Ava antes de que lance su pregunta—: Resaca es cuando te duele la cabeza o la tripita porque has tomado muchas bebidas con azúcar,

como te pasa a ti con los refrescos o con los caramelos, ¿a que sí?

—Sí, yo tengo resaca de palomitas —dice resuelta, haciéndonos reír.

Basil le propone ayudar a la abuela con el desayuno y Ava sale trotando obediente.

—¿Ha vomitado?

—Dos veces —dice avergonzado, mirando al suelo—. Me ha manchado la camiseta, tu madre la está lavando.

—¿Has dormido aquí?

—No, ¿tan borracha llegaste para no saber si he dormido en la cama de al lado? —Me tapo la cabeza con la almohada y él se sienta a mi lado—. Me fui a casa a eso de las doce, cuando llegó Marifé, pero he madrugado para que mi culito respingón me cuente a qué se debe ese olor a taberna que perfuma la habitación.

—Dame de comer primero. El interrogatorio después, ¿vale?

Después de una ducha de veinte minutos, de superar el sofoco que me entra al agarrar la alcachofa de la misma y acordarme de lo que le dije a Rodrigo y de un desayuno digno de un deportista olímpico, nos vestimos y llevamos a Ava al parque.

En cuanto pisa la arena, se une a unos niños que juegan en los columpios y Basil comienza con su interrogatorio particular. Le cuento todo; hasta le hago una descripción pormenorizada de nuestro momento calenturiento en el coche. Del gruñido que escapó de sus labios al tirarle del pelo. De la sensación de tener mi cuerpo encajado con el suyo. De todo lo que quise hacer y no hice.

—Ay, en el coche, como adolescentes. Se me está poniendo dura y eso que no puedo ponerle cara, porque aún no lo conozco. —Y me mira con desprecio.

—No sé qué me pasó. Bueno, estaba borracha, eso lo explica en parte.

—En parte, tú misma lo has dicho. —Y qué razón tiene—. Mira, cielo, ese chico te pone cerda, no lo niegues.

No lo hago, porque no puedo. Pero también es cierto que me muevo sobre una línea, entre el deseo de terminar lo que empezamos ayer y la necesidad de echarle en cara un montón de cosas que él desconoce.

—Pero no lo soporto, la mayor parte del tiempo.

—¿Y la parte restante?

—No lo sé.

—Quizá esa parte te guste.

—O quizá no.

—Pues averígualo y, mientras tanto, fóllatelo hasta que se le pongan los ojos del revés —dice emocionado.

—Cállate.

* * *

El lunes estoy histérica. Incluso pienso en llamar alegando que estoy enferma, pero mi sentido de la responsabilidad hiperdesarrollado me lo impide.

Cuando llego, a las ocho menos cinco, Rodrigo ya está allí. Me planteo incluso preguntarle si es él el que está enfermo por llegar tan pronto. Me mira sin sonreír y alza la cabeza en una especie de saludo; ni que decir tiene que yo le respondo arqueando una ceja y con un resoplido hosco.

—El fin de semana, ¿bien?

—Genial. ¿Y tú? —le devuelvo cortésmente la pregunta mientras coloco las cosas de mi mesa, pese a que ya estén colocadas a la perfección.

—Puff... Casi pillo cacho, ¿sabes?

Me sube calor por las mejillas en el acto y se me cae una carpeta al suelo.

Él se ríe sin miramientos.

Lo odio.

Estaba dispuesta a intentarlo, a darle los buenos días y a mantener una relación basada en la educación y en el respeto, pero que lo primero que me comente sea lo que ocurrió el sábado, cuando encima acordamos que no hablaríamos de ello, hace que vuelva a estar enfadada con él de un modo extraño en mí. Claro que, si quiere jugar, lo haremos los dos, no pienso consentir ser el centro de sus burlas. Así que cojo aire y lo miro a los ojos con decisión, sin creerme lo que estoy a punto de decir.

—¿Casi? ¿Qué ocurrió? ¿Eyaculación precoz?

Rodrigo abre la boca en un gesto de evidente sorpresa y después la cierra con una sonrisa ladeada, y sé que acaba de aceptar el juego y no tengo ni idea

de dónde me estoy metiendo.

—No, no era tan guapa para provocar algo así.

Me quedo pálida. Trago saliva y jugueteo con un mechón de pelo entre mis dedos, pensando que me lo tengo merecido, pero sintiendo el daño.

—Ni quizá tú tan buen amante para que mereciera la pena terminarlo.

—¿Amante? —Sacude la cabeza divertido, riéndose de nuevo de mi forma de hablar—. No creo que sea eso, porque ya lo había comprobado, y si quiso repetir...

—¿Sabes que no es muy sensato hablar de tu vida sexual con tus subordinados?

—Tienes razón, lo siento.

Le dedico una mirada llena de desconfianza por acabar la conversación de esa manera, ya que me ha dejado salirme con la mía de algún modo y no me cuadra.

Dos minutos después, mis sospechas se ven confirmadas.

—Carlota, ¿puedes venir un momento, por favor?

Me levanto y voy a su mesa. Me señala unos formularios que tiene que rellenar y me tiende un bolígrafo.

—¿Te importaría hacerlo por mí? No sé qué he hecho este fin de semana que me duele horrores mi mano de escribir.

Lo siguiente que ocurre es que su bolígrafo acaba golpeándolo en la frente y que, al grito de «gilipollas» y con sus carcajadas de fondo, ambos volvemos al trabajo dando por finalizada la conversación.

* * ***

Paso toda la mañana dándoles vueltas a dos cosas. En primer lugar, al dolor que he sentido al decirme eso de que no soy tan guapa. Ya sé que es una tontería y que no era nada más que una respuesta ocurrente a mi ataque, pero estoy tan poco acostumbrada a estos flirteos indirectos, o lo que sean, que me cuesta saber qué es verdad y qué no, y vuelvo a sentirme Cara, la que no tenía mucha seguridad en sí misma, y eso no me gusta. Y, en segundo lugar, y lo que me enerva aún más, a la imagen de Rodrigo en su casa pensando en mí. Me

imagino la expresión de sus ojos mientras se toca, la misma que tenía cuando yo lo besaba, y noto una tensión entre las piernas que empieza a tener más peso sobre mí que otras cosas y que, como no libere pronto, va a acabar conmigo.

A las doce en punto, Ana me secuestra y, por primera vez, me arrastra hasta el exterior del edificio y nos tomamos un café en un bar que está al final de la calle. Intuyo que su huida de la sala común y del hueco se debe a aquella conversación que tuvo con Tomás el sábado en la fiesta.

—¿Qué tal la resaca?

—Fatal, aún estoy medio grogui. —Frunce el ceño y le sonrío con comprensión.

—¿Y a qué se debe nuestra huida? —le digo arqueando una ceja.

Ana deja escapar el aire en un resoplido hosco y explota en un ataque de verborrea que me habría encantado cronometrar, porque habla tan rápido que debería considerarse una habilidad excepcional.

—Tomás me dijo que me quiere. El sábado. Se acercó a mí y me dijo que estaba enamorado de mí desde hace cinco años, que lo supo al tercer día de que yo empezase a trabajar en la empresa, cuando traje galletas de chocolate quemadas para todos. Han pasado cinco años, Carlota, y nunca se ha insinuado de ninguna forma. Nunca. Todo lo contrario, se pasó el primer año riéndose de mí en cuanto tenía ocasión. Y Rodrigo lo sabe y no me ha dicho nada. —Respira hondo y noto el dolor en sus preciosos ojos—. Tomás, el que sigue riéndose de mí cuando le hablo de aquella lista que hice para buscar al padre de mis hijos. Tomás, el que no cumple ni una mínima parte de los puntos. Me quedé bloqueada y lo único que fui capaz de hacer fue cabrearme con él y emborracharme.

—¿Por qué llevaste galletas quemadas?

—Porque las horneé yo, pero se me da fatal la cocina. —Suelta una risita y yo la acompaño.

—Rodrigo también es su amigo —digo y, sin darme cuenta, me encuentro defendiéndolo de su mejor amiga—, tienes que entender que, aunque quisiera decírtelo, es algo que sólo le correspondía a Tomás hacer. No puedes culparlo.

—Tienes razón. —Ella asiente y le acaricio la mano con cariño en un gesto de intimidad que hace años que no compartía con ninguna amiga.

—Ana, ¿a ti te gusta?

Se le humedecen los ojos y a mí se me pone la carne de gallina, porque creo que la respuesta no me va a gustar, y mucho menos a Tomás.

—Yo... nunca lo he mirado de esa forma. Confieso que al principio me parecía mono, pero nada más. Quizá si él hubiera dado muestras de algo, pues yo lo habría mirado con otros ojos, pero como hizo todo lo contrario... El caso es que me asusta que nuestra relación hasta ahora haya sido un engaño, que él sólo se portara así conmigo buscando algo más. ¿Suenan muy tonto? — pregunta confusa.

—No, en absoluto. Pero deberías preguntárselo a él, si no queréis estropear lo que tenéis.

Ana mueve la pierna con nerviosismo y esquiva mi mirada, hasta que no puede morderse más la lengua y confiesa.

—El domingo quiso hablar conmigo cuando volvimos juntos en mi coche, pero me escudé en que no me acordaba de nada, él se acobardó y lo dejó estar.

—Piensa que ahora la bola está en tu tejado, pero creo que se merece una respuesta.

—Lo sé. —Ana mira el reloj y se bebe el resto del café de un trago, apremiándome a hacer lo mismo—. Tenemos que subir o Rodri te pondrá cara de culo. —Nos reímos y me da un abrazo rápido—. Gracias, Carlota, eres una buena amiga.

Y yo asiento complacida por sus palabras y enormemente agradecida, aunque por dentro me carcome la culpa al pensar en todo lo que le oculto de mi vida.

Vuelvo al despacho meditando sobre el problema de Ana; tiene que ser difícil estar en su situación, porque si sale mal puede perder a un amigo, aunque también lo hago con un buen sabor de boca por haberla ayudado.

Cuando entro, Tomás está sentado a la mesa de Rodrigo. Está abatido, y la verdad es que, ahora que sé el motivo, me da lástima, porque es un buen tipo.

—¿Interrumpo?

—No, Carlota —me dice con una media sonrisa—, yo ya me iba. Nos

vemos, capullo.

Antes de que vuelva a concentrarme en el trabajo, Rodrigo me habla.

—¿Dónde os habéis metido? He estado buscando a Ana y me han dicho que la han visto salir contigo.

—Sí, hemos ido a tomar un café al bar del final de la calle.

Fijo la vista en la pantalla del ordenador y rezo para que lo deje ahí, porque se me da fatal mentir, pero no.

—¿Ocurre algo? Nunca salís —pregunta con desconfianza.

—No, bueno..., cosas de chicas, supongo.

—¿Ana está bien?

Me entran ganas de decirle que se lo pregunte a ella si tanta curiosidad tiene, pero Ana ahora mismo necesita tiempo para pensar y actuar con Tomás y, por lo poco que conozco a Rodrigo, seguro que la presiona, y ya tiene bastante con todo lo que tiene que digerir para ocuparse de torearlo a él también.

—¿Ana? Sí, claro. La verdad... —Me muerdo el labio e intento buscar una excusa creíble en mi cabeza, pero, en lo que a mentiras se refiere, soy una inventora desastrosa y bastante torpe, así que acabo diciendo lo único que se me ocurre—: Era yo la que necesitaba hablar con alguien.

—¿Tú? —Y frunce el ceño, como si fuese imposible que yo tuviera una vida tan interesante como para tener algo que contar. Y, claro, eso me enfada.

—Sí, yo. ¿Tan difícil es de creer? —respondo a la defensiva.

—No, sólo que... ¿Tienes problemas con algún chico? —pregunta con picardía, claramente imaginándose que es de nuestro magreo del sábado de lo que hemos hablado.

Será creído...

—Puede, aunque no creo que te importe, ni que sea de tu incumbencia.

—Oh, sí —contesta socarrón—. Créeme, me encantaría escuchar lo que tienes que decir.

Lo miro con los ojos entrecerrados y con un hormigueo en las tripas cada vez más creciente. Estoy que hiervo por dentro y sólo pienso en que quiero cerrarle esa boca que tiene, aunque no sea de las que sepan jugar a esto que estamos haciendo, pero no puedo evitarlo.

—De acuerdo. —Me encojo de hombros con indiferencia y le hablo mientras me toqueteo las uñas—. He conocido a alguien y nos hemos visto fuera del entorno laboral, pero tengo serias dudas, ¿sabes?

—Cuéntamelas. —Y apoya las manos sobre su mesa animado por mis palabras.

—Bien... Desde que lo vi me impactó, es terriblemente guapo, pero mayor que yo. Además, estamos en una situación complicada, porque su posición es superior a la mía, y si va a más y alguien se entera es posible que nos metamos en un lío.

—Bueno, siempre podéis veros a escondidas, eso tiene mucho morbo.

Su expresión pícaro y el hoyuelo de su barbilla me hipnotizan por un instante, pero carraspeo y sigo hablándole con seriedad.

—No es tan fácil, ni tampoco responsable.

—¿Sabes? Es que en el fondo pienso que no eres la niña buena y sensata que intentas aparentar. Creo que estás jugando con él para volverlo loco y que no pueda dejar de imaginarse lo que sería follarte encima de esta mesa, por ejemplo.

Suelto un gemido apenas audible y él me dedica una mirada con tanto deseo que empiezo a arrepentirme de que esto no sea más que un juego y de que no hagamos lo que ha dicho por esa boca sucia que tanto lo caracteriza.

—Puede ser, pero te prometo que mis intenciones no son ésas, lo que pasa es que me da miedo dar un paso y equivocarme.

—Deberías darlo, confía en mí. Es imposible que te diga que no. Eres preciosa, Carlota.

Vale. Quizá se me ha ido de las manos, porque esta respuesta no me la esperaba. Ni tampoco la cálida sensación que la acompaña, ni la expresión de su cara, que no es sólo de deseo contenido, sino también de algo más, algo semejante a la ternura y a la complicidad.

Mierda.

—Gracias por tus consejos. Los pondré en práctica, pero creo que lo mejor es esperar unas semanas.

—¿A terminar tus prácticas? Carlota, mira, yo...

Rodrigo hace un amago de levantarse y ahogo un grito. Eso parece que lo

frena, porque ya me veía a mí misma tumbada sobre mi mesa con su cuerpo entre las piernas y su lengua en mi garganta, y lo peor es que me encantaría que lo hiciera. Pero, claro, ahora es cuando le digo que, aunque he hecho que lo pareciera, no estaba hablando de él.

«Te has lucido, Carlotita.»

—Teniendo en cuenta que hasta entonces técnicamente sigue siendo mi profesor, sí, hasta que termine las prácticas.

—¿Tu profesor? —Abre los ojos de forma excesiva y se deja caer en el asiento.

—Sí, mi profesor. ¿De qué pensabas que estaba hablando?

Me tiembla la voz al final, porque esta jugada no me ha salido como deseaba. Quería quedar por encima de él en uno de esos ataques dialécticos a los que me estoy acostumbrando y que, entre nosotros, se han convertido en una rutina, pero no quería humillarlo, ni hacerle daño; esta vez no.

—Yo..., nada. —Vuelve a colocarse esa máscara de tío gracioso y se dirige a mí con una sonrisa fría e inexpresiva—. Supongo que te pega. Tienes pinta de ser de las que se enamoran de su profesor, de uno de esos pedantes y aburridos.

—Gracias. —Aunque no sé muy bien por qué se las doy, quizá como un modo absurdo de poner punto final a la conversación.

—No era un halago.

Me lo imaginaba, pero no me importa, porque para lo que me merecía esto no es nada.

* * *

La mañana acaba sin más imprevistos, exceptuando el hecho de que no puedo ignorar que es la primera vez que me arrepiento de haber atacado a Rodrigo de ese modo. Porque, aunque intente demostrar con su indiferencia y su perpetua sonrisa que no le afecta, sé que le importa y que he dañado sus sentimientos. Y, sobre todas las cosas, me afecta porque yo no soy así, no soy de esa clase de personas que actúan sin pensar cómo sus decisiones pueden afectar a los demás. Tampoco me regodeo en hacer daño a propósito, pero

parece que con él se despierta una parte de mí que no conocía y que me desagrada, así que lo único que saco en claro de la situación de hoy es que, más pronto que tarde, debería hacer algo al respecto.

HACER ALGO AL RESPECTO

La semana pasa volando, incluido mi cumpleaños.

El jueves soplo mis veintitrés velas con mi pequeña familia, después de tener que soportar el enfado de Rodrigo por no decirle qué día era y haber tenido que enterarse por Ana, que a su vez se había enterado por Yolanda, que resulta que no sólo se dedica a sus tareas, sino también a tener un calendario con todos los cumpleaños de la plantilla y comprar un pequeño pastel como tradición por parte de la empresa. Un detalle bonito, pero no soy una persona a la que le guste especialmente ser el centro de atención, así que el día fue bastante incómodo.

El fin de semana Basil se marcha, también volando, de vacaciones a Milán a visitar a uno de sus amigos con derecho a roce. Parece una azafata promiscua, tiene un amigo de ese tipo en cada puerto, y no habla mi parte responsable, sino la envidia que me come por dentro.

Por lo demás, agosto nos recibe con un calor infernal y saliendo cada vez más tarde de trabajar gracias a tener que asumir tareas que no nos corresponden por las vacaciones de otros compañeros, mientras yo me mantengo distante con Rodrigo desde nuestra última conversación, que acabó con él humillado y conmigo más arrepentida que exultante. Aunque, si soy totalmente sincera, es él el que mantiene las distancias, lo que debería alegrarme, pero, en cambio, me hace sentir una decepción que prefiero ignorar. Su actitud está consiguiendo que crezca la culpa en mi interior y también que lo observe con miedo de vez en cuando, porque no me creo que Rodrigo sea de ese tipo de personas, sino que más bien está preparándose

para atacarme cuando ya no me lo espere.

Lo dicho, que, cuando más tranquila debería encontrarme por su silencio después de un mes de estrés constante, vivo en un estado permanente de tensión que va a acabar conmigo, o con mi paciencia, o con las dos.

* * *

—Rodrigo, voy a la máquina, ¿te apetece algo de beber?

Él levanta sus ojos azules hacia mí y niega con la cabeza en un gesto lento que parece transmitir muchas más cosas que lo que significa en este instante.

—Rodrigo, ¿qué tal ayer el partido? Me ha contado Tomás que fuisteis al estadio.

—Psss, bien.

O algo más de este estilo:

—Rodrigo, ¿te encuentras bien? Llevas unos días muy callado.

—Será porque no tengo nada que decir.

Y así pasamos dos semanas, hasta hoy, que ya es viernes y he tomado una decisión, fervientemente apoyada por Basil; incluso siento su apoyo y sus gritos de animadora desde otro país.

Entro en la oficina temblando y arrepintiéndome cada dos segundos de lo que estoy a punto de hacer, pero si quiero que mi plan siga adelante y que Ava conozca a su padre, debo arreglar lo que sea que tenga entre manos con Rodrigo. Esconder el hacha de guerra, comportarme como una adulta y encontrar el momento apropiado.

Llego tarde a propósito, así que cuando abro la puerta me lo encuentro sentado y con la cabeza apoyada en una mano, aún medio adormilado. Lleva una camiseta con un estampado de flores y está fijo en la pantalla del móvil mientras teclea con una facilidad pasmosa con el dedo pulgar. Me pregunto si estará hablando con alguna chica y frunzo el ceño.

Carraspeo mientras cambio el peso del cuerpo de un pie a otro, y él levanta la vista y me mira confuso.

—Hola.

—Buenos días.

Me siento una idiota, con mi bolso todavía colgando de mi brazo y un pequeño tiesto entre las manos.

—Esto es para ti. —Me acerco y él se incorpora con gesto extrañado—. En realidad, no sé por qué lo he hecho, pero ayer pasé por una floristería y lo vi y pensé que quedaría muy bien al lado del de la florecilla naranja.

Le tiendo un pequeño cactus y él asiente con la cabeza sin dejar de mirarme con su labio inferior atrapado entre los dientes.

El rubor comienza a apoderarse de mi cara y, como él no dice nada y yo estoy a punto de empezar a enfadarme por ser tan tonta como para pensar que quizá este gesto iniciaría una nueva tregua, suspiro sonoramente y me dirijo a la poyata de la ventana con aparente soltura. Mientras recoloco a los habitantes de la misma de un modo que dejen sitio para el nuevo, puedo sentir su mirada clavada en mi cuerpo.

Finalmente, Rodrigo se levanta y, antes de poder huir hasta mi mesa, lo siento detrás de mí.

—Es muy bonito.

No sé si es cierto, porque al lado de los suyos me parece algo mustio y soso. Sólo es un cactus verde con pequeñas espinitas blancas. Chiquito. Sencillo. Con su tiesto de plástico en color fucsia.

—Me alegro de que te guste. Ya que lo de los cactus no era negociable, de este modo, yo también hago mi pequeña aportación a la decoración del despacho.

Se ríe bajito y entonces sí que me voy a mi mesa, dejándolo arrodillado y absorto observando sus plantas.

Parece más contento, y con eso siento que ya ha merecido la pena.

Paso la mañana más tranquila, con la sensación de que, a pesar de que no volvemos a hablar más de lo requerido, la tensión se ha disipado y se percibe en el ambiente algo nuevo, desconocido hasta este momento entre nosotros.

A las dos en punto, mientras yo recojo mi mesa, él se levanta y me espera con una sonrisa con sus cosas en la mano, y salimos juntos. No es que sea algo de una importancia fuera de lugar, es que normalmente yo evitaba a toda costa salir con él y estar en su compañía fuera de este despacho, así que supone un paso importante y en una buena dirección.

—¿Tienes planes para el fin de semana? —me pregunta mientras recorremos los pasillos hasta llegar al ascensor.

—No demasiados, la verdad. Quizá el domingo vaya con mi familia a la piscina, pero mi plan de mañana era hacer el vago frente a la tele. ¿Y tú?

—Bueno, el domingo es el cumpleaños de mi cuñado, así que tengo que portarme bien e ir a comer también con la familia. ¿Y hoy? ¿Tienes planes? — Y su voz suena más bajita, con la duda plasmada por si se estará pasando o no de la raya de nuevo.

—Sí, he quedado para ir al cine.

Con mi madre y mi hija, para más señas.

—Ah, bien. Yo saldré a tomar una copa con unos amigos, supongo. —El silencio nos envuelve y oigo sus palabras sin pronunciar, como si las tuviera tan en la punta de la lengua que fuera imposible no oírlas—. Quizá...

—¡Hola, chicos! ¡Por fin viernes! Si sigo un día más aquí metida acabo robándole el tequila a Yolanda de su cajón —nos susurra Ana cómplice, uniéndose a nosotros dando saltitos y con una sonrisa radiante en la puerta del ascensor, e interrumpiendo ese momento incómodo que no sé si deseaba que continuase o, en cambio, me ha aliviado librarme de él—. Qué callados estáis, ¿ocurre algo? —Hasta que ve a Tomás aproximarse y se le tuerce el gesto, olvidándose de esa incomodidad que nos acompañaba.

Bajamos los cuatro en un silencio extraño, cargado de cosas por decir; menos mal que nos rodean otras tres personas que charlan amistosamente, evitando así que se note demasiado.

Antes de despedirme de ellos en dirección a la parada de autobús, Rodrigo me roza con delicadeza el antebrazo y se me pone la carne de gallina en el acto.

—Carlota.

—¿Sí?

Duda. Quiere decirme algo de nuevo, pero no se atreve. Yo, por un instante, asumo que sí, que deseo que lo haga, aunque sé que está mal.

Al final, sacude la cabeza y me sonrío.

—Gracias por la tregua.

Me guiña un ojo, lo que me produce un cosquilleo desde el pelo hasta la

planta de los pies, y me marché a casa.

* * *

—¿Te ha gustado la película? —le pregunto a Ava.

Ella va dando saltitos agarrada a mi mano y a la de mi madre. Parece una pulga con coletas.

—Me ha encantado, sobre todo cuando las ardillas han robado el coche y han salvado al mono. ¿No te ha parecido *senzacional*, mamá?

—Se dice «sensacional». ¿Y dónde has aprendido esa palabra? —pregunta mi madre entre risas. No es para menos.

—Basil dice que el culo de mamá es sensacional. Y que eso significa que es guay. Y lo del coche ha sido muy guay.

Mi madre sacude la cabeza y yo pienso que tengo que mantener una charla seria con él en breve, antes de que le explique a mi hija un vocabulario más extenso del tipo «mamada es cuando te comes un plátano con gusto», o algo por el estilo.

—¿Adónde vamos ahora? —pregunta Ava, eufórica, deseando que la tarde aún no se termine.

—¿Qué te parece ir a cenar una pizza?

—¿Al sitio de las bolas?

—Al de las bolas.

Entramos en el Nicoletta, un restaurante italiano al que solemos ir porque tiene una ludoteca para los niños en la que puedes dejarlos vigilados mientras cenas, así que mamá y yo nos sentamos tranquilas a una mesa en la que vemos a Ava saltar sin parar tras la pared de cristal y nos relajamos tanto que nos permitimos incluso pedirnos una copita de vino.

Nos decidimos por una ensalada y una pizza para compartir. Cuando lo traen, Ava aparece como un torbellino, se come su cacho en tres bocados y vuelve corriendo a la zona de juegos. Yo sólo cruzo los dedos porque no acabe vomitándole a algún niño encima por engullir como un pavo; no sería la primera vez; lo peor es que sé que tampoco será la última.

—¿Qué tal las prácticas, cielo?

—Bien. Me gusta. Me gusta mucho.

—¿Has vuelto a tener tutorías? —me pregunta, y lo hace con un brillo en los ojos que me da qué pensar, pues intuyo que su pregunta va con segundas, pero no dice nada más, porque mamá es así, de las que saben las cosas pero se las callan.

—No.

Pienso en Aidan y en que hace semanas desde la última vez que hablé con él. Me sorprende no haber pensado en ello, pero supongo que tengo tanto encima que es normal que no haya tenido tiempo ni para fantasear sobre nuestra idílica y perfecta historia de amor. Esa que termina con cánticos escoceses y conmigo vestida de blanco corriendo sobre una ladera verde. Es como si me estuviera convirtiendo en una Carlota más terrenal aún, prohibiéndome fantasear, cuando antes era lo único divertido que me permitía.

Decido cambiar de tema y le cuento con pelos y señales las aventuras de Basil en tierras italianas, aprovechando que me ha llamado hace un rato para ponerme al día de más detalles de los que me gustaría sobre su vida de libertinaje a la napolitana.

—¿Se ha enamorado?

—Basil siempre se enamora, mamá, ya sabes cómo es. Cuando regrese, ya no se acordará ni de su nombre. Sólo lo recordará con ese dramatismo suyo de telenovela.

Nos reímos, y entonces siento una sombra a nuestra izquierda y cómo la expresión de mi madre se muestra curiosa al alzar la mirada. Yo pienso que será el camarero para traernos la cuenta, pero no. Es mi pasado. Mi presente. Un futuro que podría formar parte de mi vida si yo lo permitiera.

Siento que mi rostro empalidece y el sudor frío recorre mi piel dejándome helada.

—Carlota, ¡qué sorpresa! ¿Cómo estás?

La mirada risueña de Rodrigo nos observa a ambas de forma alternativa.

Yo no digo nada. No soy capaz de articular palabra. Sólo puedo pensar en mi madre, sentada frente a mí mirándome con asombro por mi reacción, estudiándolo a él con picardía e imaginándose una historia entre nosotros que no es ni por asomo como ella está pensando. Sólo puedo pensar en los ojos

alegres de Rodrigo al encontrarme por casualidad, como si de verdad hubiese sido una sorpresa agradable verme de nuevo, pese a habernos despedido horas antes en la puerta de la revista. Se parece tanto a la de Ava cuando le compras un helado de chocolate...

Y en ella, a unos metros de nosotros, con sus ojos azules grandes y expresivos y su risa infantil aguda y estruendosa, como una canción de fondo que lo inunda todo.

—Hola, soy Marifé. La madre de Carlota.

La voz familiar y cálida de mi madre me devuelve a la realidad, haciendo que me dé cuenta de verdad de lo que está ocurriendo y de que tengo que afrontar el momento si no quiero estropearlo todo.

Ella se incorpora lo justo para aceptar los dos besos de Rodrigo, que apoya la mano en su brazo para impedir que se levante agachándose él. Se sonríen. Y no sé por qué, pero me parece algo horrible que lo hagan. Como una traición. O algo que no debería suceder entre dos personas que comparten algo inmenso sin ser conscientes de ello.

A mí me falta el aire.

—Hola, soy Rodrigo. Su jefe, en teoría, aunque sólo soy el pringado que se apiadó de supervisar sus prácticas.

Por fin recupero el control y bufo, escudándome en el humor y rompiendo esa extraña tensión que yo he creado quedándome callada como si mi cerebro fuese pan de ajo.

—En realidad, él es el que me explota.

—Es verdad, sale tarde siempre por mi culpa. Lo siento. En mi defensa debo decir que la exploto por propia supervivencia.

Rodrigo suelta una risa sincera y mi madre le sonrío.

Sé lo que me va a decir en cuanto se vaya. Sé que está pensando que es guapo, y simpático, y que parece inteligente. Sé que me va a echar en cara que por qué no le había contado que mi jefe es un chico de veintitantos con los ojos bonitos y una sonrisa de infarto. Lo sé. Así que me adelanto, intentando mostrar que no me afecta su presencia como lo ha hecho; intentando mostrar esa indiferencia que no siento; que nunca podría sentir.

—¿Y qué haces tú por aquí?

—He quedado con unos amigos, ya te lo dije. Una cena tranquila y después unas copas algo menos tranquilas. —Guiña un ojo y mamá sacude la cabeza, porque le hace gracia su actitud chulesca, y lo entiendo, aunque yo sólo pueda pensar en atizarle con un triángulo de pizza y que un trozo de champiñón tape sus ojos bonitos, canallas y culpables de tantas cosas en mi vida.

«¡Por esos ojos del demonio te hice abuela a los cuarenta!», quiero gritar, pero no lo hago, claro. Sólo faltaba.

—Pásalo bien, entonces. Nosotras ya nos vamos.

Mamá percibe mi incomodidad, aunque no la comprende. Me conoce demasiado bien como para saber que me ocurre algo. Después estira el cuello para buscar a Ava con la mirada y entonces me doy cuenta de que Rodrigo sigue sus ojos hasta la ludoteca, consiguiendo que el corazón se me suba a la garganta. Más cuando oigo los sollozos de Ava a lo lejos y a mi madre haciendo un amago de ir en su busca.

«No la nombres. No la nombres», repito como un mantra en mi cabeza.

—Carlota, creo que deberíamos ir...

—¡Irnos, sí —la interrumpo—. Voy a pagar a la barra y así acompaño a Rodrigo, ¿vale?

Tiro de la camisa de él y lo obligo a seguirme por el restaurante hasta la caja, mientras se despide de mi madre según se aleja como puede y yo consigo recuperar la sangre que ha desaparecido de mi rostro.

—¿Estás bien? Estás pálida.

—Sí, sólo estoy cansada.

—¿Un viernes? —Y expresa horror en su cara, como si fuese una abominación que alguien de mi edad pudiera estarlo durante el fin de semana.

Pongo los ojos en blanco y pago, preguntándome por qué sigue a mi lado, mientras siento la mirada de un grupo de chicos en una mesa y de repente un cuerpo que sale despedido de ella y se empotra contra el mío.

—¡Carlota! —Ana me apretuja entre sus largos brazos y el dulzor de su perfume se me cuela por la nariz—. ¿Qué haces aquí? ¿Habías quedado con Rodri? ¿Y por qué no me lo has contado? —Nos mira a los dos y se tapa la boca con las manos asombrada; creo que esto ya lo he vivido—. Oh, Dios mío... Vero tenía razón. ¡Estáis liados!

—¡No! ¿Quieres dejar de insinuar eso? —le digo molesta.

Rodrigo a mi lado se ríe, con lo que consigue que le dé un manotazo en el brazo con todas mis fuerzas, porque sólo faltaba que le diera más alas a Ana con esa teoría que nunca, ni en millón de años, se va a cumplir. Nunca. Jamás de los jamases. *Never and ever*.

—Vale, perdona. ¿Estás cenando sola? —me pregunta estudiando las mesas que nos rodean.

Yo, de pronto, siento el miedo de nuevo. No quiero que la vean, no pueden verla, porque no estoy preparada para dar explicaciones; no así. No de este modo. Y sé que ésta sería una manera tan válida como otra cualquiera, pero no puedo.

—No, con mi madre. Ya nos íbamos.

—¡Quédate! —exclama cogiéndome de la mano—. Vamos a ir a tomar una copa a un bar de aquí al lado. Ponen los mejores mojitos de fresa que jamás he probado.

—Y ha probado muchos —bromea Rodrigo a mi derecha, tan cerca que siento que el calor de su presencia se me pega a la piel.

—Oh, ¡cállate! —le recrimina ella entre risas; luego descubre que uno de sus acompañantes está echando mano de su cena y vuelve a la mesa dando saltitos, lanzándome un beso por el camino—. Eh, tú, ¡ésa es mi pizza!

Y nos quedamos solos de nuevo. Recuerdo la sensación de unas horas antes, esa que me decía que Rodrigo quería invitarme a salir con él, y la noto volver con fuerza, hasta que sus palabras me lo confirman.

¿Por qué lo hace? ¿No se da cuenta de que es una idea pésima?

—Deberías venir. Será divertido —dice sonriendo con las manos metidas en los bolsillos como si fuera un chiquillo nervioso.

—Yo..., gracias, pero no puedo.

—No puedes, ¿o no quieres?

Se muerde el labio y yo lo observo. Y quiero morderlo yo. Porque ya lo he hecho y sé lo que se siente, lo adictivo que resulta.

—No...

—Ya. —Deja escapar el aire con fuerza y su sonrisa desaparece; después me indica con la mano la salida—. Te acompaño a la puerta. Eso puedo, ¿no?

No he podido ni despedirme de tu madre en condiciones, va a pensar que soy un maleducado.

Yo la veo al fondo agachada junto a Ava, poniéndole los zapatos mientras ella se sorbe los mocos.

—No hace falta, en serio.

—Vamos, Carlota. ¿Qué pasa? —suelta Rodrigo, cansado de mí y de mis rarezas.

Supongo que cualquier otro día en la revista su actitud me ofendería, pero ahora soy incapaz de enfadarme, porque sólo siento miedo. Un pánico que me come por dentro y que tengo que mitigar como sea antes de que alguien lo note.

—No...

—Mira, por allí sale tu madre.

La señala y me giro, hasta verla a ella y a Ava dando saltitos detrás, siguiéndola, y lo hago con los reflejos justos como para agarrarlo de la tela de su camiseta y tirar un poco, obligándolo a darse la vuelta, acercarse a mi cuerpo y centrar su atención en mi rostro y no en esa niña clavada a él que seguramente acaba de llenar de vómito una piscina de bolas de plástico.

—¡De acuerdo!

—¿Qué?

Estamos tan cerca que sus ojos brillan y mis labios arden. Es instantáneo. Y lo odio por provocarme eso incluso cuando lo único que quiero es coger a mi niña en brazos y echar a correr.

—Que acepto ese mojito de fresa, o lo que sea. Pero quédate aquí, ¿vale? Dame un minuto.

Se queda fijo en mis ojos un tiempo, supongo que alucinado por la tarada con la que tiene la suerte de compartir despacho, tensión sexual y más cosas que desconoce, y al final sonrío, hoyuelo matador incluido, y yo exhalo tan aliviada que no puedo ni esforzarme por ocultarlo.

—Vale.

Salgo a todo correr del restaurante, después de ver a Rodrigo ocupar su sitio en la mesa. Al salir, me encuentro con las dos esperándome y abrazo a Ava con fuerza, observando su cara, sus extremidades y todo su cuerpo, con miedo a que se haya dejado algo allí dentro.

—Ava, ¿qué ha pasado, mi vida?

—La niña del *pepperoni* me tiró del pelo —explica ella indignada y con los ojos colorados por el berrinche.

—¿La niña del *pepperoni*?

—Llevaba un trozo de *pepperoni* entre los dientes —aporta mi madre aguantando la risa—. No preguntes.

—Y después vomité. Pero sólo un poco.

Suspiro con pesar.

—Pero ya estamos bien, ¿verdad? —dice mi madre, cogiéndola en brazos.

—¡Sí! ¿Nos vamos a casa? —pregunta bostezando. Está agotada.

—Claro. Oye..., mamá...

—Ve —responde ella sin necesidad de lanzarle la pregunta.

—¿Qué?

—Nosotras nos vamos a acostar, que estamos muertas de sueño, ¿verdad, Ava? Sal y diviértete, Carlota.

Asiento, dándole las gracias con la mirada y asumiendo que tendré que darle alguna explicación antes o después, porque sé que se huele algo y, pese a todo lo que desconoce, Rodrigo no deja de ser mi jefe. Y Aidan mi profesor. Y mi vida es un desastre absoluto, se mire como se mire, porque eso es muy excitante en las películas y en las novelas guarras, pero en la realidad es un auténtico quebradero de cabeza.

—No volveré tarde, sólo es un compromiso.

—Un compromiso muy guapo —deja caer con una sonrisa maliciosa.

—No me seas como Basil, por favor...

—Venga, dale un beso a mamá —ordena a la niña, ignorando mi reproche.

Ava se acerca a mí y yo la abrazo, aceptando su beso y dándole media docena a ella.

—Y ahora uno a la abuela —pide ella, porque no hacerlo no entra en su modo infantil de entender el mundo. Yo la obedezco.

—Vale. Portaos bien.

—Y tú. Ten cuidado. Nos vemos en el desayuno.

Mamá se ríe y yo me quedo a cuadros, sin entender muy bien ese comentario susurrado en mi oído antes de separarme de ella.

Cuando las veo desaparecer al final de la calle, giro sobre mis pies, cojo aire y vuelvo a entrar en el local, sin estar preparada para lo que sea esto que acabo de aceptar.

COSAS QUE SE VEN

—¿Qué te apetece tomar?

—Uno verde —contesto, y señalo una copa de ese color con un montón de tiras de celofán decorándola.

Es muy bonita, y de repente quiero una igual, aunque no sepa lo que es, lo que deja claro mi nivel de madurez y la influencia infantil que tiene en mí Ava, cuando debería ser al revés.

—¿Uno verde? Ni siquiera sabes de qué es —dice Rodrigo, aguantando la sonrisa y sacudiendo la cabeza. Ah, y haciéndome sentir un tanto idiota.

—¿Kiwi?

—Has acertado, pero también lleva una cantidad importante de tequila y licor de melón.

Suspiro y dudo, porque no sé qué cojones estoy haciendo con él en un bar lleno de gente. En una coctelería decorada con palmeras y motivos hawaianos en la que tienes que hablar al oído a la gente para que te oiga, lo que supone que tengo a Rodrigo pegado a mi cuerpo desde que hemos llegado. Muy cerca. Tan cerca que he podido olerlo a mis anchas. Y huele muy bien; mucho mejor que cualquier recuerdo. Tan cerca que siento su aliento sobre mi oreja continuamente, como una ráfaga cálida a la que es fácil acostumbrarse. Tan cerca que podría levantar una mano y tocarlo a mi antojo.

«Vale, Carlota, tienes que parar.»

—¿Qué me recomiendas?

—¿Estás confiando en mí? —Su mano se coloca con disimulo en mi cintura y percibo su sonrisa sin verla—. ¿Te han echado algo en la pizza?

¿Psicotrópicos?

—Cállate.

—Vale, ¿te gusta la piña?

—Sí.

—Pues te pega una piña colada.

—Me pega.

Me separo un poco de él y lo miro a los ojos. Le brillan; está contento. Lo cierto es que suele estarlo a menudo y, cuando no lo está delante de mí, suele ser por mi culpa. Yo me enfado y frunzo el ceño, porque no quiero que lo esté por mi cambio de actitud y porque me da miedo lo que va a responder.

—Sí, me recuerda a las vacaciones..., como tú.

Suelto el aire contenido y veo pasar por mi cabeza una sucesión de imágenes que comienza con la primera vez que lo vi con aquel sombrero de paja y cómo mi corazón dio un brinco, y que acaba conmigo espatarrada en una camilla gritando a un puñado de médicos y enfermeras que si no me sacaban «eso» de ahí los mataría a todos.

—Supongo que como yo y otra docena de chicas. No cuela, Rodrigo.

Se encoge de hombros y su expresión cambia un poco, asumiendo que sigo en modo defensivo, como siempre con él, por mucho que a ratos le regale treguas en las que parezco hasta una persona normal. Pero es que no puedo serlo.

—Vale. Vale.

—Y date prisa. Me tomo ésta y me voy.

—Sí, señora.

Lo veo acercarse a la barra y perderse entre la marabunta que quiere pedir algo para no deshidratarse, porque hace calor. Ana baila como loca con sus amigos, aunque no deja de mirar su teléfono móvil a ratos cada vez más frecuentes. Me pregunto qué estará esperando. Me sorprende que Rodrigo sólo tarde en volver unos minutos, teniendo en cuenta toda la gente que había a su alrededor. Lo hace con mi copa y con una para él de color rojizo. Me sonrío. Yo trago saliva, porque no puedo evitar pensar que está guapo, con un pantalón corto negro y una camisa vaquera sin rastro de mensaje estúpido. El pelo algo despeinado hacia arriba. Sus ojos grandes y expresivos, que siempre parecen

felices y que tanto me recuerdan a Ava.

—Aquí tienes.

—Gracias. ¿Cómo has tardado tan poco en pedir?

—¿La mentira o la verdad? —pregunta poniendo cara de niño travieso.

—Ambas.

Me cruzo de brazos, esperando oír algo que me demuestre de nuevo por qué no me gusta Rodrigo. Porque no lo hace. Ni un poquito. Para nada.

—Me he encontrado con un conocido y me ha colado.

—Ahora la buena.

Alzo una ceja y él me responde con el mismo movimiento. Después habla, girando la cabeza hasta ver a la chica despampanante que trabaja como una loca detrás de la barra y que le sonríe desde lejos, como si estuviera esperando a que Rodrigo la mirase. Yo frunzo el ceño antes de tiempo, porque sé sumar dos más dos. Y ella es rubia, con curvas marcadas y un escote que deja muy poco a la imaginación y que yo envidio a muerte; no porque me guste llevarlos, sino porque nunca podría ponerme uno igual sin hacer el ridículo.

—Me he tirado a la camarera.

Suspiro y cambio de tema, porque no me gusta la sensación que me ha provocado imaginármelo enredado con ella.

—¿Qué es eso? —Señalo su copa.

—Un cosmopolitan. —Abro los ojos asombrada por su elección y suelto una carcajada inesperada—. ¿Qué? Me gusta el vodka con arándanos, pero suena mucho mejor pedirlo así. Tiene más glamur.

—¿Eso no es lo que beben las chicas de quince años?

—Las chicas de quince años, Carrie Bradshaw y Rodrigo Silva — responde sacando pecho y riéndose conmigo.

—¿Carrie Bradshaw?

—Tengo una hermana mayor, me tragué todas las temporadas de «Sexo en Nueva York». —Hace una pausa y alza las cejas recalcando sus siguientes palabras—: Dos veces.

—¿Dos veces?

—La primera, obligado. La segunda, sólo por placer.

Suelto otra carcajada espontánea sin poder evitarlo y noto que Rodrigo se

siente bien por hacerme reír. Como si fuese un reto. Como si conmigo fuese tan difícil que conseguirlo le hiciese crecerse.

Le doy un trago a mi vaso un poco avergonzada y me relamo. Está buenísimo. Él me mira con curiosidad. Pienso que él también lo está, aunque no pueda relamerlo.

Pero ¿¿qué hago pensando estas cosas??

—¿Qué pasa?

—¿Y? ¿He acertado? —pregunta impaciente.

Entrecierro los ojos y al final claudico, porque lo cierto es que sí, Rodrigo acaba de descubrirme que la piña colada es lo mío.

—Has acertado.

Levanta el puño en señal de victoria y yo gruño por lo bajo. Después busco a Ana con la mirada, porque no quiero estar sola con él. Bueno, no es que no quiera, es que no debo. Menos si voy a tener que soportar cómo intercambia miradas con una chica que parece sacada de una revista. Y menos aún cuando hace apenas un minuto me he imaginado lamiéndolo como si fuese un cóctel exclusivo para mí.

Necesito salir de aquí. Necesito que Basil aparezca sobre un caballo alado blanco y me salve. Necesito que la piña colada me derrita el cerebro para dejar de pensar o voy a reventar.

—No la busques. Acabo de verla desaparecer con Tomás en dirección al baño.

—¿Tomás? —pregunto, porque, que yo sepa, en el restaurante no estaba.

—Sí. Sabía que estaríamos aquí, así que me ha mandado un mensaje diciéndome que estaba de camino. Tienen una conversación pendiente y Ana no parece muy por la labor de tenerla.

—¿Crees que...?

—¿Que si saldrá bien? No lo sé. Debería. Al menos, creo que deberían intentarlo.

—Pero Ana... —dejo las palabras en el aire, aunque él las entiende al vuelo.

Me sorprende que, pese a que nuestros intercambios siempre han acabado en una especie de guerra insalvable, nos entendamos con facilidad.

—Ana tiene que abrir los ojos, Carlota.

Hace una pausa y yo me giro para mirarlo. Siento un pequeño empujón a mi espalda por la gente que pasa a nuestro alrededor y me dejo caer hacia delante, hacia su cuerpo, sin poder ni querer evitarlo. Rodrigo sonrío; tiene una sonrisa pícaro que debería ser ilegal, sobre todo teniendo en cuenta que por ella incluso llegan niños al mundo. Yo tengo uno esperándome en casa por culpa de ese hoyuelo maligno.

No debería sentirme imantada por ella. No debería estar pensando cómo será la mezcla de la piña y sus labios. No debería hacer tantas cosas que hago desde que apareció de nuevo en mi vida...

—Perdona —le digo, disculpándome por haber acabado apoyando la mano en su pecho, aún con la copa en la otra; por eso y por no retirarme, cuando sería lo más sensato.

Él sonrío más abiertamente y alza una ceja.

Deberían encarcelarlo. ¿Y por qué estoy pensando esto? Porque ese gesto es sexo puro. Sexo. Es un exhibicionista. Un encantador de mujeres indefensas, inexpertas y vulnerables como yo. Y lo odio por ello. Y lo odio por hacerme enfadar al hablarme de otra chica. Y lo odio por darme cuenta de que me gusta cuando es la persona menos indicada del planeta para hacerlo.

—Hay cosas que se ven, Carlota. —Trago saliva y sus dedos cogen un mechón de mi pelo antes de colocarlo detrás de mi oreja; las piernas me tiemblan—. Que se sienten, aunque no queramos.

Habla de nosotros y yo se lo permito. Entre otras cosas, porque soy incapaz de articular palabra. Creo que, de hacerlo, le diría que sí, sin más, a lo que fuera. Es un asco. Sentirse así cuando sabes que no debes, que no es lo correcto.

Pienso en Ava. En que tengo que hacer algo al respecto. En que no es justo. En que no me he sentido así en años. En que yo también me merezco disfrutar de este momento si me apetece. En que quizá no pase nada por recrearme un poquito más en este deseo que Rodrigo me provoca. En lo bien que estoy entre sus brazos.

Suspiro.

—¿Puedo probarlo? —susurro señalando su vaso con los ojos.

Rodrigo sonríe y no contesta. Lo que hace es dar un trago largo, tan largo que el líquido rojizo desaparece y sólo queda dentro la rodaja de lima que adornaba el borde y que ahora está sola en el fondo; después baja la cabeza y me mira desafiante. Canalla. De un modo tan sexual que noto la fricción de mis pechos contra la tela de mi sujetador.

Por supuesto que esto no es justo.

Entonces sí que habla, y yo me pierdo.

— De dónde? —pregunta con sus labios pornográficos mojados por los restos del licor, esperándome, ret ndome.

 Y yo qué hago? Me convierto en una versión femenina de Basil, impulsiva, desatada, torpe y muchas cosas más que no son buenas, pero no me importa.

Nada me importa en este momento.

Nada.

Nada que no sea probar vodka con arándanos de esos labios.

Me separo lo justo para dejar mi copa y la suya en un saliente de la pared y lo agarro con fuerza por el cuello de la camisa, hasta que su rostro est  tan cerca del mío que su nariz me roza.  l se estremece y comienza a respirar de forma entrecortada, un poco sorprendido por mi respuesta. Yo también lo estoy.

Supongo que éste es el instante que lo cambiará todo.

Lo miro. Me mira. Sus manos me rodean. Me palpan. Me acarician por debajo de la tela de mi blusa. Subo las más por su cuello, caliente y suave.

Y lo hago. Sin más.

A la mierda.

—Maldito seas, Rodrigo Silva.

UN NIÑO MIMADO

Lo recordaba. Recordaba cómo era besar a Rodrigo, tanto por recuerdos muy lejanos como por lo que compartimos aquel día en su coche, pero de nuevo es diferente. Es intenso, y dulce, y sexo, y arándanos, y cosas que desconozco.

Me alzo de puntillas y hago eso que llevo tanto tiempo deseando; le muerdo el labio y tiro de él, hasta que gime y deja escapar un sonido ronco que me pone la carne de gallina.

—Me encanta que hagas eso.

—Y a mí.

—Repítelo.

Lo hago. Tiro de su labio inferior con los dientes, succiono levemente y después lo suelto. Podría hacerlo toda la noche sin cansarme.

—Joder...

Me aprieta contra su cuerpo y lo siento. Duro. Expectante. Tan excitado que no sé cómo no le duele. A mí me duele.

—Vámonos —le suplico, aunque suena más como una orden.

—¿A tu casa?

—No. Donde sea, menos a mi casa.

Ni siquiera quiero recordar ahora mismo lo que me espera allí.

—De acuerdo. Vamos.

Salimos y cogemos un taxi en silencio.

No hablamos desde que pisamos la calle hasta que montamos en el coche, pero no me importa. Es como si, tomada la decisión, ya no hubiese mucho más que decir. Eso o que nos pueden las ganas y da miedo que las perdamos en

caso de abrir la boca.

Lo observo. Veo sus ojos azules brillar cuando la luz de las farolas le da de pleno. Su pelo algo largo hacia arriba, despeinado de tanto pasarse las manos. El modo en que la camisa, con dos botones desabrochados, se le ajusta al cuerpo.

Me imagino pasando la lengua por su cuello y deslizándola hasta ese trozo de piel que queda expuesta y noto un tirón entre las piernas. Pero ¿qué me ocurre? No estoy acostumbrada a sentir esto... tan intenso, creciendo imparable.

Él mueve la pierna sin cesar mientras mira por la ventanilla; está nervioso. Su energía me inquieta a mí mucho más. Sólo quiero... Sólo deseo...

Me incorporo y coloco una pierna sobre la suya. Freno su tic y consigo que gire el rostro y lo fije en el mío.

—¿Carlota?

—Déjame probar una cosa.

Me apoyo sobre su cuerpo y lo hago, paso la lengua por su cuello. Es increíble. Dulce. Salado. Es... como comer chocolate caliente con los dedos.

Rodrigo agarra mi pierna con las manos y me empuja hacia él, consiguiendo que quede subida a su regazo. Yo gimo al sentir su erección contra mi trasero y él responde con un sonido gutural, a la vez que echa la cabeza hacia atrás y cierra los ojos.

—Dios... —Me incorporo, pero él me agarra por la nuca y me besa con firmeza, metiendo su lengua en mi boca casi con furia, dejando libre el deseo, sin pensar en dónde estamos ni en lo que estamos haciendo—. No pares, Carlota. Ni se te ocurra parar ahora o acabarás matándome.

—No pienso hacerlo.

Desabrocho su camisa un botón más y le dejo pequeños mordiscos en el pecho, mientras su mano hace lo mismo con el de mis pantalones y el sonido de la cremallera lo llena todo.

—¡Eh! Esperad a que lleguemos. Nada de eso en mi coche, ¿entendido?

La voz enfadada del taxista nos sobresalta un segundo y hace que abramos los dos los ojos y que nos miremos sorprendidos, pero sin querer parar.

Supongo que hay veces en la vida en las que llegados a un punto es

imposible ni siquiera pensarlo.

—¿Me dejas probar algo muy cutre que vi en una película?

—Eh..., sí.

Rodrigo se saca un billete de cincuenta euros de su bolsillo y se lo ofrece al taxista por el hueco entre los asientos, conmigo aún abrazada sobre su cuerpo.

—¿Subiría la música y nos dejaría un poco en paz si se queda con el cambio? Prometo no llegar al final.

El taxista refunfuña, pero coge el dinero y sube la radio, haciendo que nuestro primer encuentro sexual tenga la banda sonora más hortera del mundo, con Raphael cantando a todo volumen su famoso éxito *Escándalo*.

Yo sólo respiro, porque estoy tan excitada que no puedo ni morirme de la vergüenza y, acto seguido, Rodrigo vuelve a su posición y me sonrío con malicia, levantando su mano y mostrándome sus dedos cruzados.

Yo me río ante su gesto y meto las mías por debajo de su camisa.

—Nunca te dejaría a medias... —susurra contra mis labios, derritiéndome y haciéndome perder la poca cordura que me queda.

Y no lo hace. Sus dedos se cuelan por dentro de mis braguitas y me acarician. Yo gimo dentro de su boca, pensando que por primera vez soy esa Carlota que un día deseé, una chica joven normal dejándose llevar por lo que siente con un chico que la desea en el asiento trasero de un coche. Sin pensar. Sin responsabilidades. Sin nada que le haga pensar que esto no está bien. Aunque no lo esté. Aunque mañana me arrepienta.

Me muevo sobre su sexo mientras él se desliza por el mío, humedeciéndolo, entrando y saliendo con el ritmo perfecto; su otra mano apresa mi nalga y hace que me apriete sobre él cada vez con más fuerza.

—Rodri...

—Chist. Tranquila. Sólo faltan dos calles. Aguanta un poco más.

Echo la cabeza hacia atrás y su lengua se pasea por mi cuello y por ese hueco detrás de mi oreja que no sabía que existía y que podía provocarme tanto placer.

Voy a correrme. A deshacerme sobre la tapicería de un taxi en un punto indeterminado a las afueras de la ciudad. Sobre mi jefe. Rodrigo Silva. El

padre de mi hija.

Voy a hacerlo y me encanta.

Hundo el rostro en su hombro, mientras uno de sus dedos dibuja círculos en mi interior y con otro me presiona el clítoris con destreza. Alzo mis caderas y entonces llega, como un tornado. Levanto la cabeza y abro la boca en el instante exacto en el que Rodrigo me besa, ahogando mi grito con su boca, bebiéndose mi orgasmo, mientras el coche reduce su velocidad y se para, a la vez que el movimiento incesante de nuestros cuerpos.

—Ya podéis largaros. —El gruñido del taxista me produce un sonrojo inesperado que supongo que ya no viene a cuento.

Éste sería un momento perfecto para morirme literalmente de la vergüenza, pero siento el cuerpo tan blando y el cerebro tan embotado que no tengo ni fuerzas.

No recordaba lo increíble que podía ser que te provocaran un orgasmo.

Rodrigo abrocha mi pantalón y hace lo mismo con el suyo. Después abre la puerta y me da una palmada en el culo para que me baje; yo apenas reacciono; casi lo hago por inercia.

—Gracias por el viaje, amigo. Espero que tenga buena noche, aunque no creo que lo sea tanto como la nuestra.

—Imbécil.

Le guiña un ojo y el taxista acelera. Yo suelto una carcajada, porque creo que éste pasa a ser, sin lugar a dudas, el momento más surrealista de toda mi vida.

Entramos en una casa independiente de ladrillo y tejados grises. No veo demasiado, porque sólo nos alumbran las farolas de la calle, pero no necesito hacerlo como para saber que atravesamos un pequeño porche que podría ganar cualquier premio al más bonito de toda la ciudad.

Rodrigo me sorprende desviándose hacia un lateral, en vez de entrar por la puerta principal.

—Ven, no hagas ruido.

—Dime que vives solo —susurro más alto de lo debido mientras él me coge de la mano y tira de mí, porque de repente me he quedado paralizada y porque sé que su respuesta va a ser negativa, teniendo en cuenta que su jardín

parece sacado de la mejor revista de decoración del país.

—Vivo solo.

—¿De verdad?

—No.

—¿Y por qué me mientes? —Le doy un manotazo en la espalda.

Él se ríe y yo vuelvo a odiarlo, porque me saca de quicio y me parece tan inmaduro que me hace pensar en lo que no debo.

Supongo que es normal que, después de haber aliviado la tensión entre mis piernas, mi cabeza haya vuelto a tomar el control, al menos levemente.

—Me has dicho que te diga que vivo solo y he obedecido.

—Rodrigo, no pienso estar bajo el mismo techo que... que...

Se gira y entonces clava sus ojos azules en los míos y habla bajito pero sincero, transmitiéndome una tranquilidad que no debería serenarme, pero lo hace.

—Carlota, vivo con mis padres. Pero tengo mi propio espacio. Somos algo así como compañeros de jardín.

—¿Duermes en el garaje? Dime que no es tu casa del árbol de cuando eras un niño.

Eso sí que no podría soportarlo.

—No, pero algo así.

Dudo, pero al final acepto. Porque ya estoy aquí y tengo que acabar de una vez con esto. Además..., me muero de curiosidad por saber cómo vive Rodrigo. Necesito terminar de formarme un esquema en mi cabeza, y qué mejor forma que hacerlo conociendo su hogar, o al menos una parte de él.

Atravesamos el lateral de la casa y de pronto me encuentro con otra edificación. No es muy grande, como una casa prefabricada de madera, o eso creo, porque no veo un pimiento y su cuerpo me tapa casi toda la visión.

Saca la llave de su bolsillo, abre la puerta y enciende la luz.

—Hogar, dulce hogar —dice sonriéndome e indicándome que pase.

Yo lo hago y abro la boca maravillada, porque es una jodida pasada y sé que Ava alucinaría y se mudaría aquí ya mismo si pudiera.

Sólo de pensarlo me duele el corazón.

—Pero... esto es...

Lo observo todo con los ojos como platos. Sus paredes, con carteles de cine, matrículas de distintas ciudades del mundo, tablas de patinar colgadas y plantas. La superficie prácticamente diáfana, sólo rota por una puerta que esconde lo que intuyo que será el lavabo. Una mesa bajita frente a un sofá de color rojo cereza. La televisión y una barra en el lado izquierdo con dos taburetes en color verde menta. Todo lo demás, en el mismo color gris clarito que las paredes y lleno de detalles que le dan vida. Y, al fondo de la estancia, una cortina blanca que llega hasta el suelo, que se abre en dos y que esconde una cama de sábanas blancas. Grande, casi al ras del suelo, con dos cojines grandes en color rojo y un armario blanco también en un lateral.

Es alucinante.

—¿Te gusta?

—Me encanta.

—Me alegro.

Se acerca por detrás y me abraza, dejándome besos en el cuello con una naturalidad tal que parece que lo haga cada día.

—De verdad eres un niño mimado...

—Y la envidia de todo el barrio desde los dieciocho.

Nos reímos. Pero, de algún modo, una sensación desagradable me invade por dentro. Me imagino a Rodrigo tan joven, con tantas posibilidades, como la de poder hacerse su propio apartamento en el jardín de sus padres. Y después recuerdo mi juventud, tan asustada, esforzándome tanto, sintiéndome tan sola.

No es justo. No me arrepiento de nada y siempre será la mejor decisión de mi vida, pero no es justo.

—Es muy bonito.

—Tú también.

Intento apartarme, porque de repente no comprendo muy bien qué estoy haciendo aquí. Debería estar pensando en modos de solucionar este lío, y no con su mano acariciándome el costado, cerca, muy cerca, del borde de mi sujetador y con sus labios en mi cuello.

—Oye, yo...

—Eh, no, no, no. No pienses, Carlota. —Me gira y lo veo nervioso pero decidido—. Lo estábamos pasando bien, ¿vale?

—Lo sé. Lo de ese taxi ha sido...

—Increíble. Lo sé.

—Iba a decir horrible.

Y sé que me sonrojo al recordar que he dejado que un tío me masturbara delante de un taxista. Seguramente Basil haga pegatinas con esa frase cuando se lo cuente.

—Y estarías mintiendo. —Su sonrisa ladeada ataca de nuevo, y yo pienso en el calor que tengo, en que quizá debería quitarme algo de ropa para sofocarlo... «Céntrate, Carlota»—. Ven aquí.

Tira de mi mano y nos deja caer sobre el sofá. Es mullido, suave, cómodo. Como él.

Cojo aire para decirle que tenemos que hablar. Que quizá debería explicarle, antes de nada, que mi vida es complicada, que quizá la suya también lo sea aunque aún no lo sepa.

—Rodrigo, yo...

Me acaricia los brazos desnudos y yo me muerdo los labios para no fingir un sollozo, porque me lo está poniendo realmente difícil, el muy condenado.

Si dejara de hacer eso con los dedos...

Si dejara por un momento de lamerse los labios cada vez que va a hablar...

Si dejase de ser el Rodrigo que estoy descubriendo y volviese a ser ese que me sacaba de quicio y que me hizo sentir tan mal años atrás...

—Para pensar siempre hay tiempo. Ahora déjame ayudarte a no hacerlo, ¿de acuerdo?

Yo estaba a punto de hacer algo, ¿verdad? Irme, creo. Ojalá Basil estuviera aquí para decirme cómo actuar, aunque conociéndolo ya habría dejado caer mi cabeza sobre su bragueta.

Rodrigo me mira fijamente y me peina los mechones desordenados por el revolcón del taxi con los dedos. Me gusta que lo haga. Me gusta sentir cómo sigue duro bajo mis piernas, aunque no tanto como antes. Me gusta..., qué coño, que me gusta. Que estoy harta y que ya hicimos lo peor que pudimos hacer hace cinco años, ¿no? ¿Qué más podría salir mal de un simple polvo?

Cierro los ojos un minuto y asiento.

—De acuerdo...

Él se acerca y me besa la barbilla, la mandíbula y ese puntito detrás de la oreja en el que debo de tener un millón de terminaciones nerviosas, por el gemido que me provoca sin poder contenerlo.

—Hay cosas que se sienten, ya te lo dije antes. Abre los ojos, Carlota.

No quiero, pero lo hago, y veo los suyos, azules, honestos, llenos de cosas por decir y de guarradas por hacer. Deseo tanto que las haga que me estremezco. Y también veo en ellos el reflejo de los míos, castaños, embusteros, llenos de cosas silenciosas.

—Rodrigo, yo...

—¿Lo sientes? La verdad.

Lo hago, ése es el jodido problema. Así que aparto mis pensamientos sensatos y responsables a un lado y me dejo caer sobre su cuerpo, atrapando su labio de nuevo y tirando de él.

—Maldito seas, Rodrigo Silva.

Y sé que ya no hay vuelta atrás.

Nos besamos como locos. Me parece increíble haber tenido un orgasmo hace minutos, porque vuelvo a sentirme tan excitada que sé que él debe de pensar que llevo años de celibato autoimpuesto; prefiero no pensar que básicamente mi vida ha sido así.

Rodrigo nos levanta, conmigo enredada a sus caderas, y no deja de besarme hasta que llegamos a la cama y me tumba sobre ella. Cuando se desabrocha los botones de la camisa y se la quita frente a mí, me siento pequeña. No sé por qué, porque todo es cómodo, pero me siento vulnerable, porque con él no quiero que se note mi falta de experiencia, ni quiero volver a ser aquella niña con la que se acostó hace ya mucho tiempo.

—Esto sobra.

Se pone de rodillas y comienza a quitarme los pantalones con delicadeza, sin perder la sonrisa. Yo tiemblo al sentir su aliento sobre mis braguitas y él se detiene.

—¿Qué pasa? ¿Estás bien?

—Sí.

Se incorpora, reptando un poco hasta estar más cerca de mi rostro y yo

giro la cara, porque me siento imbécil.

—Eh, Carlota, mírame. —Me toca la barbilla y me obliga a hacerlo. Yo trago saliva con fuerza.

—Sí, sólo que...

—Cuéntamelo. —Me sorprende tumbándose a mi lado de costado y coloca su mano en mi estómago—. No soy muy fan de la gratificación a largo plazo, pero reconozco que me pone realmente cachondo. —Vale, ahí está de vuelta el Rodrigo de siempre; frunzo el ceño y él me acerca más a su cuerpo, apoyando el mentón en mi hombro—. Oye, estaba bromeando.

—Ya lo sé.

—Tenemos toda la noche. ¿Te apetece tomar algo? ¿Charlar? ¿Acostarte? ¿Ver la tele?

—¿De verdad verías la tele ahora conmigo si quisiera?

—Claro. Me gusta estar contigo, Carlota. No sólo tocarte las tetas.

—¿Siempre tienes que hablar así? —le pregunto poniendo los ojos en blanco, aunque aguantándome la risa, porque es como estar con un adolescente ya un poco crecudito, y eso, pese a que quizá no debería..., eso me gusta.

—¿Por qué no? Eres mejor que el vodka con arándanos. Además...

—¿Sí, Rodrigo?

—Tengo suscripción a cinco canales porno. Podría ser divertido. —Alza las cejas un par de veces con picardía y suelto un quejido, porque me saca de quicio.

—¿No te vale con uno?

—En la variedad está el gusto, Carlota.

—Espero que no para todo.

—No, no para todo.

Suelto una carcajada sin poder evitarlo y él me acompaña, después dice justo las palabras que necesitaba para volver a ser yo, o para dejar de serlo y disfrutar, poniéndome en la piel de esa Carlota que nunca pude ser por las circunstancias de la vida.

—Así está mejor. Me encanta oírte reír.

—Oh..., Dios... ¿Por qué eres así?

Me tapo la cara con las manos y él las agarra para impedirme ocultarme.

«¿Por qué eres tan mono, Rodrigo? ¿Por qué me sacas sonrisas cuando yo sólo debería querer huir de ti? ¿Por qué lo haces todo tan difícil mirándome de ese modo?»

—¿Así cómo?

—¡De comestible, joder! —exclamo, arrepintiéndome en el acto de la palabra escogida.

—¿Soy comestible? —pregunta incorporándose un poco y sonriendo con suficiencia—. ¿Y acabas de decir un taco?

—¡Sí!

—¿Sí a qué?

Me río y él coloca un brazo a cada lado de mi cuerpo, atrapándome, pero, casualmente, no me siento para nada así.

—Sí a todo.

Le rozo los labios con dos dedos y él asiente, dejándome un beso en las yemas y consiguiendo que vuelva a pensarlo, que me lo comería entero.

—A todo —repite.

—A todo.

Y lo hago, lo beso de nuevo, olvidándome por fin de los miedos, de las dudas, de lo que cargo encima, de lo que pasará mañana. Lo hago, dejándome llevar por esa picardía que Rodrigo viste como una segunda piel, por sus manos expertas, por su capacidad de hacer incluso que una situación incómoda se convierta en divertida.

Nos abrazamos en un beso largo, profundo. Sus manos me palpan de arriba abajo, mientras las mías se recrean en su pelo. Quiero desnudarlo. Quiero volver a sentirlo sobre mí. Dentro de mí.

—Esto sobra —le digo, intentando desabrochar el botón que esconde su cuerpo.

Se ríe contra mi boca, pero me obedece en el acto, quitándose los pantalones en un movimiento rápido y volviendo a colocarse entre mis piernas.

—Esto también.

Mi blusa desaparece y sus manos masajean mis pechos por encima de la tela del sujetador. Mis pezones se izan y los acaricia con mimo. Echo la

cabeza hacia atrás y jadeo.

—Calor.

Parece ser que he perdido mi capacidad cognitiva, porque es lo único que soy capaz de decir. De esto a «yo Tarzán, tú Jane» hay sólo un paso.

—¿Tienes calor? Entonces quizá esto te sobre también.

Desliza mis pantalones por mis piernas de nuevo, pero esta vez con éxito, y nos quedamos los dos sólo con la ropa interior, sudorosos, pegajosos, excitados. Ruedo hasta quedar sobre él y me muevo con firmeza sobre su erección. Pienso que no la recordaba tan grande y me muerdo la lengua avergonzada por pensar así; estoy mutando en Basil.

Se me escapa la risa.

—¿Qué pasa?

—Nada...

No puedo evitarlo y suelto otra carcajada entre dientes, mientras Rodrigo desabrocha mi sujetador y lo lanza al suelo sin miramientos.

—Dímelo..., yo también quiero reírme.

Cierro los ojos un poco avergonzada, pero lo cierto es que con él... es como si pudiera decir cosas como ésta, porque él las dice todo el tiempo. Así que lo hago, muerta de risa.

—No la recordaba tan...

—¿Tan?

—Tan... —lo palpo por encima de la tela de los bóxers y gime, pero comienza a reírse antes de que responda, anticipándose a mis pensamientos— grande.

Compartimos ese momento cómplice, en el que me doy cuenta de que así debería ser siempre el sexo con alguien, natural, un juego, algo con la misma capacidad de hacerte volar que reír.

Cuando nos tranquilizamos un poco, me observa de cerca y me sonrío, rozando su nariz con la mía y derritiéndome por completo.

—Ni yo tan bueno.

Maldito Rodrigo...

Su boca se pierde en mi escote, incorporándose lo justo para lamirme, para jugar con mi pezón entre sus labios, para rodearlo con los dientes y

tirar de él.

Rodamos de nuevo y vuelvo a estar debajo, con las piernas abiertas, esperándolo, mientras se levanta, saca un preservativo de su cartera y se quita los calzoncillos en un segundo para ponérselo. Tengo un estremecimiento que aparece por los rescoldos de un recuerdo, pero lo ignoro deshaciéndome yo misma de la única prenda que me queda puesta y esperándolo ansiosa.

Me digo que es estadísticamente imposible que se repita lo que ocurrió en su día y me dejo hacer. Por fin. Bajo sus manos. Bajo el efecto que sólo Rodrigo Silva ha logrado provocar en mí.

—Eres preciosa, Carlota.

Pienso que eso se lo dirá a todas, pero no me importa, porque por un instante me siento así, bonita, joven, feliz.

Juguetea conmigo, moviendo su sexo entre mis pliegues, pero sin llegar a entrar. Yo me quejo y noto su sonrisa sobre mi hombro, pero no me importa, porque no puedo más y necesito sentirlo de nuevo. Eso que sólo he vivido una vez. Eso que sólo viví con él.

—Hazlo ya.

—A sus órdenes.

Rodrigo entra en mí, soltando un suspiro de alivio y se mueve. Yo chilló. Él frena y me mira cauto, con la frente brillando por el sudor y la preocupación en sus ojos.

—No pares —lo apremio.

—¿Te duele?

«Como si me hubieras metido un misil hidráulico.»

—Está bien, sigue.

Mueve las caderas de nuevo y noto un ligero tirón al sentirlo entrar más aún. Me quema, pero me niego a pensar en los motivos, que no son otros más que estoy tan oxidada que apenas me cabe.

—Carlota.

—Un poco —le confieso, pero sigo empujándolo con los pies en los muslos, porque el dolor comienza a transformarse en algo placentero. En algo demasiado bueno. En eso que llevo buscando desde que se cruzó en mi camino poniéndolo todo patas arriba.

—¿Cuánto hace que...?

—Chist, no lo estropees. —Le dejo un beso—. Sigue así. Despacio. —Otro beso—. Me gusta. Me gusta mucho. —Gimo, le tiro del pelo y él gruñe contra mi oído—. Sólo hazlo.

—Dios...

Comienza a entrar y a salir de mi cuerpo con rapidez. Rodrigo se olvida de todo y me embiste con furia, mientras me va regalando besos húmedos que me vuelven loca y que consiguen que esa quemazón se transforme en algo grande, inmenso.

—Sí... —susurro.

Él parece volver a la realidad y me estudia preocupado.

—Si te duele, paro.

—Como pares, te mato.

Y con esas palabras y entre risas, nos entregamos de nuevo a un baile de dos que deseo que nunca tenga fin, hasta que lo siento por segunda vez en esa noche, pero mucho más intenso, crecer en mí y subir desde mis pies como una corriente de deseo y explotar en mil pedazos.

MUCHO PEOR QUE AQUELLA NOCHE

Me despierto sin saber dónde estoy. Giro el rostro hacia un lado y me encuentro con una pared que me resulta desconocida. El corazón comienza a latirme frenético. Me doy la vuelta y un cuerpo desnudo me sorprende. Una espalda bronceada, masculina y musculada. Un pelo castaño.

Entonces lo recuerdo todo.

El restaurante. Ava y mi madre. El encuentro con Rodrigo. Una piña colada. Sus labios de arándano. Un taxi. Dos orgasmos. Una noche de risas, deseo y primeras veces que no había compartido con nadie antes.

Me incorporo y el reloj despertador que descansa en su mesilla me dice que sólo son las siete de la mañana. Me relajo un poco, regañándome por haberme quedado dormida y no haber cogido un taxi de vuelta, aunque fuese de madrugada y no tuviera ni idea de dónde estoy exactamente, porque en nuestro trayecto fui incapaz de fijarme en nada que no fuese en las sensaciones que Rodrigo me estaba regalando. Aunque mi madre me había dejado claro que ella sabía antes que yo que esto iba a ocurrir.

Su respiración me hace volver a la realidad y lo observo, girándome lentamente hasta apoyarme en un costado. Está de cara a la pared, con el pelo despeinado, abrazado a la almohada y el cuerpo torcido en una postura extraña e incómoda. Me recuerda a alguien, y eso hace que el miedo vuelva a atizarme con fuerza. No comprendo cómo pueden dormir así. Y, en su caso, desnudo.

Levanto un poco la sábana despacio y me encuentro con su espalda entera, fibrada, y con su culo, que me hipnotiza por momentos. Trago saliva, recreándome en esa visión y en todo lo que me ha proporcionado tan sólo en

una noche.

—Puedes mirar todo lo que quieras, pero entra frío —bromea, porque en realidad hace un calor espantoso.

Yo suelto la sábana como si me quemara y me dejo caer contra el colchón, tapándome la cara con los brazos por un ataque de pudor repentino. Ante su carcajada, me giro, dándole la espalda. Lo odio. Me doy cuenta de que cuando se trata de él me muevo continuamente en una fina línea entre el odio y la atracción que no es muy agradable; de hecho, acabará por volverme loca.

Por otra parte..., ¿qué diablos estoy haciendo aún aquí? Debería haberme ido hace horas. Debería haber huido a escondidas, como los amantes en las películas; debería haber sacado a Ava a rastras de casa en plena madrugada, cogido una mochila y subido a un tren rumbo a ninguna parte, pero estoy aquí, sintiendo su muslo pegado a mí.

Sus movimientos hacen que el colchón tiemble y enseguida siento su brazo rodeándome por debajo. Yo también estoy desnuda.

—Buenos días.

No hablo, sólo miro la pared mientras sus dedos calientes aprietan mi cintura. Esto no está bien, por muy bien que me sienta cuando me acaricia, pero es que es muy bueno en esto, tengo que reconocerlo.

—Carlota...

Suspiro y me tenso, pero su mano se interna entre mis piernas y sus labios se deslizan por mi columna vertebral, dibujándola con la lengua. Quiero pegarle para que deje de hacer eso, para que deje de provocarme con tanta facilidad, pero es que... es que no quiero que pare. Es que, de verdad, no es por echarle flores, es que es muy bueno el condenado; sabe dónde tocar y con qué presión para que mi fuerza de voluntad desaparezca en el acto. Además, no es sólo el placer, es todo lo demás, la intensa sensación de sentirme bien, de querer quedarme para siempre en esta cama, de desear más ratitos como éste a su lado.

—No hace falta que hables, si no quieres. De hecho, te prometo que el lunes en el trabajo haré eso que tanto te gusta, haré como que no ha pasado nada entre nosotros, aunque no deje de imaginarme haciéndote esto.

Uno de sus dedos juega con mi sexo y yo cierro los ojos, gimiendo bajito y

dejándolo hacer.

—Con que no te apartes, me vale como respuesta.

Su otro brazo me agarra por el trasero y me junta más a su cuerpo, haciéndome sentir lo que le gusta tenerme cerca. ¿Y yo qué hago? Pues me dejo caer, abriendo un poco las piernas hasta sentir su erección matutina entre mis nalgas, apretando ligeramente y provocando que Rodrigo jadee entre palabra y palabra.

—Ahora voy a desayunarte.

Me estremezco y lo noto colarse bajo las sábanas hasta girarme, dejándome tumbada de nuevo, y situar la cabeza entre mis piernas. Yo no hablo, no hago nada más que permitirle hacerme lo que quiera, porque ya ha quedado bastante claro que es capaz de anular mi capacidad de raciocinio sólo con rozarme.

—No te imaginas el hambre que tengo por las mañanas.

Su lengua se pierde en mí y yo chilló, olvidándome una vez más hasta de quién soy y dejándome llevar por las malas artes de Rodrigo. Por su boca hambrienta. Por sus dedos dentro de mí.

Cuando mi cuerpo comienza a temblar, él se separa lo justo para buscar un preservativo entre la ropa tirada por el suelo de la habitación y después me salta encima, colándose en mi interior con facilidad, encajando a la perfección. No sé cómo es posible, pero siento que mi cuerpo lo ha echado de menos en estas escasas horas en las que hemos dormido.

Nos movemos, acallándonos de vez en cuando los gemidos con besos fieros, hasta que la pasión nos arrastra del todo.

—Voy a correrme, Carlota. Ven conmigo.

Lo hago, su mano vuelve a jugar en el vértice de mis piernas, mientras observo cómo lo hace a la vez que entra y sale de mi cuerpo, y ese movimiento, su mirada, nuestros cuerpos siendo uno..., toda esa imagen nos catapulta a un orgasmo enorme que dejamos escapar entre los labios sin cortarnos, justo en el momento en el que unos golpes en la puerta y una voz resuenan en la habitación.

—¿Rodrigo?

Nunca antes había deseado tanto cerrar los ojos y aparecer en una celda en

Corea del Norte. Cualquier cosa mejor que tener que enfrentarme a esto cuando mi sexo aún siente los espasmos con él dentro de mí.

—Joder, joder, joder...

Rodrigo estalla en carcajadas con su pene aún en mi interior. Es incómodo. Es surrealista. Es lo peor que me podía pasar en toda mi vida. Ah, no. Lo peor es que me preñara en una noche loca y me levantase sola al día siguiente sin saber dónde estaba.

Lo medito un poco y pienso que no; sin duda, que su madre nos oiga corrernos a lo loco y a la vez es mucho peor que aquello. Dónde va a parar.

—¿Quieres dejar de reírte, idiota?!

Me levanto y me visto a toda prisa. Mis cosas están desperdigadas por toda la casa. Rodrigo me mira con lágrimas en los ojos y yo sólo quiero salir de aquí, desaparecer, morirme. Lo mismo me da. Y él está riéndose tanto que es incapaz de mantenerse en pie.

—¡Ahora salimos, mamá!

—¡Tomaos el tiempo que necesitéis! ¡Voy preparando el desayuno en el jardín! —La voz femenina hace que me estremezca.

—¿Sabes qué significa eso, Carlota?

—¿Que voy a suicidarme metiendo la cabeza en un bol de mermelada? — digo con sarcasmo, vistiéndome lo más rápido que puedo y pensando en formas de salir de allí sin necesidad de atravesar el maldito jardín.

—No. ¡Que hay crepes con azúcar y chocolate!

—¿Qué?

—Los fines de semana siempre hay crepes.

—No pienso quedarme.

—¿Por qué no? Cómo se nota que no conoces a mi madre.

Lo fulmino con la mirada por la encerrona y, entonces, de forma inexplicable, se me llenan los ojos de lágrimas. Por el agobio. Por la incomodidad. Por la vergüenza. Porque yo debería estar en mi casa a punto de desayunar leche con galletas con mi familia, y no de conocer a la madre de Rodrigo. No así. No teniendo en cuenta quién es y lo que significa.

En un momento me arrepiento de todo lo que ha ocurrido, porque no he podido hacer peor las cosas, está claro.

—Eh, ¿qué te pasa? Ven aquí.

Me coge de la mano y tira de mí, estando aún desnudo. Huele a él, a mí, a todo lo que ha sucedido. Y no me incomoda, lo que hace que las lágrimas salgan con más fuerza. Debería querer correr a la otra punta del país, y asumo que, en realidad, lo que más deseo es que me abrace muy fuerte.

—Mierda.

—Carlota, mírame. ¿Es por mi madre? —Yo no digo nada, sólo me sorbo los mocos y me siento tonta—. Lo siento, de verdad. Solemos desayunar juntos los fines de semana, es una pequeña tradición.

—¿Y las chicas que traes se sienten cómodas? Porque, si es así, está claro que yo no soy como ellas, Rodrigo.

—No suelo traer chicas a mi casa. Y eso es cierto, no eres como ninguna otra que haya conocido.

Me río entre dientes, aunque sus últimas palabras me hacen temblar.

—Venga ya. Ahora la verdad.

Entonces se ríe él. Nos hemos aficionado a este juego de verdad y mentira.

—Suelo ingeniármelas para ir a la suya o para acabar la jugada en el baño de un bar.

—¿Y por qué me has traído a mí?

Porque no lo entiendo. Ojalá hubiéramos acabado la jugada en un sitio público, lo habría preferido a esto. Aunque me engañe, porque lo cierto es que debo reconocer que la noche ha sido increíble.

—Porque te me resistías demasiado, y una vez aquí no pensaba dejarte escapar.

—No quiero salir. —Suspiro.

—No estás obligada a nada, pero te gustará, te lo prometo.

—Acaba de oír cómo... cómo... —Ni siquiera soy capaz de pronunciarlo en alto; pero él sí, cómo no. Es Rodrigo, lo suyo es decir cosas así todo el tiempo.

—Nos ha oído follar, sí. ¿Y qué? Preferiría que no supiera el ruido que hago al correrme, pero mi madre es guay, no se escandaliza por esas cosas. Además...

—Además..., ¿qué? —pregunto, y lo hago hasta con miedo.

—Creo que me ha pillado haciéndome pajas media docena de veces, no es algo nuevo.

—Dios mío...

Me apoyo contra su pecho, escondiendo la cabeza. Supongo que es una excusa como cualquier otra para seguir dentro de su abrazo. Esto está tan mal..., todo, empezando porque él sigue desnudo y terminando porque yo no quiero que me suelte.

—Vamos. Vas a caerle fenomenal.

—¿Tú crees?

—¿Estás de coña? De hecho..., va a alucinar.

Al final, alzo la mirada y me encuentro con su sonrisa.

Sólo entonces, sonrío yo.

* * *

Salimos de su casa ya vestidos y aseados; bueno, Rodrigo con ropa limpia y yo dentro de lo posible, con una camiseta suya blanca metida por dentro del pantalón que da la impresión de que es *oversize*, porque mi blusa ha acabado con un botón roto de tanto magreo. Dios..., lo pienso y me mareo.

Cojo aire antes de abrir la puerta y, cuando lo hacemos, me encuentro con un jardín digno de una revista. Ya lo había intuido por la noche, pero con la luz natural me quedo paralizada, porque es una casa impresionante y, sin duda, de lujo.

No me imaginaba que Rodrigo viniese de una familia así; sabía a qué se dedicaba su madre, pero nunca había intuido que pudiera ser buena a estos niveles.

Hay una piscina en un lateral con una cascada. Una pared de piedra cubierta por enredaderas separa su espacio del de los vecinos, y, bajo ella, una zona acolchada llena de cojines estilo *chill out* en la que podría pasarme horas tumbada. Todo huele a elegancia, a buena vida y a dinero. Me incomoda un poco al acordarme de mi piso humilde y acogedor, y no puedo evitar mirar mi ropa y avergonzarme, pero Rodrigo me coge de la mano y me da un apretón antes de acercarse a la mesa de madera alargada y con comida servida para

veinte personas en la que solamente nos espera sentada una mujer de mediana edad escondida tras un periódico.

—Buenos días. —De repente asoma la cabeza por detrás de las hojas lentamente y sonrío aliviada al comprobar que estamos presentables—. Me daba miedo ver algo que no debía.

Parpadeo, porque pienso que no es posible que haya oído la insinuación que ha hecho con esas palabras. Rodrigo se ríe por lo bajo, se acerca a ella y le da un beso en la mejilla sin soltarme la mano. Es posible que tenga miedo de que salga corriendo o meta la cabeza en su piscina de niño rico con cascada y forma de cacahuete gigante.

Me fijo en ella antes de saludarla y ella hace lo propio, aunque de forma un poco más disimulada. Es guapa, con el pelo rubio teñido y los mismos ojos que Rodrigo. Los mismos ojos que ha heredado Ava. De rasgos elegantes y finos, como una mujer acostumbrada a ser observada y admirada. Pienso en mi madre, en lo diferentes que son y que seguramente han sido sus vidas. No soy una persona prejuiciosa, pero es obvio que Rodrigo y yo venimos de mundos muy distintos.

—Mamá, ésta es Carlota. Carlota, ella es Cayetana, mi madre.

Nombre de marquesa, no esperaba menos.

Ella se levanta y me abraza, como si me conociera, con calidez y complicidad. Yo respondo sin poder evitarlo, pese a que me atenacen unas inmensas ganas de llorar. ¿Por qué? Y yo qué sé, porque una mujer que se parece a Kim Basinger acaba de oírme gemir hace un rato y yo tengo que desayunar a su lado sin vomitar, entre otras muchas cosas en las que no quiero pensar. Porque Ava habrá heredado el desparpajo y la cara de su padre, pero de mí la virtud sin igual de tener náuseas cuando estoy demasiado alterada.

—Encantada. ¿Café o té?

—Café, gracias.

Nos sentamos y nos servimos. Rodrigo come crepes escondidos bajo mil capas de nata, chocolate, siropes y todo lo que pilla como si nada, y yo cojo un trozo de bizcocho. Es pequeño, y sé que todo tiene una pinta increíble y que en otras circunstancias estaría poniéndome morada, pero es que tengo el estómago cerrado, porque esto es raro. Y yo no debería estar aquí con el peso

de un secreto de dimensiones estratosféricas sobre mis hombros.

—¿Y papá?

—Ha salido a correr, ya sabes. Si no hace diez kilómetros antes de las nueve, el día no tiene sentido para él. ¿Qué tal vuestra noche? ¿Divertida?

—Mucho —responde Rodrigo con mirada pícaro.

—Lo intuía.

—Mamá...

Se ríen y yo me hundo un poco más en la mesa. Ellos me miran con ternura y me siento algo mejor, aunque sólo un poco. Lo justo para coger un trozo de pastel de manzana, que tiene una pinta deliciosa.

—Perdona, cielo. ¡No he podido evitarlo!

—Gracias por invitarme a desayunar —digo con la intención de cambiar de tema a uno más seguro que mi vida sexual.

—Las amigas de Rodrigo son mis amigas. —«Dios santo..., ¿dónde me he metido?»—. ¿Cuánto hace que os conocéis?

—Llevo algo más de un mes con un contrato en prácticas en la revista.

—Es mi becaria.

Cayetana chasquea la lengua con desaprobación.

—Tened cuidado. Las relaciones entre empleados siempre traen problemas. Mi chico ya recibió un aviso hace tiempo.

Rodrigo me mira de reojo para ver mi reacción, pero recuerdo un comentario de Ana en el que insinuaba que ya había tenido algún encuentro con alguna otra compañera. Es un golfo y lo odio al mismo nivel que me excita el que lo sea. Estoy mutando en algo que no comprendo.

—Algo he oído, pero no tenemos una relación.

—¿Ah, no? —me pregunta ella con sincera curiosidad.

—No. Sólo somos... amigos. O algo así. Ni siquiera tengo muy claro eso.

Ella se ríe y yo me siento un poco más cómoda en mi papel de atacar a Rodrigo, como cuando estamos en el trabajo. Al menos, esto sí que lo sé hacer, y parece que no se me da nada mal.

—Entiendo.

—¿Debería ofenderme? —pregunta él alzando las cejas; después se encoge de hombros y le da un mordisco a una manzana—. Es igual, es así todo

el tiempo conmigo, mamá.

—Eso está bien. Es inteligente.

—Gracias.

Comparto con su madre una mirada cómplice, como si ella entendiese de algún modo la clase de chico que es su hijo y la manera en que a mí eso me afecta, pero entonces él hace algo que no esperaba, descolocándome por completo.

—En realidad..., nos conocimos hace unos años.

—¿Ah, sí?

—Sí. En unas vacaciones.

—¿Una casualidad?

Me mira a mí y yo odio a Rodrigo con todas mis fuerzas.

—Sí. Supongo.

—¿Buena o mala?

—Preferiría no contestar a eso —susurro, pero se me oye perfectamente.

Cayetana se ríe, yo imagino modos de torturar a Rodrigo con el bote de nata montada que está encima de la mesa y una espátula para tartas, y él me sonrío con maldad, como si, por una vez, hubiera ganado esta partida.

—Eso sí que me ofende, aunque no del todo.

—¿Por qué no? —Y al instante sé que no debería haber preguntado.

—Porque has querido repetir pasando esta noche conmigo. Y dos veces.

Creo que ya es suficiente respuesta.

Y: Rodrigo, 1; Carlota, 1.

El marcador se iguala por momentos.

ÉSTE NO ERA EL TRATO

Cuando llego a casa, Ava está viendo los dibujos mientras mamá intenta que se termine el desayuno. La verdad es que aún no son ni las once de la mañana, lo que hace que me sorprenda que hayan pasado tantas cosas un sábado tan pronto. Pienso en lo curioso que es que Rodrigo odie madrugar cada día y que se haya levantado tan feliz para desayunar con su madre. Y con su padre, que llegó poco antes de levantarme de esa mesa con unos pantalones de *jogging* de color amarillo limón de los que Rodrigo se estuvo riendo un buen rato. Aproveché para observar la buena relación que tenían; de hecho, era todo tan idílico que me costaba hacerlo sin fruncir el ceño.

Al entrar en el salón, Ava me sonrío y me explica con su lengua de trapo lo que está pasando en el capítulo. Resulta que un cerdo con corbata ha perdido su pelota y un caracol con monóculo lo está ayudando a buscarla. Yo le dejo un beso en el pelo y me siento a su lado.

—Ya sigo yo con ella, mamá. Gracias.

Soy incapaz de mirarla a la cara sin ponerme roja, así que hago como si no hubiera pasado nada, aunque haya pasado. Aunque lleve puesta una camiseta de hombre que no es mía, porque la mía fue torturada en un ataque pasional, como en las películas pero con menos elegancia.

—¿Has desayunado?

Y recuerdo a Rodrigo diciéndome que iba a desayunarme y me acaloro. Su cabeza entre mis piernas. Lo que vino después. Todo.

Mamá se da cuenta, claro. Cómo no.

—Sí.

—Bien. —Sonríe, y yo quiero hacer un agujero en el suelo y desaparecer.

Vemos los dibujos en silencio, hasta que Ava termina su desayuno y recogemos las dos.

—Mamá, ¿dónde has dormido?

—Fui a dar un paseo y se me hizo tarde, así que me quedé a dormir en casa de un amigo.

—¿Era muy de noche para volver sola?

—Sí, cielo.

—¿Y cómo se llama tu amigo?

—Rodrigo. Se llama Rodrigo.

Mi explicación le sirve y vamos juntas a nuestro dormitorio a vestirse; así son los niños. Mamá, en cambio, no deja de sonreír y de asentir para sí, como si comprendiera un montón de cosas que a mí se me escapan. Posiblemente, así sea.

* * *

El domingo lo pasamos tranquilas; vamos al parque, dormimos la siesta y vemos películas. Sin embargo, cuando llega la noche, estoy histérica y duermo fatal, pensando que tengo que ver a Rodrigo apenas horas después, y nada menos que en el trabajo. Pensando en todo lo que he vivido en una noche con él. En cómo me he sentido. En que llevo todo el fin de semana con un ligero dolor entre las piernas que me hace reírme, escandalizarme y excitarme a partes iguales al recordar su causa. Pensando que la cuenta atrás ha comenzado y que debería plantearme qué hacer de una vez por todas; que, en realidad, ya comenzó en el primer instante en que nuestros ojos volvieron a cruzarse cinco años después en el despacho.

Intento conciliar el sueño mirando a Ava dormir a mi lado, en su camita con flores pintadas en el cabecero y pegatinas de sus dibujos animados favoritos, con la cabeza donde deberían estar sus pies y los pies en la almohada; tan parecida a Rodrigo en tantas cosas que me echo a llorar, porque estoy perdida, no sé qué es lo que tengo que hacer y necesito encontrar una solución ya, antes de que sea tarde.

Aunque supongo que, de algún modo, ya lo es.

* * *

Entro en el despacho con la cabeza alta, sin mirarlo a la cara y a punto de hiperventilar. Me sorprende que ya esté ahí sentado cuando aún son las ocho menos tres minutos, como si me estuviera esperando.

—Buenos días.

—Buenos días, Carlota.

Me siento, enciendo el ordenador y ojeo unos papeles, aunque finjo y él lo sabe. Pero es que estoy nerviosa. ¿Cómo no voy a estarlo después de este fin de semana? ¿Y cómo es posible que él parezca tan tranquilo? ¿Y por qué leches no deja de mirarme con esa cara de memo?

—Voy a terminar el resumen de los festivales del mes, si te parece —digo rompiendo ese silencio que me resulta casi maligno.

—Vale.

—Bien.

—Bien.

Sigo a lo mío, diciéndome que quizá es que sea tonto del todo y hasta hace horas yo estaba nublada por lo atractivo que me parecía en combinación con mis hormonas desatadas, pero no, está tramando algo. Yo lo sé. Él también. Y el cosmos entero, porque es imposible que nadie en su sano juicio no lo note.

Comienzo a trabajar, ignorando su mirada, que cada dos segundos se queda fija en mí, en mi cara, en mi pelo recogido en un pequeño moño, en mi vestido abotonado de flores. Lo sé, aunque no lo mire. Lo sé, porque la siento, como una sombra gigante que me incomoda. Así es Rodrigo cuando quiere, un enorme grano en el culo, y esta mañana está cumpliendo ese papel a la perfección.

Cuando ya no puedo soportarlo más y me he confundido tres veces en la información que estoy recopilando por su culpa, dejo caer con fuerza el bolígrafo contra mi mesa y me encaro con él, que sigue risueño sin disimular que lleva un par de horas trabajando poco y estudiándome a conciencia mucho.

—¿Te pagan por mirarme?

—Ojalá.

Pongo los ojos en blanco ante su respuesta y él se ríe. Y se muerde el labio. Y yo recuerdo cómo es hacerlo con mis dientes y lo que le gusta a él que lo haga, y deslizo la mirada por su pecho, recordando la sensación tan eléctrica que se siente al tocarlo, en la calidez de sus manos recorriendo el mío..., hasta que el calor me abofetea con fuerza y me clavo las uñas en las palmas para retomar el control, ese que se va a paseo cada vez más a menudo cuando de él se trata.

—Pues a mí no me pagan por dejar que lo hagas, así que, ¿te importaría volver a lo tuyo y dejarme en paz?

—¿Te pongo nerviosa? ¿A estas alturas? —pregunta con sarcasmo.

—No, me incomodas. Y es desagradable.

—Vale, perdona.

Levanta las manos con aparente inocencia y suspira con pesar antes de centrarse de una maldita vez en lo suyo, pese a que noto algo raro. Es un presentimiento, como si nos rodeara una neblina extraña. Como si estuviera a punto de suceder algo que yo temo y que él está empujando para que pase.

A la hora del descanso, Ana entra como un vendaval y yo siento un alivio tan grande que casi la abrazo.

—¡Hola, chicos! ¿Qué tal el *finde*?

—De diez —responde Rodrigo, fingiendo una felicidad extrema.

Ella se ríe con esa risa de niña que tiene.

—Eso siempre significa que ligaste, ¿eh? ¿Quién fue la desafortunada?

Me mira de reojo y yo me encojo en mi silla, escondiéndome todo lo posible.

—Ojos miel, pelo castaño..., más o menos como el de Carlota. Unas pecas adorables por la nariz...

Me levanto como un resorte y agarro del brazo a Ana, que no dice nada por mi extraña reacción ni por la carcajada que suelta Rodrigo. Agradezco en silencio que Ana sea la persona más inocente sobre la faz de la Tierra.

—Vámonos, me muero de sed.

—Oh, vale. ¡*Ciao*, Rodri! —Atravesamos el pasillo de oficinas—. ¿Tú qué tal? Cuando salí del baño, ya no vi a nadie.

—Me fui pronto —miento, y ni siquiera me siento mal por hacerlo, sólo experimento una enorme sensación de sosiego—. ¿Y tú? ¿Hablaste con Tomás?

—No.

—Rodrigo os vio desaparecer en los lavabos.

—Y es cierto.

—Entonces...

Ella mira a su alrededor como si fuera a confesarme un secreto universal y después me susurra al oído:

—Pues lo que se dice hablar..., no hablamos demasiado.

—Oh. ¡Oh, Ana!

—Sí, oh. Vámonos. No quiero verlo.

Salimos del edificio y nos escondemos en la misma cafetería en la que semanas antes me confesó que él no le gustaba.

Cómo cambian las cosas, ¿verdad? A ninguna de las dos nos gustaban y ambas hemos acabado retozando con ellos.

—¿Qué pasó?

—¿Qué va a pasar? Hicimos... cosas muy sucias, Carlota. —Me ahogo con el café y ella se ríe como loca; no me imaginaba esta faceta de Ana, aunque supongo que concuerda con esa naturalidad tan sana que desprende; es tan transparente que es imposible que no relate hasta detalles que preferiría que ocultase—. Me lo tiré a lo bestia contra la puerta del baño. Y digo que yo me lo tiré, porque en cuanto él se lanzó a besarme sin pedirme permiso y pillándome totalmente desprevenida no sé qué pasó, que enloquecí.

—Me suena —susurro para mí misma antes de darle otro sorbo a mi café.

—Madre mía con Tomás... Sigo en *shock*, ¿sabes? Soy incapaz de mirarlo a la cara sin querer bajarle los pantalones. Hace una cosa espectacular con la lengua. —Se queda pensativa mirando a la nada, recordando todas esas virtudes que la lengua de Tomás posee, hasta que suelta un suspiro ronco y se abanica con una servilleta—. Creo que necesito un poco de hielo con este café. ¿Y tú? ¿Qué tal con Rodri? Parece que os lleváis mejor.

—A ratos.

—Eso está bien. Me pregunto con quién se liaría. Cada vez que vamos a ese bar acaba enredado con la camarera, pero no se fueron juntos. ¿Tú la

viste?

Supongo que debería ser sincera con ella, se lo debo, pero no lo hago, porque no puedo. Aún no. No puedo cuando confesar que entre Rodrigo y yo hay algo conlleva otro tipo de decisiones y responsabilidades.

—Eh..., no.

—Lástima. —Gira la muñeca para comprobar la hora en el reloj y maldice —. Mierda, tenemos que volver. Por cierto, ¿tienes ya vestido para la fiesta de aniversario de la empresa?

—¿Cuándo es?

—El 1 de septiembre. Dios, Carlota, ¿en qué mundo vives?

Lo sabía, ¿cómo no voy a saberlo si no se habla de otra cosa en toda la revista? Lo que pasa es que ir no se encuentra en mi lista de prioridades.

—Pero yo no...

—El jueves. A las seis. En la puerta de tu casa. Nos vamos de compras, y no acepto un no por respuesta.

* * *

La mañana pasa como siempre. Bueno, como siempre no. Sí que nos quitamos un montón de trabajo acumulado y lo hacemos a contrarreloj, pero el ambiente es incómodo de un modo nuevo. Como si a Rodrigo, al conseguir traspasar una barrera conmigo, ya no le preocupase cruzar un límite que me hiciese enfadar, como ocurría al principio. Parece seguro de sí mismo, seguro de algo que a mí me produce temblores.

Cuando el reloj marca las cuatro y comenzamos a oír el trajín que siempre supone el movimiento de la plantilla terminando su jornada, él se levanta y se acerca a la poyata donde descansan sus cactus. Yo sigo trabajando, porque ya se ha convertido en una costumbre que salgamos mínimo media hora más tarde que los demás y, aunque pensé que me incomodaría teniendo en cuenta que las primeras semanas solía irme a las dos, no lo hace. He asumido que somos los pringados del edificio para muchas cosas, porque nuestra sección es la que menos apoyo recibe, pero, de alguna forma, siento que eso no nos desagrada del todo; quizá porque significa que compartimos algo, aunque prefiero no

pensar mucho en esa sensación.

Lo que sí que lo hace es notar la presencia de Rodrigo detrás de mí, paseándose con lentitud, como si fuese un león que estuviese a punto de cazar a su presa.

Y es que es precisamente lo que está haciendo. Lo sé cuando sus manos se posan sobre mis hombros y comienza a masajearlos, ignorando el respingo que doy y el temblor de mi voz.

—Rodrigo...

—¿Qué?

—No sé qué estás haciendo, pero éste no era el trato.

Pero mira si seré facilona que tampoco hago nada por apartarme, sólo giro la cabeza hacia un lado, dejándole a él el espacio necesario para colar su boca y dejarla investigar sobre mi piel, mientras susurra con voz de encantador de becarias.

—Sé que te prometí que haría como si lo del viernes no hubiese ocurrido, pero es que te miro y me acuerdo de cómo tiemblos cuando te rozo detrás de la oreja. —Lo hace y mi cuerpo responde en el acto; es como si sólo con un roce me acariciara el cuerpo entero—. Lo has sentido, ¿verdad? Sí, justo ese punto.

—Basta. —Pero mi voz suena como una súplica de esas que en realidad no deseas que se cumplan. Frágil. Vulnerable. Fingida.

Una de sus manos se desliza por mi brazo hasta colarse por debajo de él y comenzar a acariciar mi costado. Me estremezco cuando recorre mi pecho, palpando su forma, haciéndome cerrar los ojos y soltar el aire contenido.

—Me acuerdo del lunar que tienes ahí debajo. Justo en la curva de tu pecho derecho. —Su dedo se cuele por la sisa de mi vestido y lo roza casi como si fuera en un descuido; yo gimo—. Sí, ése.

—Para ya, por favor.

—Carlota, ¿sabes lo que me dijo mi madre cuando te fuiste?

Su otra mano ha comenzado un recorrido ascendente hasta llegar a mi muslo. Abro las piernas sin querer. No, queriéndolo. Deseándolo tanto que me duele.

Él sube la tela de la falda y comienza a dejar cosquillas entre mis muslos.

—¿Qué?

—Que no tirase la toalla, que contigo merecía la pena. Que tú eras diferente de cualquier chica que hubiera visto antes conmigo y que eso tenía que significar algo. Y nunca hay que desobedecer a mamá.

Siento su sonrisa sobre mi pelo, en mi mandíbula, en los besos que me va dejando en el cuello, mientras su mano palpa la tela mojada de mis braguitas y mi cabeza da vueltas. Debería parar esto, pero no puedo. Soy incapaz de hacer nada que suponga que deje de tocarme.

—Rodrigo, ¿qué estás haciendo?

—¿Verdad o mentira?

—Déjate de juegos.

—Eso es que eliges la verdad, y la verdad es que estoy a punto de follarte sobre esta mesa.

Retira mis bragas a un lado y su dedo entra en mí despacio, con mimo, haciéndome volar sobre una silla de escritorio.

—No...

—Sí...

—No deberíamos...

—Estamos solos, ¿has visto qué hora es? —Miro el reloj, aunque no me hace falta para saber que es verdad, que no se oye ni un alma y que el cerrojo está echado, lo que me dice que él ya tenía intención de abordarme de este modo. Estaba perdida desde hace horas sin saberlo—. Y el despacho está cerrado.

—No...

—Sí... —Me masturba en silencio. Me besa en cada trozo de piel al que tiene acceso y yo me dejo llevar entre suspiros—. ¿Carlota?

Gira la silla en un movimiento rápido y me quedo frente a él, que se sujeta en ambos apoyabrazos y me observa con la cabeza un poco echada hacia atrás, los ojos turbios por el deseo y las piernas completamente abiertas, esperándolo.

—¿Sí?

Sonríe.

—Sabía que al final dirías que sí.

—Eres un tramposo.

Se acerca y me lame el labio inferior. Yo pienso que sólo con esa caricia podría correrme.

—Ya lo sé, pero dilo —susurra contra mi boca.

Estamos tan cerca que con un pequeño gesto podríamos besarnos.

—¿El qué?

—Ya lo sabes.

Y es cierto. Lo sé. Igual que sé que lo voy a hacer de nuevo, porque no terminar esto ya no es una opción. No cuando sé a qué estaría renunciando.

—Sí.

—¿Sí a qué?

—Sí a todo.

Y Rodrigo cumple, desnudándome sin prisas y follándome sin control sobre mi mesa, hasta que los dos nos deshacemos siendo uno.

MI ADICCIÓN

Basil vuelve el miércoles con un bronceado que lo hace parecer más cubano que europeo, una maleta llena de ropa nueva y un puñado de anécdotas a cuál más divertida. Además de un montón de regalos para Ava y una camiseta para mí.

—Voy a echarlo tanto de menos... —me dice con ojos soñadores, tumbado en mi cama y pensando en ese chico del que se ha despedido con lágrimas en los ojos en el aeropuerto antes de regresar. ¿Giancarlo? ¿Matteo? ¿Luigi? No lo recuerdo.

—¿Cómo se llamaba?

—¿Acaso importa?

Me echo a reír y él sonríe fingiendo que no lo hace, pero siempre lo hace. Porque Basil es así, finge que todo es efímero y que el amor viene y va, pero en realidad tiene el corazón tan grande que siempre acaba entregándose demasiado y sin encontrar quien le dé lo mismo a cambio.

—No, supongo que no.

—¿Y tú? Dime que ha pasado algo interesante en mi ausencia o me moriré de pena al saber que soy el centro de tu universo y que sin mí tu vida es un muermo absoluto.

—No..., yo... —titubeo y él se incorpora de un salto.

Qué bien me conoce.

—¿Carlota?

—Fue... En realidad...

—D-I-O-S M-Í-O.

—No..., no...

—¿Quieres dejar de tartamudear y contármelo todo?

—No puedo, ¿vale? Estoy hecha un lío y no sé qué hacer, y tú no estabas y...

Me abraza con fuerza y yo me desinflo, mientras me tranquiliza acariciándome el pelo como si fuera un cachorrillo asustado.

—Pobrecita. Una cosa, ¿de quién estamos hablando? ¿Del profesor o de tu jefe?

Pienso en Aidan por primera vez de nuevo en días. Y me doy cuenta de que mi historia con Rodrigo está haciendo que me olvide de todo, de mi vida en general, y que eso no está bien. Nada bien. Está haciendo que las fantasías a las que me aferraba desaparezcan y sólo me quede la realidad, esa que me da tanto miedo y que nunca acaba bien.

Al final, suspiro y confieso.

—De Rodrigo. Casi la ve, Basil. A Ava. No sabía qué hacer. Podría habérselo contado simplemente, ocultando que él era el padre hasta que lo asimilara, pero... no pude. Soy una cobarde, una hipócrita y una persona horrible. —Él no niega mis palabras, lo cual me duele como nada más lo hace—. Así que...

—... la liaste —termina la frase por mí, porque me conoce demasiado bien.

—La lie. Nos fuimos a tomar una copa y, bueno, ya...

—Acabó bebiéndola de tu ombligo. Suele pasar.

—En tu vida, quizá, pero no en la mía. —Asiente, y continúo—: Fue todo tan surrealista...

—Cuéntamelo. Hazme feliz, anda.

Cojo aire y lo escupo todo, sin pensar, tal y como me vienen los recuerdos, mientras Basil me mira alucinado y pone muecas según relato lo sucedido.

—Me masturbó en un taxi y después lo hicimos en su casa. Vive en una especie de apartamento de soltero en el jardín de sus padres. Creo que son jodidamente ricos. Tienen un chalet con piscina y desayunan como si se tratara de un banquete real. Estuvo bien. Hasta que me desperté pronto y lo repetimos. Me desayunó —aquí él se ríe mucho por la expresión—, y luego... y...

—¿Y luego?

—Y luego fue cuando debería haberme muerto de un infarto fulminante.

—¿Qué pasó?

—Que acabamos haciéndolo de nuevo y nos corrimos en el momento exacto en que su madre llamó a la puerta para decirnos que el desayuno estaba listo.

Su carcajada suena en toda la casa. Se ríe tanto que tiene que agarrarse el estómago con las manos, mientras yo pienso que mi vida es un auténtico desastre hasta cuando echo un polvo.

—Joder.

—Sí, joder.

—Es una anécdota increíble. Deberíamos montar una adaptación teatral. Nos forraríamos.

Me río. Es inevitable hacerlo ante las salidas cómicas de Basil y su modo de afrontar las cosas, con ese humor que ojalá se me contagiara sólo un poco. Él me acompaña y después pasamos la tarde hablando de Rodrigo, de mí, de Ava. De cómo la vida nos lleva por caminos que nunca pensamos que recorreríamos. De un tal Alessio, que besa como los ángeles y folla como un demonio, según Basil, y al que nunca volverá a ver. De todo y de nada. De que el reloj sigue corriendo y no puedo hacer nada al respecto.

Sin ser muy consciente de ello, acabo tomando una decisión. Acabo prometiéndole a Basil hablar con Rodrigo en cuanto mis prácticas lleguen a su fin, para evitar que a ninguno de los dos pueda perjudicarnos en el trabajo. Ésa es la excusa que me pongo y, con ella, tomo otra decisión más egoísta e inmadura, decido disfrutar de ser esa Carlota joven y sin ataduras que me siento cuando estoy con Rodrigo hasta que todo esto acabe.

* * *

Al día siguiente, voy al servicio justo antes de que termine el descanso. Cuando abro la puerta del cubículo, unas manos me agarran con fuerza y me meten de nuevo dentro antes de poder reaccionar.

—¡Qué susto! ¿Quieres matarme?

Rodrigo cierra el pestillo y después me besa. Su lengua se enrolla con la mía y subo una pierna por toda respuesta.

—No precisamente... Quizá matarte de gusto.

—Tienes una autoestima muy desarrollada, Silva —le digo mientras desabrocho el botón de su pantalón y cuelo la mano en su interior para tocarlo como llevo deseando hacer desde que lo he visto entrar en el despacho por la mañana.

Dios..., la tiene como una piedra.

—No es eso, es que soy un chico muy aplicado y empiezo todo lo que acabo.

—Pues tendrás que darte prisa, porque tienes que acudir a una reunión dentro de cinco minutos.

—¿Qué te parece si batimos nuestro propio récord? —pregunta pellizcándome los pechos con sus manos metidas bajo la tela de mi sujetador.

—Creo que deberías quitarte ya esos pantalones. Y me niego a ver esa camiseta.

—¿Qué le pasa? —Se mira el pecho un segundo de reojo, como si lo sorprendiera de verdad que me parezca un espanto su gusto por las camisetas con mensajes ridículos; después levanta la mía y me desnuda del todo, hundiendo la cabeza en mi escote—. Oh, joder, me paso el día imaginando tus tetas mientras trabajas.

—«Edición limitada, trátame con mimo.» ¿En serio? —me quejo mientras lo agarro del pelo y lo empujo para que siga atacando mi pezón con los dientes.

—Pues es de mis favoritas y no pienso quitármela. —Deja de lamerme y se separa de mí, observándome con una expresión traviesa que me da miedo—. Me has ofendido. ¿Sabes cómo se soluciona eso de no querer ver mi camiseta?

—¿Cómo? —susurro temerosa.

Rodrigo sonrío de lado y a mí me tiemblan las piernas.

—Dándote la vuelta. Pon las manos en la pared y bájate las bragas. —Lo hago, lo obedezco y, dos segundos después, siento su miembro duro apretándome por detrás y un susurro en mi oído que me vuelve loca del todo

—. Agárrate fuerte. Esto va a ser muy rápido, Carlota.

Y lo es. Igual que lo es mi orgasmo. Y el suyo. Y el modo en que nos volvemos adictos a esta rutina que acabará por estropearlo todo, pero a la que no podemos resistirnos.

* * *

El lunes, después de un fin de semana en el que Rodrigo no se ha movido de mi cabeza ni un solo segundo, termino la última tarea que me ha mandado y me estiro un poco, porque tengo la espalda agarrotada. Hemos pasado la mañana sin parar a descansar ni un minuto; con las vacaciones de agosto, estamos hasta arriba. De hecho, apenas hemos hablado más que lo justo para él darme órdenes y yo cumplirlas.

No debería, pero confieso que eso me pone. Cuando Rodrigo se mete en el papel de jefe y riñe a Dani de un modo un tanto paternalista, me dan ganas de tumbarlo en el suelo y lamerlo entero.

De repente caigo en la cuenta de un dato que se me había pasado por alto y sé que ya no hay vuelta atrás. Necesito hacerlo. Dos días sin verlo han conseguido que mi necesidad de él vaya *in crescendo* de un modo que me asusta pero que no puedo detener. Ni siquiera me reconozco, y eso me gusta tanto como me aterra.

Miro el reloj y compruebo que es tarde y que seguramente no quede nadie en los despachos pegados al nuestro; al menos nadie que vaya a despedirse de nosotros antes de poder huir a su casa. Me levanto y voy a por una botella de agua a la máquina del pasillo, porque yo no soy Rodrigo, soy mucho más responsable, así que uso eso como excusa para ver qué se cuece por los pasillos y cerrar la puerta con pestillo al volver sin que él se dé cuenta del detalle.

Mi plan es perfecto. Tan perfecto que, cuando vuelvo, ni siquiera levanta la cabeza.

Me siento sobre mi escritorio y doy un trago a la botella sin dejar de mirarlo, hasta que él se percata de que estoy actuando de forma extraña en mí y alza el rostro.

—¿Qué? —me pregunta con los ojos algo rojos por tantas horas sin quitar la vista de la pantalla.

—Nada. ¿No puedo mirarte? Tú te pasas el día haciéndolo.

Sonríe con cansancio y se pasa las manos por el pelo, desordenándolo un poco. Después fija la vista en mí y se cruza de brazos.

—Sí, pero me encantaría saber lo que estás pensando.

—Creo que sí que te gustaría.

—Vale.

Sacude la cabeza y sé que se está poniendo nervioso, que lo estoy descolocando porque es la primera vez que soy yo la que comienza el juego. También sé que lo está volviendo loco. Supongo que todas tenemos escondidas en nuestro interior técnicas de seducción, aunque estén llenas de telarañas.

—Deberías poner música, Rodri.

—¿Y eso es porque...?

—Porque es posible que, si no lo haces, te oiga Yolanda. Sigue en su despacho, tenía trabajo pendiente.

Es mentira, ya se ha ido, si no, ni loca haría algo como lo que estoy a punto de hacer, pero conozco tan bien a Rodrigo a estas alturas que sé que esa posibilidad lo excita todavía más. Es un guarro de campeonato.

—Hecho.

Toquetea su ordenador y empieza a sonar *Lithium*, de Nirvana. Cómo no. Aunque ahora me gusta, no sé, lo asocio con él y con la banda sonora de todos esos instantes que llevamos compartidos.

—¿Se ha vuelto a estropear el aire acondicionado? —pregunto, porque tanto mirarnos está haciendo que la temperatura de la sala suba por momentos.

—No lo creo. Me parece que somos nosotros.

—Puede.

—Me estás poniendo nervioso.

—¿Y eso qué significa?

—Que apenas me entra en los pantalones.

Me río. Él se la toca por encima de los vaqueros cortos.

Me levanto y me acerco con lentitud, hasta colarme por detrás de su escritorio y apoyarme en el borde de la mesa, quedando atrapada entre el

mueble y su cuerpo.

—¿Sigues queriendo saber qué estaba pensando?

—Joder, sí.

Traga saliva con fuerza y yo me deslizo hacia abajo sin dejar de mirarlo, hasta apoyar las rodillas en el suelo.

—Estaba pensando que últimamente tú me almuerzas a menudo y que yo a ti aún no te he probado.

* * *

—¿Quieres quitar esa sonrisa estúpida de la cara?

Bajamos juntos en el ascensor. Y cuando digo juntos significa que, y no sé por qué, Rodrigo me ha agarrado de la mano y no me ha soltado en todo el camino. Yo tampoco he hecho ningún esfuerzo para que lo hiciera.

—No puedo —responde, ampliando aún más su sonrisa de imbécil—. Acabas de cumplir una de las fantasías más comunes de los tíos.

—Cállate —lo reprendo, porque me da vergüenza pensar en ello y comentarlo en voz alta como si fuera una conversación de lo más normal.

—Me la has comido bajo la mesa de mi despacho. Es algo machista, pero ese rollito jefe y secretaria tiene un puntazo tremendo. —Y de verdad que lo tiene, porque siento mi cuerpo despertar de nuevo, y esto no puede ser bueno—. Mierda.

—¿Qué pasa? —Lo miro preocupada, y él frunce el ceño.

—Mira lo que ha pasado sólo por recordarlo.

Coge mi mano y me la coloca sobre su paquete, que sigue creciendo. Debería quitarla, pero no lo hago, sino que aprieto, y me digo que como no paremos esto al final se nos va a ir de las manos.

—Oh, vaya.

—Supongo que deberíamos solucionarlo. No creo que sea buena idea salir así a la calle. Podrían denunciarme por exhibicionismo, Carlota.

—Supongo que no.

El ascensor para, nosotros salimos y acabamos follándonos, con tantas ganas que es como si no lo hubiéramos hecho nunca, encerrados en el cuarto

de la limpieza de un edificio de oficinas.

* * *

El miércoles, Rodrigo pasa la mañana fuera, pero acabamos comiéndonos la boca a escondidas en la sala de la fotocopidora cuando nos cruzamos casi al final del día. Me sienta sobre la pantalla y le da al botón entre risas, regalándonos una copia a cada uno del contorno de mi culo.

Yo la rompo en mil pedazos nada más entrar en el despacho, muerta de vergüenza, y él la cuelga de la pared con una chincheta.

* * *

El viernes me encuentro mal, cansada, perdida un poco en eso que lleva toda una semana guiándonos y sin ser capaz de centrarme en nada. Rodrigo lleva una camiseta sin mangas con la frase: «Sé tú mismo, a no ser que puedas ser un unicornio». Es azul marino y lleva uno rosa y blanco dibujado en el centro. Bermudas de algodón del mismo color y chancas. Pienso que Basil mataría por tener una igual, y Ava también. Y eso me hace querer llorar, porque a nadie debería quedarle bien una prenda así y en él es como si cuadrara, como si por fin encontrara sentido a Rodrigo y eso me gustara.

Como si Rodrigo me hiciera sentir algo, cuando no debería sentir nada.

Como si se hubiera convertido en una especie de adicción a la que sé de antemano que me va a costar horrores desengancharme.

Me agobio, me asfixio.

Y lo hago más cuando me veo levantándome de mi silla, acercándome a la suya y besándolo profundamente sin pensar, sorprendiéndolo y regresando después a mi sitio en un acto impulsivo que ninguno de los dos comprendemos, entre otras cosas porque la puerta está abierta, son las once de la mañana y no vuelvo a dirigirle la palabra hasta que me marchó, susurrando un adiós que supongo que engloba mucho más.

Quizá tanto como una despedida.

DECISIONES

Basil me prepara una encerrona el sábado por la noche. Estamos solos en casa y Ava ve por enésima vez *Enredados* mientras picotea palomitas de un bol más grande que ella y tararea las canciones. A veces pienso en lo fáciles que son las cosas a su edad, lo bonito que es el mundo y lo sencilla que resulta la vida.

Yo no dejo de escuchar el tictac de fondo que me dice que se me acaba el tiempo.

—Llámallo.

—No puedo.

—Invítalo a cenar. Te pones guapa. Coqueteáis un poco. Recordáis aquel primer día en el que os cruzasteis. Repetís lo de la mesa de su despacho bajo el mantel del restaurante. Y lo sueltas, sin más.

No puedo hacerlo.

Ayer llegué a casa sintiéndome al límite. Deseando ser tan valiente como para haberme sentado frente a Rodrigo y soltar la verdad, pero estoy descubriendo que no soy una persona valiente. Además, da igual cómo lo haga, el resultado sé que va a ser horrible, porque ¿cómo espero que Rodrigo se tome bien un secreto que llevo escondiéndole semanas, incluso habiendo pasado algo entre nosotros que le da a todo más importancia?

—Es horrible.

—Lo será de todos modos, Carlota. Ya no puedes hacer nada más que afrontar los hechos.

—Sólo quedan dos semanas. Lo hablaremos entonces y todo acabará.

—O empezará. ¿Y qué vas a hacer hasta que ese día llegue? ¿Follártelo sin

descanso? No pienses que no me parece bien, pero sabes que el demonio en esta familia soy yo, no tú. Tú tienes alas, Carlotita.

Sonrío. Hace días que no me siento la Carlota de siempre, la que era buena, responsable y sensata. La que tenía una hija, una media de sobresaliente y fantaseaba con un profesor del que ya ni se acuerda.

—Creo que ya las corté hace tiempo.

—Es posible, porque hasta donde yo sé, los ángeles son asexuales, y a ti bien que te gusta subirte a lomos del cuerno del unicornio.

Basil se ríe y yo le doy un manotazo, porque me hace gracia que desde que le he explicado horrorizada el último grito en moda de Rodrigo lo llame de ese modo.

—Cállate.

—¿Cuándo voy a conocerlo?

—Ojalá que nunca.

—A veces te odio.

Le saco la lengua y cenamos. Ava y él, entre risas y canciones infantiles de la película que ambos se saben de memoria. Yo, meditando, diciéndome que da igual lo que haga, pero que hay algo que sí que debo hacer y es cortar por lo sano con eso a lo que ya soy una completa adicta. Me doy cuenta de que eso fue ese beso que le di a Rodrigo sin venir a cuento el día anterior, una despedida que mi subconsciente necesitaba, antes de yo asumir que debía terminarse.

* * *

Cuando llega el lunes, la decisión es tan firme en mi interior que no puedo mirar a Rodrigo sin sentir rechazo. Como si fuese una táctica de mi mente para evitar caer a la mínima posibilidad.

Él sonrío al verme llegar. Yo trago saliva al percibir cómo crece una sensación en mí, una que no debería estar ahí, porque me duele. La certeza de que he echado de menos esa sonrisa en esos dos días que hemos estado separados.

La he cagado hasta el fondo.

Frunzo el ceño y me siento a mi escritorio sin dirigirle la palabra.

Gracias a Dios, la mañana pasa rápido por la cantidad de trabajo que tenemos. Eso me ayuda a no pensar y a él a no darse cuenta de que mi silencio es por un motivo que, cuando lo descubra, le dolerá.

Cuando el reloj marca las dos, alzo la cabeza y cojo aire antes de hablar.

—Rodrigo, perdona, pero hoy tengo que marcharme ya.

—Claro, no pasa nada. ¿Va todo bien? —Asiento y, al segundo, al ver su cara de culpabilidad, soy yo la que se siente terriblemente culpable—. Dios..., perdona, Carlota. No te he prestado atención en toda la mañana. Me tienen hasta las pelotas con las vacaciones.

Se levanta y yo me incorporo con rapidez y comienzo a recoger, antes de que él se acerque tanto como para tocarme, colocando una muralla entre nosotros que la semana pasada no existía.

Cojo mi bolso, me lo cuelgo al hombro y me dirijo a la puerta, dándoles la espalda a sus intenciones. No sé, pero creo que como me toque me derrumbaré. Y lo hace, y tengo que cerrar los ojos cuando su preocupación tiñe su tono de voz.

—¿Pasa algo?

—Yo...

—¿He hecho algo que te ha incomodado? Suelo cagarla sin darme cuenta. Es casi un don. Mi madre dice que es la cruz de los Silva. Eso, y un atractivo envidiable.

Me rodea por los hombros en un intento de abrazo que yo niego, tensándome como si me doliese que me tocara.

—Rodrigo, no...

Su mano se cuela por mi cuello y roza ese punto, ese maldito punto que ahora, en vez de placer, me provoca ganas de llorar.

—Venga, podemos recuperar el tiempo perdido este fin de semana —susurra en mi oído, y me estremezco—. Te he echado de menos. ¿Quieres que te enseñe cuánto?

—No...

Su muslo se aprieta contra el mío y lo siento todo, todas esas cosas que Rodrigo dice que se ven y se sienten sin poder evitarlo. Eso de lo que tengo

que huir porque no me pertenece, porque soy una embustera y porque esto nunca tendría que haber pasado.

Cuando su mano se desliza por mi pierna en dirección ascendente, estallo.

—Me gusta más cuando llevas vestidos, es...

—¡He dicho que no! ¿Es que no lo entiendes?

Me suelta en el acto, como si ese rechazo fuese mucho más profundo. Como si se hubiera sobrepasado conmigo y no lo comprendiera.

Me observa cauto y sus ojos azules me dicen tanto que quiero salir corriendo.

La culpa me está matando, pero no sé qué hacer, no sé cómo afrontarlo, he llegado al límite, y cuando eso ocurre es imposible actuar sin torcer las cosas todavía más.

—Carlota, ¿qué pasa?

—¡Esto pasa! O, mejor dicho, no va a volver a pasar. Lo siento.

—Vale. Yo..., perdona —susurra confundido.

—Hasta mañana.

Abro la puerta, pero antes de salir intenta detenerme.

—¿Puedes esperar un momento?

—¿Es por trabajo?

—No.

—Entonces no.

—Carlota...

Su voz es dulce, tierna; es la misma que me hizo sentir demasiado bien entre sus sábanas. Es la de ese Rodrigo que he conocido estas semanas y que me ha hecho creer que algunas fantasías son posibles, pese a que lleguen en un momento inapropiado.

—Déjalo estar, ¿vale? Es por mí. Esto no está bien.

—El viernes lo estaba.

—De verdad, Rodrigo, hazme caso. Esto ha sido un error. Se acabó.

Salgo y no miro atrás.

De todos modos, su última respuesta es el silencio.

* * *

Las personas nos sorprenden constantemente, y al día siguiente Rodrigo lo hace tratándome con tal profesionalidad que no puedo tener queja alguna. Como si nada hubiera pasado entre nosotros. Como si fuésemos compañeros que se respetan, pero nada más. Como debería haber sido desde un principio.

Almuerzo con Ana, que me cuenta cómo de bien ha resultado su primera cita con Tomás. En realidad, según relata los hechos, yo pienso que ha sido un completo desastre, teniendo en cuenta que el restaurante perdió su reserva y acabaron cenando en una cadena de comida rápida con traje y vestido de noche, que a ella le dio alergia una salsa, porque llevaba pepinillo, y terminaron en el hospital, y que no hubo ni un triste beso porque tuvo los labios hinchados y doloridos durante todo el fin de semana. Pero él también se sentó a su lado y le cogió la mano mientras le decía lo bonita que estaba con los labios como una Kardashian y se reían como bobos.

Supongo que en eso consiste, en pasar los minutos sea como sea, siempre y cuando lo hagas con la persona indicada.

Y así transcurren mis últimas jornadas en la revista, sintiéndome integrada por mis compañeros, respetada por mi supervisor, en un ambiente tranquilo e incluso sintiéndome adulta, pero... pero no. Porque una burbuja enorme me mantiene alerta, y crece, y crece, y no puedo pararla, a la vez que me acobardo cada vez más, porque la cuenta atrás llega y sigo sin tener las fuerzas necesarias para hacerlo.

* * *

—No quiero ir.

—Tienes que ir.

—Pero no quiero.

—Pero sabes que, si te opones, acabaré llevándote yo a rastras, así que mejor hazlo fácil y deja que ocupe mi noche en algo más gratificante que en aguantarte quejándote por todo.

Discuto con Basil mientras me visto para acudir a la fiesta de aniversario de la empresa. Es en un hotel céntrico de cinco estrellas. Un cóctel y un baile

después de que el director y algunos otros de los de arriba den algún discurso que la gente aplaudirá con alegría mientras rezan para que la barra libre empiece cuanto antes. Y yo debería morirme de ganas de poder acudir a un evento así, pero sólo quiero ponerme el pijama y tumbarme junto a Ava. Y oler su pelo, que huele a bebé y a melocotón.

—Es preciosa.

Basil juega entre sus dedos con una flor. Yo me muerdo el labio y pienso en guardarla en un cajón para siempre, hasta que se seque y ya sólo sea un recuerdo, como todo debería haber funcionado siempre con Rodrigo.

—No voy a ponérmela.

—Es un detalle.

—No viene a cuento. Ni siquiera nos dirigimos la palabra más que para trabajar.

—Carlota, no seas injusta.

Cierro los ojos y pienso en cuando recogí mis cosas esta misma mañana antes de irme y la vi, esperándome sobre el escritorio. Morada, con pequeñas motas blancas en sus pétalos. Preciosa.

Él ya no estaba. No sé cómo se las ingenió para dejarla ahí y que no supusiera algo incómodo entre nosotros, pero lo hizo. Y yo sonreí. Y después me eché a llorar. No había nota ni nada, pero era suya, y era para mí, para acudir a la fiesta.

El corazón me late más rápido.

La cojo y la dejo sobre la estantería dentro de su cajita de plástico.

—El miércoles termina tu beca.

—Lo sé.

—Sabes que tienes que hacerlo, ¿verdad?

—Basil...

—No me decepciones.

Me da un beso después de mirarme de arriba abajo y asentir con la cabeza, y se marcha dejándome esas palabras en el aire, envolviéndome y cortándome la respiración unos segundos. Sintiéndome pequeña, irresponsable, frágil y perdida en mi propia vida.

Me observo, con el vestido blanco largo que Ana me ayudó a escoger, y no

me reconozco. Soy la misma, los mismos ojos, la misma expresión, el mismo cuerpo, pero nunca me había conocido tan cobarde, tan inmadura, tan... tan... distinta, a la que estoy acostumbrándome.

—Mamá..., estás guapísima.

—Gracias, cielo.

—Pareces una princesa. Aunque las princesas no llevan la falda rota.

Señala la raja que se abre hasta la parte superior de mi muslo y sonrío. La abrazo con fuerza antes de despedirme de mamá y de ella y suspiro mientras pienso que todo lo que estoy haciendo no es por mí. Es por ella. Porque el sentido de protección es tan fuerte que lo eclipsa todo; hasta lo bueno.

Antes de cerrar la puerta, vuelvo a mi dormitorio en un impulso y me prendo la flor en el pelo.

* * *

Cuando llego al hotel, Vero y Ana me abordan enseguida y me relajo un poco. Me parece increíble compartir con ellas tanto cuando hace tan poco que nos conocemos, pero lo disfruto con una copa de vino en la mano e intentando dejar de buscarlo con la mirada.

Sin embargo, no tardo en verlo. Está con Dani, con Tomás y con otros compañeros. Beben y ríen como si no hubiera un mañana, mientras fingen que escuchan el discurso motivacional de nuestra subdirectora general con gesto serio. Parecen un puñado de niños grandes a los que han soltado en un mundo adulto.

Lleva traje. Azul oscuro con una pajarita roja. Si me atreviera, le diría que parece un camarero sólo por molestarlo, aunque lo cierto es que es mentira, está increíblemente guapo.

Cuando termina la parte aburrida, como dicen las chicas, la sala se convierte en una auténtica fiesta. La música suena alta, la comida se acaba en las bandejas y la bebida corre como la pólvora.

Yo me divierto, pero me agobio un poco al darme cuenta de que en realidad éste no es mi sitio tampoco, sólo lo ha sido de forma temporal; que he sido una Carlota distinta durante un paréntesis de tiempo, una Carlota que

vivía un sueño, que tenía una aventura y que se olvidaba por unas horas de todo lo demás. Una Carlota que ha vivido una vida que no le correspondía.

Salgo de la sala y me dirijo a uno de los balcones cuyas vistas dan a los jardines traseros del hotel. Toda la parte baja está rodeada de pequeños salientes en los que tomar el aire; en los de los laterales hay gente fumando o charlando, pero en éste estoy sola y me alegro de poder tener unos minutos para mí.

Me apoyo en el borde y suspiro.

No tardo en sentir una presencia a mi lado, como si me hubiera seguido. Supongo que así ha sido, pero ni siquiera me importa, porque me moría de ganas de tenerlo cerca de nuevo.

—Hola.

—Hola.

Me giro y lo veo. Sonríe y me enseña su hoyuelo; no puedo evitar devolverle el gesto.

—Estás... estás preciosa.

Él sí que está guapo; mucho. Carraspeo.

—Dime que no llevas una camiseta de las tuyas debajo de la camisa.

—¿En plan Clark Kent? No, tranquila. —Nos reímos, aliviando la tensión; creo que ambos lo necesitábamos demasiado después de estos días de silencio —. ¿Qué haces aquí tan sola?

Voy a responderle que necesitaba aire, pero sólo me sale una pregunta, una que llevo horas haciéndome. Señalo mi moño y la flor que lo decora, tan perfecta.

—¿Por qué?

—¿Por qué te la has puesto tú?

—Es bonita.

Rodrigo asiente como si ésa fuera explicación suficiente, aunque ambos sabemos que no lo es, y suspira antes de hablar; no debería dejar que lo hiciera, porque sé que voy a sentir de nuevo todas esas cosas que no tendría que sentir..., pero las adicciones funcionan así. Rápidas, impulsivas, irracionales.

—Porque había pensado pedirte venir juntos a la fiesta, algo así como una

cita y que los demás por fin lo supieran, y regalártela, pero sólo me has permitido lo último.

Percibo que mi mirada se humedece y se la escondo.

—Rodrigo..., yo... no he sido sincera contigo.

—Me gustas, Carlota.

—Ya lo sé.

«Y tú a mí también», quiero decirle, pero las palabras se me atascan en la garganta.

—Me gustas muchísimo. Cuando te enfadas. Cuando te saco de quicio. Cuando te metes con mis camisetas. Cuando te ríes. Cuando follamos. Cuando estás triste, como ahora, es una mierda, pero también me gustas. Me gustas de todas las maneras posibles. Quizá no debería haber ocurrido, pero no puedo evitarlo. Hay cosas que se ven, que se sienten, ya te lo dije.

Contengo el aire dentro, porque creo que si lo dejo escapar dejaré salir mucho más. Es perfecto. El momento, con el encanto de una noche de verano rodeándonos, el lugar, en un balcón de un hotel de lujo en el que huele a jazmín, su traje, mi vestido, una flor en el pelo que significa mucho más y sus palabras.

—¿Por qué tienes que ser... tan... tan...?

—¿Comestible? —pregunta riendo, recordando aquella otra conversación que tuvimos en su cama hace lo que ya me parece una eternidad, aunque sólo hayan pasado unas semanas.

—¡Sí!

—No lo sé. Soy así de serie. Mis padres se esforzaron de lo lindo al hacerme. —Alza las cejas con picardía y me río un poco, porque es inevitable no hacerlo.

Y asiento, porque es cierto, Rodrigo es eso y muchas cosas más.

No obstante, lo mío no, porque se siente atraído por una Carlota que en realidad no conoce.

—Si supieras la verdad, no te gustaría, te lo aseguro.

—Cuéntamela.

Me acaricia el cuello con dos dedos, y me estremezco.

—No...

—Esperaré.

Y su respuesta provoca que una lágrima rueda por mi mejilla, porque, aunque sé que el día que lo descubra todo se romperá, saber que está dispuesto a hacerlo por mí me alivia como nada más lo hace.

—Deberías irte. Yo bajo enseguida.

—No has bailado conmigo.

—Bailas fatal, Rodrigo. Siento ser yo la que te lo diga.

Su risa provoca una oleada de cosquillas en mi estómago.

—Algo malo tenía que tener... Pues sal conmigo. Un día.

—¿Por qué insistes? Apenas me conoces.

—A veces no hacen falta más que unas semanas para conocer a alguien. Además, lo importante no es si lo sé todo de ti o no, sino el desear seguir conociéndote.

Pienso que ojalá fuera tan fácil como eso.

—¿Qué esperas de la vida, Rodrigo? De esto. —Nos señalo con los ojos.

—¿Qué clase de pregunta es ésa? Vamos, Carlota. Somos jóvenes. Sólo consiste en divertirnos, salir, viajar, descubrir cosas juntos... No te estoy pidiendo matrimonio ni quiero tener hijos contigo. Sólo... salgamos, riámonos, follémonos... Sabes que sería genial.

Y lo sería, pero en su respuesta quedan tantas cosas fuera que no es compatible con la mía, nunca lo será.

—Lo sé, pero también sé que no puede ser. Adiós, Rodrigo.

Se va y me seco nuevas lágrimas que se me han escapado sin permiso. El alivio. El remordimiento. La culpa. Lo que siento a su lado. Todo.

Es demasiado.

Vuelvo a la sala y me mezclo entre la gente, pero antes de encontrar a las chicas y decirles que ya me marcho, una mano me agarra del brazo.

—Carlota, te estaba buscando.

Me sorprende una voz familiar que de repente ya no me lo parece tanto. Me doy la vuelta y me encuentro con su rostro serio y su sonrisa contenida. Lleva un traje gris y una corbata en tonos verdes. Sus gafas. Sus patillas perfectamente recortadas. Su aire elegante, misterioso, de escritor reservado e intelectual. El centro de mis pensamientos tontos durante el último año. Mi

profesor. Mi *highlander* particular, como Basil y yo lo llamábamos.

¿Y qué es lo que ocurre? Que no siento nada más que una profunda indiferencia, lo que lo significa todo de algún modo.

—Aidan. Perdón, profesor O'Brien —me corrijo, porque de repente me parece totalmente fuera de lugar llamarlo por su nombre de pila.

—Pensé que a estas alturas ya podías llamarme Aidan.

Podría, es cierto, pero no sé por qué, si porque he tocado fondo de verdad y mi vida se está desestabilizando o por otros motivos, pero de pronto no comprendo nada. No entiendo qué fue aquello que compartí con él, no entiendo por qué sentía que había saltado la línea entre profesor y alumna sin hacerlo. Y necesito saberlo, necesito comprender mi vida, porque me parece que nada tiene sentido.

—¿Quieres bailar? —le pregunto, envalentonada por esta Carlota nueva que está naciendo hoy.

Duda un segundo y mira a su alrededor, porque estamos rodeados de un montón de gente y quizá decir que sí sería totalmente inapropiado, pero lo hace, y eso me confirma lo mal que está y que yo tengo razón.

—Claro. ¿Va todo bien?

—Sí. No. Lo cierto es que no.

Lo agarro del brazo sin dudar y le rodeo la cintura. Después nos movemos al ritmo lento de una canción que no conozco, pero que parece perfecta para este momento. Tan elegantes los dos. Tan correcto todo. Tan... tan falso, tan rígido, tan de mentira.

Todo lo que no es lo que he vivido con Rodrigo.

Siento su mirada puesta en mí desde algún rincón.

—Tus informes son muy positivos, Carlota. Rodrigo habla maravillas de ti. No debería estar contándote esto, pero creo que está intentando que te den una oportunidad cuando tengan alguna vacante. Estoy muy contento de no haberme equivocado. No me malinterpretes, confiaba en ti, pero nunca se sabe.

—Me he acostado con él.

Lo suelto de sopetón, porque no soy la Carlota que él cree que soy y deseo que lo sepa.

—¿Qué?

—Con Rodrigo. En su casa. En la mesa del despacho. En los lavabos. En un cuarto de mantenimiento. Dios..., lo hemos hecho en tantos sitios que no sé si queda algo sin mancillar en esa oficina.

Se tensa, y percibo su incomodidad. Y de verdad que la entiendo, porque ni yo comprendo del todo qué diablos está pasando, pero no me importa. Ya no puedo parar.

—Oye, Carlota, no sé si...

—Sé que no debería estar contándote esto, mucho menos a ti, cuando has sido mi profesor, mi supervisor de estas prácticas, y cuando sólo hace dos meses pensaba que te quería. Como se quieren los protagonistas de las novelas románticas, ¿sabes? De forma profunda y anhelante, y todas esas memeces que siempre acaban siendo una gran mentira.

Me separo de él de golpe y me paso la mano por la cara, alucinada por lo que acabo de hacer, pero la expresión de Aidan me dice algo que no me gusta. Me dice que quizá él ya esperaba esto. Mira a su derecha y veo que comparte una mirada extraña con una mujer que no me da tiempo a reconocer, porque se pierde entre un grupo de personas.

—Carlota, ven. Creo que necesitamos tomar el aire.

—Buena idea.

Salimos a los jardines y yo no dejo de moverme como una loca, nerviosa, de un lado al otro, mientras él me observa inquieto pero contenido, como siempre se ha comportado el profesor.

—Lo que acaba de pasar ahí dentro...

—No, déjame terminar, total, ya está todo perdido y seguro que acabo de cargarme lo poco que aún me iba bien, que eran mis estudios y mi reputación. Llevo fantaseando con ser la señora O'Brien desde el primer día que te vi con aquella camisa color caramelo y tus gafas de pasta. Sé que suena estúpido, pero, Aidan, ¿eres el sueño de cualquier romántica incurable, empollona y fan de la literatura clásica! ¿Cómo...? ¿Cómo es posible que no lo supieras?

—Bueno...

Se toca la patilla de las gafas en una especie de tic nervioso y entonces percibo la culpa en su mirada. No me lo puedo creer...

—Oh..., ¿lo sabías?

—Carlota, algo intuía, pero la última tutoría fue...

—Fue casi una cita. Para mí, al menos. Soy ridícula, ¿sabes?

—Sí. —Lo fulmino con la mirada, pero se da cuenta de lo que ha dicho y rectifica; nunca había caído en la cuenta de lo torpe que es—. No a lo de que eres...

—Lo he pillado. Lo que no entiendo..., ¿por qué dejaste que sucediera? Eso es lo que no entiendo. Estaba mal. Y lo sabías.

—Yo... —Vuelve a girarse para vigilar sus espaldas y yo me tenso, porque la verdad sigue formándose ante mis ojos y no es agradable—. No deberíamos hablar de esto y no me deja como un buen profesional, pero mi relación amorosa no estaba pasando por su mejor momento y tú..., bueno...

—Dilo. Me lo debes.

Nos retamos unos segundos y me siento tan tonta de repente..., tan cría... Me doy cuenta de que la madurez no es algo general, sino que puede darse en algunos aspectos y carecer de ella en otros. Y todo lo que tuve que crecer yo al ser madre me impidió hacerlo en otras facetas de mi vida.

—Me hacías sentir mejor.

Eso fui, la fantasía tonta que inflaba el ego de un profesor que no era más que un hombre frustrado en su vida. Casi tengo que sonreír al ser consciente de que fuimos lo mismo el uno para el otro, aunque en su caso todo es más turbio. En el mío casi respondía a unas carencias adolescentes que en su día no pude suplir.

—Cariño..., te estaba buscando, ¿va todo bien?

La misma mujer de antes aparece y yo abro los ojos como platos al encajar la última pieza.

—Tamara, sí. Estoy poniéndome al día con Carlota sobre sus prácticas. Ahora mismo entramos.

Ella nos mira a ambos alternativamente y su mandíbula se tensa, aunque disimula sonriendo con falsedad antes de desaparecer.

—No me lo puedo creer... ¿Tamara es tu mujer?

Tamara, secretaria de dirección, la que acabó dándose el lote con Teo, uno de los fotógrafos de la plantilla, en la fiesta del año anterior.

—Lo sabes —confirma.

—¡Claro que lo sé! Ella te engañó con Teo... Creo que me enteré al segundo día de entrar en la revista. Es un rumor que sale a la palestra de forma recurrente en los descansos. Tú eres el amigo del director, ¡qué tonta he sido!

—¿Por qué?

Por muchas cosas, pero sólo me sale una confesión que es cierta y que lo resume todo.

—Yo te admiraba, Aidan. Y tú, mientras, inflabas tu ego con las atenciones de una cría de veintidós años que babeaba por ti.

—No eres una cría, Carlota.

—No. No tanto como tú, al menos —lo ataco.

—Quise verte fuera de la facultad por despecho, es cierto. Pero resultaste ser una chica increíble. Y te merecías esta oportunidad más que nadie. Además, tienes una hija y...

—No metas a mi hija en esto. Y claro que soy increíble. Aunque me quedase embarazada siendo una niña, me enamorase de mi profesor y me acueste con mi jefe. Pese a todo eso, soy mejor que usted.

—Carlota, puedes tutearme...

Niego con la cabeza y de repente todo se muestra con más claridad frente a mis ojos, con mucha claridad. De repente me doy cuenta de que ya no puedo seguir agarrándome a fantasías que no existen, porque estoy demasiado enganchada a la realidad.

—No. Nunca deberías haber dejado de ser el señor O'Brien.

Me alejo de él con la intención de irme a casa de una vez y olvidarme de este episodio de mi vida, pero sus palabras me frenan.

—No me habría apartado.

—¿Qué?

—Si tú hubieras querido besarme aquel día en los labios, no me habría apartado.

Le regalo una última sonrisa, una cargada de tanta lástima que se percibe enseguida, y me marcho de allí, despidiéndome en mi cabeza de otra Carlota que ya no existe.

—Y no se imagina lo triste que me resulta eso.

* * *

Me marchó de la fiesta sin despedirme de nadie. Lo hago sola, con un vestido precioso y una flor en el pelo que guardo al llegar a casa como si de una joya se tratase.

Me acuesto más tranquila, sintiéndome una Carlota mucho más adulta que la que he sido hasta el momento, una que por fin coge su vida por los cuernos y que ha tomado una decisión.

La decisión que cambiará el resto de su vida.

CONFESIONES

El sábado me levanto más tranquila que en las últimas semanas. Quizá porque por fin he asumido cómo son las cosas. Quizá porque he aprendido más de mí misma en la noche anterior que en años. Quizá porque sé que lo inevitable está por llegar y sé cuál es el mejor modo de enfrentarme a ello. Por lo que sea, pero me doy cuenta de que estoy madurando y de que eso me agrada.

Paso el día haciendo tareas en casa y, por la tarde, llevo a Ava al cumpleaños de una amiga. Aprovecho esas horas para acercarme al piso de Basil y compartir con él mis reflexiones. Le digo que he tomado una decisión y que hablaré con Rodrigo el día que me despida, dándole así tiempo para interiorizarlo todo sin tener que verme en el trabajo. Total, sólo son cuatro días más y ya no tiene sentido hacerlo de otra forma.

Sé que se siente orgulloso de mí, aunque no me lo diga y no le guste demasiado la manera en que se han ido desarrollando las cosas.

Cerca de las ocho de la tarde, vuelvo a buscar a Ava a casa de su amiga Alba, que vive en la quinta planta de un bloque de pisos. Comienzo a oír los gritos infantiles según subo en el ascensor y sonrío. Es como si hubieran metido en un piso a una tribu de doscientos caníbales hambrientos.

Su madre me abre y nos saludamos con dos besos. Nos conocemos poco, pero es agradable y nunca me ha mirado con esa superioridad con la que lo han hecho otras madres por ser tan joven.

—Hola, Mamen. ¿Qué tal la fiesta?

—Un horror, ya sabes. Quince niños hasta arriba de helado.

—Puedo imaginármelo.

Nos reímos y me invita a pasar al recibidor mientras señala el pasillo. Yo niego con la cabeza y le digo con los ojos que prefiero esperar aquí.

—Voy a buscar a Ava. —Al pasar por delante de una puerta, le habla a alguien en tono maternal—. Nene, ¿puedes llamar a Ava? Su madre está aquí. —Ella se gira y se explica con una sonrisa—: Es mi hermano, hace un rato lo tenían atado a una silla.

—Gracias.

De pronto oímos un golpe seguido de un grito y Mamen sale corriendo hacia una de las habitaciones.

—Oh, ese llanto me es familiar. Disculpa.

Yo espero, hasta que una voz masculina que conozco demasiado bien se me cuele por dentro, hasta los huesos, y me deja helada, porque se entremezcla de forma clara con las risas de mi hija.

—¿Alguien ha pedido una Ava para llevar?

Rodrigo aparece con Ava colgada del hombro, que se parte de risa antes de apoyarla en el suelo y arrodillarse frente a ella sin mirarme. Él saca una piruleta del bolsillo de su pantalón y se la da. Ava le da un beso como respuesta.

Yo no puedo respirar.

No puedo pensar.

No puedo hacer nada, porque los ojos se me nublan y las palabras se me agolpan en la garganta con tanta fuerza que se impiden el paso unas a otras.

—¡Ella! ¡Ha sido mi mamá!

—¡Pues marchando una Ava con un chichón nuevo en la frente y una piruleta por no llorar en la mano!

—¡Bien!

Ava alza los brazos con alegría, mostrándome su premio, y entonces él lo hace. Se levanta y se encuentra conmigo. Con la persona que menos habría esperado encontrar al otro lado del pasillo. Con la chica que guarda secretos. Con el secreto. Conmigo.

—Ho... hola.

—Carlota, ¿qué estás haciendo aquí?

—Es mi mamá, tonto —dice Ava, y se ríe con ganas, como si la pregunta

de Rodrigo fuese una broma.

Yo me pierdo en sus ojos, llenos de dudas, de incomprensión, de miedo, de un montón de sensaciones en las que no quiero pensar ahora, porque no es el momento, porque, aunque él se merezca saberlo y yo esté preparada para decírselo, no puede ocurrir así. No con Ava agarrada a mi mano y saltando a la pata coja.

—¿Qué tal te has portado, cielo? A ver ese chichón.

No es nada, no es más que un leve morado.

—Me he caído de la silla, pero el tío de Alba dice que es un golpe de guerrera.

—¿Quién quiere ser princesa pudiendo tener un ejército? —le pregunta Rodrigo, ignorándome de repente a mí y centrándose en la niña.

—Eso pienso yo —aporta Ava.

—Gracias —le digo, y esa palabra lo engloba todo.

—De nada. ¿Quieres que...?

Yo niego, mientras oigo a Mamen pedirle auxilio desde uno de los dormitorios.

—Tenemos que irnos. Y a ti te reclaman.

—Claro.

Abrimos la puerta, nosotras salimos y dejamos en ese pasillo un sentimiento extraño, incómodo e inmenso.

—¡Adiós, Rodrigo! —exclama la niña, moviendo su manita.

—Hasta otro día, Ava *la Guerrera* —le dice él, lo que la hace reír; después alza la mirada y la fija en la mía, levemente empañada—. Encantado de conocerte, mamá de Ava.

Volvemos a casa. Yo camino en silencio mientras ella me cuenta cada minuto de la fiesta casi sin respirar. Al llegar, hacemos lo de cada día. Disfrutamos del momento baño. Le seco el pelo con mimo. Cenamos. Vemos un poquito la tele. Acuesto a Ava y le leo unas poquitas páginas del cuento de turno. Mamá y yo hablamos de cosas intrascendentes, como de su última lectura. Y mientras doy cada uno de esos pasos, pienso en Rodrigo. En sus ojos. En la decepción de su mirada puesta en mí. En que parecía estar observando a una desconocida. En cómo me hace sentir eso.

Sobre las once me encierro en el dormitorio y lo llamo por teléfono, pero lo hago sin meditar, sin saber qué voy a decirle si responde al otro lado. Pero no contesta. Oigo los tonos eternos durante tres llamadas más sin respuesta.

Asumo que por hoy no puedo hacer más e intento dormirme, aunque sepa que va a resultar imposible.

A las doce de la noche, el timbre suena y me sobresalto. Mamá también se levanta.

—¿Quién puede ser a estas horas? —Me acerco al telefonillo y contesto; lo hago con el corazón en la garganta, porque ya sé la respuesta—. ¿Quién es?

—Baja.

Su voz es ronca, en un volumen bajo, pero con la autoridad necesaria para saber que no es una visita de cortesía. Siento la presencia de mamá detrás de mí y la preocupación que lo inunda todo.

—¿Qué estás haciendo aquí?

—Baja ya, Carlota.

Trago saliva y aprieto con fuerza el aparato entre mis dedos.

—No son horas. Hablaremos por la mañana.

—Baja o subo a buscarte. Y me importa una mierda que se enteren tus vecinos, tu familia o a quien sea que escondas en tu vida, ¿me has oído?

Cierro los ojos y apoyo la frente en la pared. Mamá posa su mano en mi hombro y cojo aire, porque necesito todas las fuerzas posibles en este momento y sólo su tacto sobre mí me reconforta. Me dice que, pase lo que pase, siempre estará ahí, a mi lado. Como ha sido siempre.

—Dame un minuto.

Cuelgo y, al girar, me encuentro con la mirada de mi madre. En ella veo miedo, pero también confianza. Una confianza absoluta en mí que me rompe un poco más por dentro, pese a que me consuele.

—Carlota...

—Mamá, no pasa nada. —Oigo las pisadas de Ava por el pasillo y me tenso—. Acuesta a la niña, ¿quieres? Por favor. Te lo contaré todo, te lo prometo, pero ahora tengo que hacer algo. —Ella asiente—. Tengo que hacerlo. Ya he tardado demasiado tiempo.

Ni siquiera me molesto en cambiarme de ropa; llevo puesto un pijama de

verano de color crema que puede pasar por ropa de calle. Sólo cojo una chaqueta de punto y me la pongo por encima, porque siento frío, aunque la noche sea cálida.

Cuando abro la puerta del portal, me encuentro con Rodrigo. Lleva la misma ropa que le he visto esta misma tarde: una camiseta blanca y unos pantalones cortos de cuadros en tonos azules. Sin embargo, está distinto. Su mirada está turbia, sus ojos rojos.

Se acerca a mí con rapidez y puedo oler el alcohol que escapa de su aliento. No me parece una buena señal.

—Estás borracho.

—¡No jodas! Ahora entiendo tu media de sobresaliente —suelta con sarcasmo.

No me gusta este Rodrigo, sé que no tengo derecho a juzgarlo, pero no creo que sea una manera madura de afrontar una situación tan complicada.

Comienzo a andar hasta la esquina sin decirle nada y cruzo la calle, entrando en el parque con cuatro bancos que se encuentra a unos metros de mi casa, pero lo bastante lejos como para tener algo de intimidad y que mis vecinos no puedan ser testigos del momento.

Él me sigue. Sus pasos son nerviosos, casi furiosos.

—¿A qué has venido?

—¿Y todavía tienes que preguntármelo?

—Sé que te habrá sorprendido, pero...

—¿Que me habrá sorprendido? —me interrumpe; después se pasa las manos por el pelo; lo tiene tan revuelto que sé que lleva haciendo eso horas, seguramente desde que se ha enterado—. Esto es alucinante. Eres madre, Carlota. ¡Madre!

—Ya lo sé.

Comienza a moverse sin sentido. A dar pasos de un lado a otro, mientras yo procuro mantener la calma.

—¿Tienes idea...? ¿Pensaste en algún instante entre ese primer día que casi te desmayas entre mis brazos al verme y el último polvo que echamos que yo podría enterarme por casualidad? ¿Se te pasó por la cabeza por un mínimo segundo que yo merecía saberlo?

—Yo...

—¿No creíste que ayer, mientras yo te decía que me gustabas, que sentía algo por ti y te suplicaba casi una oportunidad, habría sido un buen momento para confesarlo?

—Rodrigo, pensaba decírtelo, de verdad, pero...

—¿¿En algún jodido momento creíste que quizá yo podría querer saber algo así??

—¿Querías?

La palabra me sale sola, aunque esté mal, pero no puedo evitar querer saber si para él ha sido una putada enorme y habría sido un alivio seguir desconociendo la existencia de Ava o todo lo contrario. Si este enfado es por haberlo engañado o por el tsunami que acabo de provocar en su vida tranquila y perfecta.

—Vete a la mierda.

Vale. Supongo que me lo merezco.

—No ha sido fácil.

—¿Que no ha sido fácil? ¡La vida no lo es, joder!

Chilla tanto que me estremezco. Entiendo que esté así, de verdad, pero creo que no es bueno estar hablando de esto en mitad de la calle un sábado de madrugada. Y después de haber bebido. Y, pese a que la decisión de venir en ese estado ha sido suya, sé que esto también es por mi culpa.

—Rodrigo, estás demasiado nervioso.

—¡Estoy histérico, hostia! —Da una patada a una piedra, que sale despedida al otro lado del parque—. Estoy jodidamente fuera de mí porque soy un gilipollas integral, ¿vale? Porque no lo he entendido hasta hace dos horas. Porque cuando te has largado pensaba que sólo tú eras madre. Hace tres horas me sentía una auténtica mierda por estar loco por una chica que no confiaba lo bastante en mí para compartir conmigo lo más importante de su vida. —Ahogo un gemido, porque eso duele—. Hace tres horas le confesaba a mi hermana que acababa de darme cuenta de que te quería —sus palabras se me clavan con tanta fuerza que las lágrimas comienzan a salir sin control—, porque al ver tu cara de culpabilidad y lo que escondías, era consciente de que para ti yo no era más que un rollo sin la menor importancia, y eso me dolía. De

repente quería más y lo quería contigo. Hasta hace tres horas deseaba venir aquí y pedirte una cita para demostrarte que podía ser mejor. Que iba a ser tan bueno como para que me dejaras conoceros. A las dos.

Y lloro sin poder pararlo. Y me siento una egoísta, porque sólo puedo pensar en que es la primera vez que me dicen que me quieren y es de una forma triste, dolorosa y horrible.

—¿Y qué pasó?

Tuerce los labios y su voz entonces se vuelve más calmada, más baja, más pesarosa.

—Que entonces le dije a Mamen que te entendía, porque ya te había dejado tirada una vez hace cinco años en una habitación de hotel y que seguía siendo el mismo crío de siempre, que era normal que tuvieras esa imagen formada de mí.

—¿Y ella qué contestó?

—Se le resbaló la jarra de té helado hasta caer al suelo.

Sollozo y él cierra los ojos. Lo peor de todo es que sé que quiere acercarse a mí, que está haciendo un esfuerzo increíble por no dar dos pasos y abrazarme, que no soporta verme llorar así, tan rota.

—Rodrigo...

—Ella lo ha entendido enseguida. Sabía que eras madre soltera y que Ava no conocía a su padre. Pero yo no. O no quería entenderlo. —Suspira y después sonrío a medias—. Así que hemos sacado el vodka de las emergencias. Hemos sacado el vodka porque necesitaba entender que las piezas encajaban, pero no quería que lo hicieran. —Su confesión tan sincera me cae como un jarro de agua fría, pese a que la comprendo—. Hemos sacado el vodka porque, aunque sea un poco lento, sé sumar dos más dos, Carlota. Porque no puedo dejar de pensar en unos ojos azules pequeños e indefensos que no me habían dicho nada hasta que de repente no dejan de decirme cosas que no sé cómo afrontar.

—No... no tienes que hacer nada.

No sé por qué le digo eso, pero de algún modo necesito que sepa que no le estoy pidiendo nada, que nunca ha sido mi intención.

—Sí, sí que tengo que hacerlo. Tenía que venir aquí y oírtelo decir a ti en

voz alta y mirándome a la cara. Necesito que me digas lo que ya sé, pero necesito que lo hagas tú y que lo hagas real. —Hace una pausa y, entonces, me clava la mirada y me habla por primera vez con una frialdad desconocida tratándose de él—. He venido aquí para demostrarme que puedo ser todo lo valiente que tú no has sido. Para asimilar que estaba equivocado y que yo lo estaba haciendo todo lo bien que podía contigo, para gustarte, para que me dejaras conocerte, para entrar en tu vida, pero que eras tú la que no te merecías que lo hiciera, porque has estado escondiéndome algo tan grande que asusta. —Sus ojos me taladran decepcionados y llenos de ira, de miedo, de dudas, de desilusión, y yo lloro, porque es lo único que puedo hacer; supongo que es lo único que merezco en este instante—. Dímelo, Carlota. ¡Deja de llorar de una jodida vez y dílo!

—Lo siento...

Me limpio las lágrimas, mientras su rostro palidece y se rompe delante de mí cuando lo comprende de verdad, lo que esto abarca, lo que significa. Es como si, a pesar de que ya lo sabía, sólo con mis palabras pudiera creerlo del todo. Hacerlo real, como me estaba pidiendo.

—No.

—Lo siento tanto...

—Dios... ¡Joder!

Rodrigo me sorprende dando un puñetazo a un árbol. Y después otro, mientras yo lloro y observo sus nudillos, que se enrojecen en el acto.

—Siento que haya sucedido así..., tenía que..., yo... no sabía cómo contártelo, Rodrigo. Nunca pensé que podría llegar a encontrarte en algún momento de mi vida. Y cuando ocurrió..., tuve miedo. Además, después estaba el hecho de que no te conocía de nada y no sabía a quién tenía que enfrentarme. Y Ava...

Al oír su nombre se tensa y habla, sin mirarme, con la vista clavada en su mano, que ha empezado a sangrar.

—¿Cuántos años tiene?

Y, no sé por qué, que me pregunte eso me duele, como si estuviera insinuando algo. Como si incluso dudase de mí.

—Rodrigo...

—Te he hecho una pregunta.

—Ya lo sabes.

—Dime cuándo es su cumpleaños.

—El 7 de abril.

Suelta una maldición y después se marcha. Sin mirarme ni una sola vez. Sin mirar atrás. Rodrigo se marcha mientras yo me abrazo a mí misma como si estuviera muerta de frío.

Al entrar en casa, mi madre está esperándome sentada en el sofá con una jarra de la que sale vapor en la mesa. Es una infusión. Al ver mis ojos y mis mejillas empapadas, se acerca con rapidez y me abraza.

—Carlota...

—Lo siento, mamá.

Yo me deshago. Dejo escapar todo lo acumulado. Dejo de luchar y permito que mi madre me reconforte como sólo una madre sabe hacer.

—Chist. No pasa nada. Tranquila.

Me ayuda a sentarme y me tiende una taza humeante mientras me acaricia la espalda. No dice nada, no hace preguntas, pero tampoco hace falta, porque lo ha comprendido todo. Porque, de algún modo, funciona así, y las madres saben cosas incluso cuando no deben o cuando tú aún no las conoces.

—Perdón por no habértelo contado, mamá. Quería, pero...

—Mañana, ¿vale?

—No sabía cómo...

—No hables. Tómate la tila y duerme.

CERRAR UNA PUERTA

Cuando me miro al espejo el lunes por la mañana, frunzo el ceño. Tengo los ojos hinchados y dos bolsas bajo ellos imposibles de disimular por la llorera del fin de semana y lo poco que he dormido. Al menos la noche del sábado conseguí descansar algo, porque después de las confesiones con Rodrigo y de tanto sentir caí rápidamente sobre el regazo de mi madre. El domingo, ella no se separó de mi lado mientras le contaba todo desde ese primer día en el que entré en la revista y me encontré con esos ojos que había pensado que nunca volvería a ver. Ella me escuchó sin juzgarme, aunque sí que confesó su decepción por cómo había afrontado las cosas. Después comimos helado y hablamos de la vida, de mi padre, del amor.

Me doy una ducha y me digo que tengo que ser fuerte y enfrentarme a Rodrigo de nuevo. Quizá hacerlo un poco más en frío sea beneficioso. Me visto y, con ese pensamiento positivo, me voy al trabajo.

Cuando llego, él no está, pero tampoco me sorprende, así que me siento y comienzo a trabajar, o a fingir que lo hago, porque soy incapaz de concentrarme.

A las ocho y media, Yolanda da tres toques a la puerta y entra sin esperar respuesta. Noto un nudo en la garganta, porque en el momento sé que hay algo que no cuadra.

—Hola, Carlota. Vengo a dejarte tu trabajo de hoy y a coger unas cosas para Rodri.

Entra y se pone a revisar el mundo caótico que habita en el escritorio de Rodrigo. Yo me tenso, porque esto sí que no me lo esperaba.

—¿Qué es lo que pasa?

—Llamó esta mañana. Asuntos personales. Ha pedido trabajar desde casa esta semana.

—Pero...

—Tranquila, sólo te quedan tres días, con que hagas lo que te deje apuntado, sobra. No necesitas supervisión, has sido una becaria excelente y, que quede entre nosotras, tu informe ya está enviado.

—Gracias.

Me guiña un ojo con complicidad y se marcha. Y yo me quedo sola, en un despacho que de repente me parece enorme, sintiéndome una mierda por todo lo que he provocado al no ser lo valiente que debería haber sido. Sí, una auténtica mierda.

No obstante, según los días pasan, otro sentimiento crece en mi interior, uno que le da la vuelta a esa sensación y la transforma en otra. Empiezo a pensar que Rodrigo tampoco era quien parecía ser, porque su actitud me resulta cobarde e inmadura, todo lo que siempre pensé que sería al enterarse de la existencia de Ava.

Mi último día, antes de despedirme de mis compañeros, lo hago de ese despacho en el que he vivido tanto en tan poco tiempo. Lo hago pensando que Rodrigo, pese a lo que parecía decirme con sus palabras aquella noche, ya me ha transmitido suficiente con sus actos, huyendo.

Me acerco a la poyata y observo sus cactus, cuidados, perfectamente alineados. El que le regalé está entre ellos, como un recordatorio de que un día yo pasé por aquí.

Supongo que, con este final y esta «no despedida» que me ha concedido, Rodrigo y yo volvemos a ser eso, un paréntesis en nuestra vida y después... después nada.

Sólo un recuerdo.

* * *

Septiembre pasa y el frío de octubre llega casi sin avisar, con días cortos y mucha niebla de esa que hace que hasta pasear cueste.

Sin embargo, a Basil le encantan los días así. Dice que parece que estemos en alguna ciudad con más encanto, como en el París bohemio de los años veinte. Yo le he dicho que en aquellos años lo que no dejaba ver era el humo de las drogas que se fumaban y la contaminación de las calles, pero su visión siempre es más romántica y peliculera.

Lo adoro por teñir mi vida gris de un poco más de color.

—¿Qué tal el trabajo?

—Bien.

—¿Cómo es servir helados cuando hace frío para llevar bufanda fuera?

—Raro. Pero me gusta.

Hace dos semanas encontré trabajo en una cafetería estilo años cincuenta, en la que me obligan a ir con un vestido de la época y tacones, pero al que me he adaptado con una rapidez asombrosa. No sólo se venden helados, también batidos, cafés especiales y algo de picar, pero los helados son el producto estrella.

—No te lo he dicho, pero me pareces mayor. —Me río y Basil sacude la cabeza—. Te lo digo en serio, has crecido en estos meses, Carlota.

—Supongo que sí.

—Es algo bueno, pero tampoco significa que vuelvas a cerrarte.

—¿A qué te refieres?

—Con la historia de Rodrigo... volviste a salir, a disfrutar de las pequeñas cosas y a comportarte como la joven que eres. No pierdas eso.

—Y mira cómo me fue...

—Él la cagó, pero te regaló eso, no lo olvides.

Seguimos paseando y pienso que Basil tiene razón.

No he vuelto a saber nada de Rodrigo. Recibí un correo electrónico hará un mes con mi informe de las prácticas y con una carta de recomendación firmada por él, pero nada más. Esos días lo odié. Lo hice porque me di cuenta de que me daba la razón, de que él quizá ni siquiera se merecía haber descubierto esa conexión que siempre tendríamos. Por haber renunciado a Ava con su actitud sin haberle dado siquiera una oportunidad.

Por otro lado, sí que asumí que, pese a que él no lo mereciese al responder como un cobarde del que no he vuelto a tener noticias, Ava sí merecía que

Rodrigo supiera que existía ese vínculo entre ellos.

Lo intenté y no funcionó. No hay más.

Lo que no le he contado a Basil es que ayer mismo recibí otro correo. Otro en el que se me ofrecía un puesto a media jornada como colaboradora en la revista y que he rechazado esta misma mañana. ¿Por qué? Porque llevaba su firma. Porque me dio miedo. Porque no se trata sólo de él y de mí, y desde el día que no apareció por el despacho después de la conversación más dura de toda mi vida, yo ya he cerrado esa puerta y no pienso volver a abrirla.

* * *

Al día siguiente, recibo un nuevo mensaje, esta vez en el teléfono, que tiembla entre mis dedos.

Carlota, me gustaría verte. Tenemos que hablar.

El jueves, otro.

Carlota, por favor. No podemos dejar las cosas así.

El viernes abro otro nuevo, faltándome el aliento y con el sudor perlado mi frente, porque no lo entiendo.

Lo siento. ¿Me dejas invitarte a un café? Creo que ambos necesitamos una explicación.

Y dos llamadas que acabo bloqueando con el corazón en un puño.

Y, de este modo, empieza una rutina nueva por parte de Rodrigo que no comprendo, pero que me da miedo averiguar, porque en mi interior me digo que llega tarde.

Pese a ello, una noche, me veo tumbada con Ava en su cama después de leerle un cuento. Debería estar ya dormida, pero no tiene sueño porque lleva todo el día emocionada por una historia sobre ardillas que vuelan que le ha contado Basil, así que le ha prometido ir mañana a verlas a un parque en el que él jura y perjura que viven escondidas en los árboles.

Le acaricio el pelo y la pregunta sale sola. Una que nunca me he atrevido a hacerle, pero que jamás ha desaparecido de mi cabeza.

—Ava, ¿alguna vez echas de menos tener un papá?

Ella lo piensa frunciendo el ceño, como si fuese una cuestión con la suficiente importancia como para meditar bien la respuesta. Supongo que lo es.

—Humm, no. Felipe tiene dos papás en vez de papá y mamá y dice que es lo mismo y que le castigan el doble. Y la mamá de Raquel tampoco vive con ella. Es normal.

Su razonamiento me hace sonreír; ojalá los adultos aprendiéramos un poco de ellos.

—Lo sé. Pero ¿te habría gustado tener uno?

—A lo mejor —confiesa; después se encoge de hombros—. Pero como no lo tengo, ¿qué importa? Estamos bien así.

Da por finalizada la conversación bostezando con ganas, y yo vuelvo a asombrarme de la capacidad de adaptación que tienen los niños.

* * *

Camino hacia el trabajo sin prisas, porque suelo llegar pronto después de dejar a Ava en clase de baile. Me ha obligado a apuntarla a una escuela de ballet después de que mi madre la llevase a ver una actuación en un centro cívico y conociera a Daniela, su profesora y, al parecer, la mejor bailarina del planeta. Así que esta semana quiere ser de mayor bailarina profesional y recorrer el mundo dando saltos. Me pregunto cuánto le durará la pasión, porque coordinación tiene más bien poca, aunque la compensa con un salero que, claramente, no ha heredado de mí.

Cuando estoy ya entrando en la calle donde está mi cafetería, me lo encuentro. Apenas me da tiempo a reaccionar, porque prácticamente me salta encima.

—¿Qué haces aquí?

—Quiero hablar contigo.

—No puedo, tengo que irme a trabajar. —Al darme cuenta de que él ya lo

sabe, frunzo el ceño—. ¿Cómo sabías dónde encontrarme?

—¿Por qué rechazaste el puesto? —pregunta ignorándome, aunque ya imagino que su hermana tiene algo que ver en esto.

Es la única persona a la que veo de su entorno, y por obligación, al ir a buscar a Ava al colegio. Con Ana las cosas se torcieron cuando descubrió que le había mentado también a ella durante tanto tiempo. Ojalá algún día pueda perdonarme, porque la echo mucho de menos.

—¿Tú qué crees? Sirvo helados en una cafetería, me gusta. Es divertido y no salgo tarde.

—Mejor eso que compartir espacio conmigo.

—Lo has dicho tú, no yo.

Seguimos andando, pero, cuando ya casi estamos en la puerta, me agarra del brazo y yo me tenso, porque que me toque me cuesta soportarlo.

—Dame unos minutos.

Dudo, pero no puedo evitar quedarme fija en sus ojos azules, esos que sigo viendo cada día en los de mi hija, lo quiera o no. Y acepto, porque quizá nos merezcamos al menos esa despedida que no tuvimos.

Me separo del escaparate del local para que mi jefe no me vea y entramos en un pequeño callejón que se encuentra a la derecha. No huele demasiado bien, pero al menos no tenemos testigos curiosos alrededor.

Lo que no me esperaba es que él fuera a quedarse en silencio, observándome expectante, como si estuviese esperando a que yo dijese algo.

—El tiempo corre, Rodrigo.

—No te entiendo.

—¿Qué?

—Debería estar esperando una explicación por tu parte que nunca llegó y, en cambio, eres tú la que está enfadada.

Cojo aire profundamente y lo suelto, porque es verdad que él se merece la explicación que nunca tuvo, pero no me puedo creer que después de más de un mes de silencio sea lo único que tiene que decir. Así que, ¿qué hago? Ser sincera, pero poniéndome a la defensiva, como me acostumbré a hacer desde el primer segundo con él.

—Siento haberlo hecho tan mal. Siento no habértelo contado el primer día

que te vi. Haberme presentado como la becaria y decirte: «¿Te acuerdas de aquella noche de verano? Pues me preñaste». Siento haber querido conocerte un poco mejor antes para saber la clase de persona que eras y si merecía o no siquiera intentarlo. Si mi hija te merecía o no. Siento no haberme atrevido y haberme acostado contigo sabiendo lo que escondía y que eso sólo lo empeorase todo. Lo siento, ¿vale? No fue fácil, de hecho, conocerte ha sido lo más difícil que he hecho en toda mi vida, pero no creo haberme equivocado tanto.

—¿A qué te refieres?

Sacudo la cabeza y me abrazo, cerrándome el abrigo y sintiéndome pequeña y sola. Y triste, porque esto no se parece a ninguna de esas tontas fantasías que he tenido a lo largo de los años.

—Ha pasado más de un mes, Rodrigo. No me eches en cara haberme comportado como una inmadura cuando tu reacción fue desaparecer a la primera de cambio.

—Necesitaba pensar —susurra avergonzado y más vulnerable de lo que lo he visto nunca.

No obstante, no siento ninguna empatía por él. Supongo que tenía tanto guardado que ahora es cuando por fin sale.

—Pensar. Ya. —Y, de repente, una compuerta se abre en mi interior, una que llevaba años cerrada, porque nunca pensé tener la posibilidad de poder abrirla delante de la única persona con la que podría desahogarme; pero ahora la tengo. Por fin—. ¿Sabes lo que necesité yo aquel día que me enteré de que estaba embarazada? Necesité un apoyo y, en cambio, mi mejor amiga me dio de lado. ¿Y el día que di a luz? Necesitaba que alguien me cogiera la mano y me confesara que tenía tanto miedo como yo. ¿Y durante los siguientes años, cuando mi madre y yo nos organizábamos como podíamos sin apenas dormir para compaginar nuestras vidas sin perder el trabajo ni los estudios? Necesitaba un respiro y sentirme una joven de vez en cuando.

Traga saliva y asiente, con una comprensión que me duele.

—Pero tienes que entender que yo no podía hacer nada. No puedes culparme por eso.

—Lo sé. Pero lo hago. Lo he hecho desde que te conocí, Rodrigo. Y,

bueno, quizá es mejor así.

—Así, ¿cómo?

—Así.

Me encojo de hombros y aparto la vista, porque su expresión cambia a una de incredulidad que no me gusta.

—Mis cojones.

—Tus cojones nos metieron en esto, ¿recuerdas? Déjalo estar.

Hago intención de marcharme, pero se planta en medio y no me lo permite. Y de pronto siento ese pánico inundándolo todo, ese estremecimiento que me dice que habrá tardado un mes, pero que Rodrigo también ha tomado una decisión al respecto, me guste a mí o no.

—¿Qué intentas decirme?

—No, ¿qué coño intentas tú? Llevo un mes sin saber nada de ti. Fue una respuesta más que suficiente —replico con la voz temblorosa.

—Entiendo tu enfado, Carlota, créeme, pero no estás siendo justa. No puedo arreglar un pasado que desconocía. No puedes culparme de ser un irresponsable, porque tampoco lo fuimos. No puedes echarme en cara que haya querido meditar una situación que me ha venido de sopetón, que no conozco y que tú me ocultaste durante dos meses. Necesitaba tiempo para comprender muchas cosas después de... de saber..., de conocer...

—Ni siquiera eres capaz de decir su nombre —escupo con enfado, aunque no sé si lo estoy más con él o conmigo.

—Ava. De conocer a Ava.

Traga saliva al decir su nombre y a mí me entran ganas de llorar, pero no pienso hacerlo.

—Tengo que irme.

Salgo del callejón sin despedirme, pero sus palabras me frenan en seco. Son sólo dos, pero abarcan un mundo entero y hacen que el mío se tambalee.

—Quiero verla.

—No.

—Carlota...

Entonces me doy la vuelta y me enfrento a él con una dureza que nunca en mi vida había dedicado a nadie.

—Esto no funciona así, ¿vale? No estamos hablando de uno de tus malditos cactus.

El desprecio de mi voz hace que la expresión de su cara se rompa un poco más.

—¿Crees que no lo sé?

—Hablamos de una niña que cree que no tiene padre. Una niña a la que cualquier decisión le afectará. Una niña que es inmensamente feliz con la vida que lleva. Piénsalo antes de pedirme nada, Rodrigo. ¿Crees que podrás aportar algo a esa felicidad? No pienses por ti, como haría cualquier persona; piensa por ella, como haría un padre.

ABRIR UNA VENTANA

La vida no siempre es como deseamos, es cierto. Creo que es una de las primeras lecciones que se aprenden. Ava la aprendió hace dos días, cuando no fue escogida para ponerse en la piel de Wendy en la obra de Navidad que cada año preparan en el colegio, y, en cambio, le ha tocado asumir el digno papel de árbol. Basil lleva años acostumbrándose, como cada vez que sus padres hacen acto de presencia y le dejan muy claro lo mucho que los ha decepcionado. Yo llevo meses dándome cuenta. Después de adaptarme al primer giro que ésta me dio, y que me trajo el mejor regalo que podría haberme imaginado en forma de niña refunfuñada que grita sin cesar que no piensa disfrazarse de abeto ni en mil años, me ha obligado a dar otro, a emprender un camino en el que quizá comienzo a aceptar que no he sido justa con él y que hay una posibilidad de que ambos podamos recorrerlo. No de la mano, ni uno al lado del otro, pero sí a ratos, por turnos, probando si hay sitio para ambos y si lo merecemos.

Hablo de Rodrigo, claro, que me pongo filosófica y me quedo sola, como me dice Basil. Hablo de que llevo dos semanas levantándome nerviosa por descubrir con qué palabras me sorprenderá cada mañana. Mensajes en los que no me pregunta cosas, ni me pide perdón, ni explicaciones, ni nada, sino que son muestras, detalles, una especie de juego con el que conocerlo mejor.

Mi primer recuerdo es de cuando tenía tres años. Me balanceaba en el columpio que teníamos en el jardín de casa y le di a Mamen en toda la cara al pasar. Le rompí la nariz.

Me hice pis en la cama hasta los seis años.

A los ocho me regalaron un pato de color azul. Se llamaba Klaus y murió por un empacho de galletas de jengibre.

A los diez me enamoré de Matilda, la niña de la película aquella que tenía poderes mágicos.

A los catorce me enamoré de verdad, de una chica mucho mayor que yo que no se llamaba Matilda y que se rio de mí cuando le regalé un poema recortado de un libro de Neruda. Mis padres me castigaron un mes por cargarme el libro.

A los dieciséis me acosté con ella en una fiesta universitaria en la que me colé.

A los diecisiete dije por primera vez «te quiero». Supongo que está bien confesar que era mentira.

A los veinte me rompieron el corazón. Fue duro, pero pasó rápido.

A los veintitrés me acosté con una chica preciosa que conocí en una discoteca de playa. Recuerdo sus pecas en la nariz, su risa dulce y el ruido de las trencitas chocando contra un cabecero al moverme dentro de ella. Ojalá recordara algo más.

A los veinticinco conseguí mi primer empleo importante y lloré cuando mi padre me dijo que estaba orgulloso de mí. Nunca me lo había dicho.

A los veintiocho me enamoré, aunque lo supe tarde.

A los veintiocho mi mundo dio una vuelta entera.

A los veintiocho me enteré de que era padre.

A los veintiocho quise tener una máquina del tiempo y cambiar las cosas.

A los veintiocho tuve más miedo que en toda mi vida y eché a correr.

A los veintiocho me di cuenta de que, corriese en la dirección que corriese, siempre llegaba al mismo sitio.

A los veintiocho, una mañana, entendí que era padre.

A los veintiocho, otra mañana, supe que nunca dejaría de serlo.

A los veintiocho, si tú me dejas, quiero poder decir que sentí lo que significa esa palabra tan grande.

* * *

Salimos del cine y sentamos a los niños en una cafetería que hay junto a la puerta. Pedimos patatas en cantidades indecentes y crepes con sirope de distintos sabores mientras ellos chillan, y Mamen y las otras dos madres nos

miramos y nos damos apoyo mutuo. Hay días en que es agotador.

Repartimos los refrescos que el camarero nos trae y entonces Mamen mira a lo lejos y sonrío. Después me mira a mí y me hace una seña.

Sé que no estoy preparada para esto, pero supongo que nunca lo estaré.

Hace días que ella y yo hablamos por teléfono. Compartí con ella todos mis miedos, pese a que su situación no era fácil teniendo en cuenta que es hermana de Rodrigo y tía de Ava. Aun así, ella me entendió; supongo que el ser madre y saber lo que implica ayudó a hacerlo. No me ha presionado en ningún momento a tomar una decisión, pese a que sí que me ha dejado caer que Rodrigo lleva semanas mal por la situación, pero, gracias a su apoyo y a servirme un poco de guía, hemos preparado este encuentro que él cree casual, pero que no lo es en absoluto.

Me levanto y me acerco a donde espera con miedo a dar un paso más que yo no le permita.

—Hola.

—Hola.

Nos saludamos nerviosos, pero es... hasta cómodo, como si ambos lo deseáramos tanto después de tanto tiempo que nos aliviara un poco.

—Pasaba por aquí y... —Me río ante su modo tan malo de disimular y él se muerde el labio—. Mamen me dijo que veníais a ver una película. Ha sido un chivatazo en toda regla, lo siento.

—Sí. *La ratita Linda y el palacio de queso.*

—Suenan bien.

Nos reímos. Parece fácil, quizá no lo estemos haciendo tan mal del todo.

—¿Cómo estás? ¿El trabajo?

—Bien. Ya manejo a la perfección los veinticinco sabores de helado.

—Ava debe de creer que eres la mamá más molona del mundo con ese trabajo.

—Sí. Va a acabar desarrollando diabetes.

Sonreímos otra vez, pero enseguida nos quedamos callados, sin saber qué más decir, porque esto es nuevo. No nos conocemos así. Nosotros sólo nos conocemos como Rodrigo y Carlota en la oficina o siendo otros entre las sábanas. Pero ¿cómo debemos comportarnos cuando el nexo que nos une come

patatas fritas untadas en chocolate, ajena a todo lo que ocurre?

—Bueno, me alegro de verte. Si necesitáis algo, lo que sea, sólo tienes que llamarme.

Entonces lo suelto, sin más, sin pensar que esta frase puede cambiarlo todo. Quiriendo que lo haga. Deseando intentarlo.

—¿Te apetece un café? Acabamos de pedir crepes para merendar.

—¿Crepes? —Los ojos de Rodrigo se iluminan, y no es por las crepes; al menos, no sólo por ellas—. No me las perdería por nada del mundo.

Nos acercamos a la mesa y él saluda a su sobrina y a su hermana, mientras ésta le presenta a las otras dos madres que nos acompañan. Después me sigue hasta mi asiento. Está justo pegado al de Ava y, *casualmente*, hay uno vacío al otro lado.

Al llegar frente a la niña, la mano de Rodrigo se apoya en mi cintura y lo siento temblar. Se agarra a mi camiseta y entonces lo entiendo, el miedo que le da este momento y que lo hace para no sentirse tan solo, porque necesita amarrarse a alguien en este instante que para él es tan importante, aunque no lo parezca. Aunque para el resto del mundo que nos rodea no sea más que un encuentro entre dos personas que ya se conocen, pero para él es el principio de algo inmenso que hará que su universo cambie para siempre.

Yo me giro y le acaricio el brazo. Es un gesto rápido, pero es suficiente para decirle que no está solo.

—Ava, ¿te acuerdas de Rodrigo? Es el tío de Alba.

Ella alza su mirada llena de chocolate y asiente con efusividad. Yo calculo cuánto tardará en vomitar; si no lo hago yo antes, claro, porque tengo todos los nervios apelmazados en mi estómago.

—¡Sí!

—¿Cómo está la guerrera Ava?

—Bien, tengo una herida nueva. Mira, me la hice en el tobogán.

Levanta la pierna sobre el asiento y le muestra su rodilla magullada. Mamen aparta la vista emocionada. Supongo que para ella este momento también es importante, y más todavía por poder ser testigo de ello.

—Debía de ser un tobogán maldito para hacer una herida tan buena como ésta.

—Lanzaba fuego, como un dragón.

—¿Y también rocas?

—A montones.

Sonríen y se parecen tanto que tengo que apartar la mirada yo también.

—Ava, ¿te apetece que nos acompañe a merendar?

—¿Te gustan las crepes? —le pregunta con seriedad, como si fuese una cuestión primordial para poder gozar de nuestra compañía.

—Lo que más en el mundo.

—¿Más que el helado? —replica con suspicacia.

—No. No lo creo. Lo segundo mejor.

—A mí también.

Y, de este modo tan natural, Ava acepta que Rodrigo entre en nuestra vida, aunque sólo sea un rato.

Merendamos, charlamos, él la mira, la estudia, casi la analiza como si fuese algo que superase cualquier entendimiento. Ella se muestra encantada por la creatividad de Rodrigo, que es único manejando a los niños. Es como si congeniara con ellos de un modo tan natural que asusta; quizá porque es demasiado niño aún en algunos aspectos y a ellos les encanta estar con un igual. Y yo cruzo los dedos, deseando que esto no sea un error y sí el primer paso de algo que merezca la pena.

* * *

Una hora después, Rodrigo camina a nuestro lado hasta acompañarnos a la puerta de casa.

—Yo ya tengo que irme, ha sido divertido.

—Sobre todo cuando he vomitado.

—Eso ha sido alucinante —exclama él, y Ava se parte de risa.

Meto la llave y abro, oyendo cómo ellos intercambian unas palabras de despedida como si lo hicieran cada día. Con complicidad, sin esos nervios que al principio tomaban la voz de él cada vez que hablaba.

En cuanto la puerta se abre, Ava echa a correr hasta llamar el ascensor. Yo me giro, porque necesito decírselo; necesito que lo sepa y saber qué es lo que

piensa él de lo que hemos hecho hoy.

—Bueno, ha estado bien.

—¿De verdad? —pregunta con la duda dibujada en su rostro.

—Claro, ¿para ti no?

—Ha sido la puta hostia. —Chasqueo la lengua y lo miro francamente mal, pero es que ya es hora de que modere su lenguaje—. Perdona. Perdona.

Suspiro y lo suelto. Parece ser que esto de ser sincera me gusta demasiado como para seguir guardándome las cosas.

—Me daba miedo.

—A mí también.

—Pero podríamos repetirlo. Otro día.

—Me encantaría.

—Te llamaré, ¿vale?

—Vale. —Entro, pero, antes de cerrar, me llama—: Carlota.

—¿Sí?

—Gracias. Muchas gracias.

Sonrío y lo veo marcharse con la mayor sonrisa que su rostro puede soportar.

* * *

Una semana más tarde, cojo el teléfono con las manos temblando y marco su número de nuevo; respiro con profundidad y me digo que sí, que hay que dar pequeños pasos con tiento.

Basil, a mi lado, se muerde las uñas ilusionado, porque se muere por conocerlo y me ha dado la excusa perfecta.

—Rodrigo, soy Carlota.

—¡Hola! ¿Cómo estáis? ¿Cómo está Ava?

Sonrío al oírlo pronunciar su nombre.

—Bien. Aunque hemos tenido un pequeño problema con el pelo y ahora parece que un mono nos ha cortado el flequillo.

—Dime que a las dos —suplica con maldad.

—Idiota... —Suspiro y lo suelto de sopetón—: Me preguntaba si te

apetecería venir a una fiesta.

—Claro. Dime hora y lugar.

—En realidad, es el cumpleaños de Basil. Quiere conocerte.

—¿Basil? —pregunta con la boca pequeña, porque nunca le he hablado de él.

—Es mi amigo.

—Vale.

—Lo único...

—¿Qué pasa?

—¿Te supone un impedimento venir disfrazado?

—¿Estás de coña? Me encantan los disfraces.

—Ava va de princesa guerrera. Hemos tenido que hacer un *mix* y bajo la falda de tul lleva un hacha de vikinga.

—Vale. —Nos quedamos callados y sé que está sonriendo, aunque no pueda verlo—. Carlota.

—¿Sí?

—Gracias por la pista.

—De nada.

* * *

La fiesta de Basil se celebra en el local de un amigo suyo. En realidad, es un bar de copas en toda regla, pero por la tarde lo ha acondicionado para que Ava pueda acudir y, cuando sea tarde para ella, se convertirá en todo un espectáculo.

Así es Basil, incapaz de no llevar a Ava a su fiesta, aunque sólo tenga cuatro años.

Cuando veo a Rodrigo en la puerta, no puedo evitar soltar una carcajada que hace que esos nervios que no me dan ni una tregua se disipen un poco. Me acerco a saludarlo, pero, antes de llegar frente a él, Basil me adelanta y se interpone entre ambos.

—Así que tú eres Rodrigo.

Los dos se estudian de arriba abajo y yo tengo que contener de nuevo la

risa que me provoca la situación. Principalmente, porque uno va disfrazado de Marilyn Monroe y el otro de dragón morado.

—Basil, supongo. Feliz cumpleaños.

Rodrigo le tiende una botella de vino. Después se dan la mano y, al instante y después de ese intercambio silencioso que han mantenido con la mirada y con el que se han dicho cosas que yo no entiendo, ambos se ríen y la tensión termina. De inmediato, se aceptan. Eso me gusta al mismo nivel que me asusta.

—Gracias. Por cierto, bonito disfraz.

—Igualmente, precioso vestido.

Basil se marcha a saludar a más invitados haciendo bailar su falda con cada movimiento de cadera y nos quedamos solos. Observa mi disfraz de Caperucita Roja y me da el visto bueno dejando los ojos fijos más tiempo del adecuado en la escasa tela que no tapa más que la mitad de mi muslo. Yo me sonrojo.

—Estás guapa.

—Odio disfrazarme.

—¿En serio? ¡Pero si es genial! ¿Dónde está la guerrera?

Sonrío, pero una parte de mí se siente egoísta por querer pasar un poco más a solas con él.

—Allí. Es la de los cuernos en la cabeza encima de la corona. La única que no llega a medir un metro.

Rodrigo se acerca a ella a cuatro patas simulando ser un dragón, hasta que Ava lo ve, empieza a chillar y después explota a reír bajo la mirada atónita de mi madre, de Basil y la mía.

La tarde transcurre entre risas, baile y momentos de protagonismo para Basil, que adora ser el centro de atención. Yo disfruto, pero lo hago más de esas pequeñas cosas que no se ven pero que están ahí, como Rodrigo me dijo un día. Como cuando él charla con mi madre amigablemente y pide en la barra por ella para evitar que se levante. Como cuando no le quita ojo a Ava, incluso cuando no está a su lado. Como cuando siento su mirada puesta en mí sin verlo.

—¿Te has fijado en cómo la mira? —me dice Basil; se sienta a mi lado y

estira la tela de su falda.

Observamos ambos a Ava y a Rodrigo, que siguen jugando a algo así como dragones y mazmorras, con princesas y una pirata encerrada en una jaula, que es mi madre. Una mezcla extraña.

—Sí. Me da pavor.

—Debería asustarte más cómo te mira a ti.

Me estremezco.

Ya digo que lo he notado, sobre la piel. Hemos compartido miradas, pero desde lejos. Apenas nos dirigimos la palabra. Es como si supiéramos algo pero nos negáramos a darle voz por miedo a estropearlo de nuevo.

—¿Cómo?

—Como si llevara mucho tiempo sin desayunar.

Basil se ríe y yo le tiro de la peluca rubia plastificada que lleva.

—¡Cállate!

—Es muy guapo. Me habría dejado preñar hasta yo.

—Eres... eres incorregible.

—Lo sé.

Seguimos charlando un poco, hasta que Ava viene en nuestra busca agotada y se sienta encima de Basil, abrazándolo por la cintura mimosa. Está agotada.

—Princesa, ¿dónde está el dragón?

—He acabado con él.

Lo dice con toda la naturalidad del mundo, pero la conocemos tan bien que es posible que haya más verdad en sus palabras de la que debería.

—Oh, Dios mío.

Lo encuentro en un almacén. Está sentado, con la espalda apoyada en una caja llena de cervezas y con la frente sudada, aunque no me extraña, porque el disfraz es de felpa y en el local hace un calor considerable. Eso sí, su sonrisa es inmensa, una de esas que cortan el aliento al verla.

—Rodrigo, ¿estás bien?

—Sí, aunque tengo un tapón clavado en el culo. —Se mueve un poco, pero con la tela del disfraz y el poco movimiento que le permite la postura es incapaz de cogerlo, así que lo hago yo, tocándolo un poco por el camino y disimulando que ninguno de los dos nos damos cuenta—. Joder, quítamelo.

¿Dónde ha aprendido Ava a hacer esos nudos? ¿Va al colegio o al ejército?

—Es lista.

—Como tú.

—Me temo que estas travesuras no las ha heredado de mí. Yo era una santa.

Abre la boca, pero no dice nada. Sólo me mira. Agradecido. Ilusionado. Después sonrío abiertamente y se acerca un poco más a mí. Y ahí acabamos sentados los dos, uno junto al otro, encerrados en un almacén que huele a alcohol y a humedad. Creo que por primera vez conscientes de que somos padres; los dos. De que lo hicimos.

—¿Acabas de decirme que Ava se parece a mí? —susurra, como si necesitara que lo repitiese para seguir creyéndoselo poco a poco.

Entonces yo miro al frente, a esa estantería llena de botellas, perdiéndome en esos recuerdos pasados que he ido asociando con detalles que iba descubriendo en Rodrigo a lo largo de aquellas semanas en las que nos conocimos.

—Le brillan los ojos cuando está a punto de liarla, ¿sabes? Como dos soles. Igual que cuando tú planeabas alguna maldad que hacerme, aunque fuese una subida de tono. Se atiborra a chucherías en cuanto me doy la vuelta. Creo que podría sobrevivir a base de helado, crepes y cualquier cosa que tenga tanto azúcar como para hacer enfermar a cualquier persona mayor de doce años. También odia madrugar con todas sus fuerzas; tarda una hora como mínimo en espabilar y en dejar de gruñir, como cuando tú entrabas en el despacho con legañas en los ojos y sin peinar. Me recordabas tanto a ella que procuraba no pensarlo. —Lo miro de reajo y su expresión me estremece; cojo aire y continúo—: Prepararla para ir al colegio es un auténtico suplicio. Cuando duerme, acaba siempre en una postura imposible o enredada a la sábana. Es muy creativa. Y un trasto, pero tiene buen fondo. —Ladeo la cabeza y paso un dedo por su barbilla, por ese hoyito que Ava ha heredado de él, acariciándolo con una ternura que nunca antes me había nacido en nadie que no fuera de mi familia, de mi círculo seguro—. Y cuando se ríe le sale un hoyuelo aquí que la primera vez que lo vi fue en una discoteca hace muchos veranos.

Gira la cabeza y el hoyuelo aparece. Quiero besarlo. Pero no lo hago.

—Parece que sea mi cumpleaños en vez del de Basil —susurra Rodrigo, dedicándome una sonrisa preciosa.

—¿Por qué?

—Por el regalo que acabas de hacerme.

Y yo pienso que no, que en realidad es al revés, que él me está enseñando cómo sería el regalo que podría hacernos si yo lo dejara.

* * *

La Navidad llega y, con ella, la fiesta del colegio de Ava, los regalos, los encuentros y todas esas cosas que siempre traen estas fechas. Rodrigo y yo seguimos compartiendo planes de vez en cuando, aunque lo hacemos despacio, con cuidado y con mimo. Vamos juntos a verla llorar vestida de árbol encima de un escenario, hacemos fotos del momento, que nos concede a nosotros también nuestra primera instantánea en un selfi robado que me hace Rodrigo con mi cara pegada a la suya. A comprar algunos regalos. A tomar un chocolate caliente con mi madre. A un parque infantil con Mamen y con Alba. Instantes. Recuerdos que vamos almacenando en los que él y Ava forman lazos cada vez más fuertes.

Él se entrega demasiado, como si intentara compensar todo el tiempo perdido, los errores cometidos y demostrarme que se está esforzando de verdad. Y no sólo con sus actos, sino también a nivel económico; por ejemplo, he sido incapaz de convencerlo para que no le comprara un maldito coche eléctrico que no sé dónde vamos a meter, pero, según Rodrigo, compensa las cuatro Navidades anteriores y no he podido discutirlo..., pero no porque lo piense de verdad, sino por su cara ilusionada al comprarlo.

Ahora vamos caminando por la plaza Mayor, que está llena de puestos de dulces, bromas y también de flores de Pascua. Rodrigo compra una para sus padres y otra para mamá. Me siento extraña cuando tiene detalles así, cuando no sólo incluye a la niña en su mundo, sino que acepta con total naturalidad que su familia entra en el paquete. Cosa que yo no he hecho, porque considero que es pronto aún para sus padres. Necesito que Ava entienda la situación de que tiene un padre antes de descubrir que de repente tiene unos abuelos que se

mueren por conocerla y malcriarla, según Rodrigo.

Aun así..., todo fluye con facilidad.

Nos veo reflejados en los escaparates, andando como una pareja, con Ava en medio, sonriendo, pareciendo felices..., que lo somos. Él no puede ocultarlo y yo lo siento por dentro, pero me falta algo. Algo que no sé si está a mi alcance. He vuelto a amarrarme a una fantasía que no sé si tiene cabida y me da miedo volver a equivocarme.

—¿Por qué te gustan las plantas? —pregunta Ava, y acaricia las hojas rojas de las plantas que carga Rodrigo.

—No lo sé. Me gusta mirarlas. Son bonitas. Y puedes ayudarlas a crecer sin hacerles daño, sólo necesitas agua, luz y cariño.

—Mi pez *Manolo* se murió el año pasado. Mamá lo tiró al cielo. Dice que tiene contacto directo por la taza del váter. —Rodrigo se parte de risa y yo lo miro con cara de circunstancias, porque fue lo único que se me ocurrió para no verme obligada a preparar un entierro en un parque público—. ¿Las plantas se mueren?

—Sí, si no las cuidas como necesitan. Aunque hay unas que me encantan porque se cuidan prácticamente solas.

—Qué listas.

—Mucho. Son los cactus.

—Pero pinchan.

—No todos. Además, algunos son especiales, como las personas.

—¿De verdad?

—Sí. Un día te lo enseñaré.

—¿Y me lo enseñarás a mí?

La pregunta me sale sola y me arrepiento en el acto, pero, aun así, no me acobardo, sino que fijo la mirada en la suya, hasta que sonrío de medio lado y yo aprieto la mano de Ava con fuerza entre la mía.

—Sólo si tú me dejas.

EL CACTUS DE COLOR ROJO

La Navidad pasa y, por primera vez, echo en falta a alguien en la mesa.

Es un sentimiento extraño que me llena cada vez que pienso en él, como si se estuviera colando por una rendija cada minuto que pasa con más fuerza, hasta que rompa la pared y lo llene todo.

Una de esas tardes, lo invito a casa. Nunca antes ha subido, pero me parece buena idea que le dé a Ava su regalo aquí y no en un sitio neutro, como acostumbramos a hacer.

—Es un alucine...

Ava se sube al coche de color rojo brillante que está en medio de nuestro salón. Mamá sacude la cabeza con resignación, seguramente pensando que un día nos tocará buscar un piso más grande si seguimos así. Basil grita que si lo tienen en morado él quiere uno igual. Y Rodrigo me sonrío con suficiencia con los brazos cruzados, ya que sabe que tiene ganada a toda mi familia.

—Se romperá alguna parte del cuerpo. Lo sabes, ¿verdad?

—Y flipará con la escayola —me responde, casi más orgulloso de ser el futuro causante de que mi hija sea envidiada en el colegio por tener un brazo escayolado que por lo que le ha gustado el regalo.

Basil se ríe y yo lo fulmino con la mirada, porque odio que lo diviertan nuestros intercambios de opiniones. Se llevan bien; tan bien que creo que Basil lo ama profundamente en silencio.

—Y con la tuya.

—¿Con qué? —pregunta Rodrigo confuso.

—Con la que te pondrán cuando yo te rompa la cabeza.

Me dedica un puchero adorable y mi familia se ríe, porque lo adoran. Mamá me dejó caer al segundo día de conocerlo que no sabía lo afortunada que era después de todo lo acontecido. Basil se lo llevó de cañas y al volver lloró sobre mi hombro, confesándome que acabaría traicionándome con él si la cosa acababa mal entre nosotros, porque era tan encantador que resultaba imposible odiarlo.

Y cada día más cerca, más dentro de este círculo pequeño y cómodo que hemos creado.

Los observo reírse de las tonterías que dice Ava mientras Rodrigo le enseña a manejar el volante más despacio para que el coche no vaya a trompicones y me agobio tanto que tengo la necesidad de huir, porque es todo tan idílico que me falta el aire.

Entro en la habitación y me tumbo en la cama. Oigo sus risas de fondo y sonrío sin poder evitarlo, pero también tengo ganas de llorar, porque eso sigue ahí, eso que necesito soltar y que no me permito.

—Hola.

Me incorporo y veo su rostro asomado por la puerta. Lleva una pequeña bolsa en la mano y eso me hace recordar algo.

—Ei...

—No te levantes, no hace falta.

—¿Pasa algo? —le pregunto, ignorando sus palabras y sentándome en la cama.

—No. Están viendo una película. Quería verte a solas antes de irme.

Sonríe, me muestra esa expresión cálida a la que tan rápido me he acostumbrado y yo suspiro.

—Yo también. —Me levanto y saco un paquete del armario; me siento un poco tonta al dárselo, pero la vi y pensé en él. Después volví a dejarla en el expositor de la tienda, pero Basil me obligó a comprarla—. Te he comprado esto. Es una tontería.

Rompe el papel y, cuando extiende la camiseta y lee el mensaje escrito en el pecho, su rostro cambia y se queda muy quieto. Tan quieto que por un instante pienso que ha dejado de respirar. Después me abraza, sin darme tiempo a reaccionar. Fuerte, hasta que siento todo ese agradecimiento

condensado en un gesto tan simple como ese abrazo. Pero no es simple en absoluto, y ambos lo sabemos.

—Gracias —me susurra, con la emoción palpable en su voz.

—Aún no lo sabe. Necesito tiempo, Rodrigo.

—Lo sé. Tenemos todo el del mundo.

Y entonces lo abrazo yo, con la misma fuerza, y comparto con él este momento en el que le he dicho que sí, que para mí ya es su padre a todos los efectos y que espero no equivocarme.

—Yo también tengo algo para ti. Cuidado, no te piques.

Me suelta y siento que su contacto ha sido demasiado corto.

Me tiende una bolsa y de ella saco un pequeño cactus. Sonrío al recordar lo importantes que son para él. Supongo que el gesto lo es. Me gusta que sea diferente de todos los que guarda en el despacho, porque éste es de un color rojo precioso; de hecho, nunca había visto uno igual. También me gusta que sea un regalo original, un poco como es él.

—Oh. Gracias. Lo pondremos aquí.

—De nada.

Lo coloco en la ventana y Rodrigo me mira sin dejar de sonreír.

No dice nada, y yo tampoco.

Después se acerca de forma lenta y vuelve a susurrarme un «gracias» que me estremece, me coge por las mejillas con firmeza y cubre mis labios con los suyos unos segundos en los que todo desaparece. Todo. Menos nosotros.

Unos segundos fugaces que acaban demasiado pronto, cuando me suelta y se marcha, sin más, dejándome sola y con el corazón a punto de explotar.

Yo observo la camiseta, tendida sobre la cama, y me río sin poder contenerme antes de guardarla en su bolsa para que Ava no la vea, porque aún es pronto.

«Papá en prácticas.»

Supongo que las tornas se han vuelto.

Carlota, 1; Becario, 0.

* * *

Mamá se marcha a cenar con sus amigas, y Basil, antes de terminar la película, decide de repente que tiene que irse para no perderse la que es la superfiesta del año, de la que acaba de acordarse medio dormido y babeando sobre el hombro de Rodrigo, lo que significa que únicamente existe en su imaginación y es un truco para dejarnos solos.

Así que, sí, nos quedamos los tres viendo *Toy Story* en mi sofá. Ava, en medio de los dos, no quita ojo de la pantalla, mientras Rodrigo me deja miradas intencionadas por encima de su cabeza por las que yo me siento imantada.

Creo que nunca me había sentido igual. Con ella entre los dos, que pone su manita en la pierna de él cuando se da un susto o algo le sorprende. Con él observando esos pequeños gestos y sonriendo para sí. Conmigo pensando que nunca me había sentido tan en casa, tan parte de algo.

Cuando los créditos comienzan a salir, ambos nos damos cuenta de que llevamos unos minutos mirándonos sin más, con Ava con los ojos entrecerrados, medio adormilada.

—Vamos, dormilona. A la cama —le digo bajito; siento la desilusión por tener que romper ese momento entre nosotros.

No obstante, pasa lo que intuía que iba a pasar cuando está tan excitada por mucho sueño que tenga, que toca rabieta.

—¡No! Yo quiero quedarme aquí con Rodri.

—Ava, es tarde.

Comienza a llorar y se abraza a él, que la mira entre alucinado y un poco temeroso, porque es obvio que no sabe cómo llevar la situación.

—¡Nooo!

Suspiro, los miro y me cruzo de brazos. Ella pone un puchero y sus lagrimitas le mojan a él la manga de la camiseta. Después él se las limpia con la mano con delicadeza.

Es posible que sea lo más adorable que he visto en toda mi vida.

—¿Y si Rodrigo te lee el cuento hoy? ¿Te parece bien?

—¡Sí!

Su expresión se transforma en una de gozo, Rodrigo se levanta con ella en brazos y se pierden en la habitación.

—¡Primero dientes, señorita! Después pijama, ¡está bajo la almohada!

Los oigo trajinar y partirse de risa cada dos segundos. Incluso oigo que Ava se medio atraganta con la pasta de dientes y Rodrigo maldice y le da golpecitos en la espalda. Después desaparecen en nuestro cuarto, mientras yo recojo los trastos del salón.

Sin embargo, no tardo en dejarlo todo y acercarme en silencio, apoyándome en la pared de al lado de la puerta para escucharlos.

—¡Hala! ¡Es rojo!

Hablan del cactus que me ha regalado Rodrigo, y yo sonrío.

—¿Te gusta?

—Sí, pero ¿por qué es rojo? Los cactus son verdes.

—Te lo cuento si te metes dentro. —Supongo que ella obedece, porque enseguida comienza a hablarle con voz suave—. Te dije que con los cactus pasaba como con las personas. Muchas nos parecen iguales, rubias, morenas, altas, bajas...

—Con gafas, sin ellas... —aporta Ava, haciéndole reír por el ejemplo escogido.

—Así es. Pero ninguna que destaque por nada en especial. Pero, un día, encuentras una. Una que se convierte en superimportante para ti y que brilla por encima de todas las demás. Como tú para mamá. O para el tío Basil. O para la abuela. Un día, entre todos los cactus verdes de tu mundo, aparece uno de color rojo y lo cambia todo.

El corazón se me para en ese instante, al comprender el significado de su regalo.

—¿Yo soy un cactus de color rojo? —pregunta ella confusa, porque su mente infantil no entiende muy bien su metáfora.

—Ava, tú puedes ser lo que quieras.

—¿Hasta una mandarina morada?

—Hasta eso.

Se quedan en silencio unos segundos, hasta que Ava habla de nuevo y completa la última pieza que necesitaba que encajara.

—¿Tú has encontrado algún cactus de color rojo?

—Hasta hace muy poquito, no había tenido esa suerte.

—¿Quieres que yo sea el tuyo?

—Me encantaría.

Siento la humedad de las lágrimas, pero no son de pena, ni de miedo, ni de nada negativo; son de extrema felicidad.

* * *

Rodrigo se va sin hacer ningún comentario al respecto. Nos despedimos sin ponerle voz al día que hemos compartido, a lo natural que ha sido, a los regalos y a lo que ambos significan para el otro, ni a ese beso íntimo que no hemos podido ni querido controlar.

Se marcha, pero yo sé que todo ha cambiado.

A la mañana siguiente, cojo a Ava y le digo a mamá que vamos a pasar el día las dos solas por ahí. Hace frío, pero no es un día de esos en los que moleste como para no pasear.

Vamos a los columpios y después al mercado que ponen cada domingo. Allí, sentadas en un banco con una bolsa de gusanitos en las manos, doy el paso más importante de mi vida.

—Ava, tú sabes que Rodrigo te quiere mucho, ¿verdad?

—Claro —contesta, como si fuera una obviedad.

—Él te cuida. Y siempre que necesites algo, él te lo dará.

—Me lo dijo.

Frunzo el ceño y se lo pregunto, porque necesito saberlo.

—¿Qué te dijo?

—Que nos quería. A las dos. —Trago saliva y entonces Ava pronuncia esa reflexión que significa tanto para nosotras sin saber del todo lo que engloba—: ¿Te cuento un secreto, mamá?

—Claro. Puedes contarme lo que quieras.

—Yo creo que somos sus cactus rojos —suelta con convicción.

No puedo evitarlo y los ojos se me llenan de lágrimas que saltan traviesas.

—Yo también.

—¿Por qué lloras, mamá?

—Es de alegría. Rodrigo me hace feliz. Y tú también.

Le beso el pelo y ella sigue pensando a su ritmo, razonando a su manera lo que yo intento transmitirle.

—Es como el tío Basil, pero es diferente. Es... como un papá.

Suspiro y la abrazo.

—¿Te habría gustado que él fuera tu papá? —Lo piensa unos instantes en los que yo cruzo los dedos, hasta que ella asiente y siento tanto en este momento que hasta me duele—. ¿Y si te digo que podemos elegirlo? ¿Que, si tú quieres, a partir de hoy lo será para siempre?

—¿Para siempre?

—Para siempre, Ava.

Se queda fija mirando al frente, a las familias que pasan, a los niños que juegan con sus padres, y tuerce su boquita.

—Estaría bien —responde solemne.

Yo sonrío. A veces las cosas más complicadas de la vida resultan tan fáciles que asusta, pero así son los niños, capaces de resumir la decisión más complicada de todas de modo simple, conciso y perfecto.

—Ahora deberíamos decírselo a él, para que esté avisado, ¿no te parece?

—Sí, sólo faltaría que lo eligiera otra niña antes. ¡Vamos!

Me agarra de la mano y salta del banco, haciéndome reír a carcajadas y contagiándose ella de mi entusiasmo.

Sin embargo, antes de coger un taxi para ir a su casa, se me ocurre algo.

—Espera, tengo una idea.

* * *

Llegamos a casa de Rodrigo nerviosas, pero exultantes. Es una de las virtudes de Ava, pegarte su excitación al instante. A mí me sudan un poco las manos, pero estoy tan segura de lo que estoy haciendo que nada me importa, ni siquiera tener que enfrentarme a la expresión absorta de Cayetana cuando nos abre la puerta.

—Hola.

—Hola, Carlota.

Titubea y se lleva una mano al pecho al mirar a mi lado y ver a la niña

dando saltitos nerviosos y observando todo a su alrededor con los ojos como platos. Sé que quizá debería haber avisado, pero estoy tan convencida de que es lo correcto que tengo la certeza absoluta de que va a salir bien.

—Siento aparecer así, pero tenemos que hablar con Rodrigo. Ella es Ava. Ava, te presento a Cayetana. Es la mamá de Rodrigo.

—Hola, Ava. Eres una niña preciosa, déjame que te vea bien.

La mujer se arrodilla y la observa con delicadeza, estudiándola a conciencia. Después se tapa la boca con la mano; siento que le tiembla ligeramente y que sus ojos azules, tan parecidos a los que la estudian a su vez, se vuelven cálidos y vidriosos.

—Es muy *ursente* —suelta Ava con desparpajo, haciéndonos reír.

—Se dice «urgente», Ava.

—Es muy urgente.

Cayetana sonrío, le peina el pelo con los dedos y después levanta la vista hasta fijarla en la mía.

—Pasad, una urgencia es una urgencia. Está en su casa.

—Gracias.

Entramos y hago el mismo camino que aquella noche, aunque antes de bordear la casa del todo oigo un «gracias a ti» que me eriza el vello.

Después de tener que atar a Ava en corto para que no se lanzara de cabeza a la piscina, le digo que es la encargada de llamar a la puerta, y lo hace dando varias palmadas con la mano abierta sobre la madera. Dos segundos después, ésta se abre y nos encontramos con el rostro desencajado de Rodrigo, que está en pijama y despeinado, como si acabara de levantarse de la cama. Ava observa toda la estancia como ha hecho con todo lo demás, con los ojos como platos, y lo saluda con gracia.

—¡Hola!

—¿Qué estáis haciendo aquí?

—Nos ha abierto tu madre —le explico, intentando decirle más cosas por el simple hecho de haber dado el paso de que ella viese a la niña por primera vez.

—¿Ha pasado algo? Ava, ¿estás bien?

—Ajá.

La estudia con preocupación y el nerviosismo de ella, que no deja de dar saltitos en el sitio, lo inquieta más todavía.

—Sí, todo está bien. Todo...

Vuelvo a sentirlo, ese sentimiento grande e intenso que me cuesta controlar, sintiéndome idiota por llorar sin poder evitarlo.

—Eh, ¿qué pasa?

—No está triste, es de felicidad —repito mis palabras de un rato antes para explicarse.

—Yo..., nada. Sólo... sólo hemos venido a traerte esto. Dáselo, Ava.

Ella le tiende una bolsita de color verde y Rodrigo la coge totalmente perdido, hasta que saca lo que hay dentro y sujeta un pequeño cactus de color rojo muy parecido al que me regaló a mí con los dedos.

—¿Qué...? Esto es...

Sus ojos se humedecen y yo asiento con la mirada, esperando que entienda todo lo que significa. Para mí. Para Ava. Para nosotras. Deseando que entienda que para las dos él también es esa persona especial, si nos acepta. Diciéndole con ese gesto que ya no hay vuelta atrás, pero que estamos deseando empezar a caminar con él hacia delante.

—Sí.

—Gracias... —susurra con emoción.

—¡Eres nuestro cactus de color rojo! —grita Ava, haciéndonos reír.

Rodrigo la coge en brazos y le da un beso en la frente, antes de volver a clavar sus ojos azules en los míos y pedirme que me acerque, incluyéndome en su abrazo.

—Sí —repito.

—¿Sí a qué?

—Sí a todo.

EPÍLOGO

El sol entra por las rendijas del fuerte que Ava y yo construimos en el jardín cuando nos mudamos a esta casa. Está hecho con tablones de madera, telas viejas y toda la basura que íbamos encontrando por ahí y que nadie quería. Llegó a tener luz, pero, tras tantas batallas libradas en su interior, hace tiempo que no funciona.

Oigo pisadas cerca. Ya están aquí.

Sonrío, cojo aire y lanzo un grito de guerra al viento que provoca que ellos comiencen a reírse como locos y a correr desperdigados sin sentido al verme salir a mí tras ellos, con la cara pintada de verde y un pañuelo atado en la frente.

—¡No sabéis con quién os estáis enfrentando! ¡Soy el ogro de estas tierras y os voy a comer a todos!

Los niños se ríen y Carlota los riñe por correr tan rápido y tan cerca de la piscina. No es la primera vez que acabamos en el hospital por algún resbalón tonto. Yo incluido.

—Dejad de jugar y sentaos a la mesa. —Obedecemos al momento, entre otras cosas porque, después de toda la mañana sin parar, estamos muertos de hambre—. Tú, no.

—¿Por qué?

La miro sin comprender y al final sacude la cabeza resignada.

—¿No piensas quitarte esa pintura de la cara?

—¿Es estrictamente necesario? —le suplico con cara de niño bueno.

—Mamá, son vacaciones. —Lucas sale en mi defensa.

—Eso, mamá. *Vacaciones* —repite Mateo con su lengua de trapo.

Carlota desiste, aunque lo hace refunfuñando por lo bajinis hasta que le pellizco el culo y suelta una risita. Está preciosa, con un vestido suelto blanco y el pelo alborotado en un moño descuidado.

Benditas vacaciones, qué bien nos sientan. Aunque no podamos pisar la playa este año, pero sólo por poder estar en casa, sin horarios ni compromisos, ya son perfectas.

Ambos se sientan obedientes y después aparece Ava junto a Alba, mi sobrina, que pasa más tiempo aquí que en su casa, y se dejan caer con desgana en las sillas.

No las soporto. La adolescencia está siendo algo espantoso. El *piercing* en la nariz de ambas brilla, haciendo que me cabree sólo con verlo, pero ¿qué puedo decirles si yo me hice uno en la ceja una noche de borrachera cuando aún no había cumplido los diecisiete?

—Esta noche vamos a salir.

—Ni de coña.

—Papá..., nos han invitado a una fiesta en casa de...

—¿Has terminado el trabajo de literatura? —Ella se encoge en el sitio y clava su mirada en el plato con resignación—. Pues por eso.

El silencio que viene es maligno. Ava y Alba se mantienen calladas con ambos ceños fruncidos, y sé lo que me odian en estos momentos, porque hace algún tiempo yo sentí lo mismo por mis padres, pero por fin entiendo eso que decía siempre mi madre de: «Me duele mucho más a mí que a ti». Es desolador.

Carlota rompe la tensión centrándose en los pequeños.

—Mateo, come. —El pequeño se mete el tenedor en la boca y se le cae la mitad del contenido por el camino; me hace sonreír—. Lucas, no le robes patatas a tu hermano. —El mayor se ríe y se tapa la boca, al verse pillado. Yo le guiño el ojo desde el otro lado de la mesa. Pienso en que ojalá no crezcan nunca y se queden para siempre así: pequeños, manejables, adorables, un tanto salvajes—. Ava, te van a salir arrugas si sigues frunciendo el ceño de ese modo. —Pone los ojos en blanco y mi sobrina suelta una risa—. Alba, no te rías, que tú también tienes que estudiar, me lo ha chivado tu madre, así que

cuando terminemos te pones en el despacho.

—¿No podemos estudiar juntas? —se queja Ava.

—Ni hablar.

Sus suspiros de enfado nos acompañan hasta el postre, cuando por fin Carlota les da permiso para encerrarse en las que, por su actitud, parecen celdas de aislamiento, y yo llevo a los pequeños a dormir la siesta al cuarto que comparten. Tienen uno para cada uno, pero son incapaces de estar separados mucho tiempo.

Cuando regreso, me siento a tomar el café al lado de Carlota. Ella enseguida me ve meditabundo y se sienta encima de mi regazo. La abrazo por la cintura y apoyo la barbilla en su hombro. Ella levanta el brazo y me acaricia el pelo.

—No te disgustes —me dice.

—¿Siempre va a ser así? —susurro con pesar.

—No. Algún día volverá. Te lo prometo.

—Me da miedo. A ratos. Es como si se la hubiera comido una psicópata en potencia.

Se ríe y yo con ella, y la abrazo más fuerte, porque siempre ocurre lo mismo, que los momentos menos buenos nos unen y no nos separan. Mi madre dice que en eso consiste el amor, y yo la creo. ¿Cómo no hacerlo teniendo lo que tengo?

—Eres un exagerado. Es buena. —Carlota duda, porque siempre le ocurre lo mismo cuando recuerda su adolescencia, ya que no fue como la del resto de su entorno—. Es normal, ¿no? Ser así. Arisca. Insoportable. Mostrar cierto desequilibrio mental.

Nos reímos entre dientes.

—Sí, supongo. Yo hice más novillos que nadie y empecé a fumar a los catorce. Supongo que no puedo quejarme.

—Y me preñaste cuando yo tenía diecisiete, recuérdalo.

Le pellizco un costado y se echa a reír, temblando sobre mi cuerpo.

—Eres una arpía. —De repente me doy cuenta de todas las cosas absurdas que hice a esa edad y les pongo la firma de Ava a todas ellas. Empalidezco y me estremezco—. ¿Y si...?

—Deja de imaginar nada. No va a llegar embarazada.

—Pero eso no significa que no empiece a hacer..., ya sabes..., cosas.

Carlota se gira y aguanta las carcajadas como puede. No la juzgo por reírse de mí; supongo que no somos el mejor ejemplo como padres teniendo en cuenta cómo y cuándo llegó ella al mundo.

—¿Me lo estás diciendo en serio?

—La veo tan pequeña... —lloriqueo contra su piel—. Además, me debe cuatro años. Para mí es como si tuviera once.

Carlota se acerca a mi rostro y lo acuna entre sus manos. Después me besa, despacio, como si sólo me acariciara con los labios. Me gusta. Me gusta mucho.

—No lo soportas, ¿verdad? Que esté enfadada contigo.

—No.

—Vamos a hacer una cosa. Dale un par de horas, después entra, revisa el trabajo y, si ha hecho algo decente que no consista en pintarse las uñas, cogéis a Alba y las llevas a esa dichosa fiesta.

Sonrío y asiento, aunque en el fondo sepa que Ava ha ganado esta partida.

—Somos unos blandos.

—Lo sé. —Se levanta, pero, antes de desaparecer dentro de la casa, se gira y me lanza una provocación—: Tú mucho más.

Se queda clavada en el sitio, regalándome una sonrisa ladeada que es más una invitación que otra cosa, y yo me levanto y me acerco a ella con lentitud, hasta que sólo estamos a dos pasos.

—Ven aquí y dime eso a la cara.

Carlota se ríe y sube al piso de arriba corriendo, conmigo detrás, sintiéndonos de nuevo esos jóvenes que se conocieron hace lo que me parece una eternidad y años después se encontraron y se enamoraron. Seguimos siéndolo, jóvenes, pero unos con una vida que se mueve a un ritmo vertiginoso y mucho más adulto que el de nuestros amigos.

Carlota sólo tiene treinta y tres años y es madre de dos niños pequeños y de una adolescente. Yo..., bueno, sigo pareciendo un hijo más a ratos, pero según ella lo estoy haciendo bastante bien, y eso lo vale todo.

Entramos en el dormitorio y cierro la puerta con cerrojo. Es una de las

cosas que aprendimos hace tiempo si no queríamos sorpresas inesperadas.

—¿Y ahora qué? —pregunta mordiéndose el labio.

Sus mejillas siguen sonrojándose en situaciones así, y me encanta; da igual que hayan pasado once años.

—¿Cómo que ahora qué? Tendrás que hacer algo con esto que has provocado. —Me señalo la entrepierna abultada y ella se ríe a carcajadas.

La acojo entre mis brazos y nos besamos, con ganas, con profundidad y sin dejar de tocarnos. Me pasaría la vida tocándola y sintiendo ese escalofrío que me recorre entero cuando me muerde el labio. Siempre me ocurre, cada día esa sensación es mejor, más intensa.

Nos tumbamos en la cama y nos deshacemos de la ropa.

—Eso está muy bien... —susurra entre jadeos mientras mi mano se pierde entre sus piernas.

—Podemos mejorarlo... —respondo entrando en ella despacio, y suspiro con deseo.

Siempre he sido un fanfarrón, lo sé, pero a Carlota pasó a hacerle más gracia que otra cosa hace ya mucho tiempo.

—La última vez que dijiste eso, nueve meses después nació Mateo.

—¿Y no te parece buen momento para repetirlo?

Las palabras me salen solas, y de repente ella se queda muy quieta, con la respiración entrecortada y mi cuerpo encima del suyo. No nos movemos. Sólo tragamos saliva y dejamos escapar el aliento con fuerza, uno sobre los labios del otro.

—¿Qué quieres decir, Rodri? —titubea, aunque no parece asustada, sino sólo sorprendida.

No sé por qué lo he dicho. No sé a qué ha venido en este momento, pero..., bueno, quizá sí que lo sé. Quizá es que llevo tiempo dándole vueltas a la idea de repetir todo ese proceso que tan duro nos pareció siempre, y que en cuanto veo que se aleja, porque se hacen mayores, lo queramos o no, me muero de ganas de repetir. Y es que, siendo honesto, la encerraría en una habitación y me pasaría el día teniendo hijos con ella, pero no se lo digo, porque posiblemente me echaría de casa con los papeles del divorcio bajo el brazo. Pero es que... lo hacemos tan bien...

—¿No te apetece...?

Muevo las caderas un poco, porque tener esta conversación aún dentro de ella es cuando menos raro, y Carlota responde apretando con sus pies en el final de mi espalda.

—¿Qué? No..., bueno, no es que no, es que... tengo tres niños a los treinta y tres, ¿no crees que ya he cumplido con mi parte de mantener a salvo la especie?

Su comentario me hace reír y le voy dejando besos en el cuello y en los pechos, sin dejar de empujar de modo lento, pero sin perder el ritmo.

—Podríamos tener una niña, ahora que Ava se ha convertido en un marciano.

—No digas bobadas... —Hace una pausa en la que aprovechamos para aumentar la velocidad, y comienzo a entrar y a salir de ella de una forma brusca que le hace gemir—. ¿Y si es otro niño?

—Pues ya seremos dos y dos, para hacer equipos. Lucas siempre se enfada porque le toca jugar solo, ya que Mateo es muy pequeño. —Carlota sonrío; podría pensar que es por el orgasmo que se anticipa como intenso, pero la conozco tan bien que sé que no; que se trata de otra cosa—. ¿Y esa sonrisa? ¿Lo estás pensando?

—No, sólo que...

Se me escapa la risa y después la beso con toda esa felicidad que siempre me proporciona simplemente el saber que ella está en mi vida.

—Lo estás pensando, y yo te quiero por esto... —la beso— y también por esto... —deslizo la lengua por su escote, provocándole un jadeo ronco— y por esto que tenemos aquí... —meto la mano entre nuestros dos cuerpos unidos y la acaricio en ese punto que la hace enloquecer— y por lo que me haces aquí... —cojo su mano y la pongo en mi pecho, justo encima de mis latidos frenéticos.

—Para...

—No puedo... Di que sí, anda.

Vuelvo a meter la mano entre los dos y la noto hinchada y húmeda y preparada para dejarse llevar.

—Rodri... —suplica, pero sé que ya está perdida, y la adoro por eso.

—No has dicho que no. Carlota... —Dejo de moverme y atrapo su rostro entre las manos, obligándola a centrarse en este instante—. ¿Vas a hacerme el hombre más feliz del mundo por cuarta vez?

Nos miramos fijamente, recordando cosas, diciéndonos muchas otras con los ojos, hasta que ella suspira, agarra una de mis manos y la coge para dejarme un beso en la palma, antes de hacerlo. Antes de darme todavía más, cuando ya pensé que sería imposible.

Mi pequeño cactus rojo.

—Maldito seas, Rodrigo Silva.

Nos reímos y nos hacemos el amor mutuamente, sabiendo que estamos un poco locos, pero que nuestra vida es mucho más bonita desde que la vivimos así.

* * *

—¿Puedo pasar?

—Puff.

El gruñido de Ava me duele, pero estoy tan acostumbrado a ellos que ya al menos soy capaz de que no se me note.

—Ava...

—Bueeeeno...

Me acerco a su cama, donde está sentada con todos los apuntes desparramados a su alrededor. Al menos parece que ha estado trabajando de verdad para aprobar en septiembre la asignatura que ha suspendido este curso. Lengua y literatura, sí. Teniendo los padres que tiene. Yo creo que sólo es por joder, aunque Carlota dice que quizá lo suyo sea otra cosa y que debemos dejarla escoger. Tiene sentido, lo sé, pero es que parece de coña.

Lo leo por encima y compruebo una vez más que su desidia ante la asignatura debe de ser por joder, porque es realmente buena cuando se esfuerza en hacer las cosas.

—Esto está muy bien. —Asiente y se deja caer sobre la almohada; yo apoyo el cuaderno a los pies y la imito—. ¿Te acuerdas cuando nos tumbábamos aquí dentro y contábamos historias?

—Sí.

Sonríe un poco y ya me vale.

Recuerdo que le compramos esta cama de dosel cuando pudimos mudarnos los tres juntos a esta casa, tres años después de enterarme de que era padre de una niña de cuatro años y de empezar una historia con Carlota. Una casa adosada con jardín que terminaremos de pagar más o menos a los noventa, pero que yo quise darles, porque ellas dos lo merecían; sobre todo Carlota, después de tanto esfuerzo para conseguir estudiar y criar a Ava a la vez.

La cama es de madera clara y del dosel cuelgan unas cortinas blancas que ahora están casi siempre recogidas, pero que cuando Ava era pequeña nos servían para crear una burbuja dentro en la que nos escondíamos y en la que yo le leía cuentos hasta que caía dormida. Cuando aún era un ángel y no un demonio que se comunica mediante gruñidos hoscos y palabras malsonantes.

—Voy a contarte una cosa. Le he dicho a tu madre que quiero tener otro hijo.

—¿Estás de broma? Eso es genial —responde incorporándose un poco para mirarme a la cara, descolocándose por completo.

—¿En serio? Me alegro de que lo apruebes, porque ya hemos empezado a practicar esta tarde.

—¡Cállate!

Y los gruñidos vuelven. Ha sido efímero tenerla de vuelta, pero precioso. Ojalá hubiera tenido una cámara a mano para inmortalizarlo.

—Quiero que sea una niña, ya que mi única hija ha sido abducida por el espíritu de Sid Vicious —bromeo.

Ella se mueve sobre la cama, incómoda.

—Eso no es verdad...

—Ya lo sé, pero prométeme que volverás de vez en cuando. Echo de menos a la Ava que desayunaba con nosotros en la cama.

—Eso es una cerdada. Mateo acaba tirándolo todo.

Y tiene razón, pero era divertido cuando los domingos los niños se metían en nuestra cama y comíamos crepes con chocolate hasta reventar. Después tocaba cambiar las sábanas, pero aquellos ratos bien lo merecían.

—Lo seguimos haciendo, pero sin ti no es tan divertido. —Ella tuerce el

gesto—. Y a la Ava que se quedaba a ver películas con nosotros los sábados.

—Eso estaba bien —reconoce, bajito.

—Y a la Ava...

—Vaaaale —me interrumpe—. Lo pillo.

—Bien. Pues ya todo hablado, ¿qué te parece si liberamos a Alba de su encarcelamiento y os llevo a esa dichosa fiesta?

—¿En serio?

Se incorpora de nuevo como un resorte y me observa esperanzada con sus dos ojos azules muy abiertos. Siempre que lo hace siento una punzada en el pecho, como aquel primer día en el que Carlota me dejó descubrir cómo de grande era lo que habíamos hecho en esa habitación de hotel sin saberlo. Y Ava siempre será mi perdición, lo sé, pero igual que reconozco que adoro que lo sea.

—Claro.

—Gracias, papá. Te quiero.

Me abraza con fuerza y yo le doy un beso rápido en la sien antes de que me eche del dormitorio y empiece a revolver su armario para elegir qué ponerse.

* * *

Cuando vuelvo de dejarlas en la fiesta, me encuentro a Carlota en la piscina con los niños. Son las nueve de la noche, pero aún hace calor. Basil los acompaña, sonriente como siempre, subido a un flamenco hinchable gigante que no sé de dónde ha sacado.

—Papá, ¡ven a jugar con nosotros! —me chilla él, como si fuera el más crío de todos.

Los niños gritan a su alrededor y acaban haciéndole perder el equilibrio sobre su nuevo juguete.

Me alegro de tenerlo de vuelta, más aún cuando lo ha hecho con un anillo en el dedo después de pasar más tiempo del habitual en uno de sus viajes de verano. Razones tenía para alargarlo; más bien una de nombre Francesco que espero que podamos conocer pronto y que nos ayude a seguir ampliando la familia.

Yo los saludo desde el porche y me escapo hacia el lateral para que no me vean. Se supone que lo he dejado miles de veces en todos estos años, pero de vez en cuando me doy un respiro y me fumo un cigarro a escondidas, aunque en realidad ella sabe que lo hago.

Es como algo sólo mío.

Saco el teléfono y veo un mensaje que me hace sonreír. Va acompañado de una foto en la que veo a Tomás y a Ana brindando desde una playa de Cancún. Han dejado a Tomás Junior con los abuelos y se han cogido las primeras vacaciones en muchos años para ellos solos; supongo que el hecho de que sea su luna de miel era razón más que suficiente para que Ana por fin claudicase y dejase a su hijo de seis años en manos de otros después de llorar como si le arrancaran un órgano interno del cuerpo.

Leo el texto y suelto una risa.

¡Rodri! ¿Ya estás muerto de envidia al ver la foto? ¡Esto es el paraíso! Deberías traer a Carlota cuando por fin te encuentres eso que te cuelga entre las piernas, y de lo que tanto vacilabas hace años, y se lo pidas de una maldita vez. Dile que la echo mucho de menos y dales mil besos a los niños de mi parte. Después coge el coche y acércate a casa de mis suegros a comprobar que mi retoño sigue vivo. Es una orden. ¡Te quiero!

P. D. Te he comprado camisetas de esas con mensajes tontos a juego con las de Lucas y Mateo. Si Carlota no las quema, ¡vais a alucinar!

Y hablando de luna de miel..., palpo la cajita escondida en mi bolsillo derecho y tiemblo. El anillo fino de oro blanco que Ana me ayudó a comprar late pegado a mi piel desde hace unas semanas, en las que he pensado mil maneras distintas de pedírselo sin decidirme por ninguna, porque todo me parece poco para ella.

Hemos hablado de boda en algunas ocasiones y he podido ver el brillo de sus ojos al soñar despierta, pero, al final, por unas cosas o por otras, acabábamos dejando el tema de lado. Los niños, el trabajo en la revista, en la que Carlota pasó a supervisar su propia sección hace un par de años, el día a día, que es agotador..., el caso es que siempre hemos antepuesto lo demás a esas pequeñas cosas que sé que a ella le harían muy feliz. Como tener un día en el que Carlota fuera la prioridad, por mucha vergüenza que le dé.

Así que voy a hacerlo, pero sin anticiparme, sino cuando encuentre el

momento perfecto para ella.

Acaricio con los dedos la cajita que guarda ese secreto y sonrío.

Después doy una calada y fumo mientras miro cómo el sol se mete detrás de la urbanización que nos está viendo crecer, y escucho las risas de mis hijos, esos que tuvimos siendo ya adultos y no unos niños. Lo hago con el móvil al lado por si Ava me llama en cualquier momento para que vaya a buscarlas, aunque tiene permiso hasta las doce y sé que no lo hará a no ser que se trate de una emergencia, pero ¿y si la hay? Me río ante los comentarios tontos de un Basil que se ha convertido en una parte esencial de esta familia, y siento la tranquilidad que siempre me aporta la voz de Carlota de fondo desde que regresó a mi vida, porque parecía que, de un modo u otro, tenía que ser así, dadas las circunstancias.

Apago el cigarro y suspiro tranquilo, orgulloso de lo conseguido y con la certeza de que soy feliz. Y de que eso es suficiente para decirnos una y mil veces sí.

Sí a todo.

Quizá hasta a un anillo cualquier día de éstos.

Me levanto, vuelvo al jardín, me quito la ropa y me tiro a la piscina en calzoncillos.

Sus gritos y sus risas me reciben y sonrío, disfrutando del privilegio de poder tocar, cada vez que lo deseo, la felicidad con la punta de los dedos.

AGRADECIMIENTOS

Me resulta raro hablar de Carlota, porque esta novela nació como una idea allá por 2015, justamente cuando acababa de terminar *Oliva* y no tenía muy claro qué hacer a continuación. Escribí sus primeros capítulos en apenas unos días y la abandoné, porque conocí a Daniela, su historia me enamoró y me olvidé por completo de este proyecto.

Sin embargo, después de escribir otra novela que para mí resultó ser bastante intensa (*Caótica Jimena*), necesitaba algo ligero, algo que me ayudara a desconectar, que fuese divertido, entretenido, y me acordé de Carlota, de Rodrigo y de Ava.

Recordé que las historias sencillas como ésta también merecen su hueco, porque la vida ya es lo bastante complicada como para sumergirnos siempre en libros que nos estrujen tanto que después nos dejen un poco secos.

Por todo esto nació *Carlota y el cactus de color rojo*. Espero que haya sido un viaje bonito. Con haberos sacado alguna sonrisa me doy por satisfecha.

Os doy las gracias a vosotras, mis lectoras, por hacer tan fácil cada trayecto, cada vez que me enfrento a una nueva publicación, y por sentirnos cerca cuando todo lo veo un poco gris.

A mi familia y amigos, por tenerme en sus estanterías casi como si mis libros fueran trofeos.

A mi editora, Esther Escoriza, por la confianza depositada en mí, por abrirme las puertas de Planeta y por acompañarme a cada paso.

A todos los cactus de color rojo que ponen luz a mi vida. Vosotros sabéis

quiénes sois.

En especial, a mi Equipo Cactus; sé que quizá no sea vuestra novela favorita, pero le dais sentido a la metáfora que guarda entre sus páginas. Además, cada historia que escriba ya os pertenece un poquito. GRACIAS por aparecer y por compartir conmigo tanto vuestro color como vuestras espinas.

Y a ti, que estás leyendo esto, gracias por darme alas.

BIOGRAFÍA



Me llamo Andrea Longarela, pero escribo y me muevo por las redes bajo el seudónimo de Neïra. Es la imagen tras la que me escondo y dejo salir a mi parte más lunática, caótica y emocional, aunque detrás de ese disfraz no soy más que una chica normal con un exceso de imaginación que tiendo a tener ataques de verborrea incontenible en mi zona de confort y que me pongo del color de los tomates maduros y titubeo cuando me sacan de ella.

Disfruté de la vida universitaria de Salamanca mientras estudiaba psicología, y actualmente resido en Valladolid, ciudad donde nací, con mi pareja, H, y mis perros, Neo y Lola. Somos una manada la mar de feliz.

Llevo toda la vida escribiendo palabras sin sentido en cualquier superficie apta para ello, desde servilletas hasta puertas de lavabos públicos, pero a finales de 2014 terminé una novela y, gracias a la confianza de los míos, decidí aventurarme en la selva de la autopublicación.

Me estrené con *La lista de Oliva* en abril de 2015 y le siguieron *La lista de Mario*, *Fuimos un invierno*, *Fuiste mi verano*, *Valiente Vera*, *pequeña Sara*, *Caótica Jimena* y *Amor se escribe con H y otras maneras de decirte que te quiero*, algunas de ellas actualmente publicadas con la Editorial Planeta.

Más de dos años después, sigo viva y con más ganas que nunca de crear nuevas historias.

Además de pintarrajar letras por el mundo, me apasiona el cine, poner banda sonora a los momentos, el chocolate y, por supuesto, leer. Soy vegetariana, adicta a los tatuajes y a las cañas con los amigos. No obstante, mi mayor pasión es perder el tiempo imaginando que vivo otras vidas, historias a las que ahora les doy forma y voz.

Puedes contactar conmigo en:

neira.alg@gmail.com

www.neiracondieresis.blogspot.com.es

O búscame en Facebook, Twitter, Instagram o Pinterest como Neïra.

REFERENCIAS A LAS CANCIONES

- *Come as You Are*, P © Geffen Records, interpretada por Nirvana. (*N. de la e.*)
- *Summertime Sadness*, P © Universal Music Spain, S. L., interpretada por Lana del Rey. (*N. de la e.*)
- *The Scientist*, P © Parlophone Records Ltd., interpretada por Coldplay. (*N. de la e.*)
- *Escándalo*, P © Parlophone Music Spain, interpretada por Raphael. (*N. de la e.*)
- *Lithium*, P © MCA Records, interpretada por Nirvana. (*N. de la e.*)

Carlota y el cactus de color rojo
Andrea Longarela

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Diseño de la cubierta: Zafiro Ediciones / Área Editorial Grupo Planeta
© de la imagen de la cubierta: Indigo Photo Club / Shutterstock
© de la fotografía de la autora: archivo de la autora

© Andrea Longarela, 2018
© Editorial Planeta, S. A., 2018
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.edicioneszafiro.com
www.planetadelibros.com

Los personajes, eventos y sucesos presentados en esta obra son ficticios. Cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

Primera edición en libro electrónico (epub): mayo de 2018

ISBN: 978-84-08-18744-8 (epub)

Conversión a libro electrónico: El Taller del Llibre, S. L.
www.eltalldellibre.com

**¡Encuentra aquí tu próxima
lectura!**

NOVELA
ROMÁNTICA



¡Síguenos en redes sociales!

